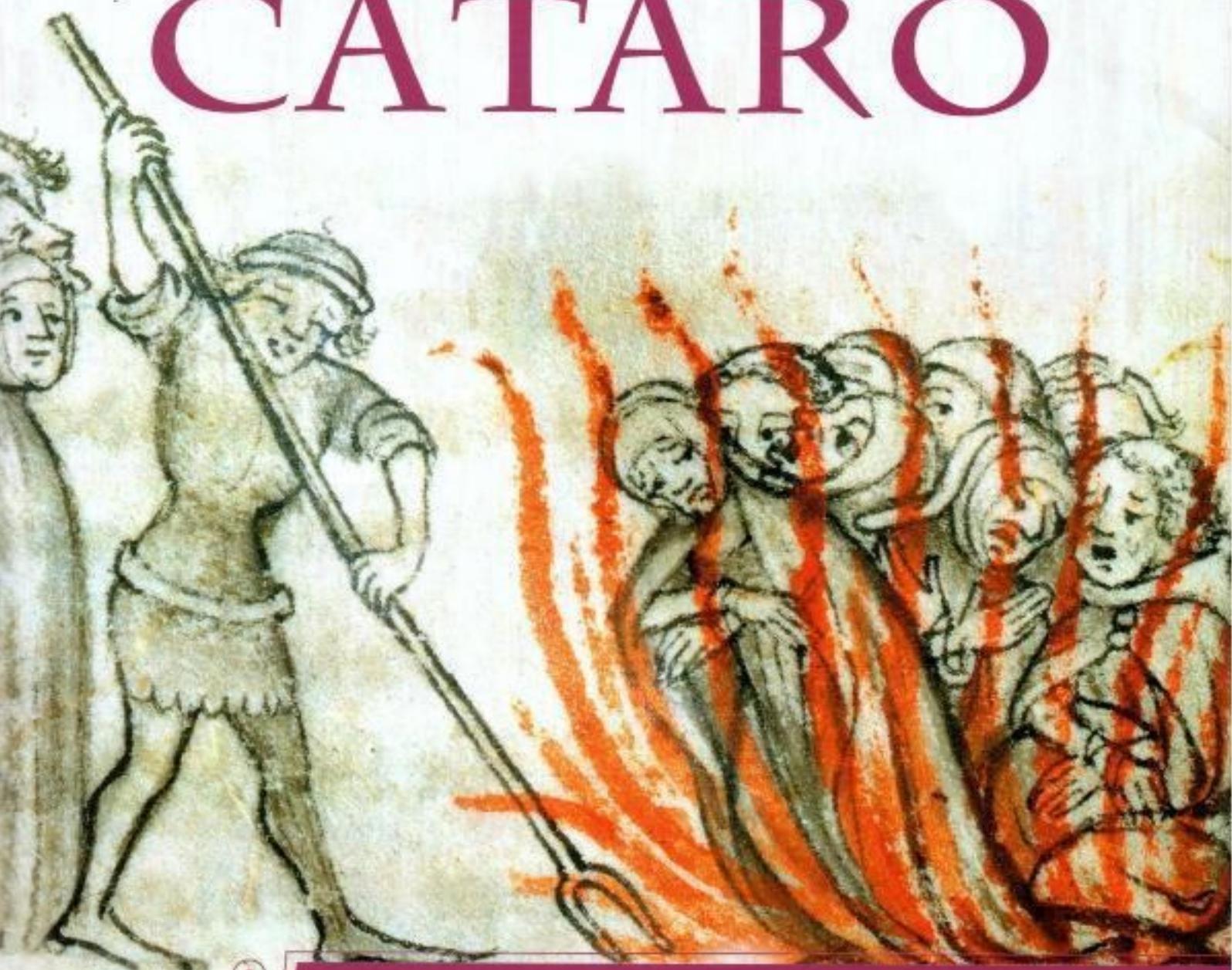


ANTONI DALMAU

EL TESTAMENTO DEL ÚLTIMO CÁTARO



Una historia medieval que ha llegado a nuestros días

Lectulandia

En un antiguo priorato de la orden de los Hospitalarios de San Juan de Jerusalén, en Toulouse, se descubren dos misteriosos sarcófagos. La arqueóloga Isabel Rougé sospecha que uno de ellos puede contener los restos del conde Raimundo VI de Tolosa, caballero hospitalario del siglo XIII famoso por sus conflictos con la iglesia y sus reiteradas excomuniones, y avisa del hallazgo a su antiguo amigo, el periodista Julien Dutron. Juntos emprenden una excitante investigación por distintas ciudades, iglesias y museos que les obliga a sumergirse en algunos acontecimientos históricos que permanecen rodeados por el enigma: el asesinato del cisterciense Pèire de Castelnou la cruzada del papa Inocencio III contra los cátaros, los juicios de la inquisición y, sobre todo, la leyenda del último cátaro, Sicart de Montjoi, en cuyo testamento se halla la clave última que permitirá resolver el misterio.

El testamento del último cátaro es una obra de lectura trepidante, llena de intriga y emoción, que nos ilustra sobre uno de los pasajes más controvertidos de la historia: la persecución de los cátaros por parte de la iglesia católica.

Lectulandia

Antoni Dalmau

El testamento del último cátaro

ePub r1.0

Ariblack 02.12.13

Título original: *El testamento del último cátaro*

Antoni Dalmau, 2006

Editor digital: Ariblack

ePub base r1.0

más libros en lectulandia.com

*A Martín Alvira Cabrer,
amigo medievalista,
por tantas razones que él conoce*

CAPÍTULO 1

*De cómo recuperé a una vieja amiga
y me habló de un misterioso sepulcro*

Todo empezó en un atardecer de marzo de 1998. Yo acababa de enviar a París una extensa crónica sobre un espectacular pedido de sesenta aviones A320 que había firmado el consorcio europeo Airbus Industrie. Una crónica que, sin duda, mis compañeros de la sede central del periódico, con su habitual sentido de la economía textual y sus escasas contemplaciones, acabarían por hacer trizas y reducirían a una simple gacetilla en la sección de provincias. Y es que Toulouse, por mucho orgullo que le pongamos al asunto, sigue siendo una ciudad muy alejada de nuestra capital cortesana, auténtico ombligo del país y del mundo mundial. En cualquier caso, cumplidas mis labores de corresponsal de provincias —que para eso me pagan—, estaba francamente cansado y tenía ganas de salir a la calle a tomar el fresco primaveral y a beber una cerveza en el bar de la esquina.

De repente sonó el teléfono y faltó un tris para que ignorase su llamada, ya que temía que mis colegas de la redacción me invitaran amablemente a que fuera yo mismo quien recortara una crónica demasiado prolija para su gusto. Pero no hay duda de que, a pesar de todo, algo sigue quedando en mí de un antiguo instinto periodístico, tal vez esa secreta esperanza que todos compartimos de que algún día el teléfono nos depare un asunto sensacional, ese tema formidable que va a darnos pie a publicar el artículo inmortal de nuestra vida. De modo que reprimí mis instintos y descolgué el aparato.

—¿Julien Dutron?

—Sí, yo mismo. ¿Quién me llama?

—Pues... soy Isabelle Rouge. ¿Te acuerdas de mí?

Rápidamente, mi cerebro procesó la información sin ningún resultado positivo.

—Fuimos compañeros de curso en el instituto, ¿lo recuerdas?

—¿Cómo? ¿En el instituto? Sí..., espera, claro, ahora caigo —y una imagen borrosa de una cabellera negra y un cuerpo desgarrado apareció de forma tenue en mi pantalla mental.

—¿Te molesto? ¿Quieres que te llame en otro momento?

—No, no, perdona, iba a salir a la calle. Pero dime, dime, no tengo ninguna prisa.

—Verás, quisiera hablar contigo cuanto antes.

—Ah, pues muy bien, cuando tú quieras. ¿Es muy urgente?

—Pues un poquito sí, la verdad. Necesito que me ayudes...

—¿Que te ayude? Ah, bueno... Sí, claro... ¿Puedes adelantarme algo? No por nada, es por saber si...

—Tiene que ver con mi trabajo. Soy arqueóloga de la UTAH, o sea, de la Unité Toulousaine d'Archéologie et d'Histoire, que depende de la Universidad Toulouse-le-Mirail...

—Ah, muy bien, qué interesante. En fin, no sé, ¿te va bien que tomemos un café mañana, a eso de las dos? Tengo la tarde libre. Dime tú misma dónde quieres que vaya y allí estaré.

Al día siguiente, nos encontramos en una céntrica cafetería, en el casco viejo de la ciudad, no muy lejos de la basílica de Saint-Sernin. Yo llegué antes y me senté en una mesa exterior, presa de una cierta curiosidad y disfrutando de los primeros calores de una primavera impaciente, incluso voraz. Pude distinguir a Isabelle a distancia, y tengo que reconocer que la chica desgarbada y algo tímida de mi borroso recuerdo se desvaneció rápidamente ante la realidad que se ofrecía a mis ojos. Aquella muchacha del instituto, entonces todavía por desentrañar, con un rostro de facciones redondeadas e imprecisas, había angulado sus rasgos y oscurecido su tez, y aparentaba una determinación que yo no conseguía asociar a mi siempre deficiente memoria. La antigua colegiala Rouge se había convertido en toda una mujer, algo obvio si considerábamos los largos años transcurridos desde la época en que ambos tuvimos la ocasión de tratarnos a una cierta distancia.

—Caray, Isabelle, no te pareces mucho a la chica que yo recordaba —le espeté sin remilgos, al tiempo que nos dábamos la mano y dos torpes besos en la mejilla, a modo de saludo.

—Pues supongo que no, claro —respondió sin vacilar. Aquella mujer no parecía que fuera a cortarse un pelo por mi osadía deslenguada—. Han pasado muchos años desde la última vez..., es decir, desde el baile aquel de fin de curso...

—¿Un baile? Perdona, pero no consigo acordarme. Ah, espera, sí, un baile de despedida...

—Déjalo, Julien, ya veo que no te acuerdas. No importa... Sin embargo, cualquiera pudo pensar aquella noche que no tenías intención de olvidarme tan deprisa...

—¿Ah, no? —balbucí con un estúpido y repentino rubor en las mejillas.

—No, pero, en fin, tampoco se trata ahora de liquidar antiguas cuentas...

No conseguí que soltara ni una sílaba más acerca de mi conducta en aquella lejana noche de mi remota adolescencia, y mi memoria, una vez más, no se dignó acudir en mi auxilio en modo alguno.

—Verás, Julien —atacó Isabelle en cuanto se terminaron los prolegómenos imprescindibles y logró tener por fin su café sobre la mesa—. Como te dije anoche, se trata de un asunto vinculado a mi trabajo como arqueóloga. Por cierto, debo pedirte discreción absoluta sobre lo que voy a contarte...

—Te escucho. Tenlo por seguro... —respondí, con voz queda y una curiosidad cada vez más insaciable.

—Pues resulta que estoy trabajando con un equipo interdisciplinario en una excavación en la Rué de la Dalbade y creemos haber efectuado un descubrimiento de cierta importancia.

—¿...?

—Sí, me refiero al hotel Saint-Jean, un antiguo priorato de los hospitalarios de San Juan de Jerusalén en Toulouse que va a convertirse, en cuanto termine la restauración del edificio, en la futura sede de la Direction Régionale des Affaires Culturelles de Midi-Pyrénées. Hace un par de años, cuando se iniciaron las obras de rehabilitación, se efectuó una breve evaluación arqueológica en la que yo aún no intervenía. Después, el otoño pasado, me llamaron para integrarme en un equipo en el que figuran, además de otro arqueólogo, dos historiadores, un antropólogo, un archivero, un experto en pinturas murales, un especialista en monumentos funerarios y otro especialista en asuntos paleoambientales, aparte de varios expertos que colaboran con nosotros en aspectos puntuales. A poco de empezar la excavación, una reflexión colectiva nos condujo a desobstruir un espacio comprendido entre una caja de escalera del siglo XVII y el antiguo muro norte de la iglesia. Esta limpieza de la zona y la apertura de un amplio boquete nos permitieron descubrir dos panteones, así como una porción de la antigua galería de claustro...

Justo cuando la cosa se ponía más interesante, Isabelle se interrumpió de pronto y sorbió tranquilamente su café, no sé si porque necesitaba un respiro o porque deseaba administrar con parsimonia el interés de aquella historia. No puedo afirmar, de todas formas, que ahuecara la voz con un acento misterioso, y pienso más bien que la guiaba una sincera pasión por su labor, pues sus preciosos ojos negros —que yo, desde luego, no había sabido apreciar en los años de instituto— brillaban con un leve fulgor.

Tras apurar la taza de café, Isabelle se apartó un mechón de pelo de su frente con un gesto rutinario y se sirvió sin prisa alguna un poco de agua. En ese momento, yo tenía que contenerme para no pedirle que hiciera el favor de proseguir, pero un resto de la buena educación que ambos recibimos frenó mis impulsos y me permitió esperar a que sorbiera lentamente de su vaso. Después, con toda la naturalidad del mundo, continuó su exposición.

—Como comprenderás, todo aquello resultaba apasionante. Pronto nos dimos cuenta de que ambos nichos funerarios constituían la prolongación natural de otros dos panteones ya conocidos desde hace mucho tiempo, uno de los cuales se pudo datar en su momento como de principios del siglo XIV y que ahora se conserva todavía en el museo de los Agustinos. Existió, pues, una construcción progresiva de los cuatro panteones, de oeste a este, en un período que cabe fechar entre el año 1200

y un momento indeterminado del siglo XIV... Bien, siguiendo con los dos panteones que habíamos descubierto tras abrir el hueco y evacuar el relleno de piedras y ladrillos, observamos que cada uno de los dos contenía un sarcófago que estaba colocado encima de un pudridero. Todo este conjunto medieval, particularmente bien conservado, se revelaba de un enorme interés tanto en la arqueología funeraria como en su decoración pintada y esculpida.

Yo guardaba un absoluto silencio, intrigado por saber adonde nos llevaría tan prolongada exposición.

—Te diré, por último, que uno de los dos sarcófagos está ricamente adornado con una estatua yacente de una joven mujer. En cuanto al panteón situado a la izquierda del portal de entrada de la iglesia, que presenta un sarcófago con tapadera de piedra blanca, sin decoración alguna, es sin duda el más antiguo y está adornado con molduras, pintadas con motivos geométricos y florales.

Nueva interrupción, esta vez seguida de un instante de silencio, como si Isabelle esperara a que yo preguntase.

—¿Y bien...? —apunté.

—Ese panteón último más antiguo es asimismo el más notable de los cuatro que hoy conocemos, aun cuando la tapadera de su sarcófago sea de piedra lisa. En su momento, recibió una decoración en sus paredes de notable calidad, no retocada ni restaurada, pero que sin embargo se ha desprendido parcialmente. Ahora sería demasiado aburrido describirte con detalle esa decoración mural, pero para que te des cuenta de su importancia te diré tan sólo que en ella figuran, entre otros muchos detalles pictóricos, dos personajes y una gloria oval en forma de mandorla sostenida por dos ángeles. Existe asimismo una inscripción, grabada y pintada sobre una placa de mármol y colocada sobre el contrafuerte de la iglesia, a la derecha de ese panteón policromo, que conmemora una donación de tierras a favor de Bernart de Capuléja, gran prior de los hospitalarios, por parte de Péire Negre, zapatero, y lleva la fecha de 1216...

Yo empezaba a moverme inquieto en mi asiento, ardiendo en deseos de conocer qué nos depararía aquella descripción no sólo larga, sino incluso minuciosa y precisa. Pero Isabelle seguía controlando la situación y dosificando sus conocimientos sin prestar la menor atención a mis gestos de impaciencia.

—La riqueza pictórica de ese panteón y su datación posible acentuaron nuestro interés y extremaron nuestras vías de investigación. En consecuencia, y de forma simultánea a los trabajos arqueológicos, otros compañeros del equipo han estado investigando sobre la historia del conjunto del edificio, que presenta, lógicamente, varias etapas constructivas pertenecientes a siglos distintos, con remodelaciones y añadidos posteriores que desvirtúan las fases precedentes. Y así, también nosotros hemos aprendido mucho acerca de la orden de los Hospitalarios...

—Estupendo...

—Sí, sabemos que fue fundada a mediados del siglo XI con el objeto de cuidar de los peregrinos que visitaban los Santos Lugares y que sus miembros se extendieron por toda la cristiandad occidental y se implantaron en Toulouse a comienzos del siglo XII, gracias a varias donaciones y adquisiciones que fueron en aumento. Después obtuvieron, hacia 1114-1116, el servicio de la iglesia contigua, llamada de Saint-Rémi y, en 1160, el derecho a poseer un cementerio cerca de esta última iglesia. Todo ello, y procuro abreviar todo lo que puedo, nos lleva a una conclusión provisional que resulta de una enorme trascendencia y que motiva nuestro encuentro de esta tarde...

A esas alturas de la historia, yo no entendía ya absolutamente nada. Así que escudriñé los ojos de azabache de Isabelle con cara de estupor y desolación, esperando que me sacara cuanto antes del embrollo y de mi profunda ignorancia.

—¿Tú sabes quién era el conde Raimundo VI de Tolosa? —me espetó, como respuesta a mi mirada de interrogación.

—Hombre, ¡claro que lo sé! Fue uno de los condes de la dinastía de los Raimundo que gobernaron este condado en la Edad Media... Y, por si no lo hubiera sabido, nuestro querido alcalde y periodista, Dominique Baudis, le dedicó hace un par de años esa novela histórica..., ¿cómo se llama?, *Raimond le Cathare*, ¿no es así?

—Exacto... Y sabrás también que le llamaban el *Vielh*, es decir, el Viejo, y que fue muy tolerante, probablemente demasiado, con la herejía de los cátaros. De ahí el título de la novela de Baudis...

—Lo sé, Isabelle, lo sé... ¡Los cátaros! ¡Siempre los cátaros! No se puede mover una piedra en esta ciudad ni mirar hacia el pasado sin que esos herejes se nos crucen por delante...

—¡Pues claro, Julien! —replicó Isabelle un poco mosqueada—. No se puede explicar la historia de Toulouse en la Edad Media sin hablar de esa pobre gente... Fíjate: ¿sabes cómo describió un buen día a nuestra ciudad el obispo de Béziers? Pues como «la gran sentina de errores y de vicios en la que se concentra la basura de los desperdicios de toda la depravación herética». ¿Qué te parece?

—No está nada mal... Pero en fin, sigue, sigue con Raimundo...

—Pues bien, pasando por alto tu escaso interés por algunos episodios de la historia de tu propia ciudad, te recordaré que Raimundo VI el Viejo era nieto del célebre Raimundo IV, conde de Sant Gili, que acaudilló las tropas provenzales en la Primera Cruzada, e hijo de Raimundo V, que ya tuvo problemas con la herejía y con el que también nuestro hombre compartió un carácter afable y conciliador que le granjeó el cariño de su pueblo. Así que el que ahora nos interesa, es decir, Raimundo el Viejo, sucedió a su padre cuando ya tenía treinta y ocho años, gobernó veintiocho

más y se casó, más por razones políticas que por otra cosa, hasta cinco veces...

La mirada asesina de Isabelle hizo que me tragara al momento mi presunto comentario jocoso.

—Sí, cinco veces, Julien, no pongas esa cara, porque eso no tiene nada de particular para los condes de la época. Por cierto, ¿conoces los nombres de esas cinco mujeres?

—¡Uf! Creo que conseguiría recordar alguna... Pero, en fin, esto ya es una pregunta para nota...

—Pues aquí tienes la nómina de las nobles damas con las que llegó a casarse, que no es lo mismo que las mujeres de su vida, por supuesto, cuyo elevado número no estoy en condiciones de computar: Ermesenda de Pelet, condesa de Melguelh, con la que celebró sus nupcias cuando tenía dieciséis años; cuatro años después, Beatriz de Carcasona-Béziers, una mujer de los Trencavel, esa dinastía con la que los condes de Tolosa siempre tuvieron amores y odios a partes iguales; después Borgoña de Chipre, de la que tal vez se enamoró; a continuación la buena de Juana Plantagenet, hija de la célebre Leonor de Aquitania y hermana de Juan sin Tierra y de Ricardo Corazón de León; y, por último, Leonor de Aragón, hermana de Pedro el Católico, rey de Aragón. Dos le dejaron viudo, a otras dos las repudió, la última le sobrevivió en el castillo de Boléna...

Isabelle siguió pasando por alto mi expresión más o menos picara y prosiguió, impertérrita, su relato:

—Mejor sabrás, supongo, que a lo largo de su vida, Raimundo VI alternó sus proclamas de hijo fiel de la Iglesia católica y su incontestable tolerancia complaciente para con una herejía que estaba bastante extendida entre sus súbditos y, muy particularmente, entre su nobleza. La verdad es que tuvo graves problemas con los legados papales desde 1203, sobre todo a partir del asesinato del cisterciense Péire de Castelnou, cuya muerte le fue más o menos atribuida. Excomulgado en 1207, tuvo que participar a regañadientes en la cruzada contra los cátaros que empezó en el año 1209. Excomulgado nuevamente en dos ocasiones, sufrió los efectos de la derrota de Muret, en 1213, y, cuatro años más tarde, regresó de nuevo a la ciudad de Tolosa. Tras haber recuperado buena parte de sus territorios, murió en agosto de 1222 de una congestión cerebral y a pesar de tener un final devoto, ejemplar a todas luces, falleció sin el perdón expreso de la Iglesia...

—Y bien... ¿No dices nada? —saltó de repente Isabelle Rougé.

—Pues, no sé, voy recordando. En realidad, todo me suena, claro está: los cátaros, la cruzada, esas excomuniones, la batalla de Muret... ¿Qué quieres que te diga?

—He dicho que murió sin el perdón de la Iglesia...

—Es cierto, lo has dicho. Normal, ¿no?, si fue tan complaciente con los herejes...

—Pero ¿tú sabes lo que significaba, en pleno siglo XIII, morir excomulgado?

—Ah, no sé, tú me lo dirás, estoy seguro...

—Pues significaba condenarse a las llamas del infierno, sin remisión posible. Y no poder descansar jamás en tierra sagrada... Su hijo Ramundetz, es decir, Raimundo VII el Joven, se reconciliaría más tarde con la Iglesia, pero no tendría el menor éxito en su insistente reclamación, muchos años después, ante dos papas sucesivos, con el objeto de obtener una gracia postuma para su padre. En cualquier caso, lo que ahora nos interesa es que, en su testamento, Raimundo había legado su cuerpo a... ¿no se te ocurre, Julien?

—Pues no sé... Estoy un poco confuso y no consigo adivinar lo que...

—¡Al hospital de San Juan de Jerusalén en Toulouse, Julien! ¡A los hospitalarios! Raimundo VI fue caballero hospitalario. ¿Sigues sin entenderme todavía?

—Creo que empiezo a intuir adonde vas. Pero esa cláusula testamentaria ¿llegó a cumplirse?

—Lo cierto es que el cuerpo de Raimundo el Viejo no mereció rehabilitación alguna por parte de la Iglesia y no descansó jamás en tierra sagrada. Su ataúd de madera fue depositado, más o menos conforme a sus previsiones, *cerca* del cementerio de los hospitalarios, pero no *dentro*...

—Muy interesante...

—Sí, Julien, muy interesante. Más adelante se dijo que sus huesos habían sido dispersados y que se conservó únicamente el cráneo del conde. Así lo atestiguaron los freiles hospitalarios que, convertidos ya en caballeros de Malta, exhibieron durante mucho tiempo y de muy buena gana el cráneo de marras, suponiendo que se tratara del auténtico, claro está, porque todo esto es muy oscuro y no se sabe nada a ciencia cierta. Dos autores de fines del siglo XVII pretendieron haber visto todavía la reliquia, y la tradición tolosana siguió hablando del cráneo del conde durante mucho tiempo, pero el asunto ha seguido siendo extremadamente turbio... por lo menos hasta ahora.

—¿Se puede saber adónde quieres ir a parar, amiga mía?

—Pues justo a lo que hace un rato merodea por tu mente, *mon chéri*: existe una posibilidad, acaso muy remota, no sé, de que hayamos encontrado la tumba del conde de Tolosa...

CAPÍTULO 2

*De cómo mi amiga y yo hicimos un trato
y los cátaros entraron en la escena*

Caramba con mi vieja amiga de instituto... Isabelle Rougé estaba viviendo su momento de gloria, de eso no me cabía la menor duda. ¡El cadáver de Raimundo el Viejo, el conde de Tolosa excomulgado tantas veces! Si esa noticia fuera cierta, la ciudad de Toulouse, y con ella todo el Midi de Francia, se pondría patas arriba. ¡Menudo notición! ¿Y por qué extraña razón aquella mujer tan atractiva de ojos negros y melena oscura por encima de los hombros me lo contaba a mí, precisamente a mí?

Nos habíamos levantado de la cafetería y, sin apenas darnos cuenta, habíamos dejado atrás la plaza de Saint-Sernin y estábamos recorriendo la Rué du Taur en dirección a la plaza del Capitolio, el centro neurálgico de la ciudad. Los célebres ladrillos rojos de la hermosa capital tolosana empezaban a refulgir con ese brillo rosado del atardecer que le ha otorgado justa fama, y en los muelles del Garona las jóvenes parejas debían de estar retozando en la hierba con profundo arrebatado. Isabelle me miraba de vez en cuando de reojo y se daba el gusto de medir, sin prisa alguna, el efecto que sus palabras habían causado en mi mente periodística, como si esperara de mí una reacción a la altura de la importancia del hipotético descubrimiento.

—¡Es realmente excepcional, Isabelle! ¿Tú sabes lo que darían mis colegas por esta primicia? ¿Y tú sabes cómo se va a poner nuestro alcalde novelista tan pronto como lo sepa? —le dije al fin, tras calibrar el asunto en sus auténticas dimensiones.

—Claro que lo sé, tonto, pero tú me has dado tu palabra de que guardarías mi secreto...

—Entonces, ¿por qué me has estado buscando? ¿Sólo para martirizarme? ¿O será porque el baile de fin de curso dejó en ti algunos buenos recuerdos que me afectan? —le arrojé, directo a la cara, con malicia.

—No insistas, Julien, no te lo voy a contar. Nada más llegar a la cafetería de nuestra cita de hoy, ya he visto que no te acordabas de aquel baile memorable...

—No sabes cuánto lo siento, Isabelle... Daría mi brazo por saber cómo me porté contigo aquella noche...

—Pues no te lo diré, no sufras... Si te parece, mejor volvamos a nuestro hombre...

—Eso, volvamos al viejo Raimundo...

—Pues nada, que quería hablar contigo de este asunto.

—Muy bien, ¿y por qué lo has hecho?

—Todos los miembros del equipo, juramentados en nuestro secreto, hemos estado

discutiendo varios días acerca de cómo administrar un descubrimiento de semejante magnitud. Y yo les propuse que, puesto que era inevitable tener que dar a conocer nuestros hallazgos —y nuestras expectativas— a las autoridades y a la opinión pública, procurásemos al menos controlar la difusión de la noticia. De modo que decidimos revelarlo a los políticos y a la prensa al mismo tiempo, pero en este último caso a través de algún periodista de confianza, alguien con quien pudiéramos pactar el contenido de la información. Alguien, además, que nos garantice que la noticia se dará sin ninguna transacción económica de por medio: más de uno pagaría un pastón por una exclusiva como esta...

—Y aquí aparezco yo...

—En seguida salió tu nombre, sí, señor. Además, todos solemos leer tus crónicas en *Le Monde* y nos gusta tu forma de enfocar los asuntos.

—No sabes cuánto me complace, Isabelle. Pero, hoy por hoy, yo sólo escribo prácticamente para la prensa de París y no pretenderás que los tolosanos se enteren de todo este asunto por un periódico de la capital. Aparte, claro está, de que a mis compañeros de *Le Monde* tal vez la noticia no les resulte tan sensacional como lo es, sin duda alguna, para todos nosotros...

—Lo sé, lo sé, ya lo había pensado. De todas formas, creo que, con esa noticia bajo el brazo, es muy probable que el director de cualquier periódico de Toulouse te acepte como colaborador ocasional, sin perjuicio de que lo publiques al mismo tiempo en tu diario de París. Después el asunto ya correrá por todos los medios que sean oportunos...

—Muy bien pensado, en efecto. En fin, da gusto que me deis a mí solito la exclusiva...

—Tú y yo negociaremos contenidos y fechas de publicación, amigo. No lo olvides...

Como dos viejos colegas, Isabelle y yo seguimos andando un buen rato por las calles contiguas al Capitolio y, sin darnos cuenta, fuimos a dar frente a la entrada de la iglesia del convento de los Jacobinos, aquella que posee un techo en forma de palmera que nos trae locos, a propios y extraños, por su fascinante belleza...

—Supongo que un hombre cultivado como tú, querido Julien, no ignorará cuánto hicieron los jacobinos, es decir, los dominicos, para extirpar la herejía de los cátaros, ¿verdad?

—Siento decirte, Isabelle, que sólo conozco de este asunto aquello que ningún tolosano medianamente informado puede dejar de saber. Sé que el papa les encargó, a ellos fundamentalmente, el funcionamiento de los tribunales de la Inquisición y que ellos, desde luego, se aplicaron a la tarea con un envidiable entusiasmo. Y sé también que, con el paso del tiempo, consiguieron terminar con la herejía.

—Bueno, no está mal...

—Mira, Isabelle, te diré algo que vas a comprender muy bien. Cuando se habla de Toulouse, me refiero a los medios, a la televisión, a la propaganda turística, se habla tantísimo y tan exclusivamente de la aeronáutica y de los cátaros que, como una especie de reflejo defensivo, siempre he procurado guardar una cierta distancia con respecto a los dos temas. Y no creo ser el único en esta ciudad.

—Pues no sé qué será en materia de fabricación de aviones, la verdad, pero en lo que se refiere a los cátaros estás muy equivocado, amigo mío.

—¿Por qué?

—Porque incluso un hombre como tú, tan alejado aparentemente del medievo, te apasionarías hasta la locura con toda esa historia de herejes y de hogueras...

—No sé, tal vez si fueras tú quien lo contara...

—Alto ahí. Si quieres que te ofrezca nuestra primicia, tendrás que estudiar un poquito por tu cuenta y ponerte a la altura de lo que ya deberías conocer. ¿Crees que estarás en condiciones de asumir semejante compromiso?

—No sé, te juro que por lo menos lo voy a intentar. Y ahora que me acuerdo, en mis años de la universidad llegué a escribir un apreciable reportaje acerca del personaje ese, filonazi, ¿cómo se llamaba? Otto Rahn, ese joven alemán que estuvo por aquí y por los alrededores de Montsegur en los años treinta y escribió una interpretación muy particular del catarismo...

—De «filo» nada, querido. Nazi redomado: militó en las SS y colaboró con Himmler. Está comprobadísimo...

—Pues eso mismo, Isabelle... Sin falsa modestia, te diré incluso que el reportaje no estuvo nada mal, te lo aseguro...

—Bueno, tendrás que convenir conmigo, Julien Dutron, que algo así resulta muy insuficiente para comenzar. Tendrás que remontarte unos cuantos siglos atrás, cuando los condes y los cátaros eran de carne y hueso y corrían por las calles de nuestra *ville rose* y por los campos de casi todo el Languedoc.

—Por ti y por tu noticia, lo haré sin dudar, Isabelle. Ha sido un placer volver a verte, te lo digo de todo corazón.

—Bien, si no por mí, hazlo por lo menos por la primicia que te ofrezco. También a mí me ha gustado encontrarte de nuevo, tantos años después...

—Si quieres, un día de estos nos vamos a cenar. Te invito yo. Cono/co un lugar muy tranquilo que...

—Bueno, bueno, aceptaré tu invitación, pero primero estudia un poco, indocumentado periodista.

—Te juro que lo haré. Por la primicia y por los viejos tiempos...

Nos dimos un par de besos y nos despedimos. Isabelle Rougé se alejó dejando tras de sí un perfume embriagador y una estela inmarcesible, como en las mejores novelas.

Aquella chica era muy guapa, además de muy lista, y desde luego me daba sopas con honda en aspectos varios de mundología y, naturalmente, en materia de historia. No sabía muy bien qué relación guardaría con las brumas de mis años de instituto, pero yo estaba realmente encantado de tener una vieja amiga tan bella y tan inteligente. Así que no estaba dispuesto a defraudarla...

Aquella misma noche llegué a casa dispuesto a ser un alumno aventajado y un investigador tenaz. Por fin había encontrado un bello pretexto para entrar un poco a fondo en una asignatura pendiente para mí. Así pues, y en plan humilde, como debe ser en estos casos, cogí una enciclopedia y leí casi en voz alta:

El catarismo es un movimiento religioso cristiano, disidente de la Iglesia católica, que se desarrolló durante la Baja Edad Media (siglos X-XIV) por varios territorios de Europa, del Asia Menor al Atlántico y de Alemania hasta la isla de Sicilia, muy particularmente por los territorios de los Balcanes y por los condados y vizcondados que más tarde serían conocidos con el nombre común de Languedoc, en Occitania.

Primer problema, pues: la extensión territorial. Resulta que esa gente tan curiosa no estuvo tan sólo en mi país, que fue donde realmente arraigó más que en ningún otro lugar, sino un poco por toda Europa. Pero ¿dónde? Otra voz de la misma enciclopedia me enseñó muy pronto que también hubo cátaros —aunque recibieran nombres muy distintos y sostuvieran tesis y prácticas religiosas no siempre del todo coincidentes— en el reino de Francia, en los condados de Champaña y de Flandes, en el ducado de Borgoña, en Renania, en el norte de Italia, en Cataluña, etc. Y, sorpresa mayúscula, los hubo también, bastante antes que aquí, en la Europa oriental, en la zona de los Balcanes. Mira por dónde, y yo sin saberlo... Decidí profundizar en el asunto.

Otro abultado libro del estudio de mi casa me dio más información y atajó mis incipientes dudas. En efecto, las iglesias orientales fueron las más antiguas en el tiempo (desde la mitad del siglo x) y las últimas en desaparecer (hasta la invasión turca del siglo xv). La extensión de la «herejía» —herejía para la Iglesia católica, claro está— fue francamente espectacular en Bulgaria (que es donde surgió el denominado «bogomilismo», porque fueron seguidores de un pope que se llamaba Bogomilo, palabra que significa «amigo de Dios»), el Asia Menor, Rumania, Croacia y, finalmente, Bosnia y Herzegovina, donde llegó a ser una auténtica religión del Estado, garante de los señores feudales en sus derechos y aliada suya contra los ejércitos húngaros.

—¿Croacia? ¿Bosnia? ¿Herzegovina? —me dije a mí mismo, recordando esos países que estuvieron en guerra, muy pocos años antes: Croacia en 1991, Bosnia

desde febrero de 1992 hasta el otoño de 1995. Mi instinto periodístico, que en aquel conflicto armado se había aguzado hasta el paroxismo, estaba en plena ebullición.

Resolví llamar a mi amigo Péire Berteaux, occitanista militante, periodista de *La Dépêche du Midi* y especializado en documentación: se trata de mi archivo particular, al que recurro cuando me falta un dato, una fecha, una breve síntesis sobre cualquier noticia de actualidad, próxima o remota.

—¿Péire? Hola, *gordo*, ¿cómo estás? —lo siento: yo le llamo así y él me llama *flaco*. En realidad, ni él es tan gordo, ni yo tan flaco, pero los apodos son así, no hay que darle vueltas.

—Pues, ya ves, dándole al teclado como un poseso. Más o menos como siempre...

—Quisiera hacerte algunas preguntas. Simple recordatorio para mi Irágil memoria.

—Guerra de Bosnia, 1992. ¿Puedes darme algunos datos básicos sobre las mayorías religiosas de los ciudadanos de los países en conflicto?

—Muy fácil, pero sólo puedo ofrecerte números redondos. Si pides mayores concreciones, tendrás que esperar. Croacia: 75 por ciento, católicos. Bosnia: 50 por ciento, musulmanes. Serbia: 65 por ciento, ortodoxos. Todo más o menos.

—Perfecto. ¿Tú sabes a qué se deben esas mayorías?

—¡Huy! Sería largo de explicar. Habría que remontarse hasta la Edad Media...

—Exacto. Gracias. Nada más...

—¿Cómo que...? ¿Nada más?

—Nada más, Péire. O, bueno, dame sólo dos últimas cifras. Balance final de la guerra de Bosnia y de la limpieza étnica consiguiente, en número de muertos y desplazados.

—Casi 300.000 muertos, la mitad musulmanes, y más de dos millones y medio de refugiados y desplazados, musulmanes en sus dos tercios.

—*Adeusiatz*, gordo. Eres una mina...

—A mandar, Julien. Cuídate mucho...

Pensé que nunca lograría quitarme aquella guerra de encima. A continuación leí en uno de los libros de historia que estaba manejando:

Los *krstjani* de Bosnia, puesto que así se les llamaba simplemente, se mantuvieron hasta la llegada de los turcos a mediados del siglo xv. Pero, siendo como eran una minoría religiosa en el seno del gran imperio otomano, no fueron reconocidos y permanecieron atrapados en la tenaza entre la Iglesia latina y la Iglesia griega. Herejes a los ojos de todo el mundo, aquellos eslavos se negaron a adherirse tanto a Roma como a Constantinopla y, más o menos forzados, se pasaron al islam. Sus lejanos descendientes son todavía

musulmanes y se hallan siempre expuestos a la venganza de sus vecinos católicos romanos, los croatas, u ortodoxos, los serbios.

Llegué a la conclusión de que pasan los siglos, pero hay cosas que siempre se repiten. Tal vez ahora comprendía un poquitín mejor todo lo que había sucedido en esa guerra tan reciente. Sorprendido por tan extrañas conexiones con nuestro propio mundo, abandoné las iglesias orientales del catarismo y me vine de nuevo a los territorios de la cristiandad occidental. Aquí, desde luego, también florecían las comunidades heréticas y supe que hubo cátaros en toda Europa, si bien arraigaron con mayor fuerza aquí mismo, más concretamente en el condado de Tolosa, el vizcondado de Carcasona, Béziers y Albi, el vizcondado de Narbona y el condado de Foix. En estos territorios, la herejía arrancó en el siglo XI y prosiguió hasta la tercera década del siglo XIV, unos trescientos años, más o menos... Perfecto.

Una breve e inoportuna llamada telefónica interrumpió mis pesquisas, y yo mismo me sorprendí de mi gesto de contrariedad. Después seguí adelante. ¿Dónde estábamos? Ah, sí, estaba a punto de hacerme una pregunta crucial: ¿y por qué «cátaros»? ¿Qué significa esta palabreja? Pues es muy sencillo: tradicionalmente se ha venido diciendo que procedía del griego *kátharos*, que quiere decir «puro», como si la palabra naciera con la época y con la aparición de ese fenómeno. Pero el libro que estaba consultando afirmaba que la raíz más probable era otra: al principio, en Renania, los grupos heréticos fueron conocidos bajo el nombre latino de *cati*, en alemán *ketter* y en francés *oii catiers*, es decir, «adoradores del diablo en forma de gato», o sea, «brujos». A partir de esa designación, el canónigo Eckbert von Schönau, tomando la palabra del catálogo de herejías de san Agustín, pasó a llamarles cátaros en sus *Sermones* (1163).

O sea, que nada de «puros», se trataba de una denominación insultante, que los propios cátaros jamás utilizaron: ellos se llamaban a sí mismos, simplemente, «cristianos», porque se consideraban los auténticos seguidores de Jesucristo. Por cierto, los habitantes de esta zona, mis antepasados de aquellos siglos remotos que más o menos flirtearon con la *herejía*, les llamaban, más cariñosamente, *bons homes* y *bonas donas*.

Así que, enriquecidos mis conocimientos por estas primeras consultas, tomé la sabia decisión de que no iba a seguir haciéndole el juego a la Inquisición y que procuraría denominarles preferentemente como lo hicieron mis ancestros: los *bons homes*. Decidí también que se lo diría a Isabelle, por cuanto no estaba nada seguro de que ni siquiera ella, que sabía tanto acerca de esta materia, tuviera la percepción exacta de que, denominándoles normalmente con la palabra «cátaros», en realidad no hacíamos otra cosa que caer en la trampa semántica que se habían propuesto sus enemigos y perseguidores.

Eran las once de la noche. Mis vecinos habían apagado ya la televisión y los niños del piso de arriba, que siempre la arman cuando estoy escribiendo mis crónicas para *Le Monde*, hacía un buen rato que se habían retirado a descansar. De modo que, para no pegarme un atracón el primer día, resolví aclarar sólo dos puntos antes de meterme en la cama. ¿Por qué esa disidencia religiosa arraigó más aquí, precisamente? Cuestión interesante, desde luego, por lo menos para mí y mis convecinos. Y, de un modo más genérico, ¿por qué surgió esa herejía, qué necesidad tenía la gente de aquellos tiempos de apartarse de la doctrina oficial católica y abrazar una nueva religión, por muy cristiana que fuera?

Saqué una cerveza de la nevera y empecé por buscar respuestas a la última pregunta. Según parece, y eso ya lo sabía yo desde hacía muchos años, la Iglesia católica, desde que se convirtió en una religión oficial, se alejó en muchos aspectos de la pureza originaria del mensaje de Jesús a medida que se transformaba cada vez más en un poder terrenal. En la época que nos ocupa, y muy a pesar de los esfuerzos de regeneración de la llamada reforma gregoriana, la Iglesia de Roma vivía en la opulencia y la disipación, sus jefes se comportaban como auténticos señores feudales y sus clérigos eran por lo general muy ignorantes, sin despreciar el hecho de que abrumaban al pueblo con el cobro de la décima parte de sus cosechas y del producto de la industria. Por lo demás, recaían constantemente en dos pecados recurrentes: vivían muy a menudo en concubinato permanente y traficaban con los bienes sagrados. Su descrédito entre el pueblo era, en ocasiones, muy fuerte.

No hay que ser muy listo para llegar a la conclusión de que todo ello había dejado un inmenso terreno yermo por el que pudieran campar a sus anchas aquellas doctrinas que fueran capaces de preconizar un retorno a la autenticidad de la doctrina evangélica. Por ejemplo, unas personas que, además de predicar las Sagradas Escrituras, se ganaran su subsistencia con sus propias manos —es decir, trabajando— y vivieran en todo momento de acuerdo con lo que predicaban, que es exactamente lo que, por lo visto, hacían los *bons homes*. Al fin y al cabo, ese mismo propósito de regeneración, más o menos, animaba a otros hombres que permanecieron en el seno de la Iglesia, como Francisco de Asís o Domingo de Guzmán, cuando crearon sus órdenes religiosas en aquellos mismos siglos.

Ataqué poco después, pero ya de madrugada y con la segunda cerveza en la mano, el primer interrogante: ¿por qué en esta parte de Occitania? La respuesta era más compleja y para mí ya no resultaba tan obvia. En esa época, según tuve ocasión de leer, el feudalismo dominante se tradujo en una fragmentación del poder político y en la renuncia, por parte del poder real o público, al ejercicio de algunas de sus facultades soberanas en muchos territorios. Por si fuera poco, las tierras de Occitania estaban políticamente muy fraccionadas y no habían podido, o no habían sabido,

vertebrarse en torno a un poder local fuerte, un emperador, como en Alemania, o un rey, como en Inglaterra, Francia, Aragón y Castilla.

Eran unos tiempos, asimismo, de desarrollo urbano, en los que se producía una tendencia a la concentración de población. Así pues, surgieron nuevos núcleos alrededor de alguna iglesia o de alguna fortificación y se produjo un crecimiento de los núcleos urbanos ya existentes, con la aparición de nuevos barrios o «burgos» en los que pronto se desarrolló una actividad artesanal y comercial muy dinámica. Unos tiempos de aumento demográfico, de intercambios económicos, de circulación de la moneda, de aparición de nuevos oficios, de relaciones mercantiles con tierras muy lejanas... Este cambio social y los contactos comerciales contribuyeron también a la propagación de nuevas ideas de todo tipo, en una sociedad muy permisiva y permeable, próspera, incluso refinada en las capas sociales más altas, aquellas en las que se extendió mayormente la labor de los trovadores y la práctica del llamado «amor cortés». Estos elementos, unidos a los temores que había despertado el paso del primer milenio en algunas capas religiosas cultivadas, propiciaron no sólo la aparición de la herejía, sino su arraigo en estas tierras occidentales...

Era una explicación compleja, ya se veía venir, pero plausible. Y el reloj de la pared, impertérrito, marcaba las tres de la madrugada. Finalmente, exhausto de tanto trabajar y muy satisfecho en mi interior por tan altos conocimientos adquiridos y por haber complacido los deseos de mi reciente y dulce musa —arqueóloga por más señas—, me tumbé en mi cama vacía y solitaria y me dormí profundamente.

CAPÍTULO 3

*De una cena memorable junto al río
y de un paseo a la luz de las estrellas*

Al día siguiente, me levanté un poco tarde y me olvidé por algún tiempo de los condes de Tolosa y de los *bons homes*. Tenía otras cosas que hacer. Vacíé mi correo electrónico, mandé un artículo a una revista médica de esas que encontramos en las salas de espera, fui a comer a casa de mi madre, a pocos kilómetros de Toulouse, y remití a París una breve crónica sobre una protesta vecinal que se opone enérgicamente a un ambicioso plan urbanístico de la Mairie. No me olvidé, en cambio, de la mujer morena que me impuso mis deberes: llamé, pues, al móvil de Isabelle —era una chica moderna que se había apuntado desde el primer día a aquel, por entonces, tan reciente artilugio— para concertar la cena prometida, pero tuve que contentarme con hablarle al contestador. Probablemente estuviera enfrascada quitando el polvo a algún pudridero de huesos o intentando descifrar alguna inscripción.

Sentía impaciencia por la cena con mi antigua compañera de instituto, pero no tanta todavía por los personajes históricos de la remota Edad Media. Así que, puestos a cultivar la primera de las dos pulsiones, hallé un momento para desempolvar las dos cajas enormes de cartón donde guardo mis fotografías. Desde hace muchos años, no tengo tiempo ni humor suficiente para ponerlas en álbumes, y envidio el orden meticuloso que algunos de mis amigos logran imponer en sus fotos y en sus vidas. No sabía exactamente lo que buscaba, pero esperaba que algún recuerdo estudiantil fuera tan amable de abandonar el anonimato de aquel montón caótico y se mostrara ante mis ojos con la frescura y la luz de mis dieciséis o diecisiete años.

Y así fue, en efecto, tras hurgar en la pila largo rato: salieron por fin dos fotografías del instituto en las que se nos ve a Isabelle y a mí, y no precisamente juntos. En la primera estamos todos los de la clase perfectamente alineados y formales para pasar como grupo a la posteridad. Nuestras caras serias y nuestros atuendos exageradamente modosos apenas dicen nada acerca de nuestra personalidad en formación. Desde luego, si por la foto hubiera sido, no hubiera perdido ni un minuto con Isabelle Rougé, porque sus rasgos son prácticamente tan lineales y borrosos como lo era su recuerdo en mi memoria.

La segunda foto era distinta. Estaba tomada en alguna salida campestre que tampoco consigo recordar y yo estoy haciendo el tonto como si imitara a algún cantante de moda o alguna otra excentricidad por el estilo. En un segundo plano, oh sorpresa, saca la cabeza una niña algo más desarrollada que sus compañeras de curso, una agraciada muchacha que, estúpido de mí, ya debiera haber llamado mi atención

en aquellos años juveniles: Isabelle aparece risueña, mostrando sus blanquísimos dientes y con un peinado totalmente pasado de moda que desmerece la nobleza de su frente y la finura de sus rasgos. Parece reírse con ganas de mis tonterías, pero lamentablemente yo, en aquella época, estaba mucho más pendiente de las muecas y del busto prominente de Marie-Henriette Donnedieu, una pecosa pelirroja a quien tampoco he vuelto a ver y que nos llevaba a todos de calle con sus insinuaciones y sus mohines zalameros.

Pensé que debía llevarme las dos fotos a la cena, porque Isabelle y yo teníamos derecho a darnos la correspondiente dosis de nostalgia, recordando compañeros y profesores que, en su inmensa mayoría, habían desaparecido de nuestra existencia y que, sin embargo, habrían hecho con sus vidas mil realidades y proyectos impensables. Y en esa nube vivía yo cuando llamó precisamente Isabelle para decirme que, en efecto, había estado todo el día peleándose con el polvo de la nueva galería del hotel Saint-Jean y no había mirado hasta entonces sus llamadas perdidas. Quedamos en vernos al cabo de dos días y me preguntó si ya estaba haciendo mis deberes. Le respondí que sí y que en las cuarenta y ocho horas que nos separaban de nuestra *primera* cena —así lo recalqué, aunque ella pareció no darse cuenta— habría hecho, seguro, enormes progresos.

—Así me gusta —replicó con cierto tono profesoral—. Te garantizo que muy pronto estarás tan obsesionado con este tema como pueda estarlo yo.

—Me resultará difícil situarme a tu altura —dije yo, modestamente.

—No creas, tengo fe en tus posibilidades, compañero —concluyó ella, y yo me sentí extrañamente halagado por lo que sin duda no era más que un cumplido.

—Entonces hasta el viernes —me despedí.

—Hasta el viernes, Julien, y que el Padre de los buenos espíritus te guarde —musitó ella.

—¿Cómo dices?

—Nada, nada, es una forma ritual de despedida de los cátaros. Ya verás como pronto sale en tus papeles y en tus libros...

De modo que guardé las fotos y dediqué la mañana siguiente, un día lluvioso que invitaba a chimenea cálida de hogar y a humo oloroso de pipa de calabaza real (yo, que no tengo lumbre en casa y hace más de tres años que no fumo), a perseguir la peripecia de esos pobres desgraciados de la *Gleisa de Dio* o de la *Sancta Gleisa*, como denominaban ellos mismos a su Iglesia. Por cierto, el asunto de los nombres tiene su miga, y ello me confirmó en mi sólida creencia de que el uso de las palabras nunca ha sido inocente, ni antes ni ahora, ni aquí ni en otra parte del mundo. Según parece, los cátaros y sus simpatizantes de estos lares, que denominaban a su propia Iglesia con apelativos amables como la Iglesia de los Amigos de Dios —lo cual nos

recuerda aquello de los «bogomilos»—, la Iglesia de los Buenos Cristianos o la Iglesia de los Bons Homes, no se andaban con remilgos a la hora de calificar a sus adversarios y perseguidores, de modo que designaban la Iglesia católica con los nombres de Gleisa Malignant Romana, la Iglesia Usurpadora, la Iglesia de los Lobos... Y la Iglesia de Roma, que se andaba todavía mucho menos con chiquitas, aparte de insultarles con lo de «cátaros», hablaba constantemente de los «herejes que, como los perros, se recrean en sus vómitos», de la «depravación» o de la «peste herética», de la «sinagoga de Satanás, madre de fornicación y basílica del diablo» y de otras mil lindezas que ahora sería prolijo referir.

Y puesto que las palabras no son en absoluto inocentes, descubrí un repertorio de motes que ahora sólo puedo enunciar. Resulta que a los herejes les llamaban patarinos en Italia, pifies en Flandes, texerants (tejedores) y bugres (por «búlgaros») en el reino de Francia, *bons homes*, bonas donas en el Languedoc, públicanos en la Champaña y en Borgoña, etc. Y las crónicas y los documentos originarios franceses les designaban asimismo con el nombre de albigenses, en alusión a la ciudad de Albi, que está a ochenta kilómetros al norte de aquí y tiene un barrio medieval deslumbrante.

De pronto me asaltó una duda metodológica que debiera haber llamado mi atención muchísimo antes. A ver, todo esto, ¿de dónde sale? Es decir, ¿cómo lo sabemos? Y la primera duda se acompañó muy pronto de una sospecha: ¿no será que todo este tinglado del catarismo se ha hinchado por motivos más o menos espurios? Por ejemplo, por intereses económicos, por mencionar el caso más corriente de la historia. A fin de cuentas, nuestros vecinos del departamento del Aude, que tiene por capital Carcasona, se inventaron hace una veintena de años la marca Pays Cathare con el objeto de promover económicamente su región, y hoy esa etiqueta aparece denominando las cosas más insospechadas, desde un vino o un queso hasta una tintorería o una empresa de pompas fúnebres, que eso lo he visto yo mismo con estos ojos que se habrá de tragar la tierra. Todavía recuerdo el escándalo y el enfado que provocó en algunos medios tolosanos la apropiación para el turismo de una marca histórica que, por circunscribirse inicialmente al departamento del Aude, dejaba fuera de sus límites el castillo de Montsegur (que pertenece al Ariège) y todo nuestro territorio...

Así que ¿cuáles eran los fundamentos de toda aquella historia? ¿Cuáles eran las *fuentes*, tal como lo diría un profesor al inicio de la exposición de su asignatura? A eso dediqué en seguida una parte de mi precioso tiempo, en perjuicio de otras actividades más lucrativas o incluso divertidas. Los expertos, sin embargo, me esperaban con sus argumentos al cabo de la calle y me abrumaron de inmediato con un lote de documentación tan completo que les permitía afirmar, tan tranquilamente, que el catarismo era la herejía medieval mejor conocida. Ahí va.

En primer lugar, como es lógico, tenemos los textos procedentes de los propios

cátaros que han sobrevivido a la represión de la que fueron objeto: tres rituales, un tratado anónimo, unos breves tratados de teología agrupados bajo el nombre de *Liber de duobus principiis* («Libro de los dos principios») y un Evangelio apócrifo de origen bogomilo.

En segundo lugar, la gran cantidad de declaraciones efectuadas por personas sospechosas de herejía ante los tribunales de la Inquisición durante los siglos XIII y XIV. Se conservan, ni más ni menos, ¡hasta seis mil y pico! Sin embargo, hay que leerlas con cuidado, puesto que se trata de manifestaciones muy condicionadas.

En tercer lugar, se conservan las crónicas, cartas, sumas y obras de refutación elaboradas por los polemistas católicos con la intención de contradecir y desacreditar los principios doctrinales del catarismo. Algunos dicen, incluso, que fueron esos textos y esos autores los que, con su afán de describir y refutar al monstruo que querían destruir, acabaron dándole una magnitud, una unidad y una dimensión que jamás llegó a tener en realidad. En cualquier caso, sostienen los especialistas que, por su propio carácter, esos papeles católicos deben ser contrastados entre sí y con otras fuentes para poder tenerlos en cuenta.

Por último, y en cuarto lugar, están naturalmente las fuentes escritas relativas a la cruzada contra los albigenses (es decir, contra los *bons bornes*). Son tres: dos crónicas totalmente favorables a la cruzada y escritas por clérigos católicos, y un gran texto poético al que tengo en alta estima, porque algo me contaron acerca de él en la escuela y porque yo mismo he recitado fragmentos del mismo, en público y con trémula voz, como homenaje a esta lengua nuestra occitana que se encuentra en trance de desaparición. Me refiero, claro está, a la *Cansó de la Crozada*, escrita efectivamente en la lengua de oc e integrada por unos 9.600 versos. La primera parte se atribuye al clérigo navarro Guillermo de Tudela, favorable a la cruzada; la segunda, mejor escrita y entusiasta a favor de los condes de Tolosa, es de un anónimo tolosano.

Esas son las fuentes. Visto el panorama, tuve que convenir que resultaba bastante apabullante, de modo que liberé de inmediato a mis vecinos del Aude y de Carcasona de toda sospecha de invención interesada. Dicho sea esto en la intimidad de estos papeles, claro está, porque si Isabelle llegara a enterarse de que puse en la más mínima duda la veracidad de la historia del catarismo, me anulaba la cena, me dejaba sin primicia informativa y, lo que es peor, desaparecía de mi vida otra vez. Así que me alegré por ella, y por mí, naturalmente...

Transcurrió otro día sin ninguna prisa y, por fin, media hora antes de la cita convenida con mi arqueóloga, me presenté, ampliamente pertrechado de conocimientos, en el restaurante que yo mismo había elegido.

Se trataba de un local situado en un magnífico caserón de estilo colonial del siglo XIX, junto al Garona, con una estupenda terraza suspendida sobre el río. Su dueño y *chef* al mismo tiempo, Max Constans, era un viejo amigo mío que, junto con otras personas tan ilusas y tan avisgadas como él, militaba en la causa cada vez más triunfante de devolver el río a la ciudad, de modo que el Garona no fuera tan sólo el lugar insalubre y remoto de los *abattoirs* (mataderos), de los almacenes frigoríficos o de los rincones desiertos y oscuros. Max fue, por consiguiente, uno de los que se apuntaron con entusiasmo a la campaña municipal de «Garonne, les retrouvailles» que había cambiado rotundamente el paisaje fluvial en poco más de diez años: así se puso fin a aquel aserto hasta poco antes tan repetido y tan exacto de que los tolosanos habían utilizado el río durante siglos, habían bebido su agua o habían lavado en él su ropa sucia, pero siempre le habían dado la espalda.

Max se presentó de inmediato en mi mesa. Como siempre, me había reservado la mejor, aquella desde la que muy pronto se distinguirían a lo lejos las luces que iluminaban el pont de l'Embouchure y que se reflejaban en el agua.

—Hombre, Julien, me alegro de verte de nuevo por aquí, amigo mío.

—Max, *mon camarade*, hoy tengo que pedirte un favor.

—Ah, estupendo, nada me complacería más que poderlo cumplir.

—Mira, esta noche es especial para mí y todo tiene que salir a pedir de boca, ¿entiendes?

—No sé, por lo que a mí respecta procuraré estar a la altura, no te preocupes.

—Es que he invitado a una mujer extraordinaria a cenar y no le puedo fallar en modo alguno, ¿vale?

—Deduje en seguida que se trataba de una mujer y, desde luego, tratándose de ti, supuse también que tenía que ser extraordinaria.

—No te rías, Max. Hazme un favor: en cuanto llegue, acompáñala hasta aquí como a una reina y luego danos de comer una cena exquisita y el mejor vino de tu bodega.

—Así será, Julien. Cuenta conmigo.

Isabelle llegó con la puntualidad de un reloj suizo, ataviada con un vestido de flores amarillas que le daba un aspecto impresionante y juvenil. La probable arqueóloga de mono azul y polvoriento, con el pelo alborotado y unas gafas enormes —así podía yo haberla imaginado en mi delirio—, se había transformado por la noche en una mujer elegantísima que me dedicaba una sonrisa encantadora y me estampaba dos cariñosos besos en la mejilla que yo ya no querría borrar nunca jamás.

—Hueles muy bien, como siempre —le dije yo, con mi franqueza habitual—. Y estás guapísima, ¿sabes?

—Tú tampoco estás mal, periodista... Me gusta este lugar.

—Pertenece a un viejo amigo mío, que además cocina estupendamente, ya lo

verás —y aquí le solté la teoría de la recuperación del río y que si la limpieza de las riberas, el acondicionamiento del puerto de la Dorade, la instalación de pontones, la conversión de los viejos *abattoirs* en museo de arte contemporáneo y todas esas cosas que ella conocía tan bien como yo.

Isabelle estaba entusiasmada. Aquella misma tarde habían identificado una de las dos pinturas de la galería como una figura del apóstol Santiago —los trabajos de limpieza habían sacado a la luz unas emblemáticas conchas y un inequívoco chambergo— y habían hallado una inscripción pintada tardíamente sobre una placa de mármol, cuyas primeras líneas, algo borradas, estaban dedicadas a un tal «P de Tolose, Chevalier». Por otra parte, el trabajo de los restauradores había sacado igualmente unos espléndidos colores naturales a unos ángeles en busto situados detrás de un parapeto en trampantojo que se intercalaban entre los modillones de la cornisa... Todo iba sobre ruedas.

—Se acerca el día de dar a conocer todo eso, Julien, y estoy un poco asustada.

—¿Por qué?

—Pues porque nos obligarán a abrir los dos sarcófagos en presencia de una multitud de notables encabezada por los políticos y la prensa y, en realidad, nadie sabe a ciencia cierta qué es lo que nos vamos a encontrar.

—Bueno, tú dijiste que...

—Dije que existía alguna posibilidad de que se tratara de la tumba de Raimundo VI, pero eso está por ver. ¿Y si no fuera cierto?

—No pasa nada. Si fuera cierto, sería una locura, desde luego. Y si no fueran los restos del Viejo, pues algo encontraríais de interés, ¿no crees?

—Sí, pero la gente es muy simple y todo lo que no sean los huesos y los despojos de un conde les va a parecer algo de insignificante valor...

—Mira, Isabelle, aún estamos a tiempo de no publicar nada y esperar a ver lo que sale, sin desmesuradas expectativas.

—No, no podemos silenciar a los responsables de los trabajos de rehabilitación del antiguo priorato los pasos que hemos seguido hasta ahora y las razonables posibilidades que todavía nos aguardan.

—Pues entonces no habrá otro remedio que esperar a ver lo que sale. No sufras, le contaremos los prolegómenos al público con todas las precauciones del mundo.

Isabelle, que no era tonta, sabía que esto no iba a servir de mucho. La simple mención del conde excomulgado concitaría una expectación sin límites.

—Bueno, comamos, que esto tiene una pinta estupenda —dijo ella con un tono resuelto—. Por favor, ¿me acercas la salsa?

Seguimos hablando durante un rato de las excavaciones y de los trabajos de restauración. Habiendo dado cumplida cuenta de un entrante, ambos nos dejamos

aconsejar por Max, si bien con resultados distintos: ella optó por un *fricassé de homard aux poireaux et asperges* y yo, menos sutil, por un *piéd de cochon désossé et farci au parfum de truffes*. A continuación, y apoyándome en tan espléndida oferta gastronómica, procuré, sibilinamente, desviar nuestra conversación hacia el instituto y, en cuanto se terció, saqué de mi chaqueta las dos fotografías. Ella recordaba la primera, la del grupo, pero no la segunda, en la que se nos ve mucho mejor, y a la luz del atardecer pareció sonrojarse levemente. Dijo que algún día me traería su álbum del instituto, y es que, claro, faltaría más, ella sí era una de esas personas ordenadas con sus fotos.

Nuestros recuerdos nos llevaron casi hasta la hora del café, porque Isabelle tenía buena memoria y había seguido el rastro de una parte notable de nuestros antiguos compañeros y profesores mucho mejor que yo, que siempre he sido un poco despegado. Nos reímos con ganas, apuramos las copas rellenas con un excelente burdeos y llegamos al final a una pregunta que una chica tan cumplidora como ella no iba a pasar por alto, ni mucho menos.

—Bueno, ¿cómo tenemos el tema de los cátaros? ¿Has hecho muchos progresos?

—He trabajado bastante, Isabelle, y creo que ya estaría en condiciones de superar una primera prueba.

—No me tientes, Julien, que todavía te queda mucho trecho por recorrer.

—Lo sé, lo sé, pero ya le he cogido el gusto a esa historia. Incluso me parece mentira haber vivido tantos años en Toulouse sin saber apenas nada de esa gente.

—Te lo dije, este tema engancha de una forma poderosa. No, no te voy a preguntar, estoy contenta de que seas tan amable conmigo y te intereses por algo que me interesa tanto a mí.

—No, te lo digo en serio, resulta fascinante —le aseguré sin exagerar apenas. Lo cierto es que, en aquellos momentos, yo ya no sabía hasta dónde me interesaba aquella historia de condes y herejes por sí misma o hasta dónde me interesaba interesarme por ella.

Seguimos hablando sin parar, contrastando datos, aclarando algunas dudas. Max nos ofreció al final un *marc de champagne* delicioso y la noche se puso maravillosamente tierna y apacible. Yo estaba encantado con aquella mujer y ella no parecía estar en absoluto a disgusto. Todo muy incipiente, muy formal todavía, pero francamente halagüeño para mí. Por una vez, parecía controlar mi inveterada tendencia a precipitar las cosas, a preguntar demasiado, a contar intimidades impropias de aquel segundo encuentro...

Cuando salimos de la casa colonial, nos dimos una vuelta por el puente y, como si se tratara de una película con final feliz, incluso las estrellas se dignaron hacer acto de presencia. Siempre por la orilla sur del Garona, dimos una larga caminata por el

bulevar Richard Wagner hasta cruzar el Pont Neuf y adentrarnos de regreso en el casco viejo. Los pasos de Isabelle se dirigían, como siguiendo un reflejo automático, hacia la Rué de la Dalbade, porque allí se encontraba el mágico lugar de su descubrimiento reciente. Sin embargo, sólo avistamos la fachada neoclásica del antiguo priorato de los hospitalarios, el hotel Saint-Jean, y ella me dijo entonces con un semblante casi trascendente:

—Quería que lo vieras. Pero no vamos a entrar; incluso contigo, me asustaría la oscuridad de la noche en un edificio tan destartado.

Y yo le respondí, cortésmente:

—No te preocupes. Quedan muchos días con luz natural para que me lo puedas enseñar... Me gusta saber dónde trabajas, me gusta comprobar en qué lugar concreto se halla un edificio tan importante para ti.

Ella se colgó entonces de mi brazo, se abrochó la chaquetilla de punto que se había puesto por encima del vestido floreado y me pidió que la acompañara hasta su casa. Estaba cansada y, según me dijo, había bebido algo más de lo que tenía por costumbre. Vivía en un ático, en una calle estrecha de la antigua *ciutat* medieval, no muy lejos del convento de los Jacobinos donde habíamos estado el primer día de nuestro reencuentro. Ya cerca del portal, nos sentamos un buen rato todavía en un saliente de los bajos de la casa de enfrente, sintiendo el fresco que empezaba a calarnos los huesos, pero nos daba absolutamente igual. Entonces ella dijo:

—El otro día, cuando estuvimos frente a los Jacobinos y hablamos de los dominicos y los cátaros, me quedé con las ganas de explicarte una historia tremenda que tiene que ver con todos ellos y que sucedió en una de las calles con las que limita el convento, la Rué Romiguières. La escribió, naturalmente en latín, Guilhem Pelhisson, un cronista inquisidor tolosano. Lo hizo en alabanza y gloria de Dios Todopoderoso, de la Santísima Virgen y de santo Domingo, su padre fundador, y de toda la corte celestial. Y la redactó sin que, aparentemente, se apercebiera de lo horrible que resultaría su relato a los ojos de los tolosanos de los siglos venideros...

Yo estaba silencioso y sosegado, dispuesto a lo que fuera: a escuchar una última historia espantosa antes de irnos cada uno a su propia cama o incluso a besarla arrebatadamente y pedirle que me dejara subir hasta su casa. El cielo protector que se divisaba entre los altos de los edificios de la calle permitía vislumbrar todavía alguna que otra estrella. Entonces ella prosiguió:

—Esa calle se llamaba antes l'Olmet Sec y a ella daba, entonces como hoy, la parte trasera del convento...

Yo, claro, la escuchaba embelesado.

CAPÍTULO 4

*De una historia espeluznante
y de unos coloquios entre cátaros y católicos*

Isabelle se recostó en su precario asiento y, con rostro grave y severo, comenzó lentamente su relato.

—Fue en 1234, cuando la Inquisición llevaba apenas dos o tres años en funcionamiento y santo Domingo de Guzmán acababa de ser canonizado. Su cuerpo, exhumado, se hallaba expuesto a la devoción de los fieles católicos, porque ya se sabe que los restos mortales de los santos producen milagros y exhalan, tan pronto como se muestran al exterior, un agradable perfume...

No pude menos que observar la cara de Isabelle, porque me pareció que su tono rezumaba una ligera sorna. En efecto, me miró de soslayo con una leve sonrisa y aclaró:

—Sí, no te sorprendas: la tradición de que los cuerpos de las personas que han vivido en santidad exhalan un aroma muy agradable parece remontarse a los funerales de Policarpo de Esmirna, en el año 155. Y el acta de su martirio, por cierto en la hoguera, habla de que un olor como de incienso y de mirra, o de algún exquisito ungüento, disipaba el mal olor que producían las llamas en su cuerpo...

—Pero cuántas cosas sabes, Isabelle...

Ella se rió abiertamente y, a continuación, recuperando la gravedad de su rostro, prosiguió:

—No nos desviemos... Aquel día era la fiesta del santo fundador y, por primera vez, el obispo católico de Tolosa, Raimon de Miramont, celebró solemnemente la misa en la casa de los frailes predicadores, también llamados dominicos. Terminado el oficio divino, todos se lavaron las manos y se dispusieron a comer en el refectorio conventual.

Pero antes de que entraran en la sala, alguien les avisó de que unos clérigos cataros habían acudido a una casa próxima de la calle de l'Olmet Sec para administrar a una mujer moribunda el sacramento de su fe. De modo que, llevados por su ardiente celo apostólico, decidieron posponer la comida y se presentaron en casa de Peitaví Borsier, un hombre acomodado que durante mucho tiempo había sido el agente general de los *bons homes* en Toulouse.

—Perdona, Isabelle, no quisiera interrumpirte, pero ¿qué es eso de un agente general?

—Los documentos inquisitoriales llaman así, *nuntius*, a los creyentes que se encargaban de recoger y administrar los donativos y legados de los fieles, de efectuar los cambios de moneda, de procurar la visita de los *perfectos* a la cabecera de los

moribundos y por consiguiente de conocer su escondite, etc.

—¿*Perfectos* has dicho?

—Sí, *perfectos*. Es decir, herejes «consumados». Es la palabra con la que los inquisidores designaban a los cátaros, o sea, a los que habían recibido el sacramento de ordenación y eran plenamente miembros de la Iglesia.

—Sí, sí, lo he leído en alguna parte. Perdona, procuraré no interrumpirte demasiado...

—No pasa nada, Julien, pregunta cuanto quieras. ¿Dónde estaba? Ah, sí, pues resulta que, en efecto, la suegra de Peitaví Borsier estaba gravemente enferma, afectada por unas fiebres malignas. Entonces alguien le anunció que el señor obispo estaba a punto de llegar. Y el señor obispo se sentó junto a su lecho y empezó a hablarle acerca del desprecio del mundo y de las cosas terrenales. Y le dijo que, a partir de ese momento, ya no debía preocuparse por su pobre vida y que debía permanecer fiel a sus creencias y a su corazón, sin confesar otra cosa distinta por miedo a morir. Y la pobre mujer, que estaba segura de hallarse frente a un obispo de su Iglesia, le replicó que, en efecto, así lo había creído siempre y que no modificaría para nada sus convicciones por intentar salvar su pobre y minúscula vida. Entonces, el obispo cambió de tono y le dijo que sabía que era una hereje impenitente y que debía abandonar su fe y regresar a la fe católica, porque él era el obispo de Tolosa y así se lo ordenaba. La mujer, sin embargo, hizo caso omiso de cuanto había escuchado y, en palabras del cronista, perseveró más aún en su obstinación herética. De modo que el señor obispo, tras haber convocado a su presencia al veguer de Tolosa, la condenó allí mismo como hereje en virtud de Jesucristo. Y el veguer la hizo llevar, metida en la misma cama en la que estaba tumbada, hasta una hoguera que prepararon de inmediato en el Prat del Comte, y allí, tal cual, la quemaron.

Isabelle se interrumpió sombríamente. Yo levanté la cabeza, pero no dije palabra. Ella me miró a los ojos y añadió:

—Espera, que el cronista sigue todavía. A continuación el obispo y su séquito regresaron al refectorio y comieron con gran alborozo, dando gracias a Dios y a santo Domingo. Y así lo obró el Señor en la primera fiesta del santo, a mayor gloria y alabanza de su nombre y de su sirviente, Domingo de Guzmán, para la exaltación de la fe y el sometimiento de los herejes y de todas sus creencias. De esa forma lo cuenta Guilhem Pelhisson, casi textualmente.

—Menuda historia...

—Existe una pequeña obra de teatro de Zoé Oldenbourg, escrita en 1983 y titulada precisamente *L'éveque et la vieille dame ou La belle-mere de Peytavi Borsier* que alguien debería reponer, algún día, en Toulouse, ¿no te parece?

—Pues sí, pero ¿por qué me cuentas todo esto, aquí, esta noche?

—Porque esa historia se produjo aquí mismo, Julien, a dos pasos de mi casa, y

porque, ya te lo he dicho, me quedé con las ganas el otro día, y porque quería que supieras cómo se las gastaban los inquisidores...

—Comprendo... —acerté a decir entonces.

Seguimos hablando un buen rato todavía, hasta que el cuerpo se quejó de nuestra incómoda postura y nos dimos cuenta de que nos estábamos pelando de frío. Y fue entonces cuando abandoné toda la circunspección que me había acompañado aquella noche y determiné tantear un poco más el terreno.

—¿Vives sola, Isabelle?

—No —respondió, sin sorprenderse en absoluto, y yo me asusté por un instante, al saberla acompañada en su vivienda—. Estoy con una prima de Castres de dieciocho años que está estudiando en la universidad.

—Ah... —exhalé aliviado y, de repente, casi mudo.

—Puedes seguir preguntando, Julien, no tengo nada que ocultarte.

—¿Existe algún hombre en tu vida, Isabelle?

—No, actualmente no. Estuve casada varios años, pero aquello fue un infierno y terminó. Ahora vivo tranquila y no tengo prisa alguna. Me apasiona mi trabajo, ya lo has podido comprobar, y por suerte no me falta un puñado de amigos de verdad.

—¿No tuvisteis hijos?

—No, afortunadamente no...

Guardé silencio unos segundos. Pero seguía ignorando demasiadas cosas de aquella muchacha que se había colado de rondón en mi vida. Así que me atreví un poco más...

—¿Tienes familia en Toulouse?

—Pues no, todos nosotros procedemos de Verfeil, en occitano Verfuélh, un pueblo de unos 2.500 habitantes que está a una veintena de kilómetros al este de aquí...

—Sí, sé perfectamente de qué pueblo me hablas...

—Tal vez te parezca un lugar muy poco interesante, pero allí nací yo, allí viven mis padres y mis dos hermanos y allí sigo escapándome cuando esta ruidosa ciudad me agobia demasiado. Hoy es un pueblo muy tranquilo, apenas conocido, pero en la Edad Media era una plaza importante, hasta el extremo de que se dice que allí vivían más de cincuenta caballeros...

—Pues, la verdad, no es esa la imagen que conservo tras haber estado allí un par de veces...

—No, claro, como no sabrás tampoco que fue un *castrum* de notable implantación cántara...

¡Por Dios, Isabelle, tú ya no sabes cómo volver una y otra vez al mismo tema!

—Lo siento por ti, Julien, estás rodeado, no podrás escapar. Por mucho que hayas

querido evitarlo durante tantos años, esta tierra que te vio nacer huele a hereje sólo con levantar un poco el polvo de la historia...

—¡Pero tu propio pueblo también...!

—Sí, amigo, así es. Y que conste que yo no tengo nada que ver...

—Bueno, ¿y por qué es tan importante Verfeil para el catarismo?

—Te lo diré. De entrada, tienes que saber que, a mediados del siglo XII y por indicación del papa, Bernardo de Claraval estuvo allí —sí, en Verfeil— para contribuir a apagar la «depravación herética» y se dispuso a predicar en la iglesia del pueblo, empezando por una crítica a los nobles del lugar. Entonces estos se levantaron todos al mismo tiempo y salieron a la calle, gesto que los demás asistentes secundaron al instante. De modo que Bernardo les siguió hasta la plaza para decirles que había venido a predicarles en el santo nombre de Dios. Inmediatamente, todos se encerraron en sus casas y, cuando se apercibieron de que insistía en predicar a unos pocos que quedaban, se pusieron a golpear puertas y ventanas para ahogar las palabras del abad de Claraval. Lleno de ira, Bernardo se sacudió ostensiblemente el polvo de los sandalias siguiendo el consejo evangélico y abandonó el pueblo de inmediato, no sin antes maldecirlo de forma solemne: «Verfuélh [literalmente, *viride folium*, «hoja verde»], ¡que Dios te seque!». En el futuro, si alguna vez el santo reformador cisterciense tuvo que referirse a mi pueblo, jamás lo mencionó con su verdadero nombre: siempre utilizó el seudónimo de *sedes Satanae*, es decir, sede de Satanás...

—Caramba, Isabelle, ahora comienzo a entender tu fijación por este tema...

—Hay más todavía, no creas. En el año 1207, Verfeil fue la sede de una de esas «disputas teológicas» entre católicos y cátaros que la Iglesia de Roma aceptó como forma de combatir la herejía antes de recurrir a medios directamente violentos.

—No sé de qué me hablas.

—Sí, intenta imaginártelo. Se reúnen en la iglesia o en la plaza del pueblo todos los habitantes del lugar, presididos por el señor feudal correspondiente. A uno y otro lado, dos o tres representantes de cada una de las dos Iglesias. A continuación, empieza el debate y los pacíficos contrincantes defienden la bondad de sus doctrinas respectivas: cada uno esgrime sus citas bíblicas o sus argumentos teológicos como su Dios le da a entender. En el caso de Verfeil, fueron, por el bando católico, el obispo de Osma, Diego de Azevedo —por entonces el superior de Domingo de Guzmán— y, por el bando cátaro, los *perfectos* Pons Jordán y Arnau Arrufat. La controversia se centró básicamente en la naturaleza divina o humana de Cristo. Concluido el debate, que en algunos casos llegaba a durar una semana, o incluso más, el señor de la plaza determinaba quién resultaba vencedor del combate dialéctico y la gente se pasaba en masa a la doctrina que había resultado triunfante en buena lid.

—Pues no está mal como sistema...

—¡Ojalá la Iglesia católica hubiese seguido siempre con ese talante! Piensa que hubo otros coloquios del mismo estilo: Carcasona, Servian, Montreal, Pamiers... Pero lo cierto es que, como método de conversión masiva, no resultaba nada práctico porque, si los clérigos católicos estaban bien pertrechados de argumentos doctrinales, los cátaros no les iban a la zaga en absoluto. De modo que aquello que un día resultaba positivo y suponía el retorno de algunos centenares de ovejas descarriadas, otro día ofrecía un resultado contrario. Por eso, la jerarquía católica se cansó pronto de ese sistema y buscó medios más expeditivos...

—Bueno, pero en el caso de Verfeil, ¿quién resultó vencedor?

—Aquí la *disputatio* terminó en tablas: nadie se llevó la victoria y los habitantes del pueblo siguieron apostando por su antigua creencia herética.

—Claro, y después viniste tú, al cabo de los siglos, para seguir batallando por la causa... —concluí yo, zanjando la cuestión.

Mis preguntas se habían deslizado hacia un terreno que, aun interesándome mucho, se apartaba de lo que más me convenía. Ardía en deseos de seguir preguntando a Isabelle muchas cosas de su vida, de someterla a un interrogatorio implacable y exhaustivo, de inquirir mayores detalles acerca de aquella historia sentimental tan dolorosa a la que había aludido, pero supe contenerme. Y ella, mucho más discreta y prudente que yo, no me hizo ninguna pregunta, cuando en realidad yo me moría por abrirle mi corazón de par en par y por contarle que vivo miserablemente solo, que nunca estuve casado, que he tenido mil historias que siempre terminaron mal, que las mujeres entran y salen de mi vida dejando tras de sí alguna que otra magulladura que procuro olvidar cuanto antes. Pero no preguntó, y yo me quedé con las respuestas abrasándome en la boca.

Así llegamos al momento siempre complicado en estos casos, el de la despedida frente al portal de la casa donde vive la mujer de nuestros sueños. Pero Isabelle la resolvió con gran elegancia, dándome un casto beso en los labios y añadiendo:

—Buenas noches, Julien. Ha sido una noche maravillosa, te lo juro...

Y eso fue todo aquel día de mi segunda cita con la mujer de Verfeil. ¿Será necesario que añada que aquella noche me costó dormir?

El día siguiente era sábado y, por más que mi cabeza no dejara de pensar en todos los detalles de la víspera, me sometí de buena gana a mis obligaciones semanales. Antes, sin embargo, mandé un buqué de flores silvestres a Isabelle, con una tarjeta que decía: «Gracias por la velada. Bendigo los presuntos restos de Raimundo que me han devuelto a mi antigua compañera de instituto. Un bisou». Ella me llamó después por teléfono y agradeció el detalle, aunque colgó con prontitud. Y yo, sin perder un solo instante, empecé mi loca carrera sabatina: estuve en el súper, llené hasta los topes la nevera y la despensa, pasé cuentas con el banco, leí mi comentario semanal de

actualidad en una radio local y comí con mis amigos de la peña.

Por la tarde, acudí como de costumbre a ver las novedades literarias de mi querida librería Privat, en la Rué des Arts, y, como no podía ser menos, salí cargado con un par de novelas, un ensayo sobre los efectos de la globalización y un montón de libros sobre el catarismo, entre los cuales estaban los títulos básicos e imprescindibles de los Duvernoy, Brenon, Roquebert, etc., que todavía me faltaban, así como varios números sueltos de *Heresis*, la revista del Centre d'Études Cathares de Carcasona. Y, desde luego, a las ocho menos cuarto en punto de la noche, después de comer algo en el bistrot de la esquina, me presenté, ataviado con mi bufanda rojinegra y con mi incondicional apoyo de *supporter*, en el campo de los Sept-Deniers, para asistir al partido de rugby del Stade Toulousain en la competición del Top 16. Ese día jugamos contra el Bourgoin, que nos adelantaba dos lugares en la clasificación, pero conseguimos derrotarle por un claro 25-12. Aun así, todos mis compañeros de palco y yo mismo convinimos en reconocer que este año nuestros quince no estaban tan finos como antes y que iba a ser harto difícil revalidar el resonante triunfo en la Copa de Europa que habíamos obtenido un par de temporadas antes...

Cumplidas las sagradas obligaciones de cualquier sábado que se preciara en mi vida de entonces, siempre tan rutinaria, me recosté en el sofá con mi botella de cerveza dispuesto a leer algún artículo de *Heresis* que pudiera interesarme y topé, por cierto, con una vieja conocida que años atrás había conseguido fascinarme y cuya música me sigue acompañando muy a menudo todavía. Me refiero a Hildegard von Bingen, la abadesa alemana benedictina del siglo XII a la que tantas feministas adoran por su notabilísima personalidad y que tantas visiones místicas y delirantes tuvo a lo largo de su vida.

Pues bien, resulta que también Hildegard tuvo que meterse con los cátaros: según un artículo de una profesora americana, tuvo visiones acerca de ellos y publicó cuatro textos cargados de imágenes brillantes y apocalípticas, en los que no faltaban tampoco alusiones clarísimas a la corrupción y al laxismo de los sacerdotes católicos. Según parece, esas visiones tuvieron su origen en el impacto causado en 1163 por la detención y muerte en la hoguera, en Colonia, de una docena de herejes de Handes que, tras ejecutar los ritos de la bendición del pan y de la imposición de las manos, se arrojaron tranquilamente a las llamas. Y, como suele ocurrirme, una cosa llevó a la otra, de modo que me obsesioné absurdamente en dar con la memorable fecha de la primera hoguera conocida en la historia de la cristiandad. Y la hallé, faltaría más: año 1022, en Orleans, una docena de canónigos heréticos...

Abstraído en tan místicos placeres, me dormí en el mismo sofá de mi casa, no sin antes pensar que tenía que regalarle a Isabelle un compacto con la música de mi ex amiga, y sin embargo mujer fascinante, Hildegard.

El domingo se levantó alicaído y neblinoso, hasta tal punto que estuvo en un tris de hacerme desistir de la sana costumbre de mi carrera matutina. Pero se notó de inmediato que una mujer rondaba por mi vida, por cuanto fui capaz de sobreponerme y pensar que debía poner todo lo que estuviera en mi mano para estar en forma y seguir combatiendo tenazmente contra la insidiosa barriga que me estaba amenazando. De modo que me pegué casi una hora sudando a chorros en un circuito de jogging, como si me fuera la vida en ello. Y no recuerdo nada más de ese domingo más bien soso sin la presencia luminosa de Isabelle, salvo que por la tarde estuve en una iglesia del extrarradio en la que mi sobrina Jordane —el auténtico orgullo de toda la familia— actuaba con su cuarteto de cuerda, dándole soberbiamente, como siempre, a la viola. Y sé que, al final del concierto, tuvimos con mi madre y con mi hermana una conversación más o menos del siguiente tenor:

—Hola, hijo, no sé, te veo un poco ojeroso esta tarde. ¿Duermes bien, cariño? O, mejor dicho, ¿duermes todas las horas que debieras?

—Sí, mamá, duermo muy bien. Y tú, por cierto, me he estado fijando un buen rato y te has dado un hartón de llorar. Deberías contenerte...

—Ay, hijo, ya lo sé. Ya me gustaría. Pero cuando veo a la niña tocando no puedo evitarlo. Es tan adorable...

—Claro que sí, mamá, pues llora cuanto te plazca... Ah, y a ti, Jacqueline, hermanita, habrá que traerte un babero, que no cabes en ti escuchando a tu hija...

—Sí, sí, tú disimula, como si yo no hubiera visto tu cara...

—Pero por lo menos yo procuro dominarme... Por cierto, dale un beso muy fuerte a Jordane de mi parte, tengo prisa y no puedo esperar a que salgan.

—Se lo daré, Julien, márchate tranquilo... Mamá, mamá, tú no te vayas, ¡espera, mujer!...

Así, con entrañables asuntos de familia y con una película negrísima por la televisión, finalizó aquel domingo de marzo, la víspera exacta de un lunes prometedor en el que me aguardaba un compromiso profesional de primera magnitud.

CAPÍTULO 5

De una selecta reunión de periodistas y de una cita cultural

Unas pocas semanas antes, el director de mi diario me había llamado personalmente porque quería organizar un encuentro de todos los corresponsales de *Le Monde* en el Midi y había pensado en la zona de Toulouse. Se trataría de una reunión de un solo día —«para conocernos mejor y unificar nuestros criterios», me dijo— y me propuso que buscara un lugar situado en las afueras de la ciudad en el que pudiéramos estar tranquilos y, desde luego, comer lo mejor posible.

Yo estuve contentísimo con la cita y con el encargo. Y no me resultó nada difícil encontrar el lugar que mis jefes deseaban: un precioso hotelito situado en Saint-Félix-Lauragais, un pueblo encantador que se encuentra a unos cuarenta kilómetros de Toulouse, al pie de la autopista y del Canal du Midi. El hotel tenía diez habitaciones —por si alguno de los asistentes quería hospedarse allí— y había sido construido en un antiguo albergue que había desempeñado las funciones de báscula pública en una vieja *bastide* del siglo XIII. Por último, la cocina del hotel, así como su boutique de productos regionales, se había granjeado en pocos años una merecida reputación en toda la comarca.

De modo que, aquel lunes de finales de marzo de 1998, me desplazé de buena mañana hacia el lugar de la reunión. En aquella época del año, la comarca del Lauragués presentaba un aspecto realmente maravilloso. Sus suaves colinas ondulantes ofrecían toda la gama de colores de sus variados y fértiles cultivos: trigo, zahina, colza, soja, girasol y el célebre pastel. En los cambios de relieve y junto a los silenciosos cursos de agua, largas hileras de árboles ribereños dibujaban fantasmagóricas figuras entre la bruma y la humareda que ascendía de sus suelos de arcilla y de sílice, de tonos grises y cobrizos. Al fondo, hacia el sur, la impresionante cordillera de los Pirineos mostraba sus elevadas cumbres de un blanco impoluto...

Estaba contento. El día era estupendo, me apetecía que mis colegas vinieran a reunirse en mi terreno y mi vida había adquirido en la última semana nuevos y prometedores alicientes. Poco después de las once de la mañana, la veintena de convocados nos reunimos en una sala del hotel y empezaron los pequeños discursos de salutación. El director del diario, que había llegado el domingo por la noche al frente de una pequeña delegación parisina, me pasó la palabra para que diera la bienvenida a los asistentes y les situara brevemente en el contexto físico, cultural e incluso gastronómico que habíamos elegido para ellos. Así lo hice y, tras unas primeras palabras protocolarias, les dije más o menos lo que sigue:

—No quisiera ofender vuestros conocimientos si os digo que esta comarca ha

ocupado un lugar destacado en la historia, por, al menos, tres hechos que me permito recordaros brevemente. En primer lugar, por ser un lugar en el que tuvieron una notable expansión, en los siglos XIII y XIV, las célebres *bastides*, unos nuevos burgos contruidos en una naturaleza virgen y con un plan previo que determinaba con todo detalle su estructura urbanística. Este modelo se extendió después hacia la vertiente atlántica, hasta el punto de que, todavía hoy, podemos contar unas cuatrocientas *bastides* en la zona comprendida entre la región de Burdeos y la ciudad de Carcasona, una veintena de las cuales se encuentran en el Lauragués.

Mis compañeros parecían escucharme con toda atención, de modo que me animé a proseguir mi discurso:

—En segundo lugar, el Lauragués es conocido por la famosa producción del pastel, esa mítica planta que hizo su fortuna hace más o menos cuatro siglos, durante el Renacimiento, y que proveyó de un fabuloso colorante azul a toda Europa, hasta que el índigo o añil, llegado de las Antillas y de Asia, arruinó la riqueza de este Pays de Cocagne, una especie de tierra de Jauja que, con sus incalculables rentas, había propiciado la acumulación de enormes patrimonios y, en el caso de la Iglesia, la construcción de numerosos templos góticos. Unos templos que distinguiréis fácilmente por sus muros de ladrillo —un material muy caro en aquella época— y por sus *clochers-murs*, sus campanarios de espadaña.

Nueva pausa. El interés de mi auditorio parecía en aumento, de modo que me atreví a contarles por último algo que en aquellos días llamaba poderosamente mi atención.

—Y en tercer lugar, esta comarca es conocida por haber sido una fértil tierra de herejes en la Baja Edad Media, fortaleza y epicentro del catarismo occitano que se extendió de Agen a Béziers y de Albi hasta Foix. Y concretamente aquí, en este pueblo de Sant Félix que nos acoge esta mañana, tuvo lugar en 1167 un concilio cántaro a plena luz que atestiguó la importancia de ese movimiento cristiano disidente y que marcó la transformación de unas comunidades religiosas espontáneas y muy numerosas en verdaderas iglesias cristianas, administradas por un obispo elegido por la comunidad. Aquí se procedió a una nueva delimitación territorial de las iglesias de Tolosa y de Carcasona. Y aquí, como prueba de la hermandad que existía con las iglesias orientales, presidió la asamblea un obispo bogomilo de Constantinopla, Nicetas o Niquinta —según las fuentes—, quien confirió la ordenación episcopal a todos los obispos y, repartiendo de nuevo a todos los presentes el sacramento de su fe con el rito de la imposición de las manos, les dio la certeza de que su vínculo con los apóstoles —la llamada filiación apostólica—, que era más sólido y seguro en las iglesias de Oriente, no habría sufrido interrupción a lo largo de los siglos.

Envalentonado por las caras tan atentas y sugestionadas que tenía frente a mí, proseguí mi charla dándoles alguna información suplementaria y poniéndoles sobre

aviso de una de las numerosísimas falsedades que se cuentan acerca del catarismo:

—Por cierto, a tres kilómetros de aquí se encuentra el pueblo de Les Cassés (los Cassers en occitano), donde en 1211, en plena cruzada albigense, las tropas de Simón de Montfort, tras conquistar la ciudadela, quemaron a unos sesenta buenos cristianos con «una inmensa alegría», según dicen los papeles. Y en el muro exterior de la iglesia parroquial de ese mismo pueblo podréis encontrar nueve estelas funerarias, discoidales, una de las cuales representa a un hombre orando con los brazos levantados. Por todo el Lauragués hallaréis otras estelas discoidales parecidas, en el Mas-Saintes-Puelles, por ejemplo, o más lejos, en Carcasona (hay diecisiete expuestas en su castillo), en Fanjeaux, en La Couvertoirade, o más lejos todavía, por ejemplo, una de muy reciente construcción al pie de la montaña de Montsegur. No hagáis caso de quienes os digan que esos u otros monolitos funerarios son monumentos cátaros. Es falso: son más tardíos en el tiempo histórico, los hay en lugares donde nunca hubo catarismo y sin duda no habrían sobrevivido a la Inquisición, que destruyó el más leve rastro de la Iglesia disidente. En realidad, para los cátaros, que pensaban que el cuerpo humano era obra de Satanás, los enterramientos no revestían ninguna importancia...

A estas alturas, algunos de mis amigos más próximos estaban estupefactos por mis conocimientos tan profundos sobre una materia que, según les constaba, jamás me había interesado verdaderamente. De modo que, para no revelar por completo la causa real de tan súbito interés por mi parte, me permití terminar con un comentario más frívolo y apetitoso:

—Por cierto, no olvidéis que estáis también en el meollo de la tierra del *cassolet* o *cassoulet*, un célebre plato muy energético y sabroso que consiste básicamente en un estofado de judías, pato, tocino y embutido, con diversas variantes según el lugar. Estoy seguro de que ya lo habréis probado alguna vez. En la mesa y en la boutique de este hotel, o si queréis en la cercana Castelnadaury (Castelnóu dArri en occitano), seguro que os pueden facilitar algunos *cassolets* realmente exquisitos...

Poco antes de la hora de comer, muchos de mis colegas agradecieron sinceramente mis palabras e incluso hubo alguno, como el corresponsal del periódico en Marsella, que me hizo una consulta:

—Perdona, Julien, todo eso de los herejes y del concilio de Sant Félix me ha resultado enormemente interesante. Lo digo muy en serio. IVro no he acabado de comprender eso de la filiación apostólica...

—Sí, significa que los *bons homes* y las *bonas donas* estaban convencidos de que se hallaban directamente unidos a los apóstoles de Cristo gracias al sacramento —el *consolament*, lo llamaban ellos— que se habían ido transmitiendo unos a otros a lo largo de los siglos. Hasta tal punto creían que era así que estaban convencidos de que, si algún día se rompía ese vínculo, por ejemplo, porque el último de ellos ya no fuera

capaz de transmitir el *consolament* a ninguna otra persona, ese mismo día se acabaría la existencia de la Iglesia, por más que quedaran todavía muchas ovejas del rebaño esparcidas sin pastor...

—Interesante, realmente interesante...

Mientras estaba hablando con mi colega, y desde un rincón discreto de la sala, una mujer vestida con una blusa blanca y unos pantalones rojos me observaba con su penetrante mirada. Se trataba de Claudine Seurat, una tolosana que ahora ejercía las labores de corresponsal en Montpellier y con la que yo había tenido, años ha, una breve pero muy intensa historia. Pronto comprobé que seguía estando demasiado delgada, fibrosa como un puñado de sarmientos, pero su boca se ofrecía jugosa como siempre y sus ojos me observaban tan enormes y afilados como antaño. Llevaba recogido su pelo claro con aparente y calculada indiferencia y su cara presentaba algunas precoces arrugas que yo no recordaba.

—Julien, estás desconocido... —un beso rápido en los labios selló su saludo tan cordial.

—¿Lo dices acaso por mi aspecto o por mis cualidades oratorias? —le pregunté con una sonrisa que para mí resultaba embarazosa.

—No, sigues igual de bien, es extraordinario que no hayas cambiado en absoluto, y esas cualidades oratorias siempre las tuviste... Incluso recuerdo que siempre fuiste un hombre culto y meticoloso en tus informaciones. Tus crónicas lo siguen atestiguando casi todos los días...

—¿Entonces?

—No, lo digo por tus profundos conocimientos históricos. Nunca creí que todo eso del catarismo pudiera interesarte...

—Tienes razón, pero uno se descubre cada mañana con nuevos estímulos intelectuales que le dejan sorprendido. Ahora estoy en eso, mira tú...

—Curioso, realmente curioso, *mon anden chouchou*... —y su cariñoso cumplido estaba rebosante de malicia.

Procuré desprenderme y alejarme de ella con la mejor urbanidad posible, no fuera a ser que, bruja como sin duda seguía siendo, leyera en mi frente lo que me estaba pasando aquellos días. Después comí en la mesa presidencial y ello me puso a salvo de sus inquisitivas —¡qué adjetivo más apropiado!— preguntas. Por lo demás, el director de mi periódico y sus compañeros de la redacción de París estaban entusiasmados con el lugar, con la cocina y con mi presentación, y auguraron una sesión muy fructífera en la hora del café y a lo largo de la tarde.

Y así fue, en efecto: me sentí cómodo en el medio informativo en el que me ha tocado por suerte trabajar y todos mis colegas se mostraron en todo momento realmente encantadores. Al despedirnos, todo fueron abrazos y promesas de nuevas citas y correos y Claudine no se privó de besarme de nuevo y preguntarme:

—¿Estás bien? —me dijo en un tono que me pareció francamente sincero, ahora sin asomo de malicia.

—Sí, estoy bien y sigo solo, si esto es lo que querías saber... ¿Y tú?

—Ahora mismo tengo un hombre que me quiere e incluso estamos hablando de casarnos.

—No sabes cuánto me alegro, Claudine, de veras. Por cierto, tus últimas crónicas eran realmente estupendas. Cada vez escribes mejor...

—Eres muy amable, Julien. Que tengas mucha suerte...

—Lo mismo digo, Claudine, hasta la vista...

Al llegar a casa estaba rendido y satisfecho. Todo había salido a pedir de boca y ardía en deseos de contárselo con todo lujo de detalles a Isabelle, pero me encontraba en aquella situación delicada de decidir cuál era el momento y el pretexto más oportuno para volver a llamarla, no fuera a ser que se sintiera excesivamente agobiada por mi persecución. En esas estaba cuando, sin obedecer a tantos cálculos como estaba haciendo yo y sin duda enviada hacia mí directamente por el cielo, sonó el timbre del teléfono y escuché a continuación la alegre voz de mi querida arqueóloga:

—¡Julien! ¿Cómo estás? Te he llamado a mediodía y no estabas en casa...

—Podías haberme dejado un mensaje en el contestador o en el buzón de voz de mi móvil.

—Yo no me hablo con esos artilugios tan modernos de voz impersonal.

—¿Ah, no? Pues resultan tremendamente útiles...

—Ya lo sé. A lo mejor un día de estos, si tú me convences, cambio de parecer y me decido a entregarles mis mensajes.

—Estaría bien... ¿Qué se te ofrece, *bona dona* de Verfeil?

—Pues nada, quería saludarte y decirte que guardo muy buenos recuerdos de nuestra cena, nuestro paseo y nuestra charla del viernes pasado.

—Lo mismo me está pasando a mí, ¿por qué será? —repliqué yo con un grado superior de picardía.

—Pues, no sé, será que congeniamos bien, ¿no?

—Eso seguro, Isabelle, eso seguro...

—Quería hablarte de otro asunto...

—¿Crees que ha llegado el momento de dar a publicidad a vuestro hallazgo?

—No, no es eso, todavía no, pero ya no falta mucho. En realidad quería invitarte a que me acompañaras el jueves a una conferencia —y se reía con ganas.

—¿Por qué te ríes? ¿Eso te produce hilaridad? —contesté desconcertado.

—Cuando sepas de qué se trata la charla...

—No, Isabelle, más cátaros no, por favor...

—Pero si tú ya eres un forofo...

—Ya lo sé, pero tu campaña me tiene extenuado.

—Querría que conocieras a una persona, me refiero a la conferenciante...

—¿Y quién es?

—¿Te suena el nombre de Anne Brenon?

—Claro que me suena: acabo de comprar dos libros suyos y ya he leído otro.

—Ah, estupendo, entonces ya sabes perfectamente de quién se trata. El próximo jueves da una conferencia en la Salle du Sénechal, en la Rué Rémusat, y yo quisiera que fuéramos los dos. Así seguimos hablando y tú profundizas tus conocimientos...

—¡Qué no haría yo por ti, amiga mía...!

—Entonces, ¿quedamos el jueves, a eso de las seis, en la plaza del Capitolio?

—Allí estaré sin falta.

—Ok. *Je t'embrasse*, Julien.

—Y yo a ti, Isabelle, hasta el jueves...

Ese día me presenté a la cita con una camisa azul de cuadros que siempre me había gustado y con una rosa roja en la mano para mi acompañante. Ella, que me dio las gracias con una amorosa mirada, iba con vaqueros, una blusa blanca y una chaqueta beis. Casi tan alta como yo, elegante como siempre, olía a primavera y a fruta y se había pintado levemente los labios de un color sonrosado. Era nuestro tercer encuentro y, sin embargo, parecíamos ya dos viejos amigos, prestos a compartir mil confidencias. Aun así, yo seguía sin poder conciliar los escasos recuerdos de nuestro instituto con aquella mujer que había irrumpido luminosamente en mi grisura y en mi pertinaz monotonía. Quejumbroso, me habría gustado sumar lo que debiera haber conservado de aquellos años juveniles y lo que había descubierto acerca de ella los últimos días, pero eso resultaba imposible. Para mí apenas parecía aplicable aquella sentencia de Richter que asevera que la memoria es el único país del que no podemos ser expulsados. De modo que no tenía más remedio que contentarme pensando que, a fin de cuentas, aquellos borrosos tiempos que no conseguía alumbrar suficientemente en mi memoria le habían dado a Isabelle el maravilloso pretexto para buscarme y presentarse de nuevo en mi vida...

Fuimos andando a la sala de conferencias. Por el camino hablamos de nuevo de los trabajos de excavación y de rehabilitación del hotel Saint-Jean. Se acercaba la hora de la verdad. E Isabelle lo sabía:

—Estos dos últimos días hemos completado la limpieza de las pinturas y hemos terminado el estudio de la galería. Realmente, sólo nos queda abrir los dos sarcófagos, de modo que creo que ya no podemos retrasar la noticia por más tiempo. La semana que viene pediremos hora a *monsieur* Le Maire y a la junta de obras y, al día siguiente de que nos concedan la entrevista, tú deberías publicar la noticia...

—A Dominique Baudis, el alcalde, le va a dar un infarto, ya verás...

—Tienes que escribir, Julien, y tienes que pactar la publicación de tu crónica en la prensa de aquí...

—Lo sé, Isabelle, lo sé. Esperaba que me dieras luz verde. Mañana mismo te redacto un borrador y te lo mando. Tenemos que pactar el contenido... Y luego llamaré a..., no sé, supongo que a los de *La Dépêche du Midi*. ¿A quién, si no? De una cosa estoy seguro: no hablaré con los de *Le Quotidien de Toulouse*, eso sí que no. No estoy dispuesto a darle cancha a un periódico tan sensacionalista como ese ni a un director con tan pocos escrúpulos. Por cierto: esos sí pagarían lo que fuera por tener la noticia en exclusiva...

—No sé, Julien, eso es cosa tuya. Lo dejo en tus manos...

—Tranquila, mujer, no te fallaré. Además, con lo que he aprendido estos días y con lo que voy a aprender dentro de un rato, estoy en condiciones de publicar un libro entero sobre el pobre Raimundo y sobre los *bons homes*...

—Muy bien, Julien, lo has hecho muy bien. Nunca me agradecerás lo bastante todo lo que llegarás a saber por mi culpa...

«Nunca, desde luego. Nunca te agradeceré lo bastante que hayas vuelto del pasado, *ma petite*» pensé para mis adentros, mientras le devolvía la mejor de mis sonrisas.

Cuando llegamos a la Salle du Sénéchal, y faltando diez minutos para la hora anunciada, nos sorprendió el enorme gentío que había por allí, hasta el extremo de que tuvimos que sentarnos en una de las últimas filas. No dudé ni un instante de la capacidad de atracción de Anne Brenon, pero era evidente que el tema del catarismo se había puesto terriblemente de moda. ¡Si toda esa gente hubiera sabido que existía alguna posibilidad de que los huesos del conde Raimundo el Viejo estuvieran a nuestro alcance! Fue entonces cuando se produjo un caso de telepatía con Isabelle que me alborozó sobremanera:

—¿Sabes lo que pensaba, Julien? ¿Qué pasará cuando toda esta gente sepa que tal vez podamos encontrar los huesos de Raimundo?

—Yo estaba pensando lo mismo, Isabelle, ¡yo estaba pensando lo mismo!

—Menuda responsabilidad la nuestra. ¿Y si después todo resulta falso?

—Por favor, mujer, no vuelvas a las andadas. Y no me seas cenizo, te lo ruego. Sólo hay que ser prudentes al lanzar la noticia, nada más...

—Sí, sí, a ti te parece muy fácil...

Nos callamos porque se hizo el silencio y Anne Brenon se sentó a la mesa del escenario de la sala. Y yo me repantigué cómodamente en mi butaca con mi bloc y con mi pluma, dispuesto a que esa mujer de ademanes suaves y aspecto tranquilo aclarara mis dudas en torno a asuntos tan ásperos y complejos como el dualismo, la cosmogonía de los cátaros y su concepción escatológica. Ni más ni menos...

CAPÍTULO 6

*De mi aprendizaje sobre los cátaros y,
por qué no, de un matrimonio fracasado*

Esa noche saqué un montón de apuntes. La conferencia resultó muy esclarecedora para mí, e incluso amena, hasta el punto de que después, en cuanto pude, completé la información que poseía con la lectura de otro libro de la propia Brenon. Su disertación dio pie a un montón de preguntas por parte del público, que aclararon más si cabe las posibles zonas oscuras. Al terminar, Isabelle me presentó a la entonces directora del Centre d'Études Cathares y, aparte de los saludos protocolarios, yo, que puedo llegar a ser un impertinente taladro y un auténtico pelmazo, lo aproveché para efectuarle un par de preguntas que no me había atrevido a hacer en público. Total: un lote de información histórica francamente apreciable.

Lo primero que debería decir es que, según aprendí, uno de los rasgos fundamentales de la doctrina cátara era su dualismo, un dualismo más extremo que el que en realidad ya anidaba en toda la espiritualidad cristiana del año mil. ¿Y qué es eso del dualismo? Frente a la posición católica de que existe un único Dios, creador de todas las cosas, visibles e invisibles, los cátaros afirmaban la existencia de dos principios originarios opuestos e irreconciliables, uno bueno y otro malo. Para los *bons homes* occitanos, uno es el Dios viviente y verdadero, el Dios de luz, el Padre de los justos, el *Dieus dreyturier* (Dios legítimo, justo), el *Dieus bonesa* (Dios de bondad), etc.; el otro, es decir, el príncipe de las tinieblas, o sea, Satanás, es el diablo mayor, la antigua serpiente, el eterno enemigo, el *Dieus estranh...*

Este planteamiento dualista ponía de inmediato sobre la mesa el tema de hasta qué punto el catarismo era o no era una versión moderna del antiguo maniqueísmo del siglo III, esa religión del persa Mani que se había alimentado de las enseñanzas de Jesús, de Zoroastro y de Buda. Se trata de uno de esos temas a los que algunas personas dedicarían una vida entera, o por los que otras estarían dispuestas a partirse la cara con cualquiera que no les diera la razón. Así que, ni corto ni perezoso, se lo pregunté directamente a Anne Brenon antes de despedirnos de ella:

—¿Es el catarismo un nuevo maniqueísmo?

—¡Uf! —respondió con una amplia sonrisa—. Este es un tema que requeriría una sesión monográfica. En el pasado, desde luego, ha habido muchos e importantes historiadores que han defendido ese punto de vista. Y, por descontado, la Iglesia de la época veía en cualquier posición discrepante una expresión «maniquea», de modo que también los cátaros recibieron ese epíteto de manera indiscriminada y abundante.

—Pero ¿usted qué opina?

—No es tanto lo que yo opine... Nuestros actuales conocimientos nos permiten afirmar que entre maniqueos y cátaros, aparte de casi diez siglos de distancia, existen diferencias en algunas cuestiones esenciales, en particular el respectivo conocimiento y uso de las Escrituras, las respectivas mitologías y los diversos cultos. Una amiga sueca, Ylva Hagman, que ha profundizado en este asunto y ha publicado varios trabajos en *Heresis*, concluye que el uso de los términos «maniqueo» o «neomaniqueo» para referirse a los cátaros debe ser considerado como doctrinal e históricamente incorrecto. Yo, por mi parte, no tengo nada que añadir...

Bien, asunto concluido. Vayamos ahora a otro punto. ¿Cuál era la explicación de los cátaros acerca del origen del mundo? Para empezar, ellos lo relataban casi como un cuento, de una forma ingenua y gráfica, apta para un auditorio que las más de las veces no sabía leer ni escribir. El relato sería más o menos como sigue: Satanás, ese Dios «extraño» del que hemos hablado, es el creador del mundo visible integrado por la tierra y todo cuanto contiene —el mar, las montañas, los animales y las plantas, incluidos los seres humanos—. Es, asimismo, el creador de los siete cielos, contenidos en un firmamento de cristal. Pues bien: loco de celos y deseoso de enfrentarse al Dios de la verdad y la justicia y de destruir su obra por completo, Satanás logró corromper con sus argucias a una tercera parte, más o menos, de los espíritus celestiales, hasta conseguir arrastrarlos, a través de los siete cielos inferiores, hasta ese mundo perecedero que él mismo había creado...

Un viejo notario cátaro del siglo XIV, Péire Autier, interrogado por el inquisidor de Pamiers, describía esa tremebunda caída celestial de la manera siguiente:

[Satanás] hizo que los espíritus cayeran como una lluvia espesa, durante nueve días con sus noches. Entonces el Padre celestial, viéndose abandonado en cierto modo por sus criaturas, se levantó de su trono y taponó con su propio pie el agujero por el que se precipitaban hacia abajo, y dijo a los demás que aquellos que se movieran a partir de entonces nunca jamás conocerían el reposo; y a los que estaban cayendo: «Podéis iros, pero sólo por ahora».

Se trataba sin duda de una visión colorista de las cosas, de una idea ingenua y realista al mismo tiempo, pero había más aún: aquí en la tierra, el dios del mal habría creado unos cuerpos de carne —dicho de otro modo, una especie de túnicas hechas de piel o de «tierra de olvido»— en cuyo interior los ángeles caídos del paraíso estarían condenados a permanecer siempre jamás, como en una prisión. Sin embargo, el Padre celestial, que no podía asistir impasible a la condenación de sus pobres criaturas, envió a la tierra a su hijo Jesucristo —concebido y descrito por los cátaros de acuerdo con la doctrina del docetismo, es decir, negando la encarnación y atribuyéndole simplemente una apariencia humana—, con una doble misión: por un lado, arrancar a

los ángeles caídos del olvido permanente en el que vivían y, por otro, darles un sacramento de salvación, el llamado *consolament*, un bautismo de fuego y de Espíritu —y no de agua— que es administrado mediante el rito de la antigua tradición cristiana de la imposición de las manos y que garantiza la salvación de quienes lo reciban.

Y vayamos por último a la visión que los cátaros tenían del fin de los tiempos. Para ellos, la historia de la humanidad no es otra que la progresiva salvación de los espíritus caídos que, si no han recibido el *consolament* en el momento de su muerte corporal, se ven obligados a lo que modernamente llamaríamos sucesivas reencarnaciones. En este sentido, el fin del mundo llegará cuando el último de dichos espíritus seducidos por Satanás y alojado dentro de una carne corruptible pueda salvarse: «Entonces los justos resplandecerán como el sol en el Reino de su Padre». (Mateo 24, 28). Y no habrá juicio final ni resurrección de la carne ni, muy significativamente, ninguna clase de infierno, puesto que el único infierno existente no es otro que este bajo mundo, que será destruido y regresará a la nada de donde surgió.

Isabelle, por su parte, tenía una opinión personal sobre el asunto:

—Se podrá considerar una visión ingenua, incluso simple, pero tiene una lógica interna, una coherencia, ¿no te parece?

—Sí, casi resulta entrañable...

—Existe un punto de partida fundamental, una búsqueda angustiada de algo que explique el absurdo de la presencia del mal y, por consiguiente, el papel de Dios en ese contexto. Y es que, a los ojos de toda esa gente, resulta imposible que el Dios de bondad y de amor que aparece en el Nuevo Testamento —tan distinto de aquel Dios terrible y vengativo del Antiguo, al que los cátaros aborrecían— pueda ser el responsable del mal, del pecado, del sufrimiento físico, de las catástrofes naturales, de la corrupción de nuestros cuerpos. Eso tenía que ser obra de Satanás, forzosamente...

Nuestra charla duró un largo rato todavía, al tiempo que salíamos del local y andábamos sin rumbo fijo por el casco antiguo de Toulouse. Hasta que yo me detuve en plena calle y, solemnemente, le dije a mi bella acompañante:

—Isabelle Rougé, no sé tú, pero yo tengo un hambre atroz. Por consiguiente, fin del capítulo de hoy... —y con cara casi suplicante—: Por favor, no más cátaros hasta por lo menos... ¡mañana! Te propongo que comamos algo y hablemos de otras cosas.

—Bien, Julien, tienes toda la razón —apostilló Isabelle—. Pero, hablando de comer, te recordaré que apenas sabes algo sobre la alimentación de los *bons homes*...

—Pues, como ya me parece intuir por dónde vas, preferiría que un asunto de tal calibre no me impida esta noche comer algo apetecible y sustantivo.

—Esta vez seré yo quien te lleve a un lugar distinto a los demás. Aunque seas un

hidalgo caballero a la antigua usanza, vas a tener que aceptar que yo te guíe y, prepárate, que yo te invite.

—Un caballero o un trovador que se precie no puede aceptar de su dama una afrenta como esa...

—¿Y quién te ha dicho que yo soy tu dama? ¿Acaso he aceptado yo tal condición? Recuerda a las damas de los trovadores provenzales: para llegar a semejante estado de virtud, primero deberás superar un largo aprendizaje y un sinfín de pruebas, a cual más dura...

—¿Un largo aprendizaje? ¿Más pruebas todavía? Por favor, Isabelle, ten compasión de mí...

Y así, entre juegos y risas propias de dos enamorados casi bobalicones que tantean sus sentimientos y sus fuerzas, Isabelle me llevó hasta la Rué Delacroix, cerca de la catedral de Saint-Étienne, donde se encontraba el bistro que ella había elegido para los dos. Nada que ver con el restaurante de la otra noche: era realmente distinto, informal, con una decoración cálida y un trato igualmente caluroso. Paredes empapeladas con colores rojizos, velas por doquier, suave iluminación, una excelente carta escrita en tablas de pizarra, gente de todas las edades. La cocina, desde luego, era estupenda. Y si el ambiente resultó excesivamente ruidoso en algún momento, pronto se fue apaciguando, sobre todo cuando ya nos acercábamos al café y al delicioso ron de vainilla que nos ofreció el dueño del local. Y, sin duda, la magia de aquel singular local propició las confidencias.

—Quiero que sepas que estoy muy bien contigo, Isabelle. Hacía tiempo que una cita, aunque fuera para hablar horas y horas de unos huesos polvorientos o de una secta de locos puritanos, no me...

—¿Por qué hablas así de los cátaros? Ni fueron jamás una secta, ni estaban locos ni eran puritanos...

—Puritanos sí, Isabelle, no me lo niegues...

—En fin, te lo concedo, pero cuando pronuncias la palabra «secta» tu lenguaje adopta un tono que me suena a la Inquisición y a la hoguera... Era un movimiento religioso como otro cualquiera, o incluso mejor que muchos otros movimientos religiosos.

—Perdona, perdona...

—¿Era una secta la Iglesia de Roma? No, claro, porque tenía un número de fieles infinitamente superior y un poder terrenal inconmensurable. ¿Es tan sólo una cuestión de número, entonces?

—Va, Isabelle, deja los cátaros, por favor, te estaba hablando de otra cosa. Te estaba diciendo que hacía tiempo que no llegaba a una cita con estas cosquillas en el estómago y con estos nervios...

—Pues a mí no me parece tan extraño, Julien. A mí me ocurre algo parecido...

—¿Lo dices en serio?

—Claro que lo digo en serio. Ya te lo describí el otro día: tú y yo nos llevamos muy bien.

—¿Nos llevamos? ¿Sólo nos llevamos muy bien?

—Bueno, va, de acuerdo: algo más, tú ya lo sabes. Pero yo no quiero correr, no me atosigues...

—No, no, olvida lo que he dicho... Esto... ¿Qué es lo que ocurre, Isabelle? ¿Acaso tu herida es demasiado tierna?

—Pues sí, si podemos llamarlo de esa manera. Hace apenas dos años que se cerró, pero estas cosas, en algún sentido, no cicatrizan fácilmente...

—¿Quieres hablar de ello? —y esta vez mi pregunta se deslizó con un cuidado extremo.

—No estoy segura... Es una historia muy desgraciada y muy triste —respondió ella con un profundo poso de cansancio en sus negríssimos ojos.

—Pues déjalo, ya me lo contarás cuando te apetezca...

—No, si en el fondo me iría bien poderlo contar, a ti por lo menos, claro está. Muy pocos conocen esa historia y al final acabas por relamerte la llaga tú sola con tus propios fantasmas...

—¿Te trató mal? ¿Acaso te pegaba?

—Sí, me trató mal, y no, no llegó a pegarme, pero estuvo a punto de hacerlo en un par de ocasiones. No hizo falta, bastaba con la violencia de sus modos, con el odio con que me miraba algunas veces.

—¿Quién era ese hombre?

—No creo que le conocieras. Era un ingeniero informático, trabajaba en una multinacional. Yo me enamoré perdidamente de él, no sé, era guapo, era brillante, me hablaba de un mundo científico y tecnológico que a mí me deslumbraba. Todo lo que hacía era enormemente trascendente, su insistencia en un mundo futurista resultaba subyugante. Todo lo contrario de mis temas preferidos, a los que él, por cierto, prestaba muy escasa atención: mi obsesiva mirada hacia el pasado le parecía una nostalgia estúpida, sin sentido, sin utilidad práctica de ninguna clase. Nunca lo dijo así, claro está, eso lo comprendí mucho más adelante...

—¿Cuánto tiempo estuvisteis juntos?

—Nos casamos seis meses después de habernos conocido. Una especie de locura. Después estuvimos casados otros dos años y medio. El primero transcurrió apaciblemente, aunque no creo que nunca llegara a quererme como yo le quise desde el día en que le conocí, o por lo menos así lo creí yo en aquellos momentos. Por encima de todo, se quería a sí mismo, a su brillante futuro, a su destino glorioso en un mundo proyectado hacia el progreso...

—¿Qué pasó después?

—Creo que pronto dejé de interesarle. Nuestros mundos eran completamente opuestos. Empezó a perderme el respeto, a no tenerme en cuenta, a montarse una vida fuera de nuestra casa. Y empezó a tomarle gusto a la bebida. Nunca llegó a ser un alcohólico, pero le daba al whisky y al vodka más de lo normal. Cuando esto sucedía, a menudo de regreso a casa tras jornadas laborales de diez u once horas y habiendo recalado en algún bar a mitad de camino, su cara enrojecía y se crispaba progresivamente, el tono de su voz se hacía cada vez más alto y su menosprecio por mi trabajo, por mis intereses, por mis aficiones, resultaba hiriente y clamoroso.

—...

—Un día me levantó la mano y no llegó a pegarme porque logré escabullirme. Me fui dos días a casa de una amiga. Después pareció arrepentido, pero en ese momento todo había cambiado ya para siempre, por lo menos para mí. Jamás pude volver a verle como antes: por fin se me había caído la venda de los ojos. Y mi tontería y mi ceguera de antaño se trocó en un odio creciente, acompañado por la rabia y la lástima que sentía por mí misma.

En ese punto, Isabelle se detuvo un instante y respiró profundamente. Después prosiguió algo más relajada...

—Te ahorraré los detalles. Basta con que sepas que caí muy bajo, que nuestra convivencia acabó convertida en un infierno, que nuestras discusiones eran continuas. Al final yo misma propuse la ruptura, algo que su terrible orgullo no podía aceptar en modo alguno. Empecé a ausentarme de casa, pasaba noches seguidas en casa de alguna de mis amigas y él me perseguía tercamente. Me llamaba por teléfono a todas horas, me insultaba, me suplicaba prácticamente de rodillas que regresara a su lado, que todo sería distinto. En fin, ya sabes...

—¿Cómo lograste salir de todo eso?

—Al final tuve suerte. Una suerte inesperada y formidable. Una circunstancia fortuita acudió en mi ayuda. Recibió una oferta de la sede central de su empresa en Chicago, una oferta tan extraordinaria que no podía rechazarla. Sabía perfectamente que yo no le acompañaría por nada del mundo. Es más: hacía pocas semanas yo me había puesto en manos de un abogado. Un día acabó marchándose, de repente, de forma incomprensible. Yo no podía dar crédito a lo que estaba sucediendo. El cielo se abrió para mí de par en par. A las dos o tres semanas de haberse marchado prácticamente con lo puesto, su abogado se puso en contacto con el mío. Entramos en una negociación absurda, interminable. Ya conoces estas historias. Fui una tonta, acepté un acuerdo de divorcio que económicamente estaba muy lejos de lo que hubiera podido sacar, pero por encima de todo deseaba poner término a mi larguísimo suplicio.

—¿Has vuelto a verle?

—No, ni siquiera he sabido nada más de él. Todas nuestras relaciones posteriores

pasaron por los despachos de nuestros abogados. Un antiguo compañero de trabajo en Toulouse me dijo un día, transcurridos tres o cuatro meses, que seguía en Chicago y que ganaba mucha pasta. Y eso fue todo...

Isabelle enmudeció de repente y yo no me atreví a formularle ninguna otra pregunta. Ya era suficiente. Comprendí que había removido un barrizal de dolor y sufrimiento y que no debía hurgar ni un milímetro más en su herida. Permanecimos callados largo rato, ella resituando sus recuerdos, yo respetando su silencio y su angustia.

Nos levantamos de la mesa, ella insistió en pagarme la cena y después me pidió que la acompañara de nuevo hasta su casa. Esta vez no hubo conversación bajo la luz de alguna estrella solitaria que asomara la cabeza por el cielo de su calle. Me acarició lentamente la cara con una ternura infinita y se dio media vuelta. Desde el mismo portal, acertó a decirme, finalmente:

—No te preocupes. Estoy bien, pero mañana estaré mejor todavía, seguro. Lo que ocurre es que contar el pasado es revivirlo, y mi pasado reciente no son unas castañuelas, lo siento.

Y después:

—Buenas noches, Julien, eres un tío legal. Te lo agradezco.

—No tienes nada que agradecerme, Isabelle. Que duermas bien. Mañana por la mañana te llamaré al móvil.

Antes de que cerrara con llave la puerta de la entrada, fui yo quien se dio la vuelta y, sonriendo ahora de una forma casi un poco lastimera, le dije:

—Y, por favor, ni por todos los huesos de Raimundo conectes el buzón de voz. Deja la línea abierta, te lo ruego. Yo tampoco me llevo muy bien con esos artilugios...

CAPÍTULO 7

De cómo Isabelle ingresó inconsciente en un hospital de Toulouse

A las nueve de la mañana llamé sin demora. Ella se alegró visiblemente al comprobar que era yo. Y yo, desde luego, me alegré de que se alegrara de aquella manera.

—¿Todo marcha bien?

—Perfecto, Julien, ya te lo dije. Estoy mucho mejor.

—¿No te arrepientes de habérmelo contado?

—En absoluto. Todo lo contrario... Me gusta hablar contigo y contarte mis cosas, incluso las menos lustrosas...

—Pues nada, Isabelle, no te molesto más. Ya puedes regresar a tus huesos, a tus piedras y a tu polvo... Yo me dispongo ahora a trabajar para ti. En cuanto tenga un borrador de las dos crónicas, una para Toulouse, otra para París, te las mando por correo electrónico.

—Estupendo. Ya te diré algo...

—Un beso, querida.

—Un beso, Julien...

Siempre con la mejor intención del mundo —yo, en esa historia, me estaba portando como un auténtico caballero—, invité a Isabelle a comer algo en mi casa. Nada serio: unos biscotes, un surtido de quesos y patés y una botella de un excelente tinto del domaine de Ribonnet. Así no perderíamos tiempo y podríamos repasar los borradores y dejarlos terminados.

—Es curioso, pero no me imaginaba que tuvieras un apartamento como este... —dijo mi amiga en cuanto puso los pies en mi casa.

—¿Ah, no? —pregunté yo, sin saber por dónde irían los tiros.

—No me sorprenden tantos libros, claro está, ni el gusto moderno del interiorismo. Ni siquiera me sorprenden estos colores un poco chillones para mi gusto en algunas paredes. Pero esperaba un poco más de desorden y un ambiente distinto, francamente...

Yo alucinaba, sin saber a qué carta quedarme, pero ella parecía no haberse dado cuenta de mi desconcierto. Así que husmeó un rato más por mi apartamento y añadió:

—No sé, esperaba ver unos teletipos escupiendo noticias de rabiosa actualidad, media docena de pantallas de televisión, un mapamundi colgado en la pared con banderitas de los lugares del mundo a los que te has tenido que desplazar por tu arriesgada labor de corresponsal, un casco de guerra abollado o, mejor dicho, tal vez un viejo salacot blanco y un cinturón marrón, canana con cartuchera y trinchera, algo

así... —y se tronchaba de risa, la muy condenada.

—Pero ¿qué dices? ¿Te has vuelto loca? Tú has visto mucho cine, Isabelle... —respondí, con un leve mosqueo, para qué voy a negarlo—. Si yo prácticamente no me he movido nunca de esta maldita ciudad. Lamento defraudarte...

—¿Pero no eras tú un brillante corresponsal de prensa, curtido en mil batallas?

—Brillante no sé, pero curtido en mil batallas te juro que sí: los conflictos de las petroquímicas, las huelgas de los funcionarios, las protestas vecinales, las polémicas entre nuestros políticos, etc.

—Falta épica, Julien, lo siento, falta épica...

—¿Y tú? Tú sí deberías llevar salacot y cartucheras... —como siempre, yo utilizaba el ataque como la mejor defensa: me estaba vengando de sus risas—. ¿No eres arqueóloga? ¿Acaso la estela de Indiana Jones no alcanzó a nuestros arqueólogos tolosanos?

—Noto en tus palabras un ligero tono revanchista. Por lo visto, he metido el dedo en la llaga —seguía riéndose ella.

—No se puede ir por el mundo de esa manera, Isabelle, denostando vilmente la heroica labor de los corresponsales de provincias...

Fue entonces cuando la abracé, para que no siguiera riéndose de aquella forma tan desahogada, o para decirle cuánto me gustaba que estuviera feliz, o por un simple impulso irrefrenable, qué sé yo... Ella se dejó, tan sólo levemente sorprendida, y aún tardó unos breves y maravillosos momentos en soltarse, después de besarme cariñosamente.

Mientras comíamos, le di pruebas de mis evidentes progresos en la dura disciplina que un día me impuso:

—Por cierto, Isabelle, ya lo sé todo sobre la alimentación de los *bons homes*...

—A ver, cuenta, cuenta...

—Para empezar, tenían totalmente prohibido comer carne, y si alguien incumplía esta norma, perdía los beneficios del bautismo recibido. Es decir, estaba obligado a hacer penitencia y a recibir de nuevo el sacramento del *consolament*.

—¿Y eso por qué?

—Lo sabes perfectamente, *bona dona*. Se basaban en el ejemplo de Cristo, pues no consta en los Evangelios que comiera carne ni una sola vez, en varias prescripciones que figuran en otros libros del Nuevo Testamento y en el estricto rechazo a todo lo que proviniera de la copulación y de la generación, que son obras diabólicas...

—Ya ves, Julien, qué vida tan dura, pobres... De modo que no comían...

—... ni carne, ni huevos, ni leche, ni queso...

—¿Ni pescado...?

—No me vas a pillar, no temas... Pescado sí comían, porque en aquella época se

creía que los peces nacían del simple movimiento de las aguas. De modo que su dieta resultaba bastante equilibrada.

—¡Exacto, Julien, exacto! —proclamó entusiasmada. Y a renglón seguido—: Ahora una pregunta: cuando los cátaros iban por esos mundos de Dios, predicando, y comiendo únicamente en su escudilla o en su puchero, para estar seguros de no contaminarse en las casas donde les esperaban y acogían, ¿qué alimentos llevaban consigo? ¿Sabes eso también?

—Claro que sí. Pues solían llevar algún *empastat*, es decir, una empanada con pescado cocido, anguilas o un poco de salmón, por ejemplo. Y hogazas de pan, trigo candeal, algo de fruta, nueces y avellanas...

—¿Y el vino, Julien?

—Les estaba permitido, pero lo tomaban con moderación y, a decir verdad, bastante aguado...

—Ahora otra pregunta, *mon chéri*, esta vez definitivamente para nota. ¿Para qué querían los cátaros las hogazas de pan? ¿Tan sólo como mero alimento?

—Pues no, Isabelle, no sólo como mero alimento. Una de las ceremonias más características del catarismo es la del..., ¿cómo se llama? Espera, espera, ya lo tengo: el «pan de la santa oración». Antes de tomar alimento, los *bons homes* procedían siempre a la fracción ritual del pan con la recitación del *Pater noster*. Y sé cómo lo hacían: el buen cristiano de mayor edad tomaba el pan, lo partía con su cuchillo y lo daba a comer al resto de los comensales, por estricto orden de antigüedad en la fe. El receptor del pan decía: *Benedicite, senher*, y el que se lo entregaba respondía: *Deus vos benedicat*. Al final, todos recogían cuidadosamente las migajas...

—¿Algo que ver, acaso, con la eucaristía católica?

—En tanto en cuanto se hacía como un memorial de la última cena de Jesús, desde luego que sí. Pero para ellos no había presencia alguna, ni real ni simbólica, del cuerpo y la sangre de Cristo en el pan y en el vino de su mesa: por eso, por la inexistencia de la transustanciación, los cátaros se burlaban con tanto descaro del sacramento de los católicos... Espera, aquí tengo una cita que lo deja muy claro: «Si el cuerpo de Cristo hubiera sido tan grande como esta montaña, decían, hace mucho tiempo ya que los curas se lo habrían zampado por completo...».

—¡Bravo, Julien! ¡Ya eres un experto! Te felicito... Mira lo contenta que estoy que, cuando algún día te lleve a casa de mi madre —yo levanté la cabeza con sumo interés y una sonrisa burlona—, le pediremos que cocine para ti un plato que sería genuinamente cátaro y que en occitano lleva el nombre de *anguila amb alhada*. Es un manjar medieval que se come con salsa de *alhada*, un antecedente del alioli que puede rebajarse con miga de pan, o con salsa de almendras. Te vas a chupar los dedos, ya verás...

—¿Y tú? ¿Eres también una buena cocinera como, por lo visto, lo es tu madre?

—¡Ojalá! ¡Qué más quisiera! Pero cocinar exige una dedicación y una paciencia que yo nunca le he prestado...

—Bueno, algún defecto tenías que tener. No podías ser perfecta...

—Pues no, ya ves... Siento defraudarte, Julien...

Por fin, tomando ya café y el consiguiente chupito, encontramos el momento de repasar los famosos borradores. Isabelle propuso un par de correcciones sin mayor importancia. Luego pactamos un título para la prensa de Toulouse: «Importantes hallazgos arquitectónicos en el hotel Saint-Jean», precedido por el antetítulo de «Una galería y dos sarcófagos medievales», y la mención del asunto de Raimundo el Viejo tan sólo en un despiece. Así nos ajustábamos a la realidad de las cosas y evitábamos una expectativa sin medida. Bueno, al menos ese era nuestro propósito...

Isabelle pareció contenta con la información, pero seguía preocupada por lo que acontecería después y por la presión que caería sobre sus espaldas.

—Por cierto, vamos a tener que esperar unos días más. Por lo visto, el alcalde se encuentra de viaje por Centroamérica y no es probable que pueda recibirnos antes de una semana.

—¿Y qué haréis mientras tanto?

—Seguiremos investigando en otros puntos del edificio. Habíamos terminado prácticamente con la nueva galería (excepto, claro está, la apertura de los sarcófagos), pero nos quedaban otras zonas de menor interés del antiguo priorato hospitalario.

—¡Ojalá podáis resistir la presión y evitar que se filtre la noticia!

—Pues sí, ojalá sea así, no hay otro remedio. Qué le vamos a hacer...

A la mañana siguiente, Isabelle me invitó a visitar el priorato a la hora de comer, mientras los trabajadores de la obra y los miembros de su equipo de investigación estaban ausentes.

Incluso de día, todo el recinto se hallaba iluminado por unos potentes focos que alumbraban únicamente el techo y el suelo, con el objeto de no dañar las pinturas murales, que habían estado durmiendo siete u ocho siglos en la oscuridad más absoluta. No sé si sería por mi implicación personal en el asunto, por la hermosa y docta cicerone que conducía mis pasos o por la importancia objetiva de cuanto estaba viendo, pero lo cierto es que sentí la vibración del lugar y comprendí el entusiasmo de sus descubridores.

Las pinturas eran realmente maravillosas y habían confirmado la significación funeraria del lugar: la representación del alma del difunto, inscrita en una gloria oval, era elevada a los cielos por dos ángeles, bajo la protección de dos santos intercesores, uno de los cuales era el apóstol Santiago (una invocación nada sorprendente en un establecimiento hospitalario que se hallaba en una de las principales etapas del camino compostelano). A mitad de camino entre el mundo de los hombres y el

mundo divino, unos ángeles figurados en busto entre los modillones de la cornisa anunciaban una composición hoy desaparecida, pero cuyas trazas sugerían un remate bastante elaborado. Por su parte, los dos sarcófagos, con sus enormes losas tapaderas y su altura y su volumen nada desdeñables, causaban una enorme impresión.

Precisamente estábamos enfrascados contemplando la escultura de la mujer yacente —con su cuerpo desmesuradamente plano, su cabeza en alto relieve, su peinado *à la saint Louis* y sus arcaizantes y ricas vestiduras— cuando alguien irrumpió en el recinto por sorpresa.

—¡Ah, Philippe, qué susto nos has dado! —le dijo una Isabelle sobresaltada y sonriente.

—Lo siento, Isabelle, no se me ocurrió pensar que pudiera haber alguien aquí adentro...

—Mira, Julien, te presento a Philippe Moisant, el otro arqueólogo de nuestro equipo. Este es Julien Dutron, el periodista amigo de quien hablamos hace unas semanas. El será quien canalice la información de nuestro hallazgo.

—En... encantado de conocerte, Julien. No me pierdo ni una sola de tus crónicas para *Le Monde*...

—Eres muy amable, Philippe. Te felicito por tu parte de responsabilidad en el descubrimiento de esta galería...

—¿A que... a que es magnífica? —observó Philippe con legítimo orgullo.

Era un hombre bajito y apocado, más bien tímido y unos años más joven que Isabelle. Parecía tener un incipiente tartamudeo, o tal vez esa leve vacilación no era otra cosa que una muestra de su falta de despejo. Un amplio mechón de pelo oscuro cubría su frente y, coronando unas altas mejillas anodinas, casi alcanzaba a ocultar por completo una mirada un tanto esquiva.

Isabelle y yo seguimos recorriendo el lugar, mientras Philippe Moisant se marchaba a sus asuntos. Pero aquello empezaba a llenarse ya de gente. Por ejemplo, el arquitecto director de las obras de restauración, un tipo rubio y guaperas, algo más joven que nosotros, que le dio un par de sonoros besos a Isabelle y me saludó con un envidiable desparpajo.

—¿Y tú quién eres? —me soltó con un leve deje en su acento que de momento no supe ubicar.

Isabelle se me adelantó:

—Julien Dutron, el corresponsal de *Le Monde*... ¿Te acuerdas? Tú mismo dijiste que...

—Ah, claro, Isa, claro... Es que nunca nos habíamos visto... Por cierto, Julien, me gustó tu crónica del otro día sobre la recuperación de las riberas del Garona —era evidente que todo Toulouse leía mis artículos. Aquello era estupendo...

—Pues, muchas gracias, lo hago lo mejor que puedo...

—Que no, que no, que lo digo de verdad... Bueno, os dejo, tengo un poco de prisa...

Yo, que debía de tener mi sensibilidad a flor de piel, no pude callarme después un comentario quisquilloso en privado:

—¿O sea, que «Isa»?... Cuánta familiaridad, ¿no?...

—¿Te refieres a Anthony? Venga, Julien, no me seas susceptible, por favor. Pero además, ¡qué tontería! Anthony me mira casi como si yo fuera su madre...

—Humm... —refunfuñé sólo un instante. Después olvidé muy pronto mi leve ataque de celos—. ¿Anthony? ¿Y ese acento tan raro? ¿Acaso es inglés?

—Es norteamericano... Bueno, hace muchos años ya que vive en Toulouse.

Anthony Hurt no fue el último, todavía. Saludé a otra mujer, mayor, una restauradora de pinturas, y a un hombre encantador de pelo canoso, historiador y archivero, de nombre José Maldonado, hijo de un exiliado español. Realmente, aquello era un equipo plural, diverso y variopinto.

—José te gustaría —me dijo Isabelle cuando él se despidió—. Es un hombre cultísimo, licenciado en no sé cuántas disciplinas humanísticas. Sabe mucho más que yo. En realidad, de entre todos nosotros es quien mejor conoce la historia de los hospitalarios y de los condes de Tolosa... Está que no duerme sólo con pensar que el sarcófago pueda contener los restos de Raimundo...

Después de las presentaciones, Isabelle me dio aquel día una clase magistral. Abriendo su enorme y mítica carpeta llena de planos, informes y fotografías, me fue comparando los papeles con la realidad que teníamos delante. Todo parecía sumamente elaborado, documentado y solvente. Con una base tan concienzuda, la hipótesis favorable a los presuntos restos de Raimundo iba cobrando cuerpo ante mis ojos. Sin duda alguna, aquella mujer de pelo negro y sonrisa seductora merecía que el *senher coms* le diera la razón...

Y, lo que son las cosas, en las primeras horas del día siguiente ocurrió lo inesperado. Serían, más o menos, las ocho de la mañana. Yo había terminado el aseo de mi habitación y estaba preparando mis tostadas y mi café con leche de todas las mañanas, cuando sonó el teléfono y escuché una voz desconocida y angustiada.

—Julien, ¿eres tú? Soy Martine, la prima de Isabelle que vive con ella.

—¿Martine...? Ah, sí, claro, encantado de oírte...

—Siento molestarte a estas horas, pero me acaban de llamar desde el hospital de La Grave para decirme que han ingresado a Isabelle en urgencias.

—¿Cómo dices? ¿En el hospital? Pero ¿qué ha sucedido?

—No lo sé muy bien, sólo se han referido a una contusión craneal. Por lo visto no es grave. Yo salgo para allá ahora mismo. Pero antes pensé que te gustaría saberlo...

—¡Claro que sí! Muchísimas gracias, Martine. Yo también voy en seguida. Nos

encontraremos en el vestíbulo de urgencias.

Salí zumbando. Martine había dicho que el asunto no parecía grave, pero no pude menos que pensar que, por favor, no, por nada del mundo, que no le pasara nada terrible a aquella hermosa mujer que ocupaba mis pensamientos todo el día. ¿Una contusión craneal? ¿Se habría caído? Pero ¿dónde?, ¿cuándo?... Demasiadas preguntas sin respuesta.

Por suerte, y también para nuestro mayor asombro, Isabelle en persona nos lo contó a Martine y a mí tan sólo al cabo de una hora. Los médicos le habían efectuado una exploración a fondo y no había nada que temer: simplemente, había recibido en la parte trasera de la cabeza un golpe seco que la había dejado sin sentido durante un tiempo difícil de precisar. Ahora, transcurrido un lapso prudencial, la habían trasladado ya a una habitación y parecía encontrarse perfectamente, sólo con algunos restos de dolor cerca de la nuca.

—Pues todo ha sucedido en el priorato hospitalario. Yo no tenía previsto acudir hoy al hotel Saint-Jean, puesto que a las ocho en punto de la mañana tenía que reunirme en la universidad con un químico que ha analizado algunas muestras de la galería. Pero anoche había olvidado mi famosa carpeta allí dentro, de modo que tomé la decisión de madrugar para recoger todos mis papeles muy temprano, para no llegar tarde a la cita.

—Habla despacito, Isabelle, no te excites... —la interrumpíamos Martine y yo, que en realidad nos moríamos por saber hasta dónde nos iba a llevar aquella historia.

—De modo que esta mañana me he presentado sobre las siete y cuarto en el antiguo priorato —ella proseguía imperturbable—, pero cuál no ha sido mi sorpresa al darme cuenta, poco antes de entrar en la galería, de que en el interior se oían ruidos y algunas voces más o menos apagadas. Había luz, también, pero no la de los focos, sino procedente de algunas linternas. Realmente, aquello era muy raro...

Martine y yo nos mirábamos sin decir palabra, sobrecogidos por un relato tan prometedor.

—Así es que he seguido adelante y he entrado en la galería. Inmediatamente, una luz se ha dirigido hacia mis ojos y me ha dejado completamente deslumbrada, pero ha sido suficiente para ver a tres o cuatro hombres cuya fisonomía no podría describir, pero que iban vestidos con un mono de faena, todos excepto uno de ellos, que iba más acicalado y sostenía, creo, una cámara fotográfica. Sólo he podido verle la cara un instante, pero sé que me ha resultado familiar. Por su parte, los, digamos, mozos u operarios, visiblemente azorados y sorprendidos, tenían aperos en las manos, algo así como unos picos o tal vez una tranca de hierro, no sé... Lo cierto es que no me han dado tiempo a ver nada más: a los pocos segundos de haber entrado en la galería, he recibido un fuerte golpe en la cabeza, cerca de la nuca, y he quedado sin sentido. Según parece, me ha encontrado tendida en el suelo Philippe Moisant, mi compañero

arqueólogo de la investigación, que habrá sido el primero en llegar tras la fuga de mis agresores. Él ha sido quien ha llamado inmediatamente a una ambulancia, que me ha traído hasta aquí... Y esto es todo lo que sé...

—¡Cielos! Podían haberte hecho mucho daño —dijo Martine en un suspiro.

—Ya ves, al final no habrá sido nada de importancia...

Sin pérdida de tiempo, el modesto ordenador de mi cabeza se había disparado ya, mientras Isabelle terminaba su relato. ¿Qué significaba todo aquello? Varias palabras aparecían en mi mente como si estuvieran escritas en un color rojo llamativo: madrugada, linternas, operarios, aperos, fotógrafo, contrariedad, sorpresa... y un golpe seco en la nuca de la intrusa, de aquella mujer que se había presentado sin que nadie la estuviera esperando.

Primera conclusión detectivesca, por lo demás obvia: quienes habían entrado en la galería no estaban autorizados a estar allí, habían irrumpido en la misma de una forma manifiestamente ilícita y no habían tenido tiempo de terminar su labor, fuese la que fuese. Isabelle les había sorprendido en plena faena y había corrido por ello un grave peligro... Esas personas desconocidas no tenían escrúpulos y no habían reparado en usar la violencia para evitar ser reconocidas y poder largarse de inmediato. ¿Pero qué buscaban, exactamente? ¿Qué hacían allí, de madrugada? ¿Cómo consiguieron entrar?

En esas reflexiones estaba cuando entró en la habitación Philippe Moisant, con su revoltoso mechón sobre la frente. Se encontraba visiblemente desazonado y venía a preguntar por el estado de salud de Isabelle. Se tranquilizó al saber que no había sucedido nada grave. Apenas le estábamos contando lo que había ocurrido cuando se presentaron dos agentes de policía vestidos de paisano que nos echaron miserablemente de la habitación, porque deseaban interrogar a solas a la víctima de la agresión. Estuvieron dentro casi una hora, preguntando y tomando notas sin cesar. Después se fueron sin decir esa boca es mía.

Isabelle parecía fatigada y finalmente acabó por dormirse. De modo que Martine y yo nos despedimos de Philippe dándole las gracias por su reacción y su interés y nos fuimos un rato a la cafetería, a tomarnos ese café con leche que el susto nos había escamoteado a los dos. Después yo hablé por teléfono con el jefe de policía, al que conocía sobradamente por mi oficio, y me dijo que ellos no pensaban emitir comunicado alguno acerca de aquel incidente, en parte por sus leves efectos y en parte porque les convenía ganar algunas horas útiles para la investigación, que ya se había puesto en marcha. Y así fue, en efecto, puesto que, a juzgar por el mutismo de la prensa del día siguiente, yo había sido el único periodista que se había enterado del percance.

Por la tarde, ya en su domicilio, Isabelle, Martine y yo estuvimos dándole vueltas al asunto. Así, y no precisamente por la puerta grande, había logrado yo colarme por

fin en su casa, un objetivo que, debo confesarlo, figuraba por entonces como algo preferente para mí. Se trataba de un ático no muy grande, con parqué en el suelo y las paredes pintadas con tonos luminosos y claros, y decorado con el exquisito gusto que yo ya suponía en su dueña. Los tres llegamos pronto a una conclusión que se nos antojaba evidente: alguien estaba interesado o bien en robar algo de la galería —¿y qué podía ser «algo», si no los presuntos restos del conde tolosano?—, o bien en sacar algún tipo de información —la cámara fotográfica ratificaba esa razonable presunción—, con el objetivo de explotarla después del modo que se considerase pertinente.

Rápidamente pensamos en algún grupo organizado de ladrones de tesoros vinculados al mundo de las antigüedades de lujo o en el posible interés de algún medio informativo sin escrúpulos que estuviera dispuesto a publicar la primicia antes de lo que habían previsto los descubridores de la galería. Pero, claro, en ambos casos tenía que haber lógicamente un traidor: alguien tenía que haber puesto en antecedentes a los ladrones o a los compradores acerca de una información cuyo secreto había sido tan celosamente guardado hasta entonces. Y ese «alguien», que sin duda habría cobrado una pasta gansa por dar la voz, podía haber facilitado asimismo a aquellos desaprensivos el acceso al lugar de los hechos...

A la mañana siguiente, Isabelle y yo acudimos a la comisaría, puesto que así se lo había pedido a ella el agente que llevaba la investigación. Con la mayor discreción, le mostraron un gran número de fotografías, pero al principio la aproximación parecía demasiado burda para dar algún resultado positivo. Al rato, y tras haber cotejado con los policías nuestras respectivas sospechas, la búsqueda se hizo mucho más precisa y acabó en el repaso de un montón de caras presuntamente honorables que jamás habrían sospechado que pudieran hallarse en los oscuros archivos de la policía.

Sin embargo, la búsqueda no dio ese día el resultado apetecido. Habría que seguir investigando...

CAPÍTULO 8

De cómo el amor se abrió camino en nuestras vidas

En aquellos días, y apremiado por las circunstancias, yo estaba descuidando mis obligaciones profesionales y casi había abandonado por completo mis libros y mis estudios sobre el catarismo, tema en el que seguía sinceramente interesado y al que pensaba volver en cuanto me fuera posible. Pero no podía lamentarlo: el mamporro recibido por Isabelle me había unido más estrechamente a la víctima de la agresión que todos mis evidentes progresos en el mundo de las herejías medievales.

Así pues, aquel domingo le propuse a Isabelle que fuéramos a pasar el día lejos de la ciudad. Pensaba que le convenía alejarse de aquellas callejuelas del casco viejo que jamás abandonaba y salir a gozar en la campiña de la insultante primavera que nos estaba acompañando. Y ella, que empezaba a dejar atrás el susto que había sufrido — aun cuando siguieran libres los responsables del asalto—, dispuso todo lo necesario para que aquella excursión fuera realmente memorable: la ruta, el lugar de destino, una ligera caminata, una cesta con comida, incluso una guía de viaje, en fin, esas cosas aparentemente nimias que las mujeres seductoras saben ejecutar con arte supremo.

Su sabia elección nos guió primero hacia el oeste, por la autopista que conduce hasta el Mediterráneo y, muy pronto, antes de que llegáramos a Carcasona, hacia el sur, entrando unos kilómetros en el departamento del Ariège, es decir, las antiguas tierras de los condes de Foix. Siguiendo sus planes, nos adentramos por el casco antiguo de Mirepoix, una bella población que posee una espléndida plaza porticada y una catedral gótica que, por su anchura, es la segunda de Europa. Su perfecto trazado urbanístico corresponde a una antigua *bastide* de finales del siglo XIII, pero antes había existido cerca de aquel lugar un pueblo fortificado de notable implantación cátara donde, en 1206, tuvo lugar una asamblea que reunió a más de seiscientos buenos cristianos. La mayoría de los nobles locales eran adeptos al catarismo y en su zona de influencia se encontraban por aquel entonces una cincuentena de pequeñas casas de los herejes. Y, como no podía ser menos, Isabelle no desaprovechó en absoluto la ocasión:

—¿Sabrías decirme en qué se diferenciaban esos *ostals* de los *bons homes* de los conventos y los monasterios católicos?

—Pues ahora mismo, no lo sé muy bien...

—En dos elementos distintivos. En primer lugar, y a diferencia de los grandes monasterios cistercienses, que siempre se ubicaron en remotos lugares propicios a una vida alejada del mundo, las casas religiosas de los cátaros se hallaban siempre en

medio de la población. Y, en segundo lugar, esas casas eran lugares sin clausura, más abiertos, menos formales que los conventos católicos, de modo que la gente entraba y salía de los mismos con mayor facilidad. Así, por ejemplo, la lectura de los registros inquisitoriales nos refiere a menudo el caso de algunas madres que pasan una breve temporada en el *ostal* con sus hijos, o bien de algunas personas que simplemente comparten con los novicios y *perfectos* unas horas de oración o de trabajo manual...

Después de contemplar sin prisa alguna los *couverts* de la plaza de Mirepoix, entre ellos el de la llamada Casa de los Cónsules, del siglo xv, Isabelle y yo comimos al aire libre en una bucólica arboleda y regresamos hacia el norte, otra vez en el Lauragués, porque mi guía y maestra deseaba llevarme al objetivo preferente de aquella excursión, a una aldea encaramada en una colina rocosa que lleva el nombre de Fanjeaux.

Se trata de un apacible lugar históricamente vinculado a dos importantes personajes medievales que militaron en bandos religiosos opuestos: por un lado, Guilhabert de Castras, sin duda la figura más eminente del catarismo occitano, que residió allí durante catorce años, mientras era el *filh major* —«hijo mayor», es decir, coadjutor— del obispo de la Iglesia de Tolosa; por el otro, Domingo de Guzmán, el célebre fundador de la orden de los Predicadores. Recorrimos tranquilamente las silenciosas callejuelas del antiguo *castrum* y llegamos a un excelente mirador desde el que se divisa todo el Lauragués, la Montaña Negra y el macizo de Les Corbières. Desde allí, señalando con la mano hacia el sureste, me dijo Isabelle:

—¿Ves aquella montaña con forma de pan de azúcar que se divisa a lo lejos? Pues es Montsegur, el lugar, sin duda, más emblemático del catarismo. ¿Has estado alguna vez por allí?

—Pues no, Isabelle, lo siento. Me lo han propuesto un montón de veces, pero me faltaban una guía y un pretexto como tú.

—Entonces esa será la excursión para otro día. Y, cuando vayamos, ya volveremos sobre la figura de Guilhabert de Castras, un hombre que, si hubiera pertenecido a la Iglesia católica, sería un santo extremadamente popular, pero que cometió el «error» de militar en el bando equivocado.

—Estos son los caprichos de la historia...

—Para que puedas calibrar la importancia de Fanjeaux como «depravado nido de herejes», por utilizar los términos inquisitoriales, te diré que, hacia el año 1204, Guilhabert ordenó aquí como *perfectas* a cuatro damas de la nobleza occitana, entre las que se encontraba la famosísima Esclarmonda de Foix, hermana del conde Raimundo Roger, quien, por cierto, asistió personalmente a la ordenación de su hermana, viuda por entonces de un vizconde y madre de, por lo menos, seis hijos...

—Bien, en Montsegur ya hablaremos de Guilhabert y de Esclarmonda, ¿no te parece? Volvamos ahora a santo Domingo de Guzmán...

—Tienes razón. Pues mira, precisamente por eso que tú llamas los caprichos de la historia, el santo nacido en Caleruega, en Castilla la Vieja, sí ha merecido los plácemes de todo el mundo, y tampoco voy a ser yo quien se los discuta, desde luego. Aquí, en Fanjeaux, nos hallamos sin duda en el lugar más idóneo para que recordemos su figura.

—¿Por qué?

—Corría el verano de 1203 cuando Diego de Azevedo, obispo de Osma, recibió del rey Alfonso VIII de Castilla el encargo de concertar el matrimonio de su hijo con la sobrina del rey de Dinamarca, de modo que emprendió viaje, acompañado, entre otros, por su subprior, Domingo de Guzmán, que por aquel entonces tenía treinta y tres años. De regreso de un segundo viaje, y habiendo hecho escala en Roma, pasaron por el Languedoc e, impresionados los dos por la extensión de la herejía, decidieron instalarse por aquí para combatirla con sus mismas armas. Creo que ya sabes que, entre otras cosas, ambos participaron en varias disputas públicas con los *bons homes*. Pues una de ellas dio pie a una de las leyendas que se atribuyen a Domingo, concretamente la del «milagro del fuego»...

—Algo me suena...

—Sí, es aquella que dice que, en plena controversia en el vecino pueblo de Montreal, en 1207, algunos cátaros recogieron un escrito redactado por Domingo y, por la noche, decidieron quemarlo. Tres veces lo intentaron, y tres veces los papeles permanecieron incombustibles, lo que dio prueba de la razón y de la santidad del autor del texto. Y a dos pasos de aquí, en la iglesia de la Asunción, se conserva todavía una viga chamuscada («la fusto») que, según la tradición, fue testigo del milagro.

—Ah, ya lo sé. Creo haber visto representada esa escena en alguna célebre pintura, ¿no es así?

—En efecto, Julien. Entre otros muchos artistas, Fra Angélico, que era dominico, la pintó en una predela que se conserva en el museo del Louvre. O, no sé, tal vez recuerdes una pintura de Pedro Berruguete que está en el museo del Prado... Mira, aquí aparecen las dos en nuestra guía de viaje...

—Se trata realmente de un «juicio de Dios», de una «ordalía»...

—Sí, exactamente: se supone que, con esa prueba, Dios tomaba partido a favor de uno de los dos bandos. Pero, claro, es una versión que sólo se sostiene desde un punto de vista católico. Los cátaros jamás habrían aceptado someterse a una prueba semejante...

—¿Eso es todo?

—No, hay más. Allí tienes la casa en donde se alojó santo Domingo durante ocho o nueve años, viviendo en total pobreza y austeridad, a la manera de sus vecinos cátaros. Y, por último, allí, en la llanura, junto a la rotonda de la carretera, podrás

distinguir el monasterio de Prouille (Santa María de Prolha), antiguo *ostal* de unas mujeres cátaras que fueron convertidas por Domingo, quien estableció en ese lugar su primer convento, en 1206. Hoy sigue albergando una comunidad de monjas dominicas.

—Parece un magnífico lugar... Siempre me ha fascinado el acierto de las órdenes religiosas a la hora de buscar el punto estratégico en el que instalar sus monasterios o conventos...

—Pues en este caso no resulta nada raro: la elección fue la consecuencia de un designio celestial. Según otra piadosa leyenda, una inmensa bola de fuego, que descendió por tres veces sobre el lugar, le dio a Domingo la pista de la existencia del *ostal* de las mujeres cátaras y la indicación de que allí debía fundar su primer convento. Es por esto por lo que el mirador en el que nos encontramos es conocido con el nombre del Seignadou o del Senhador, en occitano (derivado de *senhar*, santiguarse)...

Ya de regreso, no nos despedimos de Fanjeaux sin antes contemplar, en la plaza que se encuentra a la entrada del antiguo recinto medieval, una magnífica cruz discoidal del siglo XIII que presenta, en una cara, una mano que bendice y, en la otra, un cordero llevando una oriflama. Como no podía ser de otra manera, la cruz dio pie a una explicación por parte de mi querido cicerone:

—¿No irás a pensar que esa cruz pueda ser cántara, verdad?

—No, Isabelle, sé perfectamente que no...

—Pues se trata de otro error muy corriente. Por ejemplo, muchos confunden la cruz de Tolosa, ornamentada con sus doce perlas, con una presunta cruz cántara. ¡Si supieran, quienes insisten en esa confusión, hasta qué punto los *bons homes* aborrecían el instrumento de suplicio de Cristo! «¿Adorarías el madero en el que hubiesen colgado a tu padre?», se decían a menudo...

Yo observaba a Isabelle de soslayo, admirado por la pasión con que hablaba de aquellos tiempos tan remotos y de aquellos pobres desgraciados que tantas veces terminaron en la hoguera. Subimos al coche y, cuando llegamos a la llanura situada a los pies de Fanjeaux, al pasar por la rotonda cercana a Santa María de Prouille, no resistimos la tentación de adentrarnos por el camino que conduce a la puerta principal del monasterio.

Dejamos el vehículo y, con un respetuoso caminar, penetramos en una basílica inacabada y vacía, más bien grandilocuente, sin saber exactamente adonde dirigir nuestros pasos. Al rato, sin embargo, unas angelicales voces femeninas llegaron a nuestros oídos y nos incitaron a seguir adelante, hasta que dimos con la entrada de una capilla, situada detrás de la inmensa nave: allí estaban las monjas dominicas, siguiendo puntualmente las horas del oficio divino con el canto de las vísperas. Isabelle y yo, atrapados en el sosiego de la hora y el lugar, nos sentamos en el último

banco y nos dejamos penetrar por la paz que allí se respiraba, tan alejada de los trajines del mundo. Afuera, la tarde estaba declinando sin premura y todos los colores de los campos del Lauragués ardían ante la inminencia del ocaso...

—En aquellos tiempos tan convulsos, un mismo Dios recibía a todas horas las plegarias de dos Iglesias enfrentadas —comentó pausadamente Isabelle al salir del monasterio—. Los cátaros, más aún que los religiosos católicos, se desvivían por un rito redundante que les obligaba a interrumpir su trabajo y su descanso hasta quince veces a lo largo del día y de la noche...

Regresamos a Toulouse sin ninguna prisa por llegar, por carreteras secundarias, lejos de los atascos y las colas de un fin de semana. Largas hileras de árboles festoneaban los campos feraces de aquel mayo incipiente y la melancolía de una tarde de domingo se había ido apoderando de nuestro ánimo, de un modo imperceptible. Estuvimos largo rato sin hablar apenas, pero nuestras miradas estaban prendidas de un extraño fulgor. Cuando ya la luz del día se había retirado y nuestro coche cruzó los confines de Toulouse, Isabelle me dijo, con voz queda:

—Quiero que vengas a mi casa esta noche, Julien. Martine está fuera, en Castres, y yo no quiero dormir sola con los recuerdos de un día tan maravilloso como este.

—Te quiero, Isabelle, ¿verdad que lo sabes? —respondí sin apenas sorprenderme. Sus palabras me habían parecido la consecuencia natural de los días y las horas que habíamos compartido—. Fui un estúpido cuando los dos estuvimos en el instituto, es cierto, pero creo que empecé a darme cuenta de mi error tan pronto como te vi, el primer día, en la cafetería de la plaza Saint-Sernin...

—Yo también te quiero, Julien. Por eso deseo tanto que te quedes conmigo. Ya no soporto la idea de ver cómo te alejas por la calle tras decirme adiós, cuando cae la noche.

Fue un momento mágico, especial, qué duda cabe. Y un ímpetu arrollador se apoderó de los dos después de haber cruzado esa línea sutil que separa el pensamiento mudo de la revelación de las palabras. A duras penas conseguimos coger el ascensor, entrar en su apartamento del ático y arrastrarnos por las paredes y las puertas en la pacífica reyerta de nuestros besos y caricias y en el maldito embrollo de la ropa que nos alejaba del contacto de la piel.

Nos amamos con una zozobra adolescente y un deseo desmedido. Por fin nuestro sueño común, enardecido por la espera, había recalado en un puerto acogedor y seguro. Ya no más interrogantes, ya no más preguntas en secreto: Isabelle Rougé era la mujer que yo había estado buscando dando tumbos por caminos sin destino, y ella me quería a mí también, tal vez incluso antes de que yo mismo lo supiera. La fortuna, esta vez, me había sonreído.

—Creo que por fin ha llegado el momento de que me cuentes tu vida —afirmó

solemnemente Isabelle después de amarnos, mientras seguíamos retozando los dos entre las sábanas.

—¿Sí? ¿Tú crees? Pues ahí va... Hijo mayor con tres hermanos, nací un soleado 10 de diciembre de 1963, en pleno invierno, en una humilde morada de Toulouse situada en la calle de...

—Va, no seas tonto, ya sabes a lo que me refiero —me cortó Isabelle con un beso en la boca.

—¿Qué es lo que quieres saber acerca de mí? —pregunté yo con otro beso.

—Ya lo sabes, me refiero a todos esos años en que perdimos el contacto... Por ejemplo, ¿qué fue de tu vida después del instituto? ¿Qué fue de ti después de aquel baile de despedida memorable que tú ya no recuerdas...?

—Por cierto, Isabelle, tienes que contarme qué es lo que pasó en aquel baile...

—No, ahora no. Ahora eres tú quien tiene la palabra.

—Bueno, me lo debes... No sé, primero tuve muchas dudas acerca de lo que quería estudiar. Al final opté por Periodismo casi por vía de exclusión, porque las restantes carreras me apetecían menos todavía. Después, a medida que iba superando los cursos con notas cada vez mejores, le fui encontrando el gusto a la materia. Y ya sabes que esto del periodismo es un gusanillo que, en cuanto se apodera de ti, acaba por ser una obsesión. Terminada la carrera, tuve mis tres años más o menos bohemios en París, donde seguí un curso de posgrado, colaboré en un par de emisoras y dos revistas de cuyo nombre no quiero acordarme e incluso estuve un tiempo en la televisión...

—¿En la televisión?

—Nada importante, no creas, seis meses en labores de ínfima categoría...

—¿Nunca ante las cámaras?

—No, no...

—Pues darías bien el tipo, Julien, así, con tu noble figura, tu frente despejada, tu cabello frondoso y ondulado, tu aspecto bondadoso...

—Venga, no te rías, mujer, por favor...

—¡Si lo digo muy en serio! Yo te encuentro muy guapo, la verdad.

—Es todo un detalle por tu parte, Isabelle, pero sigamos. Olvida la televisión... Después, hartado de dar tumbos por la capital, decidí regresar a mis raíces y me instalé de nuevo en nuestra añorada *ville rose*.

Aquí hice mis primeras armas, ya más en serio, en *La Dépêche du Midi*, hasta que, hace cinco o seis años, un antiguo amigo de París, que acababa de ser nombrado redactor jefe de *Le Monde*, me propuso hacerme cargo de la corresponsalía de su diario... Y aquí estoy, ya ves, más feliz que un nabo...

—¿Y por qué no te has casado?

—Huy, esto se acerca peligrosamente a mi más profunda intimidad y no estoy

muy seguro de que me convenga revelarlo...

—Va, lo digo en serio. Yo te he contado ya mi vida y mis cuitas desgraciadas...

—Pues no me he casado porque no he encontrado mi media naranja, eso es todo. Por lo menos hasta ahora, claro está. No sé, he sido siempre muy independiente, incluso tal vez demasiado orgulloso, hasta que me harté de serlo tanto y entonces las chicas que me convenían ya habían encontrado partidos mucho mejores para ellas que yo, un periodista muy absorbido en su tarea, quién sabe si un poco solitario y taciturno...

—¿Taciturno? Qué tonterías dices, Julien. Si tú eres un tipo simpático y más bien extrovertido...

—Debo confesar que otras chicas más o menos guapas dijeron eso mismo antes que tú, pero no tuve mucha suerte. Y como esas relaciones terminaban siempre mal, mi predisposición al compromiso se fue reblandeciendo. Y aquí me tienes, más solo que la una...

—Ahora no tan solo, Julien...

—Es verdad, ahora mismo estoy mucho mejor, Isabelle, te lo aseguro. Y, qué quieres que te diga, tú me gustas mucho...

—¿Qué es lo que te gusta, eh, Julien?

—¿De verdad quieres que te lo diga? Pues, francamente, tu cuerpo serrano, para qué te voy a engañar...

—Eres un vicioso. Los cátaros no te hubiesen querido entre sus filas...

—Ya está, ya salieron los cátaros de nuevo. Por lo visto, siempre vamos a estar tres en tu mesa y en tu cama, Isabelle...

—Pues sí, Julien, más el conde de Tolosa, sus padres y sus hijos, sus cinco mujeres, los freiles hospitalarios y otros muchos personajes de la historia... Tendrás que acostumbrarte...

—Desde luego, yo no hubiera servido para ser de eso que los cátaros occitanos llamaban la *entendensa del bé*...

—No, creo que no. Ellos practicaban una castidad absoluta, una abstinencia total de los placeres y de la obra de la carne. No como tú, que tienes la mente perversa... Más aún: ellos no otorgaban ningún valor al sacramento del matrimonio y lo consideraban un simple concubinato.

—¿Ves como eran puritanos? Ya te lo dije el otro día y te pusiste hecha una fiera...

—Eso no es verdad. Lo cierto es que lo eran incluso más de lo que tú mismo piensas, porque esa prohibición absoluta del sexo se reflejaba en unas ordenanzas muy meticulosas.

—¿Como qué?

—Como que un *perfecto* no debía tocar la piel desnuda de una persona del otro

sexo; por precaución, ni siquiera la rozaba, y se retiraba al pasar. Tocar a una mujer lo exponía a una penitencia: concretamente, un ayuno de nueve días a pan y agua...

—¡Caramba con los cátaros!

—Espera, espera. Llegaban hasta el extremo de precisar que un buen cristiano no debía sentarse en el mismo banco de una mujer... ¡por muy largo que fuera! Y, por la misma lógica, cuando dos *perfectos* de distinto sexo tenían que darse el beso de la paz, un gesto ritual al que llamaban *caretas*, no lo hacían nunca de un modo directo: uno de ellos besaba el Libro y lo entregaba al otro para que a su vez lo besara...

—Pues no creo que sus creyentes y seguidores les hicieran mucho caso...

—No, tienes razón, ellos sí tomaban pareja, incluso se casaban y tenían sus hijos...

—¿Entonces? Eso sí es una flagrante contradicción, Isabelle. Tener un hijo suponía no sólo haberse entregado a la concupiscencia, sino traer al mundo un cuerpo de carne diabólica, ¿no es así?...

—Vuelves a tener razón, Julien. No creas, al principio, los cátaros no llevaban bien esa contradicción. Pero después, con el paso del tiempo, acabaron por acatar la realidad. Al fin y al cabo, los creyentes sólo eran eso, creyentes, y no habían recibido todavía el *consolament* ni formaban parte, propiamente hablando, de la *Gleisa de Dio*...

—O sea, que al final se adaptaron, como todos...

—Más o menos...

—La Iglesia católica podía darles algunas clases sobre esa necesidad de adaptarse a los tiempos, ¿no crees?

—Pues sí, aunque muy a menudo llegue demasiado tarde... Los cátaros incluso llegaron a improvisar algún tipo de simple ceremonia más o menos nupcial que sólo implicaba el consentimiento de los cónyuges. Ahora bien, si alguien que estaba casado quería recibir el *consolament*, era preciso que su consorte le liberara del vínculo conyugal y así fuera declarado expresamente... En fin, hubo otra razón de orden práctico que motivó esa tolerancia del apareamiento de sus fieles.

—¿Cuál?

—Vamos a ver. Si un espíritu caído en ese bajo mundo no recibe el *consolament* antes de la muerte del cuerpo que le tiene aprisionado, ¿qué es lo que ocurre, Julien?

—Pues que el espíritu abandona ese cuerpo y ronda por el mundo en pleno sufrimiento, consumido por el fuego de Satanás, que no le permite descansar, hasta que se aloja en otro cuerpo, y así va envejeciendo en sucesivas transmigraciones. Hasta que, alojado en la «bella túnica» de un buen cristiano, se salva...

—Exacto, Julien, exacto. Así pues, los *bons homes* eran conscientes de que era necesario que las mujeres trajeran nuevos vástagos al mundo, para que los espíritus celestiales caídos que todavía no se habían salvado tuvieran la oportunidad de hacerlo

en otro cuerpo y en otra existencia...

—Pues esa actitud da prueba de una visión práctica de las cosas que no creo que fuera precisamente la norma de esa Iglesia...

—No, no lo era, y así les fue. Los expertos suelen ver en la rigidez del catarismo una de las razones que, más tarde o más temprano, habrían causado su desaparición. Aparte, claro está, de la terrible persecución de que fueron objeto...

Aquella maravillosa noche fue breve, intensa, poblada de otros juegos amorosos y de otras conversaciones más triviales o, por lo menos, más próximas a nuestros propios sentimientos y a nuestras propias vidas. La pesadilla de la galería del priorato parecía haber quedado muy lejos y nuestras mentes y nuestros cuerpos se unieron, dando prueba de una perfecta armonía, hasta que el sueño y el cansancio dictaron finalmente su ley. Así pues, Isabelle y yo acabamos durmiéndonos rendidos y felices, plenamente conscientes de que esas horas habían marcado en nuestras vidas un antes y un después.

CAPÍTULO 9

De una expectativa inusitada alrededor de un sarcófago medieval

A la mañana siguiente, Isabelle y yo fuimos requeridos de nuevo por la policía. Habían seguido con sus pesquisas y abierto el abanico de las personas posiblemente interesadas en el priorato, la nueva galería, los dos panteones, los dos sarcófagos y, finalmente, su posible contenido. Siguiendo esta lógica, habían ampliado la lista de sospechosos y acrecentado el número de fotografías. Una vez más, Isabelle, disciplinada y deseosa de descubrir a los componentes de la banda, se avino a colaborar sin desmayo durante varias horas. Y esta vez sí: el repaso concienzudo de un sinfín de imágenes, a cual más facinerosa, acabó por dar un resultado positivo.

En efecto. Al cabo de tres horas, y no sin algunas dudas y vacilaciones, Isabelle pareció reconocer a aquel hombre atildado de la cámara en ristre: lo identificó en la cara relativamente anodina de un fotógrafo de *Le Quotidien de Toulouse*, el periódico sensacionalista de nuestra apacible ciudad.

Así pues, las piezas iban encajando. Visitado e interrogado por la policía aquella misma noche en su casa, el hombre acabó por confesar su delito. Según relató sin ambages, había tenido conocimiento de los hallazgos que se habían producido en la galería del antiguo priorato y había dispuesto personalmente el comando operativo y la expedición que pretendía abrir la tumba y sacar las primeras fotos de lo que sin duda eran para ellos los restos del conde Raimundo de Tolosa. ¡Qué certidumbre más absurda, y qué ambición más insensata! Sin embargo, la pesada losa del dichoso sarcófago se había resistido más de lo que habían pensado, de modo que las primeras luces del alba y la irrupción de Isabelle les habían sorprendido con las manos en la masa. Atrapado sin remedio por la policía, el hombre tuvo todavía los arrestos suficientes para no comprometer a ninguna otra persona de su periódico en la conspiración, y yo me quedé para siempre con la incómoda impresión de que a la policía ya le convino no profundizar más en el asunto y desechar otras complicidades de más arriba que pudieran resultar embarazosas para todos...

Desde luego, el fotógrafo no había sido quien había propinado con su linterna el mamporro en la cabeza de mi amiga, puesto que de otro modo ella no le habría visto la cara. Esa delicada misión imprevista había correspondido a otro personaje que había surgido aquella madrugada de las sombras de la galería: me refiero, claro está, al malvado traidor de esta historia, el malo de cualquier buen relato truculento que se precie.

Al cabo, hechas todas las indagaciones consecuentes con la declaración del fotógrafo, el siniestro personaje no fue otro que el hombrecito apocado del mechón sobre la frente, el arqueólogo Philippe Moisant, que se había endosado una bonita

cifra por revelar un secreto tan oculto y que no había tenido reparo alguno en golpear a su colega y maestra, a quien presuntamente adoraba. Después de la agresión, y a diferencia de lo que podían dar que pensar su leve tartamudeo y su insignificante aspecto, Moisant había tenido la sangre fría suficiente para simular haber sido el primero en llegar a su trabajo, llamar a una ambulancia e interesarse por el estado de salud de su inocente víctima.

Isabelle no podía dar crédito a sus oídos:

—¿Philippe? Pero si es incapaz de matar una mosca...

—Ya, ya, un angelito que no dudó en darle un buen porrazo a tu cabeza...

—Pero ¿cómo es posible? Ese hombre se había entregado en cuerpo y alma a su tarea como investigador...

—Pues está más que claro que eso no le impidió pensar que podría sacar tajada a una labor tan extenuante. Ya ves, Isabelle, ocurre como en las mejores películas: el vil dinero corrompe los corazones sensibles, y las conductas más execrables anidan en personas realmente insospechadas...

—Te juro que sigo sin comprenderlo...

—Creo que no has calibrado de forma suficiente el valor periodístico, y casi te diría que político, de un notición como el que tenemos entre manos. Alguien, y puede que nunca sepamos quién ha sido exactamente, ha estado dispuesto a gastarse un buen pellizco para lograr esa exclusiva.

Entonces, solemnemente, como si fuera un experto en psicología humana o, al menos, el inspector en jefe que acaba de salvar a la chica de un traspíe, le puse una mano en el hombro y concluí de esta manera:

—Isabelle, los restos de tu conde maldito pueden sacar de sus casillas a más de uno, ya lo has visto...

Y así, con el atestado completo de la policía, el arresto de toda la banda y el consiguiente proceso judicial por varios delitos, terminó aquel incidente imprevisible. Isabelle regresó a su trabajo con el mejor de los ánimos, aunque, eso sí, desconfiando de las caras inocentes que le rodeaban e imaginando ruidos y sombras que la acechaban por todos los rincones de aquel vetusto caserón. Por su parte, los responsables de la Mairie dispusieron por fin que hubiera vigilancia en el edificio noche y día, algo que los técnicos habían solicitado ya, infructuosamente, con anterioridad.

A los pocos días, el alcalde Baudis regresó de su viaje al extranjero y, tras conocer lo que había ocurrido en su ausencia y recibir una leve insinuación de por dónde iban los tiros de lo que deseaban contarle, concedió una urgentísima audiencia a todos los miembros del equipo interdisciplinario que había estado trabajando en el hotel Saint-Jean en Toulouse. Con una excepción, naturalmente: el arqueólogo Philippe Moisant, que, por aquellos mismos días, tenía cuentas pendientes con la justicia...

La entrevista con la primera autoridad municipal, además de prolongarse durante más de dos horas, fue mucho más que positiva: los colores de la cara de Dominique Baudis fueron cambiando de tonalidad a medida que su curiosidad inicial se trocó en desmesurado interés y profundo apasionamiento cuando Isabelle y sus colegas le pusieron al corriente de lo que habían encontrado en el antiguo priorato y del misterio que envolvía el sarcófago rodeado de pinturas murales en su panteón. Experto como era en la biografía del conde excomulgado, el alcalde les acribilló a preguntas más propias de un especialista que de un político al uso. Al final, impaciente por descubrir eso que podríamos llamar la «verdad», dio su conformidad a la estrategia informativa que habían diseñado los autores del hallazgo y, tras sugerir un tiempo de respiro para que la noticia cuajara en el ánimo colectivo de la ciudad y para que las cosas estuvieran dispuestas del modo adecuado, fijó la fecha de la apertura del sarcófago para un próximo lunes, concretamente el día 20 de abril. Al salir de la entrevista, *monsieur* Baudis hizo un aparte con Isabelle para interesarse por su estado de salud y para lamentar la increíble agresión de que había sido víctima, al tiempo que la felicitaba encarecidamente por la brillantez y el rigor de sus trabajos.

Aquella misma tarde, y antes de que nos pisaran los talones los cotilleos que inevitablemente se esparcirían a no tardar por los pasillos del Capitolio municipal, me puse en acción y mandé el artículo al diario local *La Dépêche du Midi*, tras cerrar de modo satisfactorio con su director los términos de su lanzamiento a la opinión pública, incluida la exclusiva de unas fotografías de los dos panteones. Una crónica mucho más breve y pensada para los lectores de todo el hexágono francés fue remitida a mi propio diario, *Le Monde*, como no podía ser de otra manera. Aliviado de haber podido dar rienda suelta a un secreto que habíamos sabido conservar heroicamente, acabé por dormirme satisfecho. Estaba orgulloso de haber cumplido a la perfección el encargo lisonjero que un buen día puso a Isabelle en la estela de mi vida...

Debo confesar, en honor a la verdad, que mi periódico parisino se portó estupendamente, dando un realce poco corriente a la noticia, y que los compañeros de *La Dépêche* cumplieron los términos del acuerdo a rajatabla. Todo pareció salir a pedir de boca, hasta que el día posterior nos demostró que una noticia de ese calibre no puede ser despachada en Toulouse con un simple despiece: las ediciones de los días siguientes de toda la prensa regional alteraron por completo los términos de la información que nosotros pretendíamos encauzar en un determinado sentido. Tal como era seguramente inevitable, el nombre del conde Raimundo VI ocupó los grandes titulares de todos los periódicos, y lo que tan sólo era una mera hipótesis de trabajo se convirtió en cuarenta y ocho horas en una expectativa abusiva y brutal que, en la práctica, convertía un simple interrogante en un aserto sin fisuras.

Leyendo la prensa y escuchando la radio, cualquier ciudadano medio podía llegar a la conclusión, sin ningún lugar a dudas, de que los restos del conde *Vielh* estaban esperando sin más que alguien los sacara a la luz tras siete u ocho siglos de oscuridad y de olvido. Más aún: algunos casi daban por hecho que en el sarcófago que tenía en su tapadera la estatua de una noble yacente podría estar enterrada o bien una misteriosa dama cátara de Laurac, o bien la última esposa del conde, Leonor de Aragón, ignorando que los restos de esta última, si no hubieran sido profanados, ahora mismo estarían descansando tan tranquilamente en el monasterio aragonés de Sijena.

Por último, y a rebufo de todo este barullo, un grupo de intelectuales y personalidades tolosanas se aprestó a redactar un manifiesto en el que se hacía un llamamiento al papa Juan Pablo II para que levantara la excomunión del pobre conde, todavía vigente en una época en la que la Iglesia estaba pidiendo perdón públicamente por algunas de las tropelías que había cometido en sus veinte siglos de historia...

Incluso el propio alcalde, arrastrado sin duda por su lógico entusiasmo, traspasó levemente la línea de la prudencia más elemental al escribir lo siguiente en el prólogo de un libro que se publicó en aquellos días:

Comparto la emoción y la esperanza de las personas que acaban de descubrir la tumba que podría contener los restos del conde. Si se trata efectivamente de Raimundo VI, la apertura del sarcófago no nos proporcionará únicamente unos despojos mortuorios, sino que pondrá de manifiesto un valor precioso del que Raimundo fue portador y defensor: la libertad de conciencia. Como si una gran lección de humanismo siempre actual regresara del fondo del medievo hasta la superficie del tiempo.

Resultaba brillante, desde luego, muy propio del estilo más bien retórico que suele gastarse entre nosotros, pero era sin duda una declaración precipitada...

—Pero ¡cómo pueden decir eso! —se sulfuraba Isabelle de vez en cuando.

—¿A qué te refieres? —preguntaba yo, dispuesto a escuchar cualquier barbaridad.

—Mira lo que dice este párrafo de esta revista: «Fuentes bien informadas, próximas a los autores del hallazgo, afirman que algunas declaraciones prudentes de los responsables de la excavación obedecen a una simple cautela, pero que la autenticidad de los restos de Raimundo VI de Tolosa se da prácticamente por hecha». ¿Se puede saber cuáles son esas fuentes tan bien informadas? —se enardecía de nuevo mi bella amiga, guapísima en su enojo irreprimible.

—Pues nadie, mujer. No existen. Eso se afirma y se escribe sin mover el culo de la redacción de la revista. ¿O no lo sabías?

—Pero ¿será posible?

—Déjalo, Isabelle. No hay forma de contener un estallido como ese.

—Y después, ¿qué? ¿Qué ocurrirá si el resultado es negativo?

—Pues, nada, un breve desencanto colectivo, una cierta frustración general y alguna que otra pulla contra la temeridad de esos investigadores que lanzaron el nombre del conde de modo tan irresponsable. Y a otra cosa, mariposa. Por suerte, no faltarán noticias tremebundas para llenar los titulares...

—Sinceramente, no entiendo cómo puedes dedicarte a un trabajo como ese, Julien —y yo replicaba a su mirada casi despectiva con la cara sombría de un perro apaleado, incapaz de comprender por qué los excesos de mis enloquecidos colegas tenían que repercutir precisamente en mí...

Los días siguientes fueron de una tensa espera, de una cierta desazón general entre los miembros del grupo investigador. Se acercaba la hora de la verdad y todo el mundo reprimía a duras penas su emoción. Fue entonces cuando, como una forma de desahogo que no nos alejara tampoco de nuestro foco de atención, Isabelle tuvo interés en que conociera un poco mejor a la persona del equipo científico que mayor confianza le inspiraba. Se trataba de José Maldonado, el historiador y archivero de origen español al que había saludado ya el día de mi visita a la galería.

Fue una revelación. José Maldonado era un hombre casi anciano de edad indefinible, cabellos blancos y abundantes y aspecto bondadoso. Vivía con su esposa francesa en una casa modesta repleta de libros y rodeada por un pequeño y cuidado jardín, en Portet-sur-Garonne, en las afueras de Toulouse. Hablaba con un leve acento castellano, lentamente y sin levantar apenas la voz, con una imponderable capacidad persuasiva. Se había obstinado en invitarnos a cenar, de modo que Isabelle y yo nos presentamos en su casa aquella tarde con un par de botellas de vino tinto de Burdeos y una tarta de fresas de postre. En seguida me di cuenta del extraordinario afecto con el que se dirigía a mi compañera y de los vínculos de mutua admiración y respeto que sin duda les unían.

Su esposa, Béatrice, nos regaló los sentidos con una cena estupenda, pero se mantuvo en todo momento en un discretísimo segundo plano. Poco a poco, la sabiduría y la sensatez de su marido fueron apoderándose del comedor. La verdad es que yo había llegado hasta allí favorablemente predispuesto, y para sentirme encandilado me bastó con escucharle sólo unos minutos hablando con devoción de su padre, un socialista y republicano andaluz que había llegado a Toulouse huyendo de la victoria franquista en España y de la consiguiente represión. Isabelle, claro está, asistía encantada a aquel mutuo proceso de seducción que ella misma había experimentado unos cuantos años antes, al conocer a nuestro anfitrión.

—¿Y usted qué opina sobre la apertura del sarcófago? —le pregunté en cuanto

tuve la oportunidad.

—Pues no lo sé, la verdad, temo que mis deseos más ardientes se confundan con la realidad. Es decir, creo que me ocurre lo mismo que a todos los compañeros del equipo científico y, para qué nos vamos a engañar, que a la mayoría de los ciudadanos de Toulouse en estos momentos...

—No, ya, pero...

—Hay dos datos incontestables que pueden resultar contradictorios: por un lado, parece prácticamente seguro que los restos del conde Raimundo fueron enterrados en la casa de los caballeros hospitalarios en Toulouse, conforme a sus últimas voluntades. Primera afirmación. Y segunda: no es menos cierto, por otro lado, que a pesar de que se da por seguro que el sepelio se produjo frente al jardín del claustro de la Encomienda, después esos restos nunca fueron hallados. Se habló incluso del abandono y dispersión de sus huesos y, por si fuera poco, se produjo el episodio de la posible separación de la cabeza del resto del cuerpo, lo cual embrolla terriblemente el panorama...

—O sea...

—O sea, que seguimos en la más absoluta incertidumbre... —sonrió mi nuevo amigo al tiempo que llenaba nuestras copas—. Y no han faltado, a lo largo de los siglos, más elementos que contribuyen a aumentar la confusión. Por ejemplo, hubo quien pretendió que en la parte trasera del dichoso cráneo podía distinguirse una flor de lis marcada por la naturaleza, con lo cual, mediante una especie de prueba congénita, se pretendía justificar y legitimar la «normalidad» de la anexión del condado de Toulouse al reino de Francia... ¡Alucinante!

—¿Y qué hay de la presunta vinculación de Raimundo con los cátaros?

—Uf, ese tema requeriría toda la noche y yo no quiero fatigar a unos amigos como ustedes. Menos aún a Isabelle, que conoce estos asuntos al dedillo...

—No tanto, no tanto, José... En cualquier caso, mucho menos que tú. Sigue, por favor, te estamos escuchando... —protestó Isabelle con vehemencia.

—Bueno, para la Iglesia de Roma el asunto estaba muy claro. Raimundo fue, entre otras lindezas, un miembro del Diablo, un hijo o un ministro de la perdición, un perseguidor de la Iglesia, un opresor de los católicos, un apóstata, un hombre repleto de crímenes... Pero más allá de lo que escribieran sus acusadores, Raimundo VI no abandonó jamás su fe católica, e incluso murió devotamente, a pesar de estar excomulgado. Sin embargo, el conde era, por encima de todo, un político, y conocía perfectamente el arraigo de la herejía entre su pueblo y entre sus más cercanos súbditos. Era, por lo demás, un hombre tolerante y pacífico... De modo que siempre procuró nadar entre dos aguas. Más aún cuanto las apetencias políticas de sus rivales atacaban sus propios dominios con pretextos de carácter religioso...

—Pero los cátaros eran una minoría...

—Sí, es cierto, y le diré más: en la ola represiva del trienio 1246-1248, la Inquisición sólo condenó a cadena perpetua a 185 creyentes tolosanos, es decir, menos del 0,5 por ciento de los casi 40.000 habitantes de la época. Con estas cifras en la mano, algunos han insistido a grandes voces en la escasa implantación de la Iglesia disidente. Pero esto es una trampa porque, como muy bien ha recordado el historiador Michel Roquebert, lo que cuenta es el nombre de los condenados: entre ellos se hallaban miembros de las grandes familias consulares, notables que eran también ricos terratenientes, gentileshombres y castellanos del Lauragués que tenían casa propia en Toulouse.

—Es decir...

—Algo muy simple: hoy Toulouse ha multiplicado por diez sus habitantes, ¿no es cierto? Pues bien, según Roquebert, es como si hoy fueran mandadas a la cárcel, por un delito de opinión, 1.850 notabilidades de Toulouse. ¿Qué le parece?

—¡Impresionante! —no pude menos que admitir.

—¿Cómo iba Raimundo VI, en su época, a desdeñar semejante realidad? —se preguntó José acto seguido.

—Por eso le excomulgaron tantas veces...

—Pues sí. La primera vez fue en 1196, un año después de haber accedido al condado. El viejo papa Celestino III lanzó contra él la excomunión, el anatema y el interdicto por haber demolido varios santuarios y por haber incluido en una de sus exacciones los dominios de la abadía de Sant Géli, es decir, el que hoy conocemos en francés por Saint-Gilles-du-Gard, cerca de Nimes. Dos años después le fue levantada la excomunión, porque al nuevo y joven papa Inocencio III le convenía reunir a los barones occitanos contra los cátaros. La segunda excomunión se produjo en 1207, a cargo del legado papal Péire de Castelnou, fundamentalmente por su tibieza y complicidad con la herejía. Tras pedir perdón, Raimundo se reconcilió de nuevo con la Iglesia.

—Si no me equivoco, estamos ya en vísperas del llamamiento del papa a la cruzada contra los cátaros, la llamada cruzada albigense, ¿no es así?

—En efecto, así es, aunque el término «cruzada» no aparece hasta el siglo xv: la Iglesia las llamaba simplemente «expediciones» o, mejor todavía, «peregrinaciones». Bueno, en realidad, esa cruzada o esa sanguinaria «peregrinación» ya se estaba fraguando desde hacía mucho tiempo, tras convencerse Inocencio III de que ni los debates públicos ni la predicación de Domingo de Guzmán y sus amigos podrían terminar con la herejía. Faltaba, sin embargo, un buen pretexto...

—Y ese pretexto fue el asesinato del legado del papa a principios de 1208... —terció Isabelle en la conversación.

—Exacto. La muerte de Péire de Castelnou dio pie a un solemne llamamiento papal a la guerra santa, así como a la formación de un auténtico ejército internacional

integrado fundamentalmente por algunos obispos y por caballeros francos y, en menor grado, alemanes. Este «ejército de Dios» se puso en marcha en 1209 y sembró el terror y la desolación en los territorios del Languedoc. En fin, lo sabéis perfectamente...

—Sí, pero no nos alejemos de Raimundo y sus excomuniones...

—Tienes razón. Pues, mira, el asesinato del legado fue atribuido de inmediato a la instigación del propio conde de Tolosa, lo cual supuso una nueva excomunión, la tercera. Pero tampoco esta duró demasiado, porque Raimundo, habiéndose apercebido de la gravedad del peligro que se cernía sobre su condado, no tardó en pedir perdón y en dejarse someter a una humillante retractación pública en la iglesia de Sant Géli.

—¿Qué significa «humillante»?

—Algo casi inconcebible. Ese día, en pleno verano, la iglesia estaba rebosante de fieles y súbditos del propio conde, encabezados por tres arzobispos y diecinueve obispos. Siguiendo el ritual previsto, Raimundo tuvo que presentarse ante el atrio, descalzo y desnudo hasta la cintura, con una cuerda en el cuello y una vela encendida en su mano. Allí, arrodillado frente al nuevo legado papal, prestó juramento ante los Evangelios, el Santísimo Sacramento y las santas reliquias de que obedecería al pie de la letra las órdenes del papa y de sus representantes, y se arrepintió solemnemente de un listado concreto de quince agravios que habían sido proferidos contra él. Dicho esto, el legado pasó su estola por el cuello del conde y, tomando en sus manos un puñado de varas, le introdujo en la iglesia sujeto con la cuerda al tiempo que le iba flagelando. Vino después la ceremonia propiamente dicha de la absolución...

—*Mon Dieu!* —no pude menos que exclamar—. Nadie aceptaría hoy en día una humillación semejante...

—Desde luego. Pero eso da prueba del poder absoluto de la Iglesia en aquellos tiempos. Raimundo VI aceptó esa y otras vejaciones e incluso se avino a tomar la cruz del ejército cristiano con el fin exclusivo de evitar la acción de las tropas contra sus dominios. De esta forma, la campaña de la *militia Christi* se dirigiría únicamente contra su joven sobrino y vasallo Raimundo Roger Trencavel, vizconde de Béziers, Carcasona y Albi.

—Fue precisamente en Béziers donde se produjo una auténtica carnicería humana, ¿no es cierto?

—Sí, señor. En julio de 1209, la ciudad fue destruida por completo y ello supuso la muerte de varios millares de personas, una masacre incalculable que ha sido definida como una auténtica Hiroshima medieval. Es ese, también, el lugar terrorífico en el que la tradición más o menos apócrifa asegura que, al ser preguntado el legado papal acerca de cómo sería posible distinguir entre católicos y herejes en el fragor del combate, Arnaldo Amalrico, que era también abad de Citeaux y jefe de las tropas cruzadas, contestó: «Matadlos a todos, pues el Señor conoce ya quienes son los

suyos...».

Después de esas palabras, se produjo en el comedor de la modesta casa de José Maldonado unos momentos de silencio. Todos conocíamos ya, en mayor o menor grado, los detalles de aquella suma horrible de barbaridades, que nos habían sido contadas ya en nuestra niñez, pero la exposición serena y sosegada de nuestro amigo historiador les había otorgado, si cabe, un mayor dramatismo.

Todo aquello, más los restantes y horripilantes episodios de la sangrienta cruzada contra los cátaros y sus protectores, formaba parte de nuestro pasado, había ocurrido en nuestras tierras, había sido protagonizado y sufrido por nuestros lejanos antepasados del siglo XIII. Eran unas páginas pavorosas de una historia que se escribió contra nuestros ancestros y que, de una forma u otra, reaparecían tras los presuntos despojos de un conde que ahora, en las postrimerías del segundo milenio de nuestra era, parecía extrañamente próximo a nuestras propias vidas.

CAPÍTULO 10

De cómo el sarcófago de marras nos reveló su secreto inesperado

Habían transcurrido varias horas. La noche oscura se cernía sobre el acogedor hogar de José Maldonado y nuestras ideas empezaban ya a enturbiarse bajo el efecto del vino bordelés y del *millésime 1990* del Mas Amiel, del Rosellón, que acompañaba nuestra sobremesa. Aun así, nos quedaban algunos flecos por cubrir y una última excomunión no relatada. De modo que, apurando la última copa, me atreví todavía a preguntar:

—Después de Béziers, vino el asedio y la caída de Carcasona, con la muerte del joven vizconde en las mazmorras de su propio castillo, ¿no es cierto?

—Eso fue en agosto de 1209. Fue entonces también cuando tomó el mando de las tropas cruzadas un modesto señor de la lie de France, lleno de piedad y ambición, llamado Simón de Montfort...

—¿Piadoso, Montfort?

—Sí, piadoso, pero no en relación con sus víctimas, claro, sino con respecto a sus convicciones religiosas —confirmó José con evidente ironía—. Ya sabéis que, a su muerte, la Iglesia pondría en su epitafio que había sido un hombre «santo y mártir»...

—Sí —completó Isabelle—, de la misma forma que sabemos también que nuestros antepasados celebraron la muerte de ese cruel guerrero diciendo algo así como: «¡Qué alegría! Dios es misericordioso. El conde, que era maligno y homicida, murió sin penitencia, pues era un sanguinario»...

—Bueno, Montfort es otro capítulo de nuestra historia y nos llevaría demasiado lejos. En cualquier caso, es muy cierto que antes de morir al pie de las murallas de Tolosa, en 1218, había conquistado numerosísimas plazas y había vencido por sorpresa a la coalición encabezada por el mismísimo rey de Aragón, Pedro el Católico, en la célebre batalla de Muret.

—Sí, señor. Pero eso supone que antes hubo un cambio de bando por parte de nuestro Raimundo, ¿no?

—En efecto, tienes toda la razón, porque hay que recordar que habíamos dejado a nuestro conde en el momento de tomar la cruz del ejército de Cristo al inicio de la cruzada, aunque el muy pillo logró de forma ladina no tener que participar directamente en los combates. Apenas un mes y medio después de que el papa felicitará a Raimundo por haber entrado de nuevo en el redil de la Iglesia, sus propios legados lo excomulgaron otra vez en Aviñón, en septiembre de 1209, por negarse a entregarles a los cátaros de Toulouse y por haber incumplido casi la totalidad de los quince artículos sobre los cuales había prestado juramento. Esta condena sería confirmada más tarde, pues Raimundo se negó asimismo a cumplir las exorbitantes

exigencias que le imponían los legados papales para concederle de nuevo la reconciliación. De modo que nuestro conde quedó definitivamente alienado frente al ejército de la cruzada, y de ahí vinieron después episodios como Muret en 1213 o los tres asedios de la muy taimada ciudad de Tolosa.

—Pero, más allá de sus tormentosas relaciones con la Iglesia, en el plano político Raimundo acabará por salirse con la suya...

—Efectivamente. Esos serán, sin duda alguna, los mejores años de nuestro personaje. Tras haber perdido sus estados a manos de Simón de Montfort, en la primavera de 1216 saldrá de su exilio acompañado de su hijo, Raimundo el Joven, alias *Ramundetz*, y desembarcará en Marsella para reconquistar sus territorios. Aquel hombre que pudo parecer débil, indeciso, demasiado contemporizador con sus adversarios, toma de nuevo las armas a los sesenta años y regresa de modo triunfal a Tolosa, donde sus súbditos recibirán a padre e hijo con auténtico delirio.

—Es, sí, un momento realmente mágico, una de las fechas estelares en la historia de esta ciudad...

—... hasta que Monfort intentará de nuevo reconquistar la plaza y morirá en el intento...

—... gracias a la piedra de una catapulta lanzada por las mujeres tolosanas desde las murallas, una piedra oportunísima que fue a dar sobre el yelmo del caudillo cruzado y reventó su cabeza como si fuera una fruta madura —remachó Isabelle con evidente satisfacción.

—Exacto. Y punto final a esta larga historia de las excomuniones del conde —añadió José, levantando la mano, con un gesto que parecía poner término a nuestra velada—. Pasaron los años y se sucedieron otras muchas peripecias, pero Raimundo ya no consiguió que le fuera levantado su anatema, lo cual nos lleva directamente, tantos siglos después, a ese sarcófago que, ya veis, nos está quitando el sueño todos los días...

Así era, en efecto, de modo que todos supimos que era ya la hora de marcharse. Nos despedimos de un modo efusivo y, ya en el umbral de la puerta de su casa, José supo tener todavía el detalle de dedicarnos a Isabelle y a mí una frase intencionada y cariñosa:

—Eh, amigos míos, un último consejo, si es que me está permitido... Sea como fuere, no vale la pena que un simple rimero de huesos y de polvo os distraiga un solo instante de los asuntos realmente importantes en la vida...

Hubo tiempo todavía para otras cosas, por ejemplo, para que Isabelle se viniera un buen día conmigo a ver un partido de rugby del Stade Toulousain y para que, cubierta con una gorra rojinegra, se aburriera soberanamente, a pesar de las atenciones y el caluroso y sonoro recibimiento que le fueron prodigados por mis compañeros de

palco. Hubo tiempo, asimismo, para que yo escribiera un par de artículos sobre el futuro *Pare de Découverte Aéronautique* de Blagnac, un viejo proyecto que no había forma de que levantara cabeza. Y lo hubo, finalmente, para que mi pareja y yo nos fuéramos un mediodía casi veraniego hasta el pueblo cercano de Verfeil, donde fui presentado a los padres de Isabelle con todos los parabienes que son de imaginar. Su padre era un hombre sencillo, un antiguo ebanista muy apegado a su tierra y a sus cosas, pero me llamó la atención sobre todo su madre, una mujer discreta con mucha clase en la que me pareció distinguir algunos de los rasgos físicos y temperamentales que más me gustaban de la niña de mis ojos.

Yo, ni que decir tiene, fui presa de los nervios en todo momento, y tengo la impresión de que mi afán por causarles el mejor efecto posible me hizo proferir más de una tontería. Sin embargo, Isabelle parecía estar muy tranquila y sentirse perfectamente dueña de la situación.

—Les has caído muy bien, estoy segura —me dijo amablemente, ya de regreso a Toulouse.

—¿Tú crees? —pregunté yo, bastante menos convencido.

—Sí, eres un tipo simpático y amable. Sólo con esa sonrisa encantadora que tienes, conquistas al personal en un minuto.

—¿Ah, sí?

—Sí, no pongas cara de sorpresa. Algo parecido hiciste conmigo hace mucho tiempo, ¿recuerdas?

—¿Te refieres a nuestros años de instituto?

—Sí, pero ya sabes que no te lo voy a contar...

—Venga, Isabelle, por favor...

—Que no, que tienes que hacer muchos méritos todavía...

—¿Crees que si esta noche te hago el amor con locura y desenfreno lograré mejorar mi posición?

—No sé, veremos. Tú prueba...

Esos últimos días apenas hablábamos de aquel fatídico lunes que se iba acercando de forma inexorable. Ocupados los dos en mil tareas cotidianas, parecíamos haber sellado un acuerdo de no darle más vueltas en nuestras conversaciones a un asunto que sin duda nos estaba carcomiendo. Isabelle, sobra decirlo, trabajaba más horas que nunca y yo, terminada mi crónica habitual, acostumbraba a ir a buscarla hasta la Rué de la Dalbade, donde permanecía sentado en un café situado cerca de aquel edificio con fachada neoclásica que ocultaba tan importantes tesoros medievales. Solía traerme lectura conmigo, porque *ma douce amie* se hacía esperar más de la cuenta, atareada en mil detalles que quedaban por cumplir. Después nos íbamos los dos a cenar a cualquier parte y algunas noches ella se venía a dormir a mi casa. Pero, curiosamente, ese conde que tanto tiempo nos tuvo ocupados a lo largo de tantísimos

días se había desvanecido de nuestras charlas tras la noche de la cena en casa de José, como si ya no quedase nada nuevo que añadir, por lo menos hasta que las tumbas hablasen definitivamente.

Y llegó el 20 de abril de aquel 1998. Ese día tan esperado, unas doscientas personas, entre las que se hallaban las autoridades políticas locales con el alcalde a la cabeza, historiadores, investigadores, funcionarios y periodistas, fueron instaladas en el claustro del hotel Saint-Jean para que pudieran seguir a través de una pantalla la solemne apertura de los dos sarcófagos. Al frente de la operación se encontraban Pierre Bongard, un simpático y orondo antropólogo del equipo científico —quien se encargó de comentar, micrófono en mano, lo que iba sucediendo a los invitados del exterior—, el jefe de las obras de restauración de la ciudad de Toulouse y mi querida Isabelle, en su condición de arqueóloga jefe de las excavaciones. Esta última había abandonado para la ocasión su entrañable y polvoriento mono de faena y ofrecía un aspecto rutilante, vestida con un traje de chaqueta pantalón oscuro y una blusa blanca. Estaba realmente guapísima, con su pelo moreno, corto y ondulado, y con sus enormes ojos negros dispuestos a acechar cualquier tipo de sorpresa.

En el interior de la estrecha galería, el montaje era realmente espectacular: en la pared contraria a los panteones, se había dispuesto un andamio que permitía acceder cómodamente a la altura de los sarcófagos y en el que se había instalado una cámara de televisión y los focos que iluminaban el recinto. Un técnico de televisión cargaba con otra cámara que iba mostrando los primeros planos de la operación. Y, por último, encima de cada uno de los dos sarcófagos, se había apareado un notable artilugio formado de poleas y correas metálicas sin las cuales habría sido imposible levantar, por ejemplo, los 300 kilos que debía de pesar, aproximadamente, la tapadera del sarcófago de la mujer yacente. Cuatro hombres fornidos se ocuparían de esa labor y de dejar colgadas de forma segura las dos tapas de piedra en la parte superior de sus panteones, con el fin de que fuera posible acceder cómodamente a los contenidos de los sarcófagos.

Como yo mismo ya había tenido ocasión de comprobar anteriormente, el sarcófago más espectacular, el de la tapa con la escultura de la mujer noble yacente y con blasones en los costados, ocupaba el panteón más sencillo, sin decoración pictórica alguna. Levantada la tapa, apareció a la vista de todo el mundo un amasijo de despojos humanos con la mayor parte de los esqueletos convertidos en lo que los técnicos denominaron *brushite*, es decir, el fosfato de calcio resultante de la transformación de los restos debida al ambiente ácido y húmedo que reinaba en el interior del sarcófago. Un sarcófago, por cierto, que había sido abierto en varias ocasiones a lo largo de los siglos, pues pronto supimos que, siguiendo una costumbre nada extraña en el Languedoc, contenía varios cadáveres. En cambio, los restos de

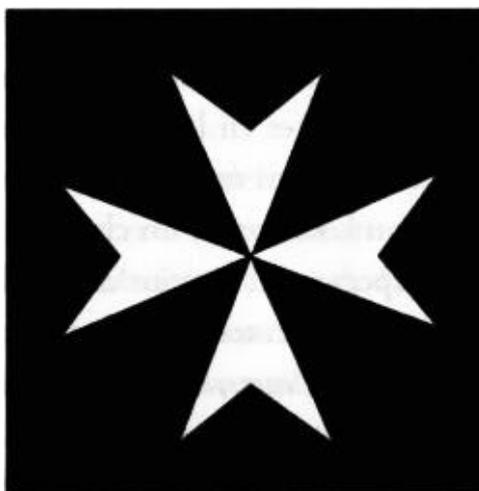
vestimentas y sudarios, incluso de un ataúd de madera, estaban mejor conservados.

Según nos informaron al cabo de los días, los restos de ese sarcófago correspondían a cuatro sujetos. El primer inhumado fue probablemente una chica adolescente, que podría corresponder a la joven yacente de la tapa, cuyos blasones habría que investigar. Había sido depositada vestida sobre un colchón de sarmientos colocados sobre una buena capa de arena blanca. Desde luego, no se trataba en absoluto de ninguna de las esposas de Raimundo. A los pocos años, ese cadáver había sido desplazado cuidadosamente para cobijar junto a él a un niño que debía de vestir calzones o un pantalón rojizo y que tenía una redecilla en la cabeza. Cerca de esta, había sido colocado un pequeño recipiente de madera que contenía seguramente resina. El tercer y el cuarto inhumados eran dos hombres maduros colocados en sendos ataúdes. Según supimos muchos meses después, la fecha de esos enterramientos podía corresponder, para los tres primeros, a los siglos XIII y XIV; para el último, al siglo XVII.

Y, resuelto el enigma del primer sarcófago, llegó la hora de la verdad. Como ya sabíamos todos, el último panteón de la galería presentaba una tapa de piedra sin estatua yacente, pero en cambio la rica decoración pictórica y las dos losas de mármol grabadas que se hallaban en sus paredes habían hecho presagiar el enterramiento de un personaje de mucho mayor rango.

Levantada la tapa, la cámara de televisión mostró a todos los asistentes, dentro y fuera de la galería, el esqueleto bastante mejor conservado de un hombre que presentaba los codos ligeramente flexionados y los antebrazos y las manos cruzadas sobre su pecho. Lo más sorprendente a primera vista, lo que hizo saltar un rugido de admiración y de extrañeza entre los espectadores, era que esas dos manos agarraban una llave de hierro que parecía en buen estado.

El hombre había sido enterrado con un hábito presumiblemente negro y llegaba colgada del cuello, mediante una cinta de la que apenas quedaban restos visibles, una cruz de ocho puntas: era, sin duda alguna, el símbolo de la *Ordo Equitum Hospitaliorum Sancti Iohannis Hierosolymitani*, es decir, la orden Hospitalaria de San Juan de Jerusalén. La cruz se basaba en el remoto signo de la divinidad fenicia Tanit y terminaba en ocho puntas, que, según la versión más extendida, representaban las ocho bienaventuranzas del Sermón de la Montaña de Jesús (Mateo 5, 3-10) y que constituían un auténtico programa de vida para los caballeros de la orden: poseer el goce espiritual, vivir sin malicia, arrepentirse de los pecados, humillarse ante los que te injurian, amar la justicia, ser misericordioso, ser sincero y puro de corazón y sufrir con paciencia las persecuciones.



Bien. Pero ¿quién era ese hombre? ¿Se trataba realmente de Raimundo VI, conde de Tolosa, duque de Narbona y marqués de Provenza? Esa seguía siendo, claro, la pregunta del millón, y lo cierto es que el día del descubrimiento del sarcófago las espadas quedaron en alto: por un lado, era evidente que no existía en el vaso del sarcófago ningún elemento identificador del condado de Tolosa ni ningún instrumento o signo de distinción que permitiera dar una respuesta afirmativa de inmediato; por otro lado, el hábito y la cruz podían alimentar la tesis de que se tratara efectivamente del conde, puesto que Raimundo perteneció a la orden Hospitalaria y había legado su cuerpo a los sanjuanistas, cuyo superior en Toulouse debía encargarse de recibirlo y enterrarlo en la encomienda del Hospital.

Por lo demás, existía un hecho histórico que ahora parecía cobrar gran relevancia: cuando tuvo el ataque cerebral que le llevaría a la tumba, Raimundo se encontraba por lo visto en casa de su mejor amigo, Huc Joan, de la familia eminentemente cátara de los Mauran. Hasta allí corrió, pues, el maestro del Hospital, Dom Armand de Cabanis, quien entró en la sala donde se hallaba el conde paralizado y sin habla y, desplegando su propia capa de hospitalario, la lanzó sobre el moribundo para que cubriera su cuerpo hasta el último suspiro. ¿No sería esa misma capa el ropaje con el que había sido enterrado el hombre del sarcófago que acababa de ver la luz después de tantos siglos?

Ni que decir tiene que esa mera posibilidad encendió sobremanera los ánimos de todos los presentes en la galería y en el claustro de San Juan, de modo que los murmullos más o menos discretos de unos minutos antes casi alcanzaron las cotas de un clamor.

Por el contrario, los expertos del interior de la galería moderaron sus reacciones desde el primer momento. Estaban seguros de que, si se hubiera tratado de nuestro *senher coms*, sus despojos mortuorios habrían estado acompañados de algún signo directamente vinculado a su persona, de algún elemento distintivo que pusiera de relieve la singularidad y el rango nobiliario del sujeto inhumado. Un escudo, un anillo, una corona, un blasón, una espada..., algo que evidenciara su alto linaje. La

mera presencia de la cruz de ocho puntas y los restos de un ropaje hospitalario no eran suficientemente explicativos en una casa como aquella, en cuyo cementerio seguro que podrían hallarse abundantes sepulturas de caballeros de la orden. En definitiva, un hospitalario enterrado en una encomienda de su propio instituto armado era, sin ningún género de dudas, lo más natural del mundo...

Demasiadas preguntas, demasiados interrogantes, demasiadas pistas por estudiar. Prudente en su actitud, Pierre Bongard, el extrovertido antropólogo que hacía las funciones de locutor para los invitados de afuera, se despidió de su auditorio con palabras cautelosas, sin ninguna euforia y con una simple constatación evidente: *Il y a un sacre boulot de fouille, quand même!*, es decir, más o menos: «¡Menudo trabajo de excavación, o de investigación, nos espera!».

Efectivamente, en los días y los meses siguientes al levantamiento de las tapas de los sarcófagos, un auténtico ejército de especialistas se puso en movimiento: había que examinar minuciosamente los restos óseos, los tejidos, las posibles sobras de la última comida del difunto, las huellas de posibles enfermedades o heridas, los posibles elementos botánicos y los depósitos de cristales de la arena. Y, por encima de todo, había que establecer una carta de identidad genética a partir del ADN fósil y determinar un eventual vínculo de parentesco entre el difunto hospitalario y los restos del llamado «conde del año mil» de la casa raimondina que se habían encontrado, pocos años antes, en un sarcófago de la basílica de Saint-Sernin.

Así pues, los mejores expertos del país fueron movilizados para que estudiaran o dieran su parecer acerca de un yacimiento arqueológico excepcional para la Edad Media en el sur de Francia, fuera cual fuera la identidad definitiva del cadáver misterioso de la cruz y de la llave.

En plena fiebre investigadora, se trasladaron las partículas más pequeñas contenidas en ambos sarcófagos hasta varios laboratorios especializados del propio Toulouse y de Lyon, se programaron conferencias y simposios, se solicitaron dictámenes, se ordenó el vaciado de algunos archivos insuficientemente conocidos, se escribieron montañas de letra impresa.

Y para completar el conocimiento del edificio del gran priorato en su globalidad, se puso en marcha un programa de investigación que afectaba al emplazamiento del antiguo cementerio contiguo, situado en la confluencia de las calles de Saint-Jean y de Saint-Rémésy. Esas excavaciones, realizadas por un nuevo equipo encabezado por Isabelle, deberían durar varios años y acabarían por sacar a la luz casi dos millares de sepulturas, algunas de las cuales corresponderían a peregrinos de Santiago de Compostela que habían sido enterrados con su inseparable concha de vieira y su indispensable bordón.

Todos los especialistas se devanaban los sesos por establecer la cronología de los enterramientos, por descifrar con la menos aparente de las pistas la personalidad de

los cinco cadáveres que se habían encontrado. Isabelle y yo, en cambio, nos sentimos atraídos desde el primer momento por un elemento que no parecía despertar la atención necesaria. Se trataba, claro está, de la misteriosa llave a la que nadie sabía dar una explicación mínimamente plausible. ¿Qué hacía una llave de guardas entre las manos del difunto? Las personas que depositaron ese cadáver en un sarcófago que no había sido profanado en tantos siglos, ¿para qué quisieron que durmiera el sueño de los tiempos con semejante instrumento sobre su pecho?

Por lo demás, y como observó en seguida Isabelle en cuanto nos reunimos de nuevo el mismo día de la apertura de los sarcófagos, una llave no es ninguna cruz, ni ninguna reliquia, ni ningún objeto propiamente personal, ni ningún talismán que merezca acompañar a un difunto por toda la eternidad. Una llave es, obviamente, un instrumento que permite abrir alguna cerradura. Pero ¿cuál?, ¿dónde?, ¿por qué? Parecía como si aquellos acompañantes anónimos que la colocaron entre las manos del cadáver hubiesen apostado por la esperanza de que algún día, tal vez muchos años o siglos después, alguien abriera el sarcófago y la encontrase dispuesta a abrir... ¿exactamente qué? No teníamos ni idea...

CAPÍTULO 11

De una inolvidable visita al castillo de Montsegur

Transcurrieron las semanas y los meses. Los expertos seguían trabajando sobre los restos encontrados en los sarcófagos, pero su labor se anunciaba larga y tediosa, interminable. Los resultados definitivos sobre la multiplicidad de aspectos que estaban sobre la mesa tardarían años en llegar. Mientras tanto, Isabelle dio por terminada su misión en el interior de la galería y, sin abandonar el edificio en el que había enterrado tantos esfuerzos —y por el que había sufrido incluso una agresión personal—, aceptó el encargo de dirigir el nuevo equipo pluridisciplinario que debía llevar a cabo la excavación sistemática del antiguo cementerio de los hospitalarios. Eso les llevaría también varios años de trabajo...

Por mi parte, yo, que estaba sumamente feliz con la presencia del amor en mi vida, seguí con mis crónicas periodísticas, con mis colaboraciones en la radio y con mis artículos dispersos en revistas varias. Por si fuera poco, mis conocimientos crecientes en materia de catarismo y de nuestro pasado medieval me granjearon algunas colaboraciones más o menos regulares en magazines de turismo y de viajes, de modo que acabé pateándome con Isabelle buena parte de las tierras occitanas.

Seguía viviendo solo en mi piso, puesto que ella prefirió continuar en su ático del casco viejo con Martine, la prima de Castres, que no había terminado todavía sus estudios universitarios en Toulouse. Y yo, que de alguna forma hubiera deseado un montaje familiar más convencional, me acostumbré a aquella vida de soltero con novia permanente incorporada, algo realmente cómodo y práctico, sin lugar a dudas: los dos nos teníamos el uno al otro cuando hiciera falta y, en cambio, cada uno conservaba su propio estilo de vida, su casa, sus hábitos y sus manías. Pasábamos algunas noches juntos, compartíamos los fines de semana y las vacaciones, salíamos a comer de vez en cuando. Todo era casi perfecto y la vida transcurría con increíble placidez, con la única salvedad, que yo recuerde ahora, de un arrechucho de mi madre que me tuvo en vilo quince días y del disgusto de ver cómo mi equipo favorito de rugby ni siquiera fue capaz ese año de llegar a la final del campeonato de Francia y tuvo que contentarse con un premio de consolación, la Challenge Yves-du-Manoir...

Mientras tanto, la ciudad entera parecía haberse olvidado por completo del valioso hallazgo del hotel Saint-Jean y, a juzgar por el silencio reinante, lo único que cabía esperar era que, cuando culminara la restauración arquitectónica del edificio, se habilitara una forma u otra de que el público pudiera visitar o, por lo menos, contemplar un yacimiento arqueológico medieval de tanta importancia.

Sin embargo, Isabelle y yo seguíamos con la antena puesta y perseguíamos de modo regular al antropólogo Pierre Bongard y a los restantes expertos que podían

ofrecernos alguna información concreta sobre la datación de los restos: era este, sin duda alguna, un aspecto básico para descartar o no el rastro cada vez más escurridizo de Raimundo, así como para conocer la personalidad del caballero hospitalario que nos había legado una llave misteriosa. Habría que esperar un poco más...

Un buen día del otoño siguiente, Isabelle cumplió su promesa de llevarme a Montsegur, sin duda, el lugar más emblemático de la historia de los *bons homes*. Se trata de un promontorio rocoso que se alza altivamente a mil doscientos metros de altura en las estribaciones de la cara norte de los Pirineos, en el departamento del Ariège, o sea, el antiguo condado de Foix. Nada más llegar y dejar el coche en el aparcamiento, Isabelle me espetó sin dilación:

—Bueno, va, ¿qué te parece? Por fin has llegado a Montsegur...

—Pues lo encuentro mucho más impresionante que en las fotografías. Es un lugar precioso, Isabelle, tenías toda la razón...

—Aquí donde lo ves, ese peñasco llegó a albergar en su cumbre a cuatrocientas o quinientas personas, más los animales correspondientes.

—¡No es posible!

—Cuando lleguemos a la cima puede que llegues a creerlo, siempre, claro está, que imagines una torre de defensa rodeada por un sinfín de minúsculas viviendas más o menos colgadas del abismo...

—Oye —me tomé la libertad de interrumpirla con cierta cara de espanto—, ¿hay que subir hasta arriba? ¿Lo dices en serio?

—Faltaría más... Además, te conviene mover un poco el esqueleto, Julien, que llevas una vida demasiado sedentaria —decidió mi memora sin réplica posible—. Ah, por cierto, que conste que las ruinas arquitectónicas que vamos a ver no corresponden al *castrum* de la época de los cátaros, sino a un castillo más tardío...

—¿Qué se hizo del *castrum*? —era notorio que yo hablaba con una propiedad cada vez mayor.

—Después de haber capitulado la plaza, fue arrasado por completo, como se hacía siempre con los edificios que habían sido habitados por herejes.

—¡...!

—Más aún: en los pueblos de la llanura no sólo se arrasaban las casas hasta sus cimientos, sino que el solar pasaba a ser un lugar destinado únicamente a escombros y basura...

Emprendimos, pues, el camino y un primer repecho bordeado todavía de verdor nos condujo al monumento en forma de estela discoidal que la Société du Souvenir et des Études Cathares dedicó, en 1960, *ais martirs del pur amor crestian*. Después subimos lentamente hasta la cumbre de la montaña, a través de una empinadísima senda rodeada de bojedaes y de arbustos coloreados de ocre y de cobrizo que el

cansancio me impidió contemplar en toda su belleza. Por un instante, maldije haber abandonado durante tanto tiempo mis habituales circuitos de *jogging* de los sábados por la mañana. Al cabo de una hora, más o menos, completamente derrengado y sin poder decir esta boca es mía, conseguí atisbar la puerta del recinto amurallado de la cima. Cuando llegué, Isabelle ya casi se había repuesto por entero de su ágil y sorprendente ascensión, de modo que pudo ametrallarme inmediatamente sin respiro:

—Mira, mira, Julien, ¡fíjate qué vista más maravillosa! Aquella cumbre nevada de enfrente es la montaña de Saint Barthélemy y allí abajo tienes el valle del Aude y el pueblo de Montsegur...

Era un panorama precioso, no me cabía la menor duda, pero yo no estaba en condiciones todavía de saborearlo como merecía. Necesitaba descansar, beber un poco de agua, recuperar el aliento y la compostura ante aquella mujer infatigable.

—Bueno... Ahora que ya estamos aquí, ¿por qué no me cuentas lo que pasó? — alcancé a solicitarle.

—Claro que sí. En fin, ya te has dado cuenta de que Montsegur estaba situado muy lejos de Tolosa y Carcasona y en un importante cruce de caminos. Además, la formación de la montaña la hacía realmente inexpugnable. Así que no es nada raro que un personaje importante que tú ya conoces, el obispo cátaro Guilhabert de Castras, de quien hablamos cuando estuvimos en el pueblo de Fanjeaux, solicitara al dueño del castillo, Raimon de Perelha, que él y un grupo notable de *buenos cristianos* pudieran instalarse aquí para dirigir, desde este remoto lugar, la Iglesia perseguida y clandestina.

—Eso significa que estamos hablando de... ¿cuándo exactamente?

—De 1232, una vez ya terminada la cruzada y firmado por Raimundo VII, el hijo de nuestro querido conde, el vergonzoso tratado de Meaux-París.

—¿Por qué vergonzoso?

—Pues porque, derrotado definitivamente por las fuerzas del rey de Francia, que participó personalmente en la segunda fase de la cruzada, tuvo que tragar con dos concesiones tremebundas: una, ceder a la dinastía francesa de los capetos una parte importante de sus posesiones; y dos, declarar heredera de todos sus dominios a su hija Joana y comprometer la boda de esta con un hermano del rey de Francia.

—¿Y esto último era muy grave?

—Sí, porque, a la muerte de Raimundo, el siguiente conde de Tolosa ya sería un miembro de la dinastía de los capetos y porque si la pareja moría sin descendencia alguna, el propio condado de Tolosa pasaría directamente a manos de la corona francesa.

—Que es lo que acabó sucediendo...

—... en 1271. Con ello, la cruzada contra los cataros no había logrado la extinción de la Iglesia herética, que es lo que teóricamente la había justificado, pero

en cambio hizo posible la anexión de las tierras occitanas por parte del reino de Francia.

—Y hasta el día de hoy, ¿no es así?

—Pues sí, señor. La Francia actual es hija, entre otras muchas vicisitudes, de aquella ampliación tan extraordinaria, como resultado de una guerra prolongada y terrible, de los dominios originarios de los reyes capetos.

—Así terminó lo que algunos han llamado después el «sueño de Occitania»...

—Sí, Julien, el sueño de una patria que pudo ser y no fue... La historia es así, y muy a menudo no tiene vuelta de hoja...

—Bien, ahora, si te parece, volvamos a Montsegur...

Para ello, y aprovechando que los dos parecíamos recuperados por completo de la dura ascensión, Isabelle me hizo subir hasta la parte superior de la muralla de los restos de Montsegur y allí, con los pies colgando del muro y frente a la impresionante vastedad del bellissimo paisaje que nos rodeaba, prosiguió su explicación, con un semblante cada vez más severo.

—A lo largo de los años, se fue produciendo en esta cumbre una elevada concentración de dirigentes y miembros de la Iglesia perseguida, más los hombres de armas que les protegían y sus familias, muchos de ellos antiguos señores del Languedoc desposeídos de sus tierras por los cruzados, los llamados *faidits*. Durante mucho tiempo, puestos bajo la tutela del dueño del castillo y del jefe militar de la plaza, Péire Rotger de Mirapeis, los refugiados de Montsegur no fueron molestados y pudieron velar a distancia, con sus idas y venidas, porque no les faltara a sus feligreses moribundos la recepción del *consolament de la bona fi* que les abriría las puertas del cielo...

Cuando hablaba de esas cosas, de esos momentos más bien tristes de la historia de los cátaros, Isabelle erguía su torso de modo ostensible y casi le temblaba la voz. Sentía auténtica compasión por aquellos hombres y mujeres que fueron quemados vivos sólo por reivindicar un modelo de vida religioso más cercano al verdadero mensaje de Jesús de Nazaret. Y yo, escuchándola con todo el respeto del mundo, sentía una mezcla de lástima por los cátaros y de inmensa ternura por aquella mujer maravillosa que andaba por la vida apostando en todo momento por la causa de los más débiles, de las víctimas silenciosas de la historia.

—Dime, Isabelle, ¿qué sucedió más adelante?

—Primero se murió, en una fecha que nos es desconocida pero siendo muy anciano, Guilhabert de Castras, ese hombre eminente que había organizado toda la trama de subsistencia de la Iglesia durante la cruzada. Y después, tras un intento fallido de Raimundo VII de levantar una guerra contra los franceses que convirtiera en papel mojado el tratado que había tenido que firmar, la Iglesia y el rey de Francia tomaron la determinación de decapitar, de una vez por todas, aquella *hidra herética*,

aquel *caput dragonis*, aquella auténtica *sinagoga de Satanás*. De modo que un ejército cruzado a las órdenes del senescal de Carcasona puso sitio al *castrum* de Montsegur entre mayo de 1243 y marzo de 1244.

—Sin embargo, dijimos antes que la plaza era prácticamente inexpugnable...

—Sí, pero los asaltantes, tras varios meses sin lograr resultado alguno, consiguieron colocar a algunos hombres y una catapulta en esa cresta de allí, Julien, fíjate: es el *roe de la Tor*. De modo que la acción de esa máquina de guerra, más la fatiga por tantos meses de asedio, más la pérdida de confianza en una acción armada de socorro por parte del último conde de Tolosa, aconsejaron a los sitiados negociar con los asaltantes una rendición. Los vencedores, el arzobispo de Narbona y el senescal de Carcasona, garantizaron el respeto a la vida del personal civil, siempre que se presentasen ante la Inquisición, y ofrecieron a los *buenos cristianos* una sola alternativa: o la abjuración inmediata o la muerte en la hoguera.

—¿Y qué respondieron ellos?

—Pues ni uno solo abjuró de su fe... Al contrario, tres días antes de arder en la hoguera, veintiún creyentes de diversa condición solicitaron a su obispo, Bertrand Martí, que les confiriera el *consolament*, con lo cual se garantizarían una muerte segura al lado de sus hermanos en la fe.

—La historia tiene un triste final...

—Pues sí, ya ves... Según una crónica católica, «rechazando la conversión a la que se les había invitado, fueron quemados —unos 225, añadido yo— en un cercado construido con palos y estacas, y pasaron al interior del fuego del Tártaro»... Ese cercado, según la tradición, estaba situado allí, al pie de la montaña, en una pradera que la memoria popular todavía designa con el nombre del *prat deis cremats*. Fue el 16 de marzo de 1244.

—Debió de ser horrible...

—Sí, seguro que lo fue. Por la monstruosidad de la condena, que se dictó sin tribunal, ni proceso, ni sentencia, y por la significación de los miembros de la jerarquía cátara que perecieron en la hoguera. A la Iglesia clandestina le costó enormemente levantar cabeza y algunos de sus líderes huyeron al norte de Italia. En realidad, y por culpa de la acción sistemática de la Inquisición, acabó por desaparecer del Languedoc al cabo de unas cuantas décadas...

—Recuerdo que, en cierta ocasión, ya me contaste algunos de los métodos que usaban los inquisidores. Pero un día tendrás que explicarme con detalle cómo funcionaban los tribunales de la Inquisición y por qué resultaron de una eficacia tan enorme...

—Vale, pero otro día. Hoy ya tenemos bastante con las víctimas de Montsegur...

Terminamos, pues, nuestro periplo por la cumbre y las angostas ruinas del castillo, casi repletas de turistas en aquel mediodía de otoño soleado, y resolvimos

tomar ya el camino de descenso. Fue otra cosa, claro está, y yo lo aproveché para romper un poco el prolongado silencio de Isabelle.

—Cuando visitamos Fanjeaux, me dijiste que en Montsegur me hablarías de Esclarmonda de Foix...

—Ah, sí, tienes razón... Uf, esa historia forma parte de la leyenda y el esoterismo de este lugar, que son realmente alucinantes. Por cierto, una de las personas que más contribuyeron a multiplicarlos fue ese joven nazi, Otto Rahn, del que tú me dijiste que le habías dedicado un reportaje en tus años de estudiante...

—Sí, señora, así fue, en efecto. Tengo que recuperar ese trabajo... Bueno, háblame de Esclarmonda...

—No creas que se sabe mucho acerca del personaje real... Se trataba de la hija de uno de los condes de Foix y nació a mediados del siglo XII. Estuvo casada con un noble y tuvo seis hijos o tal vez más. Siendo viuda, recibió el *consolament* de manos de Guilhabert de Castras, en Fanjeaux, y acabó siendo la superiora de un *ostal* cátaro de Pamiers.

—¿Nada más?

—Eso es todo, más o menos. El resto es pura invención de un hombre singular, Napoléon Peyrat, un pastor protestante y escritor del siglo XIX que amaba con pasión estas tierras y que, llevado por su ansia de recuperación de su pasado, construyó con Esclarmonda una imagen legendaria, una especie de mentora del catarismo.

—¿Y en qué consiste la leyenda?

—Según él, esa mujer, rica, poderosa, mal casada con un hombre brutal, habría ordenado y organizado la reconstrucción de la ciudadela mística de Montsegur, lugar donde descansaría para siempre, enterrada en una enorme cripta que, desde luego, nadie ha conseguido encontrar. Así pues, Esclarmonda era la «sibila liberadora de la patria meridional», la «legisladora de las cortes de amor de Gascuña», la «reina diosa»; en definitiva, la heroína que hacía falta para la Iglesia perseguida...

—Eso de la cripta ¿tiene algo que ver con lo del templo solar de Montsegur? —resultaba evidente que me estaba haciendo un lío.

—No, no, lo del templo solar es otra historia fantástica —me aclaró Isabelle con una sonrisa mientras seguíamos descendiendo de la cumbre—. Eso del templo fue cosa de un historiador, Fernand Niel, que desarrolló una teoría que tuvo mucho éxito en los años sesenta: según él, el castillo que acabamos de ver era en realidad un templo zodiacal, un templo solar de los albigenses que escondía en su planta la curiosidad de señalar, con una sorprendente precisión, las principales posiciones del sol naciente. Eso ocurriría, concretamente, en el solsticio de invierno...

—¿Y bien?

—Pues nada, que poco después mis colegas de la época procedieron a efectuar unas excavaciones concienzudas y demostraron que las actuales ruinas del castillo,

como ya te dije, no pertenecen al *castrum* de los cátaros. Y la teoría se vino abajo como un castillo de naipes. Pero no creas: aún hoy sigue habiendo gente que traza sus figuras geométricas con los rayos que cruzan las troneras de los muros, sólo que ahora, como en el solsticio de invierno hace mucho frío y suele estar nevado, pues acostumbran a subir en el solsticio de verano, por los días cercanos a la festividad de San Juan...

—¡No me digas!

—Pues sí, amigo mío, la gente es así, y la fuerza de la leyenda es muy superior a la de la misma historia, deberías saberlo...

—¡Qué cosas!

—Y perdona, Julien, pero sólo estamos empezando. Nos quedarían los temas del Santo Grial y Montsegur, de las grutas del Sabartés, del presunto tesoro de los cátaros, de las fichas de plomo, del mito tibetano, etc. Es realmente interminable.

—Cuenta, cuenta... Hoy yo no tengo otra cosa que hacer...

Y así seguimos hasta llegar al aparcamiento y después hasta Toulouse, y me alegré de comprobar que el esoterismo y todas las falsas creencias que rodean esa mágica montaña del país de Foix habían arrancado a Isabelle el rostro severo que se le había puesto evocando la auténtica tragedia histórica de Montsegur. Ahora sonreía; más aún, se reía o incluso se desternillaba de una forma contagiosa, de modo que al llegar a mi casa nuevas risas y nuevos juegos amorosos pusieron un broche de oro a ese día inolvidable.

CAPÍTULO 12

De una terrible decepción y de algunas historias de los nazis

Al día siguiente, justo cuando yo acababa de encontrar en mi archivo mi célebre reportaje juvenil sobre Otto Rahn, Isabelle me llamó por teléfono con una voz casi temblorosa y un tono más bien impaciente:

—¡Julien! Por fin, tenemos noticias acerca de la investigación de la tumba. Acaba de llamarme Pierre y hemos quedado en vernos a la hora de comer. ¿Podrás venir?

—Claro que sí, mujer, faltaría más. Pero ¿quién es Pierre?

—Sí, hombre, Pierre Bongard, ¿no te acuerdas? Se trata de aquel antropólogo más bien rollizo, tan simpático, que el día del descubrimiento de los sarcófagos hacía de locutor para los invitados que estabais en el claustro.

—Ah, claro, claro. Ya sé quién es. Oye, todo esto está muy bien, pero ¿no te ha adelantado nada sobre los resultados de la datación del cadáver?

—No, se ha limitado a decirme que no nos hiciéramos muchas ilusiones, que había habido sorpresas.

—¿Nada más?

—Nada más... Tú ¿cómo lo ves?

—Pues está claro, ¿no? El rastro de Raimundo se aleja definitivamente...

—Eso me temo. Pero, en fin, estoy intrigada por saber a qué se refiere cuando habla de sorpresas.

—Sí, pero no olvides la primera parte de la frase: no te hagas muchas ilusiones...

Pierre Bongard se presentó puntualmente en el restaurante, con su aspecto jovial y su robusta figura. Era un tipo encantador, dicharachero, que balanceaba los brazos como un par de remos cuando andaba, a causa de su rotunda obesidad. Su cara redonda estaba presidida por una amplia sonrisa, mientras que su frente mostraba algunas perlas de sudor. Tras los inevitables saludos y frases preliminares, no tardó mucho en entrar en materia:

—Tengo noticias frescas del laboratorio de Lyon. Las pruebas de datación de radiocarbono 14 sitúan nuestro esqueleto, quiero decir el del caballero hospitalario, muy lejos de la época que podíamos haber imaginado. Concretamente a finales del siglo XVIII, principios del XIX.

—¿Cómo? —preguntamos Isabelle y yo al unísono. Esta era, por supuesto, la sorpresa anunciada.

—Exactamente lo que estáis oyendo: siglo XVIII, principios del XIX —repitió de modo solemne—. El señor de la llave misteriosa no es el conde de Tolosa, eso está

claro. En todo caso, si algún improbable vínculo tiene con la remotísima dinastía raimondina, se trata de un tataranieta muy lejano... En fin, *rien du tout*, amigos míos...

—¿El siglo XVIII? —iba mascullando Isabelle, mientras intentaba asimilar los nuevos datos.

—Eso el cadáver, claro está —precisó Pierre—. La datación medieval del panteón y sus espléndidas pinturas sigue siendo correcta, como es natural, pero lo más probable es que el sarcófago fuera vaciado en algún momento a lo largo de los cuatro o cinco siglos posteriores por razones que desconocemos, y que los hospitalarios lo reutilizaran después para enterrar en él, qué sé yo, a algún prior o algún otro miembro significado de la orden.

—¿Y ese vaciado? ¿Crees que...?

—No, no creo realmente que el conde haya estado nunca inhumado en esa tumba. Estoy seguro de que se trataba de restos sin ninguna relevancia... De otro modo, no hubieran vaciado un sarcófago que no se ha movido de su sitio y que dudo mucho que haya sido nunca profanado. Vamos, no pienso que pueda concluirse otra cosa...

—Oye, Pierre, perdona, pero eso de las pruebas del carbono ¿es algo realmente muy preciso? —pregunté yo, demostrando mi ignorancia en la materia—. No, no me refiero a que pueda producirse un error en tantos siglos, claro está... Espera, lo diré de otro modo... ¿Cuál es el margen de desviación posible en un cálculo cronológico de este tipo?

—Hombre, pues unos cincuenta años para las muestras más recientes de 2.700 años y unos sesenta para las muestras más antiguas. Realmente, hablando en términos históricos, hay que reconocer que son dataciones extraordinariamente precisas.

—Ya, ya... Y eso, ¿cómo es posible?

—Verás... —ahora era la propia Isabelle quien iluminaba mi desconocimiento tan supino—. El carbono es un elemento químico que se presenta en tres variedades o isótopos: el 12, el 13 y el 14. Todos los seres vivos absorben los tres isótopos. Una vez absorbidos, los tres tipos de átomos de carbono se fijan en los esqueletos de los organismos vivos. Cuando el individuo animal o vegetal se muere, deja de absorber esos isótopos y, mientras los carbonos 12 y 13 se mantienen estables, el carbono 14 comienza a desintegrarse de modo constante. Así, cuando los arqueólogos hallamos unos huesos en un yacimiento cualquiera, podemos calcular la cantidad de carbono 14 que se ha desintegrado y compararla con la cantidad de carbono 14 que existe actualmente en nuestro medio. De esta manera podemos llegar a saber con tanta exactitud la fecha y la ocupación del yacimiento.

—Muy interesante... Perdonad que os haga perder el tiempo con preguntas tan elementales. Pero ¿qué tipo de muestras se mandan al laboratorio, y en qué condiciones?

—Mira, lo más importante es que las muestras se hayan obtenido con sumo cuidado —prosiguió Isabelle—. Por ello, hay que eliminar los contaminantes más visibles, tales como las raíces o los granos de piedra calcárea. Después hay que empaquetar las muestras al abrigo de materias carbonadas y, finalmente, completar la información con los máximos datos posibles del lugar del que se han extraído.

—Por lo que se refiere al volumen de la muestra —completó Pierre—, y para unos huesos que no han sido quemados, como es el caso de nuestro caballero, tiene que ser de unos 300 gramos como mínimo. En estas circunstancias, la datación es muy fiable.

—Bueno, sea como fuere —intervino de nuevo Isabelle volviendo al fondo del asunto—, lo cierto que esto cierra definitivamente el capítulo del conde, ¿no es así?

—En efecto, así me lo parece —confesó Pierre con aspecto compungido.

—De modo que ya está... —insistía Isabelle para sí misma—. Dios mío, tanto alboroto para esto...

—Eh, eh, no vayamos a ponernos tristes ahora —le repliqué con energía.

—No, no, Julien, si estoy perfectamente. Te lo juro, estoy bien, sólo trato de hacerme a la idea.

—Bueno, mejor así...

—Descartado el conde de Tolosa, ahora ya sólo nos queda un desconocido caballero hospitalario de una etapa histórica mucho más reciente...

—Sí, señora, un caballero con una extraña llave de guardas en la mano —recordé yo, que no había satisfecho todavía toda mi curiosidad.

—Tienes razón —observó Pierre Bongard—. Pero aún no sabemos nada de la llave. No me refiero a la datación, claro está, que resulta evidente, sino a la información que pueda brindarnos, aunque me temo que va a ser muy escasa. Lo mismo ocurre con la cruz hospitalaria de ocho puntas que el difunto llevaba colgada en el cuello, que también estamos estudiando... No temáis, en cuanto sepa algo, os llamo en seguida...

—¿Desanimada? —pregunté a Isabelle en cuanto nos quedamos a solas en mi casa.

—Hombre... En el fondo, creo que siempre lo he sabido. Habría sido una suerte tremenda. Pero, claro, entre una cosa y otra te vas espoleando y al final dejas de tener los dos pies en el suelo...

—Bueno, todo eso es muy normal. Ahora lo importante es cerrar este capítulo y abrir otro. El cementerio, por ejemplo...

—Pues sí, la verdad. Creo que va a resultar muy interesante. Estamos hablando de examinar varios centenares de sepulturas...

—¿Y el dinero? ¿Os han aprobado ya la financiación del proyecto?

—No, ¡qué va! Las cosas de palacio van despacio...

Nos servimos un par de cervezas heladas. Una ambulancia pasó por la calle con la sirena a todo trapo. Isabelle se había quedado repentinamente muda y parecía hallarse en otra parte. Había que cambiar de tema de conversación.

—Oye, Isabelle, ¿puedo hablarte de otra cosa?

—Claro, ¡faltaría más! ¿De qué quieres hablarme?

—Es que he recuperado mi reportaje juvenil sobre Otto Rahn...

—¡Ah! El nazi ese que siguió el rastro de los *bons homes*... A ver, a ver, enséñame esos papeles...

Creo que también por esto me gustaba Isabelle: pasado el primer momento, era perfectamente capaz de dar por terminada una historia sin futuro y de invertir nuevas ilusiones en cualquier otra cosa que llamara su atención. Así que se repanchingó en el sillón del comedor y devoró el artículo en unos pocos minutos. Yo lo había hecho justo antes de que me llamara por teléfono y no pude menos que sorprenderme de nuevo ante la oscura personalidad de un tipo que había llevado al paroxismo todas las fantasías legendarias sobre el catarismo.

Otto Rahn nació en el *land* alemán de Hessen en 1904, hijo de una mujer de ascendencia judía. Bajo el pretexto de terminar una tesis de estudios romanistas, estuvo viviendo en un pueblo del Ariège entre 1930 y 1932. De regreso a Alemania publicó *Cruzada contra el Grial*, cuatro años después, *La corte de Lucifer*, dos obras de escaso éxito, henchidas de imágenes poéticas, que interpretan el catarismo como un paganismo ario anterior al judeocristianismo.

En 1937, cuando publica su segundo libro, impregnado esta vez de ideología nazi y antisemita, Rahn ha sido reclutado ya por Heinrich Himmler, el *Reichsführer* de todas las policías y de los grupos especiales del «frente ideológico», para su servicio de investigación. Pertenece, pues, a las SS, bajo cuyas órdenes es destinado al campo de Ravensbrück. Sus libros, traducidos al francés, no fueron conocidos en nuestro país hasta después de la guerra y están en el origen de buena parte de las aberraciones de la llamada «mitografía» cátara. Parece que después Rahn fue objeto de una demanda administrativa de filiación aria, que naturalmente no pudo satisfacer. Tras haber dimitido de las SS en 1939, su muerte se convirtió en un misterio: la versión oficial es que falleció en un accidente de montaña, pero hay quien dice que se suicidó; otros afirman que fue ejecutado por sus jefes, y otros, finalmente, que recomenzó su existencia como diplomático y se perdió su rastro por completo.

—Tú debiste de ser un jovencito brillante, ¿no, Julien? —me espetó Isabelle en cuanto terminó la lectura del artículo.

—No te rías de mí, por favor. ¿Por qué lo dices? —le repliqué, con cara de carnero degollado.

—Por nada, tu reportaje está muy bien...

—Pero si pertenece a mi más tierna e inocente juventud...

—Por eso lo digo. Es realmente interesante...

—¿Lo dices en serio?

—Que sí, hombre, que sí, lo digo en serio. Pero, bueno, vamos a ver, en síntesis, ¿cuáles fueron los delirios de ese nazi?

—Bueno, acabas de verlo. No creas, sólo conozco lo que yo mismo escribí y algo que leí hace muy poco en alguno de esos libros sobre catarismo. En suma, puede decirse que se apropió de todos los mitos y leyendas sobre los orígenes de la raza aria germánica y los entremezcló con las fantasías de algunos autores locales, más o menos místicos y ocultistas, que pensaban que Montsegur, situado en «las salvajes montañas del Tabor», es decir, los Pirineos, era la montaña donde se hallaba escondido el Santo Grial.

—O sea...

—Creo que todo podría resumirse diciendo que Rahn persiguió dos objetivos: por un lado, soñaba con hacer de ese Montsegur enemigo de la Iglesia romana el célebre Muntsalvaesche (Montsalvage, en francés medieval) germánico del *Parzival*, la obra de ese poeta alemán del siglo XIII, ¿cómo se llama?... sí, Wolfram von Eschenbach. Por otro lado, pretendía presentar a los cátaros como los descendientes de los antepasados arios y, al mismo tiempo, los precursores de los nazis. ¿No está mal, no?

—¡Ahí es nada! Por cierto, el *Parsifal* de Wagner se basa en ese texto medieval, ¿no es así?

—Sí, señora. La acción se sitúa en los Pirineos, en ese Montsalvat (Wagner lo denominaba así) que se ha prestado a tantas especulaciones, y narra el proceso por el cual el caballero Parcival (o Parsifal) llega a encontrar el Santo Grial y a ser coronado rey de sus caballeros. Por cierto, el Grial de Otto Rahn no es un cáliz ni una copa, sino una piedra desprendida de la corona de Lucifer después de su caída, símbolo de la sabiduría espiritual esotérica.

—Y eso de la corte de Lucifer que sale en el título del segundo libro de Rahn, ¿de qué va?

—Bueno, se trata de sustituir la tradición judeocristiana por el viejo naturalismo germánico. El Dios verdadero sería Lucifer, que es el Apolo hiperbóreo, la divinidad de la naturaleza, y la corte de Lucifer no es más que el conjunto de aquellos que creen en la superioridad de la raza aria venida del Gran Norte y que, para salvaguardar su pureza, están dispuestos a eliminar a los judíos y a los cristianos.

—Pero los cátaros...

—Los cátaros, en la medida que se resisten a la opresión de la Iglesia romana y son enemigos de Jehová, forman parte de los cortesanos de Lucifer...

—Uf, el asunto casi me supera... Tengo entendido que, desaparecido Otto Rahn, Himmler siguió con su neura...

—De este asunto sé un poco más todavía. Me lo contó no hace mucho mi amigo

Péire Berteaux, el documentalista que trabaja en *La Dépêche* y al que suelo consultar en estos casos. Por lo visto, el SS *Reichsführer* estaba obsesionado con las ciencias ocultas, creía que él mismo era la reencarnación del rey Enrique de Sajonia y pensaba que habría que organizar un ejército a imagen y semejanza de los antiguos caballeros teutónicos. Asistía a sesiones de espiritismo y astrología, se confesaba devoto del dios Wotan e impulsó rituales paganos en los que los SS enaltecían la raza aria con ríos de sangre y orgías sexuales...

—Algo había oído de todo eso, en efecto...

—Así que no resulta nada raro que un hombre de esa calaña malgastara millones de marcos en investigaciones históricas y que dirigiera personalmente expediciones para buscar el Santo Grial. En realidad, Otto Rahn tan sólo fue un peón más en esa obcecación enfermiza de Himmler. Y, efectivamente, el jefe de las SS y la Gestapo siguió, como tú decías hace un momento, con su neura. En octubre de 1940 estuvo en Montserrat, la sagrada montaña de los catalanes, también con la manía personal de que tal vez el Santo Grial podía estar allí...

—Bueno, todos esos nombres se parecen: el Muntsalvaesche de Wolfram, el Montsalvat de Wagner, Montsegur, Montserrat... Y las dos últimas están relativamente cerca de los Pirineos...

—Sí, en efecto. Conducido por personajes como Himmler y como el propio Hitler, que estaba también enormemente interesado en toda esa patraña y que siempre se emperró en enlazar el esoterismo y la política, el régimen nazi puso un empeño extraordinario en dar con ese lugar imaginario y seguir buscando el Santo Grial...

—Pues no ha producido pocos libros ni pocos ensueños esa historia...

—Es cierto, y a lo largo de los siglos. Para nuestra generación, basta con pensar en las películas de Indiana Jones... Lo malo es que, en el caso del catarismo, toda esa fantasmagoría ha contaminado la historia real de la *Gleisa de Dio* y ha generado multitud de aberraciones falsarias que se siguen copiando y publicando con un furor interminable.

—Veo una paradoja en todo eso: según dices, los libros de Otto Rahn tuvieron una escasa audiencia cuando se publicaron. Sin embargo, ha sido mucho después cuando han tenido más éxito, sobre todo en nuestro país, mucho más que en Alemania...

—Así es. Mucho me temo que la única explicación para ese «éxito», así como para el intento de proyectar el nazismo sobre el catarismo, obedece más bien a esa especie de morbosa fascinación que el régimen de Hitler ejerce sobre algunos de nuestros contemporáneos, ¿no crees?

—Es muy posible que así sea... Una última cuestión. ¿A ti te suena algo una historia de un avión alemán que sobrevoló Montsegur en el setecientos aniversario de la rendición de la plaza?

—Sí, es otra leyenda. Dicen que pasó por encima de Montsegur exactamente el día 16 de marzo de 1944 y que trazó en el cielo una cruz gamada o una cruz céltica.

—¿Y?

—Nada, todo falso, por una razón elemental e incontestable: en 1944 no se sabía todavía la fecha exacta en que tuvo lugar la hoguera de Montsegur. ¿Concluyente, no?

—Desde luego... Bueno, Julien... Fin de la historia. ¿Y si nos fuéramos a dar un paseo? Después del disgusto que nos ha dado Pierre en la comida y después de todo ese rollo de los nazis, creo que necesito que me toque un poco el aire.

—Me parece estupendo, Isabelle. Y de paso, para desintoxicarnos un poco, te contaré lo que le ha ocurrido hace un par de días a un amigo mío que trabaja en un banco y que resulta que...

No nos callábamos nunca. Yo no, desde luego, pero ella tampoco. Nuestras conversaciones se alargaban horas y horas y, cuando parecían declinar ligeramente, nuevos flecos inesperados enardecían nuestro infatigable palique. Recuerdo esos días felices como si estuvieran rodeados por un halo luminoso y recuerdo también que, por aquel entonces, yo me daba perfecta cuenta de que Isabelle, además de ser mi amor y mi amante apasionada, se había convertido en algo tanto o más importante todavía: era ya mi cómplice, mi confidente o, más aún, mi mejor amiga...

CAPITULO 13

De unas misteriosas inscripciones en latín en una llave de guardas

Vinieron luego unos tiempos sin zozobra, alterados únicamente por los disgustos que tenía Isabelle con una tramitación administrativa que se estaba atascando a todas luces y que algún día habría de permitirle dirigir un equipo de una treintena de arqueólogos que procederían a la excavación del cementerio contiguo al priorato. De vez en cuando, nos llegaban noticias de algunos progresos en la identificación de los cuatro cadáveres del sarcófago de la mujer yacente, pero esas informaciones ya no aceleraban nuestro pulso. Seguía siendo, sin duda alguna, un yacimiento importantísimo, pero la mágica aureola de un hallazgo sensacional como el que llegamos a imaginar en nuestros sueños se había desvanecido por completo. Sólo la exaltación de nuestro amor, tan joven todavía, seguía iluminando las semanas y los meses con una luz extraordinaria.

No nos faltaron, claro está, otros motivos de dicha y de alegría. Recuerdo, por ejemplo, unas maravillosas vacaciones en Malí, de las que guardo, en la mesa de mi escritorio, una máscara dogón de madera de la región de Bandiágara y, en mi retina, como la más bella de las evocaciones, una luz única, irrepetible, así como la sonrisa contagiosa de los niños. O una estancia de un par de semanas en Roma, donde nos pateamos la ciudad de arriba abajo y estuvimos alojados en un precioso hotel del Aventino. U otro viaje, esta vez a París, para poder comprobar con nuestros propios ojos como el Stade Toulousain se coronaba campeón de Francia, gracias a una elaborada victoria sobre el AS Montferrand y gracias también, todo hay que decirlo, a la sangre fría en dos lanzamientos de más de cuarenta metros de nuestra estrella, Frédéric Michalak.

Fue la época, asimismo, de largas y numerosas conversaciones con José Maldonado, con quien trabé, también yo, una sólida amistad: así pude saber, a ciencia cierta y por si hacía alguna falta, que se trataba de un hombre realmente bueno y sabio, como pude adivinar ya el primer día que le conocí. Creo que fue también durante ese período cuando Martine, la prima de Castres que vivía con Isabelle, terminó sus estudios y se fue a Alemania, sin que ello supusiera ningún cambio en nuestra relación como pareja. Y no porque yo no lo intentara...

—Oye, Isabelle, ¿por qué no te vienes a mi casa para siempre? —preguntaba yo muy de vez en cuando—. O, si lo prefieres, yo me voy a la tuya...

—Déjalo, Julien, no insistas —respondía siempre ella—. Más adelante... Ya tendremos tiempo, ¿no? ¿Acaso no estamos estupendamente como estamos?

Por último, y para completar los recuerdos de aquellos meses, no puedo menos que dejar constancia de una entrevista entre Isabelle y su antiguo marido, que regresó

a Toulouse en un viaje relámpago y se comportó civilizadamente. Lo recuerdo, sobre todo, porque, de vuelta a casa después del encuentro, ella se me echó al cuello con una encantadora sonrisa y me dijo algo que caló en lo más profundo de mi ser:

—No ha pasado nada, Julien, ya ni siquiera me duele. Todo está muerto y enterrado. ¡Qué feliz estoy contigo, *mon amour*!

Así vivíamos cuando llegó, con gran expectación popular, el cambio de siglo y de milenio. ¡Qué momento más emocionante! ¡Qué sensación tan especial! Y, por qué no decirlo todo, ¡qué lío con el cambio de cifras, con nuestros ordenadores y nuestras máquinas tan modernas anclados en el consabido 19 del siglo pasado!

Muy poco después, sin embargo, la ciudad de Toulouse, nuestra querida *ville rose*, recibió de repente un durísimo zarpazo del que no estoy seguro que se haya repuesto por completo todavía. Fue, lo recuerdo con toda exactitud, el día 21 de septiembre de 2001. En esa fecha aciaga tuvo lugar la explosión del complejo petroquímico AZF, de la compañía petrolera Totalfina, sin duda, la catástrofe industrial más grave de la Europa occidental en los últimos años. El balance fue realmente aterrador: 31 muertos, 2.800 personas hospitalizadas y 27.000 viviendas, 150 empresas y más de 100 centros educativos afectados. Aunque los ciudadanos respondieron al desastre con ejemplar actitud, el impacto del suceso fue extraordinario para todos nosotros, más aún si consideramos, además, que nuestra industria aeronáutica se encontraba en aquellas fechas afectada por las repercusiones del célebre atentado terrorista que había tenido lugar, sólo diez días antes, en la ciudad de Nueva York.

Fueron unas jornadas frenéticas, en las que dormí muy pocas horas, requerido no sólo por mi conciencia cívica, sino también por mis obligaciones profesionales, que pusieron a prueba, hasta unas condiciones extremas, mi profunda convicción de periodista vocacional. Escribí infinidad de crónicas e informes para multitud de medios escritos y participé en varios programas radiofónicos y televisivos. Muchos colegas extranjeros me llamaron para aclarar sus dudas, para puntualizar algunos detalles, para comprender mejor el estado de ánimo de nuestra colectividad local. Por último, muchos ciudadanos me hicieron partícipe, espontáneamente, de sus cuitas, de sus preocupaciones, de su angustia. Fue una auténtica locura...

En esas estábamos cuando, un par de semanas después del desastre, Isabelle recibió una llamada de Pierre Bongard, su amigo antropólogo:

—Isabelle, perdona, sé que todos estamos estos días con la cabeza en otra parte. Pero no puedo menos que decirte que hay novedades en los resultados de las investigaciones relativas al hotel Saint-Jean. El azar ha dispuesto que las novedades nos llegaran precisamente ahora...

—Dime, dime, Pierre... Un día u otro tenían que llegar, ¿no?

—Claro... En fin, que tengo algún dato curioso sobre la llave que encontramos entre las manos del caballero hospitalario.

—¿Ah, sí? —la relativa indiferencia de Isabelle se trocó de inmediato en un súbito interés—. ¿Y cuál es?

—Pues mira... —contestó con parsimonia el robusto colega—. Por lo que respecta a la datación de la llave, no hay nada sorprendente: corresponde a la misma época, finales del XVIII o principios del XIX. Es lo más natural...

—Venga, Pierre, ¡suéltalo ya! —el interés de Isabelle se había transformado casi en exasperación—. ¿Qué es lo que habéis encontrado?

—Un elemento curioso. Dos breves inscripciones en la llave del caballero hospitalario. Una en el anillo y otra en la tija...

—¿Dos inscripciones? ¿Y se puede saber lo que dicen?

—Bueno, al principio eran prácticamente ilegibles. Poco a poco, los compañeros del laboratorio han conseguido devolverles el relieve necesario. Ahora pueden leerse mejor, pero esas palabras no parecen tener ningún sentido. En la zona perimetral del anillo figura la indicación: «IN PVTEO». Y en la tija, que tiene forma cilíndrica, otra que dice: «IN STO AEGIDIO»...

—¿Cómo dices? ¿Puedes repetirlo más despacio?

—«In puteo» y, en el vástago de la llave, «In Sto Aegidio»... Bueno, o al revés, claro está: igual debería decirse primero «In Sto Aegidio» y después «In puteo», ¡vete tú a saber...!

—Sea como fuere, suena raro, en efecto. ¿A qué puede referirse?

—¡Yo qué sé! Pensé que acaso tú lo sabrías...

—No tengo la menor idea. ¿«Santo Aegidio» es...?

—... San Egidio, es decir, San Gil, ¿no? «En el pozo» y «en San Gil», eso es lo que significan las palabras...

—Ya, ya... Pero la traducción de latín no nos aclara nada...

—No. En absoluto.

—Bueno, no sé, tengo que pensar. Ahora mismo tengo la cabeza en blanco —Isabelle vaciló unos segundos—. Oye, Pierre, una pregunta: ¿sería posible que alguien me hiciera una reproducción exacta de la llave?

—Sí, supongo que sí. Si quieres, puedo encargarme yo mismo de obtenerla.

—Te lo agradeceré enormemente. Oye, una reproducción exacta, con su paletón y sus guardas... y las dos inscripciones en el anillo y en la tija, por supuesto.

—Sí, sí, idéntica. Te daré una llave exactamente igual.

—Perfecto, Pierre. Eres un encanto. Otra cosa: ¿sabemos algo de la cruz de ocho puntas?

—Sí, pero no hay nada especial. Es la cruz que llevaban los hospitalarios de la época y la misma que siguen llevando hoy día los miembros de la orden de Malta.

Ningún dato adicional, ningún elemento que llame la atención.

—De acuerdo. Bueno, Pierre, no dejes de informarme de los nuevos datos que puedan ir apareciendo.

—Ya sabes que lo haré. Cuenta con ello. Ah, te mando por correo electrónico el texto completo del estudio científico sobre la llave. Adiós, Isabelle...

—Adiós, Pierre, muchísimas gracias.

A Isabelle, claro está, le faltó tiempo para llamarme, pero en ese momento yo no estaba en casa. Cuando regresé, encontré un mensaje en el contestador en el que sólo expresaba su urgencia por hablar conmigo y, en el correo electrónico del ordenador, el informe técnico sobre la llave que ella me había remitido, con una descripción de la pieza que parecía realizada por un auténtico especialista:

Se trata de una llave de guardas, es decir, de las que presentan entalladuras en su paletón para endentar con los hierrecillos o guardas de la cerradura, entalladas en sentido inverso. Pertenece, sin duda, al siglo XVIII y presenta un cierto lujo de decoración en el anillo y en el paletón, con una primorosa labor de hierro forjado y cincelado, rematada con el taladro y con la lima...

Seguí leyendo con relativo interés y, de repente, cuando menos lo esperaba, mis atónitos ojos dieron con la mención de las dos inscripciones de la llave: presa de una gran emoción, no pude menos que dar un respingo, y mi pulso se aceleró con brusquedad. Por fin, al poco rato, y con los nervios hechos cisco, pude hablar con Isabelle, tan alterada como yo, pero muy a pesar mío no supe arrojar ni un ápice de luz a su evidente desconcierto. ¿Un pozo? ¿San Gil? Muy bien, ¿y qué? ¿Qué sentido tenía todo aquello?

Antes de colgar el teléfono, decidimos darnos un poco de tiempo, conscientes ambos de que nuestro cerebro no se detendría ni un instante, dando vueltas y más vueltas a esas enigmáticas palabras.

Al día siguiente, cuando nos encontramos a la hora de comer, Isabelle había progresado bastante más que yo.

—Vamos a ver. Empecemos por el principio. ¿Quién es san Gil? —se preguntó a sí misma y a mí en voz alta.

—¿San Gil? Ay, querida, tengo que confesarte que mis conocimientos sobre el santoral católico están ahora mismo un poco oxidados...

—Pues yo he estado investigando, *mon chéri*...

—Muy bien, ¿y a qué conclusiones has llegado?

—San Gil es un santo del que se sabe a ciencia cierta muy poquita cosa, pero su

devoción en la Edad Media alcanzó cotas extraordinarias. Hoy mismo existen en el mundo más de tres mil lugares en los que resulta venerado o conocido. Por cierto, san Gil ha merecido por parte de la literatura épica un elogio sin igual: se trata «del santo que jamás deja de escuchar al hombre que le reza de todo corazón».

—Estupendo, eso nos conviene... ¿Qué más?

—Nació en Atenas, aproximadamente a mitad del siglo VII. Tocado por la gracia divina, distribuyó sus bienes entre los pobres y se embarcó en una nave que, abandonada a merced de las olas, le condujo hasta Provenza. Allí vivió como un anacoreta en una ermita solitaria, alimentado por una cierva. Un día la cierva fue perseguida por un cazador que no consiguió herirla, puesto que la flecha que le iba destinada fue a dar en el cuerpo del anacoreta, sin que este sufriera daño alguno. Entonces el cazador, un altísimo dignatario cuya personalidad concreta varía según las fuentes, decidió fundar allí mismo una abadía. A la muerte del santo, la iglesia abacial se convirtió en objeto de un culto fervoroso y multitud de peregrinos procedentes de lejanos países se encaminaron de inmediato hacia su tumba. Estoy hablando, claro está, de la célebre abadía provenzal de Sant Géli, hoy Saint-Gilles-du-Gard, famosísima en la Edad Media por encontrarse en una de las cuatro rutas más importantes del camino de Santiago y constituir uno de los objetivos preferentes de peregrinación de la cristiandad de la época, junto con Jerusalén, Roma y Compostela. Los papas y los condes de Tolosa, que eran los señores del marquesado de Provenza, protegieron y enriquecieron el monasterio benedictino que, a partir de mediados del siglo XI, se afilió a la orden de Cluny.

—El mundo es un pañuelo, Isabelle. Ya estamos otra vez con los condes de Tolosa... ¿Acaso el abuelo de Raimundo VI, es decir, Raimundo IV, el primero de nuestros «condes de hierro», no es conocido como el conde de Sant-Gili o de Saint-Gilles?

—Efectivamente, querido. Ese es el conde que un buen día abandonó todos sus dominios para tomar la cruz y dirigirse a Tierra Santa para participar en la Primera Cruzada. Allí murió, luchando contra los árabes y los turcos, que veían en él la encarnación del mismísimo diablo y le llamaban *Sanjil*, precisamente.

—Y su nieto, ese mismo Raimundo el Viejo que nos escamoteó sus restos mortales no hace mucho, sufrió la terrible humillación de su reconciliación forzosa con la Iglesia precisamente en la abadía de Saint-Gilles, ¿no es así?

—¡Bravo, Julien! Eres un lince... ¡Da gusto ver que no sólo aprendes, sino que incluso recuerdas!

—Muy bien, ¿y adónde nos lleva todo esto?

—Ah, eso no lo sé... Yo me he preocupado por conocer la borrosa biografía de este «Santo Aegidio» de la llave y por relacionarlo con la famosísima abadía en la que fue enterrado y venerado. Lo demás corre de tu cuenta...

—¿De mi cuenta? ¿Y qué quieres que haga yo con estos datos? ¿Y el pozo? ¿Qué diablos significa lo del pozo?

Yo estaba un poco exaltado, víctima de mi propia impotencia, e incluso había levantado un poco la voz. Luego seguí preguntando:

—Otra cosa, Isabelle: ¿crees que hay que relacionar el pozo con el santo de la cierva? ¿O, por el contrario, las dos inscripciones, que aparecen separadas en la llave, van cada una por su lado y nos llevan a dos pistas diferentes?

—Creo que el método a seguir es precisamente este. Primero, aclarar o decidir por nuestra cuenta si las dos inscripciones están o no relacionadas. Pero, cuidado, *mon vieux*, si optamos por relacionarlas, no tiene por qué tratarse necesariamente de la yuxtaposición de un pozo y un santo, o de un santo y un pozo, sino que también podría ser un pozo y la abadía de Saint-Gilles, ¿no crees?

—¡Claro que sí! ¿Por qué no? A lo mejor la inscripción de la llave no se refiere al santo, sino a la abadía de su nombre. Con lo cual...

—... con lo cual llegaríamos a la conclusión de que la solución al misterio de la llave y de las dos inscripciones podría estar en la abadía provenzal...

—Pues sí, señora. Podría ser perfectamente. ¿Sabes qué te digo? No se me ocurre ahora mismo qué pista podríamos seguir relacionada con el nombre del santo. En cambio, es evidente que sí podríamos echar un vistazo a la abadía, a ver si se nos ocurre algo.

—¿Algo relacionado con un pozo, por ejemplo?

—No es seguro. Puede que lo del pozo vaya por otros derroteros. Pero no estaría nada mal que nos diéramos una vuelta por Provenza, ¿te parece? Es un lugar ideal para una excursión o para unas vacaciones...

—Muy bien, perfecto —estuvo de acuerdo Isabelle—. Pero antes de ir para allá, hay que saber más cosas de ese lugar. Yo me encargo de investigarlo. Ahora mismo sólo sé que de la antigua y famosa abadía medieval apenas queda nada, salvo un precioso pórtico bastante mutilado.

—Pues en su momento habrá que repasar de forma minuciosa esas figuras del pórtico, no vaya a ser que en alguna de ellas aparezca uno de esos pozos que salen tantas veces en la Biblia.

—Con un pequeño problema adicional, querido mío...

—¿A qué te refieres? —pregunté un poco alarmado.

—Al nimio detalle de que la abadía que nosotros podemos visitar en este nuevo milenio no es precisamente igual que la que conoció el caballero hospitalario de la llave.

—Tienes razón. Esto complica las cosas.

—¡Como si no estuvieran ya lo bastante complicadas! En fin, no creas, también tengo deberes para ti, Julien...

—Lo suponía...

—Creo que para poder seguir adelante deberíamos saber más acerca de la orden del Hospital, bueno, eso que ahora se llama la orden de Malta. No debemos olvidar que el origen de esta aventura de ahora está en un caballero hospitalario, y sería una pena no comprender un posible mensaje de su parte por culpa de no tener *in mente* los datos básicos de todo lo que daba sentido a su vida.

—Me parece muy bien, Isabelle. Me encanta formar parte de un equipo de investigación que tú diriges. Mira, mañana mismo me iré a visitar a José Maldonado. Él solo me ahorrará la consulta de unos cuantos libros.

—Perfecto. Cuando sepamos lo suficiente sobre los freiles hospitalarios y sobre la historia de la abadía, nos iremos a Saint-Gilles...

CAPÍTULO 14

De la peripecia de los hospitalarios y de la historia del halcón maltés

Siguiendo las consignas de mi querida *jefa*, al día siguiente me presenté en el domicilio de nuestro amigo historiador. Estaba un poco resfriado y fastidiado por los tos, pero me atendió con su amabilidad y su afecto proverbiales. Cómodamente instalado en una butaca de su casa de Portet-sur-Garonne, me dispuse a recibir una lección magistral sobre la orden del Hospital de San Juan de Jerusalén.

—Bueno, Julien, los datos básicos de esa historia son bastante conocidos. Digamos, para empezar, que no hubieran existido las órdenes militares sin la formidable empresa de las cruzadas, una especie de locura colectiva que movilizó los mejores sentimientos y las más bajas pasiones de la cristiandad medieval. Esas órdenes militares supieron conciliar la caballería y la santidad y crearon la figura de unos cristianos muy comprometidos que fueron, a un tiempo, monjes y soldados...

Antes de seguir adelante, José se dio cuenta de repente de que no me había ofrecido nada que beber. Casi horrorizado por su descuido y buen conocedor de mis gustos, me sirvió de inmediato una cerveza muy fría. Luego se acomodó de nuevo y, tras carraspear un poco, prosiguió la explicación en su tono comedido:

—En realidad, las peregrinaciones a los Santos Lugares comenzaron en el siglo IV, después de que la esposa del emperador romano Constantino creyera haber descubierto la Vera Cruz y el lugar de la crucifixión de Jesucristo. Después se interrumpieron, pero, más o menos con el cambio de milenio, numerosos cristianos multiplicaron sus desplazamientos a Tierra Santa empujados por su deseo de salvación y por su esperanza en el retorno de Cristo. Según parece, ya antes de la llegada de los cruzados en 1099, existía en Jerusalén un hospicio creado por los mercaderes italianos de Amalfi, destinado a acoger y cuidar a los peregrinos, especialmente a los más míseros y enfermos, un auténtico «hospital» que se puso bajo la protección de san Juan Bautista. Los monjes benedictinos confiaron la administración del hospital a un piadoso laico conocido en su tiempo como fray Gerard el Hospitalario. Quince años después de la Primera Cruzada, es decir, de la conquista de Jerusalén, el hospital de San Juan, que había visto incrementada su actividad con la venida de los «soldados de Cristo» y los nuevos peregrinos, se convirtió en una orden religiosa, reconocida por la Iglesia en 1113 y colocada bajo la protección directa de la Santa Sede.

—Pero ¿qué es lo que la distingue de las restantes órdenes militares? De los templarios, por ejemplo...

—Muy sencillo. A los tres votos monásticos tradicionales —pobreza, castidad y

obediencia— se añaden dos nuevos compromisos: el servicio de las armas y la hospitalidad y el cuidado de los enfermos. Estos serán la marca distintiva de la institución, que pronto recibirá numerosas donaciones y beneficios en toda Europa y experimentará un crecimiento y una expansión muy notables.

—¿Hasta cuándo tuvieron su casa principal en Palestina?

—Cuando cayó la ciudad de Jerusalén, en 1187, el centro de la orden fue trasladado a San Juan de Acre durante un siglo. Tras la pérdida de este último bastión, y con él de todos los reinos cristianos de ultramar, se refugiaron en la isla de Chipre, donde permanecieron hasta 1307. Así que, a diferencia de los templarios, los hospitalarios quisieron quedarse siempre en Oriente, lo más cerca posible de Palestina, para poder reconquistar los Santos Lugares tan pronto como se presentara la ocasión. Ya entonces, la orden habría perfeccionado su estructura organizativa. Había evolucionado hacia un estatuto de república aristocrática, en la que el poder del gran maestro se halla controlado y limitado por el llamado consejo o cabildo de las *lenguas*.

—¿Las *lenguas*? ¿Qué es esto?

—Las posesiones de la orden acabaron formando ocho grandes circunscripciones o *lenguas*, que se corresponden con unas áreas geográficas que comparten el mismo idioma y que se subdividen a su vez en grandes prioratos, bailías y encomiendas. Esas ocho *lenguas* eran: Alvernia, Provenza, Francia, Aragón, Castilla, Italia, Alemania e Inglaterra. Por cierto, la *lengua* de Provenza contenía los prioratos de Sant Géli y de Tolosa.

—¿Sant Géli y Tolosa? Muy interesante... —me dije yo para mis adentros.

—Pasa el tiempo y llega un momento en que la situación de los hospitalarios en Chipre se convierte en insostenible. Indispuestos con el rey de la isla y obligados a abandonarla, se instalan en la de Rodas en 1307.

—Este debe de ser más o menos el momento de la abolición definitiva de la orden del Temple, ¿no es así?

—Pues sí, y por culpa de la envidia que suscitaban sus inmensas riquezas. Eso sucedió en 1312, cuando el papa dispuso que la mayoría de los bienes de los templarios fueran unidos, a perpetuidad, a los del Hospital de San Juan de Jerusalén, con el considerable incremento patrimonial que ello supuso para la orden sanjuanista, muy particularmente en el reino de Francia. Dos siglos más tarde, tras una heroica resistencia, los hospitalarios fueron expulsados de Rodas por las tropas de Solimán el Magnífico, el día 1 de enero de 1523. Erraron entonces por varios destinos, siempre con la idea de obtener de nuevo una isla que les permitiera seguir siendo independientes y proseguir su labor hospitalaria. Hasta que, en 1539, el emperador Carlos V les cedió la isla de Malta, a cambio de una compensación meramente simbólica: la orden debía enviarle todos los años un halcón adiestrado para la caza de

la cetrería...

—... El *halcón maltés*, ¡claro está! ¡Se trata del célebre y originario *halcón maltés*!

—Sí, pero en la novela de Dashiell Hammett y después en la película de John Huston, no se trata de un halcón vivo...

—No, claro que no —y un arrebato de nostalgia me asaltó de repente sin las defensas preparadas—. Lo recuerdo perfectamente... Allí aparece en la forma de una estatuilla de oro macizo con incrustaciones de piedras preciosas, esmaltada de negro, con la que se supone que los caballeros de Malta quisieron obsequiar a Carlos V. El regalo no llegó a manos del emperador por culpa de los piratas y fue dando tumbos por la historia hasta que, según la novela y la película, reapareció en San Francisco en la segunda década del siglo xx...

—Una estatuilla de tanto valor que la gente estaba dispuesta a cualquier cosa por poseerla —precisó José, por lo visto, afectado también por la evocación sentimental de la novela negra y del cine de Huston.

—Sí, amigo mío... Sin embargo, al final resulta que se trataba de una falsificación. Como dice Humphrey Bogart en la película, el pájaro negro era del mismo material con que están hechos los sueños...

—Bueno, que fuera falso es lo de menos, ¿no?

—Tienes razón, José. Siempre nos quedarán los mitos universales del cine de Hollywood que nacieron con esa película, ¿no es cierto?

—Así es... —José pareció titubear un instante—. Perdona, Julien, sé que me aparto del tema por el que has venido, pero como te veo interesado en esa película, te contaré un par de cosas acerca de la misma que tal vez no sepas... La primera es que los títulos de crédito cometen un error histórico y hablan de «templarios» en lugar de «hospitalarios».

—Tengo entendido que se trata de un error muy corriente, ¿no?

—¡No lo sabes tú bien! La confusión es continua... Lo segundo es que *El halcón maltés* contiene la escena en la que, por primera vez en su carrera de actor, Bogart besa largamente a una chica. Todos los especialistas cuentan que al galán americano se le resistía ese momento, en parte porque la cicatriz de su labio superior le provocaba una acumulación de saliva en la comisura de la boca y ese defecto empeoraba a cada nueva toma, porque Bogart estaba cada vez más nervioso. Al final, necesitaron siete tomas antes de que Huston diera por bueno aquel plano.

—Qué cosas, ¿no? Es triste comprobar cómo nuestros mitos del pasado, incluso Humphrey Bogart, eran como el común de los mortales... Oye, José, ¿tú lo sabes todo? ¿También te gusta el cine?

—¡Claro que me gusta el cine! ¡Cómo no me va a gustar! ¡Y cuanto más antiguo, mejor! —un sonriente e irónico José carraspeó de nuevo y, casi, casi avergonzado de

aquella digresión por un terreno tan *frívolo*, decidió regresar volando al siglo XVI—. En fin, Julien, volvamos a nuestros caballeros...

—¿Dónde estábamos?

—En Malta, estábamos en Malta. Unos treinta años más tarde de su llegada a la isla, los hospitalarios resistieron un gran asedio de los turcos, reforzaron más si cabe su flota marítima y permanecieron allí durante más de dos siglos. De ahí el nombre con el que serán conocidos hasta nuestros días: caballeros de la orden de Malta.

—Hagamos un salto en el tiempo, José —propuse yo en ese momento, más que nada pensando en el caballero hospitalario de esa época que había sido enterrado con una llave entre sus manos—. Han pasado unos trescientos años y, a finales del siglo XVIII, llega nuestra Revolución. ¿Qué ocurre entonces con las tres *lenguas* ubicadas en Francia?

—Algo bastante previsible, en vista de cómo se sucedieron los acontecimientos —respondió mi amigo, que por entonces no podía ni siquiera imaginar lo que Isabelle y yo nos traíamos entre manos—. Como es lógico, la Asamblea Nacional se negaba a considerar a la orden como un Estado soberano y neutro instalado en territorio francés. De modo que, en 1791, se suprimieron las órdenes de caballería y se prohibió a los ciudadanos de nuestro país afiliarse a cualquiera de ellas que estuviera establecida en un país extranjero. Sin embargo, el golpe de gracia se produjo al año siguiente, cuando se votó la confiscación de bienes de la orden de Malta, medida que significó la reducción a la mitad de sus rentas. Por si fuera poco, las dificultades materiales suscitaron la indisciplina del personal sanitario e incluso de muchos sacerdotes. El panorama era desolador y el desánimo cundió entre los responsables que se mantuvieron íntimamente fieles a los principios fundacionales de su orden...

—¿Y en Toulouse? —a esas alturas, yo estaba ya como un auténtico flan.

—Los freiles hospitalarios tuvieron que evacuar el gran priorato del hotel Saint-Jean. Y hay quien dice que fue en esa época cuando emparedaron la cripta o galería que nosotros tuvimos el placer y el honor de descubrir...

Habíamos llegado al tiempo histórico que a Isabelle y a mí nos interesaba. A ese caballero del Hospital debieron de enterrarlo poco después del inicio de la Revolución francesa, en algún momento que entonces yo no era capaz de precisar...

Cumplida felizmente mi visita a los riquísimos archivos mentales de José Maldonado, mi intriga por el caso de marras se había incrementado más si cabe, de modo que, para completar mi información, busqué nuevos datos en un libro de historia sobre los «hombres de hierro y de fe». Ni que decir tiene que me zampé la obra en un par de días. Así que, al final de todo el proceso, estaba contento y orgulloso de mí mismo: había completado de modo satisfactorio los deberes que me habían sido encomendados...

Concluido el período previo de información, el grupo investigador en pleno, integrado únicamente por Isabelle, arqueóloga jefe del equipo, y yo mismo, su devoto y entregado colaborador, nos reunimos en su ático del casco viejo de Toulouse, cercano al convento de los Jacobinos.

Ambos habíamos trabajado duramente. Para empezar, yo di cuenta de todo lo que había aprendido, que no estaba nada mal, dicho sea sin ninguna petulancia. La prueba está en que Isabelle mostró su complacencia ante los resultados obtenidos y me premió con un prolongado beso en la boca que me supo a gloria. Inmediatamente, ella procedió a exponer sus propias conclusiones.

—Bueno, lo cierto es que causa una profunda tristeza ver en qué ha parado el esplendor medieval de la abadía de Saint-Gilles —como siempre, me encantaba escucharla mientras hablaba con aquella vehemencia y convicción—. Así como sus competidores de antaño (Jerusalén, Roma y Santiago) siguen siendo poderosísimos focos de atracción universal, nuestro monumento ha tenido una historia que da pena. Para empezar, la misma población que nació a su vera, y que se había constituido en un puerto fluvial y comercial muy importante en las orillas del Ródano, cayó en un apreciable declive tras el nacimiento del puerto vecino de Aigas Mórtas, hoy Aigues-Mortes, un nuevo punto de embarque promovido por el rey san Luis de Francia mediando el siglo XIII.

—De aquí, de Aigas Mórtas, partió, según creo, la Séptima Cruzada...

—En efecto, cruzada que, dicho sea de paso, fracasó estrepitosamente y terminó con el propio rey hecho prisionero. Pero volvamos a nuestra abadía. Por aquel entonces, seguía siendo un edificio imponente, con una nave central de 98 metros y cinco capillas absidiales, aunque algunas dificultades financieras impidieron que en el siglo XIII estuviera terminada por completo. Bajo la nave principal se dispuso una enorme cripta en la que se hallaba la tumba del santo.

—Por cierto, Isabelle, no lo dije antes, pero debo hacer constar que, ya en 1101, los freiles hospitalarios de San Juan de Jerusalén se instalaron en Saint-Gilles, en el corazón de las posesiones de los condes de Tolosa. Fue su primera casa lejos de Tierra Santa, lo cual da prueba de la importancia del lugar en aquella época.

—Muy bien, retengamos este dato, que confirma y cierra un triángulo que nos interesa enormemente: orden del Hospital, condado de Tolosa, abadía de Sant Géli... ¿Qué estaba diciendo?

—Estabas hablando del declive posterior a la anexión de estas tierras de por aquí a la corona de Francia y a la preferencia de los capetos por la villa de Aigas Mórtas...

—Exacto. Después de un breve renacimiento a finales del XV, el poder de los abades de Saint-Gilles fue declinando y el monasterio acabó siendo secularizado en 1538. Muy pronto llegaron las llamadas guerras de religión, que supusieron graves daños para el pórtico románico y conllevaron importantes mutilaciones de la iglesia

abacial, convertida en ciudadela militar por los protestantes, así como la demolición de su torre campanario. Se intentó después una restauración de urgencia, que se quedó a mitad de camino, y se cambiaron las bóvedas, que fueron rebajadas de los 25 metros originales de la nave central a tan sólo los 18 de ahora. Únicamente permanecieron incólumes las bases de los pilares, mientras la nave central quedó reducida a casi la mitad. Por si fuera poco, la Revolución francesa consumó el desastre...

—¿Qué pasó después?

—Bueno, la iglesia permaneció en un estado de práctico abandono hasta mediado el siglo XIX, cuando el auge del romanticismo creó un nuevo estado de opinión. El gótico, por ejemplo, ya no era un arte equivalente a la barbarie, como lo había sido un siglo antes; ahora implicaba un significado de elegancia y de misterio... Un nuevo clima social permitió el inicio de la labor de recolección de todos los elementos arquitectónicos dispersos por la zona y de unos trabajos de reconstrucción que, más o menos, dejaron la iglesia abacial tal como se conoce a día de hoy.

—¿Y la tumba de san Gil?

—Estuvo desaparecida durante mucho tiempo, pero en 1865, cuando se limpió la cripta o iglesia inferior, apareció un sarcófago cuya tapa llevaba las siguientes iniciales: I N H T M L Q I C B Æ G D, que no significan otra cosa que *in hoc tumulo quiescit corpus Beati Aegidii*, es decir, «en esta tumba descansa el cuerpo del beato Gil». Y allí sigue, en el interior de la cripta, visitado y venerado por muy pocos...

—Nos queda el pórtico exterior, que, a pesar de sus mutilaciones, sigue siendo la joya de la corona, ¿no es así?

—En efecto, pero creo que será mejor estudiarlo *in situ* y ver si nos sugiere alguna pista.

Arrastrados por el mórbido sabor de la aventura, las horas habían discurrido como una exhalación. Varias latas de un refresco atestiguaban nuestra sed y nuestra verborrea incontenible. Afuera, la ciudad se afanaba en sus cosas cotidianas sin conocer nuestros desvelos y el mundo entero seguía dando vueltas con una lacerante indiferencia. Pero no habíamos terminado todavía; yo, por lo menos, quería añadir un poco más de contenido al caudal de información acumulado.

—Tengo otras cosas que contarte, Isabelle...

—Te escucho.

—Verás... Sigo muy intrigado con el tema del pozo y por eso me he permitido profundizar un poco por mi cuenta sobre su significación en las Sagradas Escrituras. Puede que no nos sirva para nada, pero nunca se sabe...

—Estupendo, Julien. Me interesa enormemente.

—Te explico... Para empezar, hay que recordar que, muy a menudo, las situaciones que se describen en la Biblia tienen como paisaje natural la vida en el

desierto, lo cual nos lleva ineluctablemente hacia los pozos. Por cierto, dicho sea de paso: «pozo», en hebreo, es una palabra femenina y se asocia al tema de la fecundidad de la tierra...

—Muy bien, sigue...

—Muchos sucesos bíblicos están íntimamente ligados a la existencia de algún pozo y a menudo este recibe su nombre a partir del acontecimiento que allí tiene lugar. Podríamos hablar de Abraham, desde luego, pero lo que más llama la atención en el Antiguo Testamento es la triple historia de amores patriarcales junto a un pozo.

—¿...?

—Es una historia en la que intervienen, sucesivamente, Isaac, Jacob y Moisés, por un lado, y Rebeca, Raquel y Séfora, por el otro: se da la circunstancia de que Yahvé dispuso que, en los tres casos, los futuros cónyuges y amantes se conocieran junto a un pozo. Así pudo hacerse realidad la promesa divina de una numerosa descendencia para el pueblo de Israel. Se trata de un triple paralelismo realmente llamativo...

—No tenía ni idea... ¿Y en el Nuevo Testamento?

—En el Nuevo Testamento prosigue la presencia simbólica del pozo, en una de las páginas evangélicas más bellas, sin lugar a dudas. Jesús de Nazaret se reunirá con la samaritana junto a un brocal y allí le ofrecerá el agua viva que calma la sed para siempre.

—Realmente sugestivo...

—Desde luego. Lo mismo pienso yo. Habrá que estudiar con atención el pórtico románico de la iglesia abacial de Saint-Gilles. Tal vez allí, entre sus figuras y sus frisos tan maltrechos, podamos encontrar el nexo que buscamos entre las dos inscripciones de la llave.

—Ojalá sea así, Julien. Creo que, con todo lo que ya sabemos, ya estamos en disposición de emprender nuestro viaje a Provenza. Ardo en deseos de llegar hasta allí...

CAPÍTULO 15

De una visita a Provenza y de un descubrimiento asombroso

Así pues, montados en las alas de un entusiasmo incontenible, Isabelle y yo nos fuimos de viaje a la ciudad de Saint-Gilles-du-Gard, cerca de Nimes y de Arles, junto a la Camarga provenzal. Una ciudad de unos doce mil habitantes que, por cierto, tuvo el triste privilegio de ser la primera en toda Francia en tener a un alcalde del partido de extrema derecha de Jean-Marie Le Pen. Llegamos un viernes por la mañana y nuestro ánimo, predispuesto de un modo tan favorable, se vino abajo en un instante. No sé por qué, pero habíamos imaginado la abadía en un lugar solitario y recogido, en las afueras, orgullosamente aislada en su triste decadencia. Sin embargo, aquel edificio memorable, que fue declarado Patrimonio de la Humanidad por la Unesco en 1998 por su vinculación al camino de Santiago, se hallaba casi perdido en el casco antiguo de la ciudad actual, sin apenas señalización visible, y presentaba un aspecto escasamente halagüeño. Su remedo de fachada había perdido por completo la belleza que sin duda tuvo en sus tiempos de gloria y, como único testimonio de su antiguo esplendor, ofrecía un pórtico románico bastante maltrecho que exigía a gritos una profunda labor de limpieza de sus piedras, oscurecidas casi con toda seguridad por la pena y por el paso atribulado de los siglos. Su modesto campanario, sus puertas pintadas con un rojo inapropiado y su cubierta reculada que asomaba por detrás con su cegado rosetón completaban un cuadro notoriamente maltratado por los avatares de la historia.

El interior de la iglesia alta, con sus nuevas bóvedas del siglo xvii, presentaba un aspecto más aseado, gracias a las labores de limpieza ejecutadas hace unos veinte años. Allí pudimos ver, entre otras cosas, un busto representando a san Gil, un relicario que se dice que contiene la rötula, un fragmento de costilla y un dedo del santo, y el arranque de la escalera que antes conducía a la cripta. Pronto salimos al exterior, con la esperanza de que la luz del sol y el examen de la fachada esculpida nos alegraran el día. Y en cierta forma así fue, pues nos hallábamos ante una de las mejores páginas de la escultura románica occitana, por mutilada que estuviera. Evocando un arco de triunfo romano, la ordenación de su arquitectura yuxtapone tres portales con pilastras y pórticos que muestran escenas extraídas de la Biblia: en la base, episodios del Antiguo Testamento; en el friso, escenas del Nuevo Testamento; y, en el registro intermedio, los apóstoles, que constituyen el nexo de unión entre los dos. Ni que decir tiene que las figuras humanas se completan con multitud de elementos decorativos, vegetales, animales y monstruos.

Llevados por un afán irreprimible, Isabelle y yo estudiamos atentamente todas y

cada una de las escenas esculpidas, sin saber muy bien lo que estábamos buscando: algún dato, alguna pista, algunas palabras que esclarecieran nuestra creciente y perpleja oscuridad. Pero apenas progresamos: no supimos ver ningún rastro remoto de un pozo, ni supimos encontrar, en las múltiples leyendas que figuran en las aureolas, los libros y las filacterias de varias esculturas, ninguna frase que iluminara nuestra mente.

Con una sola excepción, mejor dicho: una estatua de Santiago, situada en el intradós derecho del pórtico central, llamó de un modo muy particular nuestra atención. Dividida más o menos por la mitad entre el libro y el nimbo del santo, figuraba una frase que por lo visto pertenecía a su propia epístola y que Isabelle, no sin algunos apuros, logró descifrar y traducir del latín al cabo de un buen rato. Dice así: «Todo don excelente, toda gracia perfecta, desciende de lo alto, del Padre de las luces». Este texto, que resultaba tan enigmático, nos llevó de cabeza durante un largo rato, porque pensamos que tal vez incluía algún mensaje que podía sernos útil. ¿Qué es lo que nos quería decir exactamente? ¿Acaso había que buscar, en algún lugar imprevisible de la abadía, una representación del «Padre de las luces» que nos proporcionara, por fortuna, algún «don excelente»? Quién sabe, tal vez allí estuviera algún indicio, alguna referencia digna de estudio, pero todo resultaba demasiado hermético, demasiado inconcreto...

¿Y el dichoso pozo? Al final, cansados de apretar en vano las tuercas de nuestras sufridas neuronas, abandonamos aquella vía que, según fuimos capaces de concluir, no nos llevaba a ninguna parte. En definitiva, salvo error en nuestro análisis, el magnífico pórtico románico en el que habíamos puesto tantas esperanzas nos había defraudado por completo...

¿Qué hacer? Bastante desalentados, dimos por concluida nuestra visita a la parte superior de la abadía y, a las dos de la tarde, después de comer, nos fuimos a comprar dos billetes para entrar en la cripta o iglesia primitiva, a la que se accedía ahora desde el exterior. Una muchacha joven muy amable, rubia y menuda, nos preguntó si deseábamos una visita sin guía y, tras obtener nuestra respuesta afirmativa, nos abrió una puerta de madera maciza con aplicaciones de hierro forjado, nos encendió las luces de la cripta y nos abandonó a nuestra suerte en un espacio inmenso, no muy alto, de unos 50 metros de longitud por unos 25 de anchura, compuesto de tres naves.

Había una luz escasa y todo resultaba un poco siniestro: no creo que mucha gente se atreviera a adentrarse sola y a permanecer mucho rato en aquel lugar más bien tenebroso y poblado de múltiples sombras. Según nos diría la muchacha a la salida, *monsieur l'abbé* lo prefería así, para preservar el respeto y la veneración que merecía el sarcófago de san Gil que se encontraba justo en medio de la nave central, la más bella de todas. Ahí estaba, pues, la tumba solitaria por la que tantos miles y miles de

peregrinos de la Edad Media habían recorrido medio mundo...

Vimos también una magnífica clave de bóveda con la imagen de un Cristo bendecidor y sonriente y varias esculturas de piedra, una de ellas del mismo san Gil, así como la austera sepultura de Péire de Castelnou, el legado pontificio cisterciense que tanto atosigó a Raimundo VI el Viejo y cuyo asesinato, cerca del Ródano, dio al papa Inocencio III un magnífico pretexto para poner en marcha la cruzada contra los cátaros. Finalmente, aquí y allá aparecían sarcófagos, imágenes de distintas épocas históricas, antiguos altares, un púlpito de piedra, varios fragmentos de fustes y capiteles románicos, etc. Un panorama, en suma, más bien desangelado...

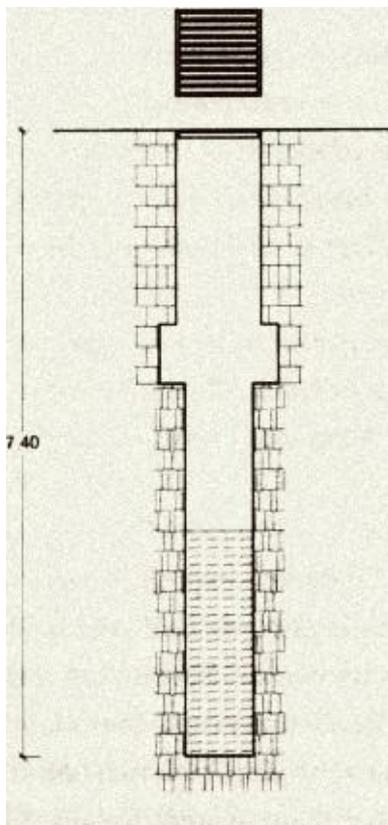
De repente, y cuando más alicaído se encontraba nuestro ánimo, Isabelle y yo descubrimos, cerca del muro exterior de la nave lateral derecha y no muy lejos de la actual puerta de entrada, la existencia de un elemento constructivo situado a ras de suelo que puso nuestro corazón al borde mismo del colapso: nada menos que... ¡un pozo! Un pozo sin brocal, de poco más de siete metros de profundidad y un metro aproximado de diámetro, tapado con una reja de hierro cerrada con un candado y con un foco en su interior que dejaba ver el agua que centelleaba en el fondo bajo su potente luz. Los dos nos miramos estupefactos, sin saber muy bien si abrazarnos mudos de sorpresa o empezar a dar saltos y gritos de alegría. ¡Por fin, un pozo! ¡Un pozo en Saint-Gilles! ¡Ni más ni menos que la materialización exacta de las inscripciones de la llave del caballero hospitalario!

Nos abalanzamos sobre el lugar y examinamos atentamente cuanto se nos ofrecía a la vista. Para empezar, en el techo de la nave podía distinguirse con nitidez un hueco cegado por el que sin duda, en otros tiempos, se podía extraer el agua del pozo desde la iglesia superior. A unos dos metros de altura del suelo, un soporte de hierro sostenía una polea y un cubo de madera que, aparentemente, permitirían en cualquier momento, tras quitar el candado y levantar la reja de hierro, sacar agua. Cerca del pozo, había unos montículos de arena, unas vallas metálicas y unos tablones, prueba fehaciente de unas obras en estado de ejecución en una escalera que llaman «de los abades», próxima al lugar.

Muy pronto nos llamó la atención la estructura arquitectónica del pozo, construido con sólidos sillares de piedra. Arrancaba a ras de suelo de la nave de la cripta con una sección cuadrada regular de aproximadamente un metro de lado y, más o menos a mitad de camino hacia el fondo, ofrecía un ensanchamiento en dos de sus caras que casi impedía ver, desde arriba, la pared. Este tramo intermedio algo ensanchado debía de tener medio metro de altura, o acaso un poco más, y según un letrero colgado en la pared de la nave de la cripta, correspondía al brocal primitivo del pozo. Después, este proseguía de nuevo hacia su máxima profundidad con una sección circular que tenía un diámetro sensiblemente inferior a la sección cuadrada de su inicio. En el fondo, podía apreciarse el agua con toda nitidez.

—¿Has visto lo mismo que yo? —me preguntó Isabelle con los ojos más radiantes que nunca.

—Creo que sí, *mon amour* —le respondí arrebatado—: Un pozo en Saint-Gilles, con una estructura interior que yo diría más bien inusual, poco corriente.



—Bueno, por lo que dice el letrero, el brocal del pozo primitivo, más angosto y cilíndrico, arrancaba allí donde ahora se halla ese extraño ensanchamiento. Después, seguramente porque se sobreelevó el nivel del suelo, hubo que prolongarlo unos tres metros más hacia arriba con una nueva obra de fábrica de forma cuadrada. Es como si se tratara de dos pozos superpuestos, uno circular en la parte inferior y otro cuadrado en la parte superior, con esa zona intermedia cuyas paredes se distinguen de forma dificultosa desde arriba.

—Sí... De todas maneras, eso le da a la estructura del doble pozo una forma muy curiosa, ¿no crees? Ese tramo central ensanchado parece un lugar ex profeso para albergar un pequeño escondite invisible...

—Tenemos que entrar en el pozo...

—Puede resultar peligroso, ¿no crees?

—¡Venga ya, Julien! No me seas miedica. Resulta mucho más peligroso, y además sería una pena permanecer en la ignorancia de lo que pueda contener. O sea, que entraremos...

—Muy bien, pero ¿cómo?

—Ahora no, desde luego. Debemos preparar algunos pertrechos y volver a la

cripta sin correr el riesgo de que alguien pueda vernos.

—¿Estás segura?

—¿Segura, dices? ¡Segurísima! O sea, que ya estamos haciendo una lista de lo que vamos a necesitar. Luego echamos un último vistazo a la cripta y nos vamos. Mañana, la oscuridad de la noche será nuestra aliada...

A la mañana siguiente, el cuerpo expedicionario que integrábamos Isabelle y yo se presentó en la plaza de la abadía sin haber dormido, como era previsible, las horas necesarias. Sin embargo, nuestro aspecto no podía ser mejor. Los dos llevábamos ropa cómoda, claro está, pero mi pareja supo combinar una vez más lo práctico con una vestimenta perfectamente conjuntada: pantalón tejano, camisa blanca, un chaleco de explorador repleto de cremalleras y bolsillos y unas deportivas blancas. Estaba claro que, por muy mayúscula que fuera la sorpresa que nos aguardase en el interior de la cripta, a ella no iba a cogerla desprevenida en su atavío...

Íbamos cargados con una mochila cada uno, en cuyo interior habíamos dispuesto todo aquello que la condición de veterana arqueóloga de Isabelle había aconsejado: una cuerda simple de escalada, una maza y un cincel, una brocha y una lupa, una pequeña cámara fotográfica, una linterna potente, un par de bocadillos, dos botellas de agua y frutos secos y, finalmente, para resistir el frío de una cripta a fines de septiembre, dos chaquetas cortavientos y dos mantas térmicas ligeras, de esas de oro-plata que se utilizan en enfermería. No creo, francamente, que ninguna expedición aventurera pudiera equiparse mejor.

Nuestro objetivo estaba claro: esperar pacientemente a que llegara a la plaza de la abadía algún grupo numeroso de visitantes para integrarnos en él y entrar en la cripta sin llamar la atención. Después, a mitad de la visita, separarnos discretamente del rebaño y escondernos en un púlpito de piedra adosado a la pared que habíamos divisado la víspera, en cuyo interior permaneceríamos agazapados, oportunamente parapetados detrás de su antepecho. Allí esperaríamos hasta que llegaran las cinco y media de la tarde y se dieran por finalizadas las visitas, con lo cual la muchacha rubia de la oficina de turismo apagaría las luces y cerraría la puerta de madera maciza. Al fin solos...

Sin embargo, la primera condición tardó mucho en producirse y nuestros nervios tuvieron una excelente oportunidad para ponerse a prueba: transcurrieron horas y horas en balde y no había forma de que llegara el grupo de turistas lo bastante numeroso que nos convenía. Por fin, después de comer y sobre las tres de la tarde, apareció un autocar de matrícula italiana repleto de personas mayormente de la tercera edad que primero visitaron la iglesia superior y el pórtico con toda parsimonia y, finalmente, cuando nuestra impaciencia rayaba ya la histeria, entraron en la cripta con nuestra discreta compañía.

Después, tras retirarse el grupo, decidimos aguardar dos horas en el interior del púlpito, impertérritos y estrechamente abrazados en la siniestra oscuridad de la inmensa cripta, por si a la guía rubia y menudita se le hubiera olvidado algo y decidiera regresar. Hicimos bien, realmente, y nuestra prudencia tuvo premio: al poco rato de cerrarse la enorme puerta, distinguimos nítidamente el maullido lastimero de un gato que nos dio un susto de muerte y que se había colado, no se sabe cómo, en el interior de aquel recinto tremebundo. Pero ese invisible gato, trasnochador y calavera, tenía un ángel de la guarda en la persona de la simpática muchacha de la oficina de turismo, quien, acostumbrada sin duda a aquellos desvarios del felino, vino a buscarle a la media hora con un cariñoso silbido y un cuenco de leche como anzuelo. Mientras se producía ese reencuentro tan emotivo, Isabelle y yo tuvimos que aguantarnos la respiración y tensar nuestros nervios al límite, muertos de miedo por si al tierno gatito de marras se le ocurría acercarse a nuestro escondite del extremo de la nave principal.

Cumplidas las dos horas de prudente espera, encendimos las luces interiores de la cripta y nos dispusimos para el asalto final. De un seco golpe de cincel, el candado de la reja saltó por los aires. Levantamos la reja y, cuando ya me disponía a atar la cuerda alrededor de mi cuerpo, Isabelle me interrumpió bruscamente:

—¡Ah, no, eso sí que no! —casi gritó con energía.

—¿Qué quieres decir? —pregunté, sorprendido por aquella reacción.

—Dame la cuerda, Julien. Soy yo quien va a meterse en ese pozo.

—Pero ¿por qué?

—¿Por qué, dices? Pues, no sé, se me ocurre un montón de razones: porque aquí la arqueóloga soy yo, porque estoy mucho más acostumbrada que tú a todas estas cosas, porque estoy más delgada y, en fin, porque... porque si va a pasarnos algo emocionante, quiero ser la primera en saberlo... ¿Te parece suficiente?

—¡Señor! ¡Sí, señor! —respondí al modo de un marine americano.

No había réplica posible. La intrépida y algo temeraria Isabelle se metió en el agujero iluminado por el foco y descendió lentamente por el pozo, con la cuerda atada a la cintura y sujeta en la parte superior al soporte de hierro del que colgaban la polea y el cubo de madera. Al poco rato, el soporte pareció ceder bajo su peso y pronto nos dimos cuenta de que había que buscar una forma más segura de bajar. Se me ocurrió entonces que podíamos utilizar uno de los tableros de las obras que se estaban ejecutando cerca de allí e intentar colocarlo atravesado en el interior de la galería, de modo que descansara a ambos lados del tramo central que unía los dos antiguos pozos superpuestos. Así, Isabelle podría apoyarse con los pies sobre el tablero e incluso sentarse a horcajadas sobre el mismo, de tal manera que la zona de ensanchamiento del pozo que queríamos explorar y que casi no era visible desde arriba quedase a su alcance de una forma cómoda.

Así lo hicimos y el invento se reveló realmente útil. Acto seguido, sentada en el

tablero, Isabelle procedió a limpiar con la brocha y el cincel el polvo acumulado y el abundante verdín de la pared reculada que tenía enfrente. Poco a poco, fue apareciendo con nitidez la forma perfectamente regular de los sillares y mi intrépida compañera procedió a dejarlos algo más exentos raspando a fondo en las juntas intermedias de la piedra. Esta concienzuda labor la obligó después a incorporarse con cuidado, de pie sobre la tabla, al objeto de que pudiera darse la vuelta y quedar frente a la pared contraria.

Cuando ya parecía haber terminado las labores de limpieza de todos los sillares, Isabelle prorrumpió de repente en un grito:

—¡Julien! ¡Julien! ¡Aquí! —chilló desbordante de emoción.

—¿Qué ocurre, Isabelle? ¿Qué es lo que has visto? —yo daba vueltas junto a la boca del pozo sin saber qué hacer.

—¡Una cruz!

—¿Cómo dices?

—¡Una cruz, Julien! Uno de los sillares tiene grabada una cruz. Espera, espera, es una cruz de Tolosa, con sus doce puntas perladas. Sí, sí, cada vez está más claro. ¡Es una cruz de Tolosa!

—¿Puedo verlo? ¡Déjame entrar, Isabelle!

Isabelle salió del pozo y, en cuanto se puso en pie, empezó a besuquearme y a abrazarme dando saltos de alegría.

—¡Allí dentro hay algo, Julien, estoy segura! ¿Por qué, si no, presentaría ese sillar el símbolo de los condes de Tolosa? Dime, ¿por qué?

—Y yo qué sé, cariño mío. Espera, voy a bajar...

Efectivamente, la cruz tolosana, que algunos incautos siguen confundiendo con una inexistente cruz cántabra, aparecía marcada en la superficie de la piedra con toda nitidez. No cabía la menor duda. Alternándonos el uno al otro, fuimos rasgando pacientemente las juntas perimetrales del sillar con el cincel para dejarlo cada vez más exento. Al final, cuando me di cuenta de que la piedra ya se movía, cedí mi turno a Isabelle, para que fuera ella quien pudiera separarla por completo de la pared.

Así lo hizo, y pronto se sorprendió al comprobar que se trataba de un sillar más delgado de lo que habría cabido suponer. Lo arrancó por completo sin mayores problemas y, con sumo cuidado, se lo puso sobre el hombro para que yo pudiera cogerlo desde arriba. Estaba excitadísima y, si no hubiera sido porque estaba sentada sobre el tablero a horcajadas y con los pies colgando en el aire, no hubiera parado de saltar. Yo la oía dando pequeños chillidos de sorpresa y alegría cada vez que su exploración avanzaba un nuevo paso...

—¡Julien! ¡Una hornacina! ¡Una hornacina excavada en la pared con una caja metálica empotrada en su interior, una caja provista de su correspondiente cerradura! ¿Sabes lo que es esto? ¿Me oyes, Julien? ¡Una caja con una cerradura! Espera...

¿Tienes la copia de la llave del caballero hospitalario? Está en uno de los bolsillos laterales de mi mochila...

—Toma, Isabelle, ten cuidado, no se te vaya a caer la llave al fondo del pozo. Cógela bien —yo no sabía hacia qué lado moverme. Habría dado cualquier cosa por ver algo.

Unos segundos de silencio. Y después:

—¡Encaja, Julien, la llave se acopla exactamente en el ojo y en el caño de la cerradura! Puedo mover el pestillo... Voy a abrir la caja...

En el interior de aquella caja metálica, polvorienta y cubierta de cardenillo, había una vieja urna de madera, con un cristal transparente bastante sucio, salpicado asimismo de un fango secular que impedía ver su contenido.

Isabelle me transfirió con sumo cuidado la urna que había encontrado y, mientras ella trepaba hacia el exterior con la ayuda de la cuerda que habíamos sujetado en una pilastra contigua, yo procedí a limpiar cuidadosamente el cristal con la brocha y un poco de agua. Al rato, le acercamos el foco potente de nuestra linterna y conseguimos avistar por fin el contenido de la urna.

Un cráneo. En el interior de la urna, reposando sobre un leve lecho de terciopelo rojo, había un cráneo, presumiblemente humano.

CAPÍTULO 16

De La tortuosa historia de una ilustre calavera

Permanecemos en silencio largo rato, exhaustos y sudados, sentados en un banco de la cripta, con la urna frente a nuestros ojos iluminada por la luz de la linterna. Sobre nuestras cabezas, el magnífico Cristo bendecidor de la clave de bóveda nos observaba desde sus alturas y parecía mucho más sonriente que unas horas antes. Tímidamente, me atreví a quebrar aquel silencio tan espeso que ya se prolongaba demasiado.

—*¡Mon Dieu*, Isabelle! No sé si lo podremos resistir...

—Ha sido muy fuerte, Julien. Nunca en la vida, con tantos años que llevo arrastrándome por un sinfín de yacimientos, había experimentado semejante emoción. Ni siquiera en la galería del priorato de Toulouse...

—¿Te das cuenta? Allí se abrió un extraño círculo, con un resultado provisional que nos hundió en la miseria. Ha pasado mucho tiempo, casi nos olvidamos del sarcófago del hotel Saint-Jean y ahora parece que el círculo se cierra con una curiosa piqueta. Y, por descontado, supongo que tú piensas lo mismo que yo...

—¿A qué te refieres?

—Lo sabes perfectamente... Estoy hablando de la identidad del titular del cráneo.

—Sí, pero no pronuncies su nombre todavía, hasta haber hecho todas las comprobaciones necesarias...

—De acuerdo, no lo mencionaré.

—Esta vez debemos tomar precauciones, Julien, pisar terreno seguro y no echar las campanas al vuelo de forma prematura...

—No diré su nombre, si tú me lo pides, pero hay una paradoja tan extraordinaria que, si le sigo dando vueltas yo solito, acabará por volverme loco de remate...

—Eso sí puedes decirlo, Julien...

—Fíjate, Isabelle, date cuenta. La bendita calavera que hemos encontrado esta noche, y que podría pertenecer perfectamente a quien tú y yo sabemos y no vamos a nombrar, se hallaba a tres o cuatro metros de los restos de Péire de Castelnou, uno de sus peores enemigos. ¿No es extraordinario?

—Sí, lo es, Julien, ya lo había pensado. La mente rocambolesca de nuestro caballero hospitalario optó por ocultarlo a la vera de la sepultura del legado del papa de cuya muerte le acusaron...

Isabelle respiró profundamente y prosiguió:

—¡Hay tantos elementos estremecedores en toda esta historia! El priorato hospitalario de Tolosa y el priorato hospitalario de Sant Géli, que son precisamente los dos únicos de la *lengua* sanjuanista de Provenza; la abadía del santo que constituye el lugar fundacional de la dinastía de Tolosa; el atrio y la iglesia en los que

tuvo lugar una humillación condal que ha pasado a los anales de la historia; la cripta subterránea con la sepultura del legado pontificio cuya muerte constituye el arranque mismo de la cruzada contra los albigenses; el inocuo pozo que se hallaba en sus proximidades con un escondite increíble... Todo guarda una concatenación de una lógica apabullante, propia de una mente privilegiada que no dejaba ni un solo cabo sin atar. Casi, casi asusta pensarlo...

—¿Y qué me dices de la forma de traernos hasta aquí? Hacerse sepultar uno en una galería que después resultó emparedada durante un par de siglos, ordenar que le enterraran con la llave de la caja metálica en la mano, haber grabado previamente en el anillo y en la tija las pistas que llevaran hasta al escondite... Lo tenía todo perfectamente calculado.

—Sí, seguro que pensó que, algún día, cierta posteridad de vete tú a saber qué momento de la historia se llenaría de curiosidad por el pasado más remoto y, llevada por un incontenible afán descubridor, por esa curiosidad infinita que está en los mismos genes de la raza humana, acaso violaría su propia tumba. Y supuso que, en tal caso, habría personas con suficiente terquedad y paciencia para no descansar hasta dar con la solución del enigma. Así volvería a la luz esa urna venerable que él había puesto a buen recaudo...

—Podemos suponer por qué lo haría, ¿no?

—No me cabe la menor duda. Nuestro caballero hospitalario de Toulouse, que conocía perfectamente por la historia las barbaridades que se habían cometido durante las guerras de religión de los siglos XVI y XVII, se asustó con mayor motivo ante el nuevo furor antirreligioso que sin duda se anunciaba, en los albores primeros de nuestra Revolución de 1789...

—Entonces creyó imaginar lo peor —proseguí yo mismo, convencido de que los dos habíamos llegado a las mismas conclusiones—. Así pues, temió la destrucción inmisericorde de algo sumamente precioso para los tolosanos que sus predecesores habían conservado con enorme celo a lo largo de los siglos. No podía correr otro riesgo.

—De modo que tomó las precauciones oportunas —continuó Isabelle con un susurro—. Sin embargo, puesto a esconder su tesoro, quiso hacerlo manteniéndose fiel a los caminos secularmente trillados de la institución hospitalaria, porque estaba seguro de que los descubridores de la caja metálica y de la urna serían respetuosos con la tradición de la orden de los caballeros de Malta.

—Hay que reconocer que ese hombre tuvo una incommovible fe en la providencia y en las generaciones futuras, ¿no te parece?

—Sí, señor. Y ya ves, no le hemos defraudado. Pasó la Revolución, pasaron las turbas y las destrucciones, y la humanidad se precipitó después, en pleno siglo XX, en abismos mucho más imprevisibles todavía. Pero aquí estamos tú y yo en el tercer

milenio, un hombre y una mujer de lo más normal que, sin embargo, protegeremos nuestra reliquia con el mayor denuedo. ¿No es así, Julien? ¿No crees que es así?

—Así es, *mon amour*. El cráneo se encuentra fuera de peligro. Tú lo has dicho...

Se hizo de nuevo el silencio y los dos convinimos en que ese día había agotado ya por entero su capacidad de sorpresa. De modo que comimos los alimentos que nos habíamos llevado y, tras volver a la tenebrosa oscuridad de la cripta, nos dimos un apasionado beso de buenas noches y dormimos mal nuestra común excitación durante algunas horas, tumbados en los bancos de madera y protegidos del frío del amanecer por los cortavientos y las mantas térmicas. A la mañana siguiente, y tras reponer las cosas a su estado anterior, incluido el candado de la reja con su armella rota imperceptible, guardamos la urna en mi mochila y esperamos, de nuevo agazapados en el púlpito, a que llegara la chica de pelo rubio con sus primeros visitantes.

No tardaron mucho. Se trataba de una pareja de mediana edad que, al igual que nosotros la antevíspera, tampoco optó por una visita guiada, de modo que se quedaron los dos solos en aquel sobrecogedor recinto que a Isabelle y a mí ya nos resultaba familiar. Lo pagaron caro, todo hay que decirlo, porque de repente salimos por sorpresa de detrás de una columna y nos dirigimos tranquilamente hacia la puerta, no sin antes dedicarles los buenos días con una sonrisa encantadora, al tiempo que la buena mujer prorrumpía asustada en un grito aterrador. Un grito que, todavía hoy, seguro que sigue resonando por las bóvedas y las paredes de la cripta.

De regreso a Toulouse, nos llevamos la urna a mi casa, puesto que yo tenía una caja de seguridad escondida en el interior de un armario. No pensábamos revelar a nadie nuestro estruendoso secreto, sin antes haber completado todas las averiguaciones necesarias. Durante muchos días vivimos con una exaltación casi infantil, incapaces de interesarnos por otra cosa que no fueran nuestros libros y nuestras pesquisas. Mientras tanto, Isabelle tuvo que dar un paso delicado: no sin un temor infinito, como quien se ve obligado a desprenderse con amargura de su bien máspreciado, entregó el cráneo a su amigo Pierre Bongard, con el ruego encarecido de que se cuidara personalísimamente de que el laboratorio de Lyon procediera con la máxima urgencia a su datación exacta, mediante la prueba del carbono 14.

Ni que decir tiene que le mintió con descaro: le dijo que se trataba de un resto humano hallado en el cementerio contiguo al priorato, y el gordo y simpático antropólogo tan sólo se sorprendió un pelín por las prisas de su amiga y compañera, así como por un cierto aire de misterio que parecía envolver aquel fragmento de hueso, por lo demás tan aparentemente insustancial. Pero, en fin, ya se sabe, los arqueólogos suelen ser muy suyos con los restos que afirman haber encontrado en sus excavaciones...

Cada día o cada noche, en nuestros encuentros amorosos sellados por una

complicidad adicional, Isabelle y yo nos poníamos al corriente de nuestros progresos respectivos.

—Bueno, creo que ya puedo completar toda la trayectoria conocida de nuestra insigne calavera.

—Pues adelante, Julien, te escucho.

—Sabes perfectamente que, a su muerte, los restos de nuestro querido... ¿puedo nombrarlo ya, por fin?

—Sí, creo que ya podemos decir su nombre.

—Pues los restos de nuestro querido *senher coms*, es decir, señor conde Raimundo VI, quedaron completamente dispersos, lo que ha impedido de modo definitivo que alguien pudiera encontrarlos, incluido el intento fallido del priorato de la Rué de la Dalbade...

—¿Me lo dices o me lo cuentas?

—No, si sólo era para recapitular... En fin, todo se perdió, con la excepción conocida de su cráneo, que fue separado del resto del cuerpo por los hospitalarios, por razones que nos son desconocidas. Después fue conservado durante cuatro siglos, por lo menos, en medio de los tesoros de la encomienda. Solía ser mostrado a los personajes importantes que la visitaban. Las últimas personas que atestiguaron haber visto el cráneo fueron, el 18 de septiembre de 1692, el padre Jean-Jacques Percin y, algo más tarde, hacia 1695, el historiador Germain Lafaille, autor de unos *Anuales de la ville de Toulouse*...

—Si no me equivoco, fue este último historiador quien manifestó que la figura de una flor de lis que aparecía en la parte trasera de la cabeza tenía el tamaño de un pequeño escudo. ¿No es así?

—Efectivamente, pero el primero en referirse a esa flor de lis fue un tal Nicolás Bertrand, a principios del siglo XVI... Pero dejemos este aspecto para cuando tengamos el informe del laboratorio de Lyon.

—Muy bien, sigamos.

—Mientras tanto, los caballeros hospitalarios heredaron parte de los bienes de la disuelta orden templaria. Cuando en el edificio del hotel Saint-Jean se efectuaron las obras de remodelación que le dieron aproximadamente su aspecto actual, el célebre cráneo todavía era visible. Estamos hablando del período 1655-1685. Y, finalmente, en el siglo XVIII, la *Histoire general du Languedoc*, de Dom Devic y Dom Vaissette, confirma la presencia en Toulouse de la reliquia. Después, el rastro del cráneo se pierde para siempre...

—En suma, tenemos algo más de un siglo de silencio, hasta que nuestro caballero decide proteger la reliquia del alboroto y el ardor destructivo de la Revolución. Fin de la historia.

A las pocas semanas, Isabelle recibió una vez más una llamada de Pierre Bongard, que en esta ocasión mostraba un tono ligeramente suspicaz e intrigado.

—Oye, Isabelle, te mando por correo electrónico el informe técnico relativo a tu cráneo...

—Perfecto, Pierre, no sabes cómo te agradezco tanta diligencia. ¿Y la datación?

—Pues la que tú esperabas, supongo: primera mitad del siglo XIII, probablemente el primer cuarto de la centuria.

—Exacto, Pierre. Tienes razón: eso es lo que yo esperaba y deseaba...

—Perdona, Isabelle, pero hay más... —en ese momento, el antropólogo forzó la voz y progresó con un tono cauteloso—. Los técnicos del laboratorio de Lyon han estudiado una extraña marca que aparece en la parte trasera del cráneo y han determinado que probablemente fue efectuada en una fecha bastante posterior a la defunción, seguramente con un hierro candente. Ellos no han caído en la cuenta, pero ¿sabes, Isabelle?, a mí ese detalle me ha hecho recordar algo y me ha dado mucho que pensar...

—Tus sospechas son fundadas, Pierre. Sé lo que estás pensando y no te equivocas. Antes no pude decírtelo, porque temía que se enteraran los técnicos del laboratorio, pero ha llegado el momento de que tú y yo tengamos una cita y te cuente cómo Julien y yo hallamos ese cráneo.

—¿Puede ser hoy mismo, Isabelle? Estoy sobre ascuas...

—Claro, Pierre, sé lo que te pasa. Nos vemos esta noche. ¿Te parece a las ocho en mi casa?

—Allí estaré.

—Ah, Pierre, por favor: no se lo digas a nadie.

—No temas, Isabelle, estaré encantado de incorporarme a un club tan exclusivo y restringido.

—Adiós, amigo, eres un sol. Y discúlpame de nuevo.

Siempre lo supimos, pero ahora había quedado plenamente demostrado: por si no fuera suficiente el inmenso respeto y la rocambolesca forma que habían acompañado a su desaparición, aquel cráneo era de la fecha que correspondía y poseía aquella marca perfectamente atestada. No cabía la menor duda: se trataba del único resto conocido del conde Raimundo VI de Tolosa.

En espera de su regreso de Lyon, Isabelle y yo brindamos en secreto con el mejor champán que encontramos en la bodega más renombrada de Toulouse y, llevados por nuestro entusiasmo, casi nos emborrachamos. Pronto revelaríamos nuestro secreto a Pierre Bongard y a José Maldonado, dos amigos de confianza, y después ya decidiríamos entre los cuatro cómo daríamos a conocer su existencia a la ciudad de Toulouse, a Francia entera y al resto del mundo.

—Creo, Isabelle, que deberías empezar a buscar algún periodista de confianza

para que te filtre la noticia del hallazgo... —a todas luces, el champán me había soltado la lengua y otras cosas.

—No te burles, Julien, que igual esta noche no duermes en mi cama.

—No, ¡eso sí que no! —supliqué, mientras mis manos y mi boca iniciaban un impetuoso recorrido por su cuerpo.

—Pues vete con cuidado, sinvergüenza, o te quedas a dos velas —replicó ella, poniendo coto momentáneamente a mis atrevidas correrías—. Tú no me conoces...

—Sí, yo te conozco muy bien, ma chérie, mejor de lo que piensas... Además, a fin de cuentas, yo debo a un encargo parecido haber encontrado a la mujer de mi vida... —acerté a susurrar mientras caíamos los dos en los brazos del amor.

Olvidaba un detalle: en cuanto a la historia de aquella marca fraudulenta en el cráneo del conde, basta con decir que era una patraña muy simple. Algún farsante la grabó al rojo vivo con la forma de una flor de lis, como una manera inequívoca de demostrar que la providencia divina había determinado genéticamente, con su santa voluntad, la ineluctable y benéfica anexión del condado de Tolosa y del marquesado de Provenza al reino de los capetos.

Como siempre, Dios guiaba, faltaría más, los eternos destinos de Francia...

CAPÍTULO 17

Del terror de la Inquisición y sus tremendas fechorías

Por aquellas mismas fechas, mientras nos ardía en los labios aquel formidable secreto que debíamos guardar encerrado a cal y canto, recibí el encargo de publicar un texto sobre la Inquisición en un magazine de espléndido papel cuché y grandes fotografías a todo color que salía en Montpellier todos los meses. No era la primera vez que era requerido para un menester de este tipo, puesto que me había creado ya cierta fama como divulgador accesible de todas esas historias medievales que figuran en voluminosos libros cargados de notas eruditas.

La redacción de la revista había escogido cinco magníficas fotografías que reproducían dos monumentos vinculados a nuestra historia medieval y tres obras de Jean-Paul Laurens, un artista que tuvo un gran renombre bajo la Tercera República y que fue uno de los últimos representantes de la pintura histórica. Yo debía situar en su contexto esas imágenes con sendos bloques temáticos en los que se resumiera con claridad en qué consistió exactamente la Inquisición medieval.

Así que, escoltado con total discreción por la compañía del cráneo de Raimundo oculto en su escondite, repasé mis libros y solicité la colaboración de mis habituales asesores. No me faltaron, como es obvio, mil y una indicaciones, como si, en lugar de un modesto artículo de gran difusión, me correspondiera redactar una monografía especializada sobre el tema.

—No te olvides de precisar los orígenes medievales de la Inquisición —me insistía, por ejemplo, Isabelle—. Hoy día, cuando se habla de ese tema, todo el mundo piensa en una Inquisición mucho más tardía, en algún truculento auto de fe en una plaza española del siglo XVI, con los condenados cubiertos con su sambenito y su coraza.

—Muy bien, y ¿qué es lo que piensas que debería explicar?

—Pues la realidad de la historia, nada más. Que la Inquisición fue creada a principios del siglo XIII para localizar, procesar y sentenciar a las personas culpables de herejía. Es decir, que nació como un instrumento para extirpar para siempre el catarismo. Y que, al cabo de un siglo, lo consiguió plenamente.

—¿Y qué más?

—Pues todas esas cosas que tú ya sabes muy bien. Que fue una forma de arrancar la persecución de esos «delitos» a los obispos ordinarios, a menudo demasiado tolerantes con sus propios convecinos. Que se trataba de unos tribunales de excepción que dependían directamente del papa. No sé, que esa tarea se encargó de forma casi exclusiva a los dominicos y a los franciscanos, a quienes se consideraba mejor

preparados teológicamente y alejados de las ambiciones mundanas.

—¿Qué más? —insistía yo, esperando un juicio definitivo que se hacía esperar.

—Ay, Julien, tú mismo. Bueno, ya sabes, que la instauración de esos tribunales supuso no sólo la muerte en la hoguera u otras penas gravísimas para un gran número de personas, sino la expansión de un clima de terror generalizado que llevaba a la gente a denunciar a propios y extraños... Vamos, que fue una página negrísima en la historia de la Iglesia.

—Bien, por fin lo has dicho —le espetaba yo con una media sonrisa en la cara.

—Claro, Julien, ¿acaso esperabas de mí un juicio un poco más benevolente? —me miraba ella, un si es no es desafiante.

—No, claro que no. Otra cosa hubiera sido traicionar la verdad histórica —concluía yo con toda seriedad.

Por su parte, nuestro amigo historiador, José Maldonado, ponía el acento en otros aspectos que consideraba igualmente irrenunciables, por muy periodístico que fuera mi trabajo.

—¿Qué voy a decirte que no sepas? Pues eso: que la Inquisición fue la primera burocracia moderna, que tuvo una eficacia tremenda, que a mediados del siglo XIII fue autorizada a utilizar la tortura, que privaba a los encausados de muchas garantías procesales. Todo eso que resulta tan conocido y que, sin embargo, paradójicamente, tan poca gente conoce.

Había que contarlo, desde luego. Y debiéramos haber sido los tres los firmantes del artículo porque, estando yo sentado frente al ordenador, no faltaba de vez en cuando una mirada fugaz de Isabelle a la pantalla al tiempo que me decía, por ejemplo:

—Oye, no te olvides de contar que la casa donde vivía o donde había predicado algún *bon home* condenado era demolida hasta sus cimientos y el solar convertido en basurero por haber sido «receptáculo de perfidia»...

O bien:

—Julien, tienes que insistir más en el terror policial que cundió entre la gente...

—Que sí, mujer, que sí...

José, más erudito, me llamaba por teléfono y, entusiasmado por el hallazgo reciente de alguna cita o algún dato, hasta consideraba natural que aparecieran en un artículo periodístico cosas como esta:

—Julien, he hallado una máxima clásica en latín que resume brevemente la filosofía y la conducta de los inquisidores. Fíjate: debían funcionar *simpliciter et de plano et sine strepitu (advocatorum) et forma indicii*, es decir, mediante un juicio sumario (*simpliciter*), con facultad de actuar y de emitir sentencia en cualquier momento (de plano), sin las «estridencias» de los abogados y eliminando toda formalidad procesal. ¿Qué te parece, amigo mío?

—Muy interesante, José... Pero ¿cómo voy a largarles un latinajo como ese a unos lectores que leerán mi artículo acostados en una tumbona de la playa?

—Ah, no sé, pensé que tal vez podía serte útil...

—Que sí, José, que me interesa todo lo que me digáis, pero que sólo tengo que escribir algo cortito y liviano, ¿comprendes?

Al final, intenté decirles a los dos, con toda la amabilidad del mundo, que ya había recopilado información suficiente e incluso sobrada, y que ahora se trataba tan sólo de resumirla en un texto breve y ameno dirigido al público en general. Creo que debieron de comprenderlo porque, al fin, me dejaron en paz y a solas con mis abundantes notas y papeles.

La idea principal estaba clara: la Inquisición fue un método arbitrario y brutal que al fin logró lo que una cruzada de veinte años no había conseguido, o sea, acabar con la herejía de los cataros. *In virgo ferrea*, es decir, con una verga de hierro, como escribió un buen inquisidor. A continuación relaté sus orígenes y su justificación teórica. Por último, tenía claro que debía contarles a mis lectores tres aspectos que me parecían interesantes: en primer lugar, el método habitual de funcionamiento de esos tribunales; en segundo lugar, las penas que solían imponer; y, finalmente, el relato de un caso extremo de venganza de la población contra los inquisidores, la llamada matanza de Avignonet. Esto sumaba un total de cinco bloques temáticos que casaban con las imágenes que debían ilustrar.

En cuanto al método de los inquisidores, escribí que funcionaban como unos tribunales itinerantes que, un mal día, se presentaban con su numeroso séquito en cualquier población del Languedoc y se instalaban en la casa del párroco o en algún convento y convocaban a toda la población en general para que escuchara la llamada «predicación general», un sermón que reclamaba del personal confesiones espontáneas o denuncias de los herejes conocidos del lugar. A continuación se concedía un «tiempo de gracia», normalmente una semana, para las abjuraciones y delaciones correspondientes y, acto seguido, se procedía a las audiencias e interrogatorios de todos los adultos de la localidad, es decir, a los mayores de catorce años para el caso de los varones y de doce años para las hembras. Esas declaraciones se ceñían a unos cuestionarios perfectamente establecidos y eran debidamente registradas por el copista en occitano y transcritas por el notario en latín. La suma y el cotejo de esos millares de deposiciones, recogidas durante varias décadas a lo largo y ancho del territorio, iban trenzando complicidades y contactos y delimitando responsabilidades más o menos bien fundadas. Después, las sentencias de la Inquisición y el contenido de los juicios eran leídos a los afectados de forma solemne, normalmente un domingo a la salida de la misa y ante una gran multitud expectante y asustada. Era el denominado «sermón general»...

En otro bloque temático, les conté a mis lectores las penas que solían recaer sobre los condenados. Al principio, los creyentes y simpatizantes del catarismo sólo acostumbraban a ser condenados al llamado «muro», es decir, a la prisión más o menos prolongada, más o menos dura, y únicamente los cátaros que se negaban a abjurar de su fe eran cedidos al brazo secular o poder civil para que este se encargara de quemarlos vivos en la hoguera. Sin embargo, a comienzos del siglo XVI, la Inquisición hizo quemar incluso a los simples creyentes relapsos, o sea, reincidentes, de modo que el terror alcanzó su paroxismo.

Aparte del muro y de la hoguera, existieron asimismo otras penas menores, tales como el pago de multas, la peregrinación forzosa a célebres lugares de culto, el exilio temporal o definitivo o la obligación de llevar dos cruces de fieltro amarillo cosidas a la ropa, en señal de infamia, un invento que los nazis copiarían varios siglos después para escarnio y significación de los judíos. Una vez cumplida la condena, se libraba al afectado una «carta de penitencia», que hacía las funciones de salvoconducto y de certificado de ortodoxia.

—No te olvides de Avignonet, querido —de nuevo Isabelle volvía a las andadas.

—No, no me olvido... —respondía yo sin levantar la cabeza del teclado.

—Nada, que no te molesto más. Tú a lo tuyo —y ella regresaba a sus cosas tras haber hecho constar su particular interés en la materia.

No, no me olvidaría de Avignonet, porque esa matanza de 1242, más o menos auspiciada o tolerada por la jerarquía cátara refugiada en Montsegur, constituyó una notable excepción al principio sacrosanto de los *bons homes*, acérrimos partidarios de la no violencia, de no participar en ningún acto sangriento, ni siquiera de instigarlo entre sus propios protectores.

Desde luego, había un enorme caldo de cultivo para que sucediera algo así. La gente odiaba a los inquisidores y, por otra parte, los defensores de Montsegur, terriblemente apurados, necesitaban un detonante para la guerra que los aliados del conde Raimundo VII —es decir, el hijo del dueño del cráneo oculto en mi caja de seguridad— querían llevar a cabo por aquel entonces contra el rey de Francia.

El caso es que, por aquellos días del mes de mayo de 1242, dos inquisidores temibles, el dominico Guilhem Arnaut y el franciscano Estéve de Sant Tibéri, se encontraban de siniestra gira por la comarca del Lauragués y habían recalado en el pueblo de Avignonet (en occitano Avinhonet), un tranquilo lugar que hoy en día se encuentra al pie de la autopista, entre Carcasona y Toulouse, rodeado por los molinos de un parque eólico con sus enormes aspas. Aquella noche de la víspera del día de la Ascensión, tras haber cumplido su ingrata tarea, se encontraban durmiendo en el castillo condal con los ocho miembros de su séquito, sin sospechar siquiera que una

cincuentena de caballeros y sargentos, procedentes de Montsegur, habían descendido en su búsqueda, con la complicidad de un oficial del conde de Tolosa. Un brutal hachazo en la puerta del dormitorio les sacó bruscamente de sus sueños y, sin apenas haber tomado razón de lo que estaba sucediendo, sucumbieron bajo las dagas y las hachas de aquellos feroces invasores, que destruyeron cuanto hallaron a su paso, incluidas, claro está, las actas de los registros que contenían los interrogatorios más recientes. Como era previsible, la respuesta popular no pudo ser más alborozada. Según un documento de la época, un paisano le dijo a su amigo:

—¿Quieres escuchar unas buenas coplas o un buen sirventés?

—Claro que sí —le respondió.

—Pues mira —relató el primero—: *Fra Guilhem Arnaut cogot es escogotatz et pesseiatz!* («¡Al cornudo de fray Guilhem Arnaut le han descogotado y le han hecho trizas!»).

—Tienes razón, ¡son unas buenas coplas! —contestó el segundo—. *Cocula carta es trencada!* («¡Las cabronas cartas están hechas pedazos!»).

Así, con sus escasos remilgos se expresaba el pueblo bajo del Languedoc, harto de ver a tantos amigos y parientes en la cárcel o en la hoguera...

—¿Qué os parece? —pregunté después, una vez terminado el texto, a mis dos asesores de confianza.

—Hombre, todo esta parte final resulta un poco cruda, ¿no crees? —objetó José, un pelín incomodado.

—Sí, es verdad —admití yo sin ningún cargo de conciencia—. Pero así fueron las cosas, ¿no?

—Es cierto —corroboró Isabelle—. Además, no creo que una masacre tan horrenda y un par de palabrotas puedan encubrir cien años de terror institucional sistemático por parte del poder eclesiástico de la época.

—Claro, visto así... —se avino, resignado, el bueno de José.

Mientras tanto, en Montpellier, las máquinas de los talleres gráficos y una masa de lectores sin nombre y sin rostro rugían ya esperando el reportaje...

CAPÍTULO 18

De una sorprendente carta y de sus efectos no menos sorprendentes

Así, entre unas cosas y otras, iba pasando el tiempo con la rapidez acostumbrada, ya estábamos en el nuevo año de 2002 y no había forma de encontrar el momento y la manera de revelar nuestro sensacional hallazgo del cráneo del conde Raimundo. Pierre Bongard nos apremiaba, inquieto por nuestro prolongado silencio y temeroso de que algún día se nos pudiera imputar algún delito, pero Isabelle y yo no teníamos ninguna prisa. Además, yo estuve ausente de Toulouse durante dos semanas por razones de trabajo y ella no quería tomar ninguna decisión sin contar conmigo. Por su parte, José Maldonado se reía por lo bajinis y comprendía nuestra actitud perfectamente. De vez en cuando, cuando hablábamos por teléfono o nos encontrábamos por la razón que fuere, se limitaba a soltarnos, como quien no quiere la cosa, alguna frase cargada de sorna de esta guisa:

—¿Qué tal? ¿Cómo anda la cabeza de nuestro queridísimo abuelo? —o algo parecido.

En cualquier caso, y aunque nadie cuidaría mejor que nosotros mismos aquel fragmento óseo tan singular, estaba cada vez más claro que el asunto empezaba a pudrirse en nuestras manos y que, aunque sólo fuera por razones de estricta responsabilidad respecto a un bien público de interés general, no podíamos mantener nuestro secreto mucho tiempo.

Así es que, en vista de una próxima revelación pública, recuperamos la vieja urna de madera para restaurarla un poquito antes de sacarla a pasear por la intemperie. No era ninguna pieza de museo: se trataba de una humilde arqueta con un cristal delantero y sin otra decoración que una cruz perlada de Tolosa en la parte superior y un pequeño relieve en la parte trasera que imitaba varias arcuaciones románicas de estilo lombardo. Probablemente, era algunos siglos más tardía que la propia calavera.

Un buen día, por más señas un sábado de finales de enero, mientras la estaba limpiando en mi casa con sumo cuidado, me di cuenta de que la plancha inferior de la pieza se había desprendido en una de sus cuatro esquinas. Cogí, pues, un destornillador para sujetarla y, con enorme sorpresa, me di cuenta de que allí dentro había algo. Llamé rápidamente a Isabelle, que en ese momento se encontraba en mi casa, y optando por la vía contraria a la que me había propuesto, empecé a desatornillar los tres costados que aún permanecían sujetos. Una vez suelta la plancha de madera, apareció ante nuestros ojos un sobre blanco lacado con un sello de la cruz hospitalaria y sin destinatario, como si se hubiera pretendido únicamente conservar mejor su contenido. Lo abrimos, pues, con trémulas manos, y nos encontramos con un manuscrito en su interior.

Atrapados por sorpresa y con la guardia baja, Isabelle y yo nos miramos con auténtica cara de pasmo: estaba claro que, desde que habíamos vuelto a encontrarnos, no ganábamos para sustos. Nuestras vidas, que en realidad nunca se habían caracterizado precisamente por la rutina, se habían convertido después en un continuo *pozo* de sorpresas, y nunca mejor dicho...

El misterioso y prolijo manuscrito ocupaba dos páginas, estaba escrito a pluma con tinta negra, con una caligrafía perfectamente inteligible y en un francés impecable, tal vez un poco ampuloso. Aparecía firmado por Claude de Thévenet, gran prior del hospital de San Juan de Jerusalén en Toulouse. ¡Así que se trataba de un mensaje postumo de nuestro querido caballero hospitalario! Isabelle y yo nos miramos llenos de entusiasmo y sonreímos con un aire cómplice: por fin nuestro amigo de la llave había abandonado su empecinado anonimato.

Su carta llevaba fecha de 16 de enero de 1792 y decía literalmente así:

En el nombre del Señor, Amén.

Yo, Claude de Thévenet, servidor de los pobres de Jesucristo y caballero de justicia, prior del orden de Malta en la ciudad de Toulouse, aspirando a «ser, en el mundo, el Evangelio vivido», como dice nuestro venerable Código, me dirijo por medio de este escrito a quien corresponda.

Incapaz de aprender de sus errores, la humanidad abandona una y otra vez el recto camino y, entregándose impunemente a los designios de Satán, se precipita de nuevo en los abismos del mal.

Así parece ser en las postrimerías de nuestro siglo XVIII y en nuestro suelo patrio. Las tinieblas se han apoderado de las mentes y los corazones de los hombres y ninguna fuerza benefactora parece ser capaz de poner término al espíritu destructor que reina por doquier. En el dominio secreto de su infinita providencia, Dios parece haber abandonado a su suerte a su pueblo, siguiendo un misterioso designio que nuestra natural imperfección no puede ni siquiera columbrar.

Designado por mis queridos hermanos para llevar las riendas de nuestra orden en esta ciudad y siguiendo las altas directrices emanadas con carácter general de nuestro Gran Maestro, Su Alteza Eminentísima frey Emmanuel de Rohan-Polduc, me veo en la dolorosa obligación de adoptar algunas medidas urgentes para poner a salvo nuestros bienes más preciados, confiado en la voluntad de Dios y en una posteridad más razonable y sensata en los siglos venideros. Pollo demás, la certeza que albergo de mi próxima muerte, como consecuencia de una enfermedad que ha ido socavando la extrema fragilidad de mi cuerpo, aconseja asimismo no demorar ni un solo día las disposiciones necesarias.

Por todo ello, he decidido separar de nuestra casa madre y preservar en sendos lugares secretos los dos inapreciables tesoros que nos fueron legados por nuestros

antecesores desde tiempo inmemorial, no sin antes prever y destilar prudentemente algunos rastros que permitan recuperarlos algún día imprevisible que dejo en las sapientísimas manos de Nuestro Señor, cuando las aguas hayan regresado al cauce que jamás debieran haber abandonado. Por una parte, el venerable cráneo de nuestro señor conde Raimundo de Tolosa (que en gloria esté), que se encuentra en la presente urna y que tantas generaciones de tolosanos han venerado con profunda y sincera devoción. Y por otra, el testamento del hereje Sicart de Montjoi, médico de almas y de cuerpos, que hemos custodiado igualmente durante siglos por fidelidad a nuestra propia orden y que se encuentra bajo la protección de la serpiente del bien y del mal, en Saint-Martin, más allá de las montañas.

Hágase la voluntad de Dios.

Al terminar la lectura del manuscrito, Isabelle me miró con una mirada traviesa y, al mismo tiempo, con evidente desconcierto, como sin saber muy bien cómo administrar la responsabilidad que había caído otra vez en nuestras manos.

—Bueno... —dije yo por decir algo—. Ya ves, por si todavía hiciera falta, ahí tienes una prueba definitiva de la autenticidad de nuestro cráneo...

—Y algo más, Julien, algo más... —respondió ella con una voz susurrante.

—Desde luego.

—¿Y ahora qué hacemos?

—Pues no sé, guardar el escrito, dar a conocer su contenido a José, pensar un poco, tomar el aire... Tú misma...

—Estoy cansada, Julien. Tantas emociones con el sarcófago del priorato y con la cabeza perdida del conde, y ahora esta carta... Esta carta y lo que cuelga, claro está...

—Mira, te propongo que cenemos un poco y nos vayamos a dormir. Mañana veremos las cosas con mayor claridad.

Así lo hicimos, y yo recuerdo haber soñado esa noche con la cripta de Saint-Gilles, más oscura y siniestra que nunca, y con el legado Péire de Castelnou, que se levantaba de su tumba tras desplazar con suma facilidad la gigantesca tapadera de piedra. Después, lleno de la santa ira que sin duda le había acompañado siempre, tomaba una pala y se dedicaba con auténtico frenesí a rellenar el pozo contiguo con la arena de las obras de la cripta. Yo tenía clarísimo que lo hacía guiado por el insaciable deseo de enterrar para siempre el maldito rastro de aquel conde tan díscolo con la Santa Madre Iglesia. Por ello trataba de impedirselo, pero mi esfuerzo era baldío porque el bendito legado de mi pesadilla tenía una fuerza hercúlea y amenazaba con darme con la pala en plena cara. Para mayor dramatismo, Péire de Castelnou exhibía de modo ostensible, con un chorro de sangre escandaloso, la herida

de lanza en el costado que le causó la muerte. En fin, una auténtica delicia...

Al día siguiente, quién sabe si alterado todavía por mi pesadilla nocturna, me desperté de madrugada. Isabelle dormía y respiraba profundamente, entregada a su sueño con la clara inocencia de un alma tranquila. Por todos los rincones de la casa reinaba la oscuridad más negra, pero un haz de luz aventurero, procedente de la calle, se colaba por los resquicios de la ventana e iluminaba el cuerpo abandonado de mi antigua compañera de instituto. Un mechón rebelde de su pelo tan oscuro se desparramaba por su frente, y un pedazo de su hombro, libre del tirante de la camisa de raso, se mostraba voluptuosamente a la intemperie. En silencio, di las gracias al cielo por la presencia en mi vida de aquella mujer tan especial que estaba a punto de cumplir los cuarenta en una madurez esplendorosa, yo, que me había pasado tantos años dando tumbos por otras vidas ajenas, incapaz de recalar en un puerto acogedor y seguro como el suyo. Después sonreí pensando en el coraje que había demostrado tras la agresión de que fue objeto en el priorato o durante el descenso por el angosto pozo de la cripta de Saint-Gilles.

Me levanté temprano, e inspirado por la extraña lucidez que siempre me acompaña en los albores primeros del día, conseguí terminar por fin un artículo sobre los comportamientos y actitudes de la juventud tolosana del nuevo milenio, un artículo que se había arrastrado sin fortuna por mi mesa de trabajo durante mucho tiempo. Después, alentado por tan buenos augurios, salí a la calle abrigado hasta las cejas para cumplir mi acostumbrado ritual de todos los domingos, que siempre procuro seguir a rajatabla: en primer lugar, acudir al quiosco de la esquina, donde mi amigo el vendedor de prensa me carga con varios quilos de papel impreso, luego pone como chupa de dómine a los políticos de turno y, por último, me informa puntualmente de cómo andan las lesiones de nuestros bravos muchachos del equipo de rugby; a continuación, pasar por la única floristería de todo Toulouse que tiene abierta la tienda a esas horas y llevarme a casa algunas flores, todavía húmedas y frescas; finalmente, acercarme a la mejor pastelería del barrio para comprar tiernos cruasanes recién hechos y golosos *petitspains au chocolat*, que tal vez no le convengan a mi colesterol y a mi incipiente barriga, pero que me gustan con delirio.

Tras concluir sin incidentes mi sagrado recorrido dominical —los humanos somos animales de costumbres—, llegué a casa y comprobé que mi chica seguía apasionadamente en los brazos de Morfeo. De modo que me metí en la cocina a preparar zumo de naranja natural, leche y café, lo puse todo en una bandeja y aderecé mi obra con una rosa roja en su búcaro. Por último, entré en la habitación con enorme sigilo, pero Isabelle ya se había despertado.

—Te echaba de menos. ¿Adónde has ido?

—Huy, si te contara... Ya he visto medio mundo.

—Qué madrugador eres.

—No podía dormir y, harto de dar vueltas por la cama, he decidido trabajar un poco y luego salir a ver el alba. Por cierto, afuera hace un frío que corta el aliento, pero tendremos un domingo con un sol radiante. De paso he traído los periódicos y he preparado el desayuno.

—Te quiero. Eres el hombre de mi vida, ¿lo sabes?... —me dijo Isabelle con arrobos, y sus cálidos brazos se colgaron amorosamente de mi cuello, de tal modo que yo habría viajado hasta los mismos confines del universo para satisfacer todos sus caprichos.

Tomamos el desayuno en la cama y luego retozamos un buen rato hasta que un imperioso deseo nos impuso su yugo placentero.

Una vez más, nos amamos con el furor de recuperar, uno por uno todos los años, los días y las horas que nos habíamos perdido con nuestra juventud, cada uno viviendo estúpidamente su vida sin el otro. Luego hablamos largo y tendido de nuestra próxima aventura, cuyo vértigo se había apoderado ya de nuestra mente. Huelga decir que, en estas condiciones, nuestras ideas tenían que resultar forzosamente inspiradas. Y sí, aquella mañana lo vimos todo mucho más claro.

Para empezar, convinimos fácilmente en que no había llegado, ni por asomo, el momento de hacer público nuestro hallazgo del cráneo del conde. En absoluto, y ahora menos que nunca. Y ello por una razón elemental: aquella historia no había terminado todavía y, según nuestro querido frey Claude de Thévenet, había que seguir investigando, puesto que los tesoros eran dos. Teníamos clarísimo que no entregaríamos el primero sin antes haber localizado el segundo, o como mínimo haberlo intentado, claro está. No es que se tratara de dos piezas relacionadas directamente entre sí, o por lo menos así lo parecía, pero ambas habían compartido una larga estancia en la casa de la Rué de la Dalbade y, sobre todo, ambas habían sido objeto de un idéntico destino: un lugar secreto que el caballero hospitalario nos había indicado con someras y complicadas pistas. Por si fuera poco, ambos tesoros habían sido transmitidos con igual devoción, de prior a prior, a lo largo de siete u ocho siglos, y habían sido custodiados con infatigable desvelo por razones que resultaban obvias en el caso del cráneo y menos evidentes en el caso del testamento del hereje.

Porque, claro, ¿a santo de qué debían guardar los católicos miembros de la orden de San Juan de Jerusalén —más adelante orden de Malta— las últimas voluntades de un hombre que militaba en una Iglesia considerada herética y severamente perseguida por la Iglesia de Roma? Misterio...

Esta era tan sólo la primera pregunta y, puesto que Isabelle y yo éramos ya muy duchos en materia de descubrimientos y hallazgos varios, decidimos perfeccionar nuestro método de trabajo y redactar una lista de las tareas que debíamos desarrollar en las semanas siguientes y de los interrogantes todavía sin respuesta:

1. Estudio de las relaciones históricas existentes entre los hospitalarios y los cataros.
2. Investigación de la identidad de Sicart de Montjoi, hereje, «médico de almas y de cuerpos».
3. Significado de la «serpiente del bien y del mal» (?).
4. Ubicación de Saint-Martin, «más allá de las montañas» (?).
5. Significado exacto de la expresión «bajo la protección de la serpiente...» que figuraba en el manuscrito.

Visto así, el caso parecía ofrecer menos complicación que el asunto de la llave de guardas y, encima, tenía la apreciable ventaja de que no deberíamos estar a la espera de otras investigaciones científicas que no estaban a nuestro alcance, de modo que podíamos ponernos manos a la obra de forma inmediata.

Así lo hicimos, y todo hubiera salido a pedir de boca si nuestro renovado entusiasmo no se hubiera visto sensiblemente menguado por la muerte repentina del padre de Isabelle, que falleció de un súbito infarto de miocardio mientras se hallaba en el pequeño huerto de su casa de Verfeil, cuidando de sus plantas. Este luctuoso suceso supuso una lógica interrupción en la actividad siempre tan animosa y entregada de mi compañera, que estaba muy unida a su progenitor y que necesitó cierto tiempo para recuperarse.

Y es que su padre era un hombre de pocas palabras, un antiguo ebanista que había dedicado su vida laboral a un objetivo que nuestra sociedad parece haber abandonado para siempre: perseguir de forma incesante el ideal del trabajo bien hecho no por su rendimiento económico estricto, sino por un prurito personal de autoexigencia, por una convicción íntima de que el ancho mundo se construye y se perfecciona en la excelencia de tantas cosas humildes que dependen de la esmerada labor de millones de personas sin nombre y sin rostro. Por fortuna para toda la familia de Isabelle, su madre era una mujer muy independiente y valerosa, que aun llorando profundamente a su marido resolvió seguir adelante con el mejor ánimo posible.

De vez en cuando, para sacar a Isabelle del estado de abatimiento en que le había sumido la súbita muerte de su padre, yo trataba de atraerla de nuevo hacia la aventura que nos estaba esperando y le hablaba de cualquier bagatela que nos llevara a ese terreno. Pensaba que así lograría encandilarla y ocupar su mente con un proyecto que requeriría sin duda todos nuestros sentidos en tensión.

—He estado mirando mis papeles y algunos mapas... Quería saber dónde se encontraba Montjoi, el pueblo de nuestro médico hereje.

—¿Ah, sí? ¿Y qué has encontrado?

—Pues no resulta fácil. Para empezar, he hallado dos aldeas con el mismo nombre, una en el departamento de Tarn-et-Garonne y otra el del Aude...

—Las dos parecen encontrarse en zonas de influencia cátera.

—Sí, pero he descubierto algo más interesante. Hay un pueblo que se llama Montgey, en el departamento del Tarn...

—Sí, lo conozco, está en la comarca del Lauragués, cerca de Saint-Félix, el pueblo donde hace varios años celebrasteis una reunión de corresponsales de *Le Monde*...

—Exacto, tienes buena memoria. ¿Sabes lo que pasó allí en los albores de la cruzada albigense?

—Me suena algo, pero me hago un lío con los nombres...

—Pues resulta que Montgey fue el teatro de una emboscada en la que, por una vez, el conde de Foix derrotó a unas tropas alemanas que habían llegado para reforzar a los cruzados. Varios centenares de invasores fueron masacrados, con la inestimable ayuda de los habitantes del lugar... Después, Simón de Montfort se vengó de la matanza arrasando el pueblo por completo.

—Pero ¿qué tiene que ver Montgey con el Montjoi del médico hereje?

—Ahí quería llegar. He indagado un poco y resulta que, según la *Cansó de la Crozada*, la denominación originaria occitana de ese lugar era Montjoi. Es decir, en la Edad Media tenemos tres lugares con el mismo nombre.

—Es interesante... Aunque, en realidad, tampoco es tan raro. Ya sabes que la versión francesa de los topónimos occitanos ha sido siempre, desde el primer momento, muy caprichosa.

—La verdad es que no tenemos ningún dato preciso para saber cuál de los tres era el pueblo de nuestro Sicart... Así, a bote pronto, ¿por cuál te inclinarías?

—No sé... Creo que precisamente por el actual Montgey, y no por los hechos acaecidos durante la cruzada, sino porque se encuentra en el Lauragués, una zona de altísima presencia de la *Gleisa de Dio*...

—Lo mismo pienso yo. Quién sabe si el médico que se cita en la carta participó en la emboscada contra los amigos de Montfort... O puede que no, claro, porque igual la época histórica no se corresponde...

—No olvides que el catarismo en el Languedoc cubre tres o cuatro siglos...

Así, sin darse cuenta, Isabelle se implicaba, de forma paulatina, en nuestra investigación sobre el testamento del médico hereje. Otro día, la excusa era distinta, pero siempre relacionada con el mismo tema.

—El otro día leí que la profesión de médico era algo muy corriente entre los *bons homes* —soltaba yo como si, entre nosotros, hablar de aquellos tiempos tan remotos fuera como hablar del vecino del ático A.

—¿De veras? —respondía Isabelle con la cabeza en otro sitio.

—Pues sí. Se habla mucho de que los cátaros occitanos solían ser tejedores, y eso es cierto, pero por lo visto algunas veces las casas de los buenos cristianos servían

también como hospicio u hospital de los enfermos. Mucha gente acudía o era transportada hasta ellas con el objeto de recibir asistencia médica y, como es natural, asegurarse la recepción del *consolament* a las puertas de la muerte.

—Lo que sí sabemos a ciencia cierta es que nuestro hombre cubría las dos facetas: la carta se refiere a él como «médico de almas y de cuerpos».

—Fíjate: primero las «almas», y en segundo lugar, los «cuerpos». Eso nos garantiza que Sicart era miembro de pleno derecho de la Iglesia, lo que la Inquisición denominaría un cántaro *perfecto*, es decir, consumado.

—Seguro, no cabe la menor duda...

En cierta ocasión, finalizada nuestra charla sobre alguno de esos temas, Isabelle me miró con sus profundos ojos de azabache y me dijo:

—Eres una buena persona, Julien. Y yo te quiero más si cabe precisamente por eso. Sé que quieres ayudarme a salir de la pena que tengo pero todo requiere su tiempo...

—Ya lo sé, *ma petite*. No hay ninguna prisa.

—No contaba ahora mismo con la muerte de mi padre. Es absurdo, pero no parecía que tuviera que morirse nunca. Tenía una vejez tan placentera y feliz...

—Nunca estamos preparados para esta clase de sucesos, Isabelle Perder a un padre significa cortar en buena medida con nuestras propias raíces.

—Así es... En fin, ya se me pasará. Quiero reírme de nuevo contigo como antes.

—Te lo garantizo, amor mío. Y, por lo que se adivina en la carta del caballero hospitalario, te aseguro que a nuestra vida no van a faltarle alicientes...

CAPÍTULO 19

Del árbol del bien y del mal y del aciago jueves de Muret

Al poco tiempo, Isabelle volvió a su dinamismo acostumbrado y entonces nos apresuramos a recuperar el tiempo perdido y a completar nuestro plan de trabajo cuanto antes. Incorporamos plenamente a José Maldonado en nuestro equipo de búsqueda y, en pocas semanas, los tres juntos amasamos un grado apreciable de conocimientos que, para bien o para mal, empezaban a esclarecer un poco el panorama. Nuestro amigo sabio estaba entusiasmado como un chaval con la historia del hereje y nos aportó preciosa información sobre la relación entre cátaros y hospitalarios, algo básico para comprender por qué la orden de Malta podía llegar a custodiar con devoción el testamento de un *bon home*.

Primero hubo que deslindar los terrenos. Según observó José, muchos libros fantasiosos pero indocumentados han cultivado el mito de los estrechos contactos entre los cátaros y la orden del Temple y sus miembros, sin duda, los caballeros medievales que mayor juego han dado en la ficción literaria. Ha sido así no por ninguna razón fundada en la historia real, sino por el mero hecho de que ambos colectivos, más o menos coetáneos, fueron perseguidos, aunque por motivos muy distintos, por la Inquisición, y acabaron a menudo en la cárcel o en la hoguera. Esa es la única verdad incontestable: cátaros y templarios tuvieron un triste final por obra de la Iglesia de Roma, nada más. Pero José nos hizo ver muy pronto que ser perseguido por el mismo enemigo puede llevar a algunas situaciones de socorro mutuo, pero no a una identidad de principios ni a una confusión entre dos instituciones tan opuestas.

En cambio, nos aseveró que estaba plenamente acreditado que los cátaros y los hospitalarios mantuvieron buenas relaciones en el Languedoc. Así, muchos caballeros feudales que sostuvieron a los *bons bornes* de un modo inequívoco fueron, al mismo tiempo, bienhechores de los hospitalarios, y algunos acabaron siendo donados de la orden o fueron enterrados en encomiendas sanjuanistas. Aun así, José tuvo mucho cuidado en ponernos claramente los pies en el suelo:

—Aunque demos por bien establecidas las buenas relaciones entre cátaros y hospitalarios, debo decir que eso no parece razón suficiente para justificar la conducta del priorato de Toulouse con respecto al testamento de Sicart de Montjoi — José se detuvo un instante y concluyó—: Lo siento mucho...

—No lo sientas, amigo —le expuso llanamente Isabelle—. Sólo dínos, entonces, qué piensas que pudo suceder.

—Resulta muy aventurado... Creo que, en este caso concreto, debió de darse alguna circunstancia personal que ignoramos por completo y que explicaría su conducta.

—¿Como cuál? —insistí yo.

—No sé, algún favor extraordinario, algún acto de mutua protección, alguna acción heroica. Es imposible saberlo con las cuatro palabras que figuran en la carta.

—Tienes razón —asentí—. Así que propongo olvidarnos de ese aspecto de la historia, que probablemente sólo lograremos aclarar en el caso de que encontremos el dichoso testamento. Esperemos que allí el propio Sicart nos lo cuente...

—Muy bien —confirmó Isabelle—, pasemos al segundo capítulo de nuestra investigación. Identidad de Sicart de Montjoi...

—Lamento daros malas noticias —informé a mis dos colegas—. He procedido a vaciar los índices onomásticos de los libros principales que hablan sobre el catarismo y este nombre no aparece. Y conste que he repasado todas las obras de Jean Duvernoy, Anne Brenon y Michel Roquebert.

—¿Y las fuentes originales?

—He comprobado también las versiones de las principales crónicas y la *Cansó de la Crozada*, y tampoco aparece. Ese hombre no existió...

—¡Claro que existió! Aparece en la carta de frey Claude de Thévenet —protestó Isabelle con vehemencia.

—Desde luego, mujer... Quise decir que ese hombre no existió para los papeles de su tiempo. Ninguna deposición ante los tribunales inquisitoriales, nada de nada, ni la más leve alusión en parte alguna.

—Lo cual complica enormemente nuestra búsqueda —constató José—. Apenas tenemos donde agarrarnos...

—Bueno, ya hablaremos de eso. De nada sirve llorar sobre la leche derramada. Olvidémonos también de la identidad de Sicart, que de una forma u otra sólo conoceremos, igual que antes, si llegamos a encontrar su testamento.

—Por no saber, ni siquiera conocemos en qué época vivió...

—Así es... En fin, pasemos a otro asunto —insistió mi compañera—. ¿Cuál era el capítulo tercero de nuestro plan de búsqueda?

—Aclarar el sentido de la «serpiente del bien y del mal».

—Ah, sí... De este asunto me encargaba yo —afirmó la propia Isabelle—. He estado mirando algunos libros y papeles. Creo que no hay ninguna duda de que esta frase está relacionada con la serpiente del paraíso que tentó a la mujer para que comiera del árbol del conocimiento del bien y del mal. Ya sabéis: Dios permitió a Adán que comiera de todos los árboles del jardín del Edén, pero le prohibió de forma expresa que probase el fruto de ese árbol.

Isabelle se detuvo un momento, al tiempo que hurgaba en su cartera rebotante de papeles.

—A ver si lo encuentro... Sí, aquí tengo la cita completa del libro del Génesis: «Pero la serpiente era el más astuto de los animales salvajes que Dios había creado.

Dijo a la mujer: “Entonces, ¿Dios os ha dicho: ‘No podéis comer de ningún árbol del jardín?’”. La mujer dijo a la serpiente: “Podemos comer de los frutos de los árboles del jardín: solamente de los frutos del árbol que está en medio del jardín ha dicho Dios: ‘No comáis de ellos, ni los toquéis, porque si no moriréis’”. La serpiente dijo a la mujer: “¡De ningún modo moriréis! Al contrario, Dios sabe que cuando comáis de ellos, se os abrirán vuestros ojos, y seréis como Dios, conociendo el bien y el mal”. Entonces vio la mujer que el árbol era bueno para comer de él, hermoso de ver, y deseable para adquirir entendimiento. Tomó de su fruto, comió y dio a su marido, que estaba con ella, y también comió. Entonces se les abrieron los ojos y se dieron cuenta de que estaban desnudos».

—¿Y bien?

—Pues eso, que la serpiente se ha identificado siempre con las fuerzas del mal. Constituye, en realidad, el grado más bajo de la creación, puesto que se arrastra por el suelo, es decir, por la zona más próxima al infierno. Sin embargo, algunas veces es representada en pie, mostrando una erección orgullosa, que es el símbolo del pecado de exaltación con el que la serpiente atrajo en pos de sí a nuestros primeros padres. Es el caso de un conocido capitel del claustro de la catedral de Girona, en Cataluña.

—Sigue, sigue...

—La serpiente es el animal que reina junto al árbol del paraíso y reina precisamente por el pecado y por la muerte que ha causado. Así aparece en el bestiario medieval y, por ende, en la pintura y la escultura románica y gótica. Muy cerca de aquí, en un capitel del priorato de Moirax, tenemos una muestra de este tipo de representación. También aparece a menudo en los manuscritos iluminados o miniados medievales, como por ejemplo los Beatos, donde se muestran un águila y una serpiente como símbolos del bien y del mal y enfrentados entre sí. Por último, cabe decir que a la serpiente se la ha considerado siempre como un animal custodio de tesoros escondidos, ya sean tesoros materiales, ya sean espirituales, como los conocimientos o saberes ocultos. Todo eso cuadra a la perfección con el asunto que tenemos entre manos y, por si albergáramos todavía alguna duda, la experiencia del cráneo de Raimundo nos ha demostrado que nuestro freile hospitalario se complacía en los detalles y en la concatenación plenamente coherente de cuantos elementos ponía sobre la mesa.

—Entonces...

—Creo que debemos dirigir nuestras miradas hacia algún tipo de representación, sea un códice, una escultura o una pintura, que muestre la serpiente del paraíso y también, lo más seguro, el árbol del bien y del mal.

—Parece razonable... —convinimos José y yo al unísono.

—Estupendo. Si os parece bien, ahora cabría pasar ya, sin mayor dilación, a otro capítulo de nuestro plan, es decir, a la identificación de ese lugar de «Saint-Martin,

más allá de las montañas» que figura en la carta del caballero hospitalario —concluyó Isabelle.

—De este asunto me encargo yo —repliqué de inmediato—. He empezado ya mis primeras pesquisas y, en cuanto tenga alguna información más elaborada, os la comunicaré...

En aquellos días de la primavera de 2002, no todo consistió en seguir las pistas de nuestra próxima aventura. Como es lógico, nuestras vidas siguieron adelante en todos los frentes y, como ocurre en la discreta biografía de la gente anónima, se poblaron de claros y sombras en partes desiguales. A diferencia, tal vez, de otras personas, Isabelle y yo tuvimos la suerte de vivirlos los dos unidos y con la mirada puesta en un objetivo que, eso sí, resultaba tremendamente excitante. Pero, mientras esperábamos alcanzarlo algún día no lejano, seguíamos trabajando también en nuestras labores cotidianas, degustando los pequeños placeres de los días sin historia, cultivando nuestras aficiones, compartiendo los estados de ánimo de la ciudad en que vivíamos.

Isabelle, por ejemplo, vio confirmados por fin el proyecto y la financiación necesarios para la excavación sistemática del cementerio contiguo al hotel Saint-Jean, gracias a la creación de un nuevo organismo del Estado encargado de estas materias. Asimismo, fue invitada a redactar un par de capítulos de un libro colectivo y, casi al mismo tiempo, a presentar una ponencia en un congreso de arqueología en Taormina. Su sentido de la responsabilidad la obligó a olvidarse durante algunas semanas de nuestra búsqueda del testamento, pero ello también nos brindó la magnífica oportunidad de disfrutar de unos días venturosos y tranquilos en aquella ciudad de la isla de Sicilia, donde pasamos una nueva luna de miel sin boda previa.

A los pocos días de nuestro regreso de la isla, tuvimos los dos juntos un accidente de circulación en una carretera secundaria que pudo costarnos muy caro, pero que por fortuna se saldó con el coche casi destrozado y con unas secuelas milagrosamente leves: magulladuras generales y una herida en el brazo ella y una pierna rota yo, lo cual me obligó a ralentizar mi vida por una temporada. Seguí escribiendo y leyendo, claro está, porque no sé privarme de ambos vicios y los seguía necesitando para ganarme el sustento y no dejar colgados a los medios en los que colaboraba.

Cuando me quitaron el yeso y pude empezar a caminar, los médicos me prescribieron largos paseos diarios, de modo que todas las tardes, cuando Isabelle salía de su trabajo y yo había enviado mi crónica o mi artículo del día, nos pateábamos la ciudad y sus alrededores con los ojos abiertos de par en par y con nuestro infatigable empeño por conversar acerca de todo lo divino y lo humano.

Hoy, transcurridos unos pocos años, recuerdo aquellas tardes de primavera, con mi lenta andadura paticoja y con la luz crepuscular agonizante, como unos momentos de felicidad mansa y apacible, sin sobresaltos, sin agobios ni amarguras.

Una radiante mañana de sábado, nuestros andares pausados nos condujeron hasta la plaza de Saint-Sernin, el lugar de nuestro primer reencuentro, y decidimos entrar en la basílica del santo, la mayor construcción románica de Francia, con su característico campanario de ladrillo y piedra coronado en punta.

—Volvemos al románico, Isabelle...

—Sí, ya sabes que me encanta. Por fortuna, hoy no tenemos que buscar en esta iglesia ninguna escena bíblica que nos lleve hasta el pozo de Jacob o de Moisés...

—¿Por qué lo dices?

—Pues porque aquí tendríamos mucho más trabajo que en el pórtico de la abadía de Saint-Gilles. Sólo con decirte que la basílica contiene más de quinientos capiteles...

—No está mal... Pero ¿y si diéramos con alguna serpiente o con algún árbol del bien y del mal?

—Esto es Saint-Sernin, Julien, no Saint-Martin. Aquí no nos serviría de nada.

—Precisamente. Espero terminar muy pronto mis indagaciones acerca de Saint-Martin. Estoy desesperado...

Dimos la vuelta por el deambulatorio, sólo por contemplar una vez más el bajorrelieve del Cristo en majestad encerrado en su mandorla, con su aspecto grave y hermético, su mano derecha bendiciendo y su curiosa barriga prominente. Seguimos después nuestro recorrido por las naves del templo e Isabelle me sorprendió con un detalle que no conocía:

—Tantas veces como hemos hablado de Domingo de Guzmán y no creo haberte contado nunca que, durante muchos años, aquí en Saint-Sernin se exhibía un crucifijo con el que presuntamente el santo había enardecido a los combatientes cruzados en la batalla de Muret.

—Pero ¿Domingo estuvo en la batalla?

—No, parece seguro que no. Incluso te diré que siempre mostró su tibieza, quién sabe si su disconformidad, con la cruzada promovida por el papa contra la *pestilentia detestabilis*, es decir, la detestable pestilencia de la herejía, pero a algunos dominicos les hubiera encantado que estuviera. De modo que, un siglo después, el inquisidor dominico Bernart Gui dio por hecha la presencia del fundador de su orden en Muret, hasta el punto de que el crucifijo incluso exhibía varias flechas que, supuestamente, recibió de las ballestas de las tropas del rey de Aragón...

—Me vas a tener que perdonar, Isabelle, pero me hago un poco un barullo con el tema de Muret. No ignoro la enorme trascendencia de la batalla y de su desenlace, y creo tener una composición aceptable de las cosas tal como fueron, pero a veces me pierdo...

—No es nada complicado. Mira, a los cuatro años del inicio de la cruzada contra los cátaros, y en plena progresión triunfal de Simón de Monfort y de sus huestes,

cuando el ejército cruzado ya barruntaba la posibilidad de un asalto a Tolosa en toda regla, sus expectativas sufrieron un importante contratiempo: Pedro el Católico, el rey de Aragón que había participado poco antes y con gran éxito en la batalla de Las Navas de Tolosa contra los almohades, se unió a la causa de los barones occitanos por razones de vasallaje que ahora sería prolijo referir.

—Es una paradoja, ¿no? El rey ha pasado a la historia con el sobrenombre de Católico y sin embargo se alineó con las fuerzas contrarias al ejército cruzado promovido por el papa...

—En efecto... El caso es que la implicación del monarca de la corona catalanoaragonesa en el conflicto permitió la formación de un ejército muy numeroso y cualificado que, según todos los pronósticos, debía ganar la batalla. Allí estaban Tolosa, Foix, Cominges, Aragón y Cataluña...

—Pero no fue así...

—Cierto. Aquel día, jueves, 12 de septiembre de 1213, algunos errores estratégicos y la muerte prematura del rey en la batalla causaron el desánimo y la consiguiente desbandada de las tropas aliadas y dieron la victoria a Simón de Montfort.

—Supongo que nuestro amigo Raimundo VI estuvo en la llanura de Muret...

—Naturalmente, al frente de sus tropas. Pero permaneció expectante en la zaga de las filas aliadas y no llegó a entrar en combate, aunque las consecuencias de la derrota pesaron gravemente sobre su condado. Y un último detalle de la batalla que seguro te interesa: el cuerpo de Pedro el Católico fue recogido al atardecer de aquel mismo día por los freiles hospitalarios, quienes, a la espera de poder transportarlo al monasterio aragonés de Sijena, lo tuvieron enterrado durante tres años y cinco meses... ¿no adivinas dónde?

—No sé...

—Pues aquí en Toulouse, en la misma casa del hospital de la Rué de la Dalbade donde creimos hallar los restos de Raimundo y en cuyo cementerio yo sigo trabajando.

—No tenía ni idea. En esta historia todo acaba siempre por cuadrar... Eso significa que tanto Raimundo como Pedro, llegada la hora de su muerte, estuvieron en manos de la orden Hospitalaria.

—Efectivamente. Por eso, y por la nula participación de la orden en la cruzada, algunos han podido especular sobre una actitud más favorable de los hospitalarios con respecto a los occitanos de la que habrían tenido los templarios.

—Ya... Bueno, en definitiva, ¿por qué es tan importante la batalla de Muret?

—Para nuestra historia, porque condicionó de modo decisivo el desarrollo de la cruzada y propició la derrota definitiva de los barones occitanos, derrota que se explicitó en el tratado de Meaux-París de 1229, una especie de rendición en toda

regla a la corona francesa. Y, para nuestros vecinos del sur, es el fin de la expansión catalanoaragonesa por tierras occitanas, de modo que el hijo de Pedro, Jaime el Conquistador, deberá orientar sus conquistas hacia Mallorca y Valencia. Aunque sólo fuera por esas dos razones, Muret constituye una fecha muy relevante en la historia europea del siglo XIII...

—He estado en el Muret actual en varias ocasiones, por causas distintas —recordé en ese momento—. Pero no he olvidado la decepción que experimenté la primera vez al comprobar que es imposible reconocer el paisaje de la batalla y que el único rastro perceptible, situado en medio de una rotonda de tráfico, son dos estelas de piedra con mensajes contradictorios.

—Así es. Para unos, Muret fue un día de gloria que permitió la construcción de Francia. Para otros, fue una fecha aciaga que impidió la consolidación de un proyecto occitano propio.

—Entiendo... Un tolosano que se precie no puede menos que dejarse arrastrar más de una vez por la nostalgia...

—Es cierto, pero aun así resulta gratuito especular con futuribles, ¿no crees? Nos guste o no, la historia ya no tiene marcha atrás...

Tras completar la visita a la basílica de Saint-Sernin, dejamos la turba de turistas y salimos al sol primaveral de la plaza. Yo estaba cansado de andar a paso lento y decidimos sentarnos en la misma cafetería de aquella primera vez, cuatro años antes. Y yo no pude menos que decirle a Isabelle:

—Todavía me acuerdo, vivamente, de la primera impresión que me causaste, mientras te estaba esperando en esta misma mesa. Quedé deslumbrado, porque la realidad era mucho mejor que mis recuerdos de instituto...

—Y yo me alegro todavía de que hubiésemos recurrido a ti, y no a cualquier otro periodista. Sin duda, fue el mejor acierto de mi vida... —concluyó Isabelle al tiempo que me sellaba la boca con un beso.

CAPÍTULO 20

De cómo hallar una iglesia románica «más allá de las montañas»

«Saint-Martin». Yo estaba obsesionado con el topónimo de Saint-Martin. Había iniciado la búsqueda de iglesias románicas francesas con ese nombre, con la esperanza de poder documentar la presencia de alguna serpiente pintada o esculpida. Pero pronto me desanimé, por cuanto era incontable el número de templos dedicados al santo y, por si fuera poco, resultaba casi imposible obtener datos acerca de las composiciones artísticas que figuraban en sus capiteles, retablos y muros. Era una empresa titánica, que hubiera exigido una visita personal a cada monumento, lo cual nos llevaría sin duda meses y meses.

—Prueba con Internet —me sugirió Isabelle—. ¿Quieres que te ayude?

—Te lo agradezco, pero creo que Internet no es la solución. En primer lugar, porque sigue sin darme datos suficientes sobre la multitud de iglesias de Saint-Martin que existen y, en segundo lugar, porque esa información no siempre resulta fiable.

—Entonces, ¿qué propones?

—En principio, no nos queda otra salida que seguir investigando de forma indefinida. Perspectiva nada halagüeña, por cierto. Pero creo que no hemos enfocado bien este capítulo de nuestra búsqueda.

—¿Por qué lo dices?

—En su carta, frey Claude de Thévenet nos habla de Saint-Martin, pero nos ofrece otro dato que, hasta ahora, a pesar de la raquílica información que poseemos, hemos descuidado: él nos dice «más allá de las montañas»...

—Bien. Tienes razón.

—Hay que profundizar en esa pista. Pensar y decidir qué es lo que significa esa expresión para un freile tolosano de las postrimerías del siglo XVIII...

—Sigue, por favor.

—Vamos a ver... La iglesia que buscamos no puede estar en la zona de Toulouse, eso parece obvio, a pesar de que, no creas, también hay más de una con el nombre de Saint-Martin. Las simples colinas que nos separan de las regiones o comarcas más próximas tampoco parecen suficientes para una mención tan expresa como la del caballero hospitalario. Sin duda, estamos hablando de montes más altos, de montañas dignas de ese nombre.

—Por lo que deduzco, tú ya te has formado una opinión al respecto, ¿no es así?

—Espera. Sigamos la misma lógica deductiva hasta el final. ¿Cuáles son las grandes montañas de nuestro entorno, aquellas que habrá que cruzar algún día para llegar a la iglesia que buscamos?

—Hombre, grandes como tú dices, sólo veo dos: el Macizo Central al nordeste y los Pirineos al sur...

—Exacto. Pero sigue, sigue: di lo que tenías en mente...

—Pues que el Macizo Central está mucho más lejos —concluyó Isabelle—. Un tolosano cualquiera, entonces como ahora, si se refiere a una cordillera importante sin mencionar su nombre, seguro que está pensando en los Pirineos.

—¡Sí, señora! Ahí quería yo que llegaras... ¡Los Pirineos! Las montañas de que habla nuestro amigo hospitalario en su carta tienen que ser los Pirineos. Otra cosa me parece improbable...

—¿Y bien?

—Pues que hay que buscar iglesias con el nombre de Saint-Martin al sur de los Pirineos, «más allá de las montañas».

—Es decir, en España...

—Pues sí, concretamente en Aragón y Cataluña. Más lejos me resultaría igualmente increíble.

—¿Y por dónde quieres empezar?

—Por Cataluña, en este caso únicamente por una razón de orden práctico: si seguimos la línea recta desde Toulouse hacia el sur, nos encontramos en Cataluña. Y si la iglesia románica que estamos buscando no estuviera allí, habría que pensar en seguir después hacia el este y entrar en Aragón. De una forma u otra, tengo trabajo para tiempo...

—Podemos repartirnos las zonas.

—Así lo haremos, Isabelle. Mira: empezaremos de nuevo consultando los fondos de nuestra Bibliothèque d'Étude et du Patrimoine, en la Rué de Périgord, donde ya me consideran un usuario preferente y me saludan como a un viejo amigo. Dudo que otros clientes les hayan solicitado tantas guías artísticas de Francia... Y, en el caso de que allí no exista mucha información acerca del románico en Cataluña, como mucho me temo, habrá que pensar en ir a Barcelona.

—Estupendo. Sólo tengo que hacer la maleta...

—Sí, sí, pero esto no se solventa en un fin de semana.

—Bueno, no importa. Al contrario... Todavía no habíamos decidido dónde pasar las vacaciones de verano, ¿no es cierto?

—De todas formas, deja primero que establezca desde aquí una somera aproximación al número de iglesias románicas catalanas bajo la advocación de san Martín. Te advierto que no soy optimista...

Resuelto el plan, me disponía ya a ponerme de nuevo manos a la obra cuando mi compañera no pudo menos que confesar por fin la sospecha que a buen seguro corroía sus entrañas.

—Oye, Julien, no te lo tomes a mal, pero ¿puedo hacerte una pregunta? —me dijo

con un tiento extraordinario.

—Mujer, qué cosas tienes... —le respondí sorprendido—. ¿Cómo me va a importar?

—¿Y si las famosas «montañas» del freile hospitalario no son los Pirineos? ¿Y si el buen hombre estaba pensando en alguna prominencia más modesta, más cercana a Toulouse?

—Eso ni mentarlo, Isabelle. Yo, ahora, ni lo pienso.

—Pero...

—Te diré la razón: no me lo puedo permitir. De lo contrario, me hundo en la miseria...

Llegó un jueves de comienzos del mes de mayo. Recuerdo bien la fecha porque era exactamente el día siguiente a una *Tosca* memorable en el Théâtre du Capitole, con una espléndida escenografía y un reparto de lujo como ya quisiéramos todos los días en nuestras representaciones líricas locales. Y lo recuerdo asimismo porque, aquella noche de la ópera, mi querida pareja llevaba un vestido de *crépe* negro que mostraba un escote realmente vertiginoso, con tres finos tirantes cruzados en la espalda y un cinturón de raso con una lazada por delante. Estaba preciosa... En fin, aquella tarde lluviosa del día siguiente yo no tenía noticias que explicar a mis lectores de *Le Monde*, de modo que lo aproveché para terminar mis primeros cálculos numéricos. A continuación, como un niño con zapatos nuevos, corrí a esperar a Isabelle a la salida del priorato hospitalario. Casi sin darle tiempo a saludarnos, le espeté:

—Por fin. Lo he conseguido. He terminado mi primer recuento. ¿Sabes cuántas iglesias románicas existen en Cataluña situadas bajo la advocación de san Martín?

—Yo qué sé... ¿Veinte? ¿Cuarenta?

—Frío, frío...

—Ay, no sé, Julien. ¿Sesenta? ¿Setenta?

—Exactamente, 147...

—Uf, Julien, esto nos supera —mi compañera casi se hunde al oír la cifra—. Nuestro amigo hospitalario podía haber optado por una iglesia con un nombre menos corriente, ¿no te parece?

—Sí, francamente. Creo que estamos casi muertos...

—Cierto, porque ahora sólo nos queda el minúsculo detalle de adivinar en cuál de esas 147 iglesias existe alguna escultura o pintura con una serpiente del paraíso y el árbol de la ciencia del bien y del mal. Esto suponiendo, claro está, que la figura esté en un lugar más o menos visible...

—Veo que has captado la magnitud de nuestra empresa.

—Y eso suponiendo, también, que el lugar de «más allá de las montañas» esté en Cataluña, claro.

—Isabelle, esto sí que no. No vuelvas a las andadas. En nuestra empresa común, el derrotismo para minar la moral de la tropa se paga con penas muy graves...

—Tengo una curiosidad —cambió de registro mi compañera, al tiempo que nos sentábamos en una terraza de la plaza Wilson a tomar un refresco—. ¿Se puede saber cómo has contado las iglesias?

—Una por una. Tengo la lista completa.

—¿Cómo dices?

—Yo soy muy terco, por descontado, pero los catalanes están locos con su románico. Existe una colección de libros, *Catalunya Románica*, dedicada al tema de forma monográfica, con veintiocho volúmenes de gran formato, magníficamente ilustrados, y con un total de más de doce mil páginas. Me lo dijo una bibliotecaria de la Rué de Périgord que se compadeció de mí y me adelantó que es muy posible que esa colección no esté en ningún centro público de Toulouse.

—O sea, que nos vamos a Barcelona... ¿O tú ya has estado allí sin invitarme?

—Todavía no. Gracias a Péire Berteaux, mi amigo documentalista de *La Dépêche*, tuve conocimiento de la existencia de un curioso personaje que vive en Revel y que está chalado por el arte románico en todas sus facetas y en todos los países: el hombre tiene en su vieja mansión familiar una biblioteca especializada que da pavor y, como no podía ser menos, estaba suscrito a la colección catalana. Hoy he pasado el día entero en su casa y, consultando los índices del último volumen, me he fabricado una modesta lista con el nombre y la comarca de todas y cada una de las iglesias de «Sant Martí». La tengo a tu disposición...

—¡Virgen santa! ¿Y qué vas a hacer ahora?

—Pues no lo sé, todavía. Lo primero era dar el parte a la dirección, que es lo que acabo de hacer en tu presencia. Pero ahora tengo que pensar...

Y pensé, desde luego que lo hice. ¿Cómo reducir la lista de las 147 iglesias catalanas hasta un número razonable que permitiera llegar a visitarlas una por una? ¿Cómo saber cuáles de esas 147 iglesias tenían en su interior algún tipo de figuración de la serpiente del Edén? Una vía posible nos estaba vedada: la de acudir a Cataluña y preguntarlo directamente a un especialista en la materia. Y ello por dos razones: en primer lugar, porque nuestro requerimiento sería demasiado genérico y vago como para obtener una respuesta precisa, segura y satisfactoria, suponiendo que hubiera alguien que estuviera en condiciones de podérsela ofrecer; y en segundo lugar, mucho más importante todavía, a Isabelle y a mí no nos interesaba en absoluto levantar la liebre acerca de nuestra búsqueda, no fuera el caso de que acabásemos teniendo que recorrer a medios semejantes a los que utilizamos en la cripta de la abadía de Saint-Gilles para llegar hasta el cráneo. Menudo embrollo...

Pensando, pensando, me hice la siguiente reflexión: no es nada probable que nuestro freile hospitalario quisiera someternos a una carrera de obstáculos, con un

recorrido inextricable. Simplemente, quiso poner a buen recaudo el testamento de Sicart de Montjoi, pero dejando una puerta abierta a la posteridad para que tuviera oportunidad de recuperarlo.

Si este razonamiento es exacto, seguí pensando, cuando Claude de Thévenet escribió en la carta el nombre del lugar en el que se halla ese papel, no pretendió embarullarnos con 147 posibilidades en Cataluña o no sé cuántas en Aragón o incluso en Francia. Por el contrario, más bien pienso que, cuando escribió «Saint-Martin» (así, en francés, lo cual no deja de mantener vigentes algunas dudas), se limitó a designar ese lugar que, a pesar de esas mismas dudas, se encuentra «más allá de las montañas». No un lugar entre varias decenas, sino un lugar que, por una razón u otra, le resultaba conocido o incluso próximo y que, en su pensamiento, era simplemente «Saint-Martin».

Siguiendo el hilo de este razonamiento (que, como siempre, tenía el inconveniente de desechar otras vías posibles, incluida tal vez la verdadera), lo más razonable sería reducir la búsqueda a los cuatro o cinco, o diez, «Saint-Martin» más obvios, en este caso en Cataluña. De modo que lo más pertinente, rápido y práctico sería identificar las iglesias románicas catalanas más significativas e importantes que se hallaran bajo la advocación del santo. El resultado nos daría un abanico de lugares a visitar al alcance de la mano (y al alcance, también, de nuestras posibilidades y de nuestro tiempo disponible). Y si no hubiera forma de encontrar en esos templos la serpiente y el árbol del conocimiento, o bien, existiendo esas figuras, no hubiera rastro alguno del testamento, siempre nos quedaría la oportunidad de abrir el abanico o de efectuar un replanteamiento de la cuestión.

Cansado de comerme el tarro una y otra vez, transmití a Isabelle y a José Maldonado mis razonamientos tan profundos y, afortunadamente, no les parecieron nada descabellados, o al menos así me lo dijeron. Sin embargo, cuando ella y yo quedamos a solas otra vez, comprendí enseguida que Isabelle quería seguir hablando conmigo del asunto.

—Es probable que tengas razón —me dijo con un semblante serio—. Por ejemplo: yo opino, igual que tú, que frey Claude de Thévenet no pretendió someternos a una carrera de obstáculos interminable. De todas formas, si estamos en lo cierto, ¿por qué no fue más explícito y no nos indicó el lugar con toda precisión?

—Tengo dos teorías acerca de ese aspecto concreto. Una, que tal vez te parecerá poco sólida pero yo no la descartaría en absoluto: por distracción. Por pura y simple distracción.

—No sé... No estoy segura... ¿Y la otra?

—Porque, para él, «Saint-Martin» era un lugar obvio, evidente, que no ofrecía lugar a dudas.

—Muy bien, me resulta más convincente. En este caso...

—En este caso, estamos perdidos, porque aun habiéndome convertido en un auténtico especialista en la materia, no se me ocurre cuál puede ser el lugar que se destaque tan claramente del resto.

—Yo tengo uno... —soltó de repente Isabelle, y yo pensé en ese momento preciso que aquella mujer no dejaría jamás de sorprenderme.

—¿Cómo dices? —pregunté estupefacto.

—Pues sí. Es un lugar que puede entrar o no, según se mire, en el abanico reducido de iglesias que intentas confeccionar.

—¿Ah, sí?

—Sí. Fíjate: no se encuentra en la Cataluña actual, ni siquiera en la Cataluña de finales del siglo XVIII, la época de nuestro amigo hospitalario.

—¿Entonces?

—Pero en cambio es indiscutiblemente un monasterio catalán. En la época de Claude de Thévenet tan sólo hacía un siglo y medio que había pasado a manos francesas, tras el Tratado de los Pirineos...

—Te refieres a alguna iglesia situada en el departamento de los Pirineos orientales, la Cataluña francesa... ¡Claro, ahora lo entiendo! ¡Te estás refiriendo a Saint-Martin-du-Canigou, es decir, a Sant Martí del Canigó!

—¿No te parece un monasterio singular, un lugar que «se destaca claramente del resto», como decías hace un momento?

—Pues sí, desde luego. Pero existe un inconveniente: no está «más allá de las montañas»...

—No está al otro lado de los Pirineos, tienes toda la razón. Pero resulta que entre aquellos parajes y Toulouse, al sureste, está el macizo de Les Corbières.

—Isabelle, dijimos que sólo consideraríamos grandes sistemas montañosos. Además, puede decirse que Les Corbières forman parte del sistema pirenaico.

—Bueno, algunos discuten esa adscripción...

—Pero, mujer, no vamos a entrar ahora en esos distingos...

—De acuerdo, pero no me quedo tranquila del todo con esa reducción a los «grandes sistemas montañosos». ¿Por qué no podría ser «más allá de Les Corbières»?

—Esta discusión ya la tuvimos, ¿no crees?

—Ya lo sé, Julien, ya lo sé... Perdona, pero es que, además, el monasterio del Canigó no tan sólo destaca claramente entre muchos «Saint-Martin» posibles, sino que posee un importante patrimonio románico, lo bastante notable como para contener en cualquier rincón las figuras que estamos buscando.

—Vamos a ver, te propongo un pacto. No nos apartemos del criterio que ya acordamos en su día. De otro modo, la empresa es tan descomunal que no habrá días suficientes en toda nuestra vida como para recorrer tantas iglesias. A cambio,

incluimos Sant Martí del Canigó en eso que llamamos «el abanico reducido». ¿Qué te parece?

—De acuerdo. —Isabelle vaciló entonces un instante—. Pero tengo otras dudas...

—¡No, por favor, más dudas no! Con las que ya tenemos, es más que suficiente, ¿no crees? —supliqué.

—Bueno, pero por lo menos puedo expresarlas, ¿no? —se mosqueó ligeramente Isabelle.

—Adelante, adelante...

—Tres cosas, sólo para que conste, nada más, y si quieres después las dejamos a un lado. Primera: el papel no habla de ninguna «iglesia». Podría ser un castillo o una antigua encomienda hospitalaria. Basta con que lleve el nombre de Saint-Martin.

—Segunda duda...

—El papel no habla de arte «románico». Es evidente que existen figuraciones monstruosas o bíblicas en la escultura gótica...

—Bien. Tercera duda...

—Puede que el monumento que buscamos estuviera en pie cuando frey Claude de Thévenet escribió su carta y que, tras el paso de dos siglos, se encuentre actualmente en ruinas... —Isabelle se detuvo un momento y concluyó—: Y eso es todo...

—Las tres dudas me parecen razonables —acerté a replicar—. Es verdad lo que dices y, no creas, algo había pensado ya acerca de todo esto. Como resulta cierto, asimismo, que las tres podrían dejar de considerarse con argumentos relativamente convincentes. Por ejemplo, en el caso de las dos primeras podría replicarte con algo tan tonto como que me extrañaría muchísimo que no se tratara de una iglesia y que, puestos a hablar de bestiario y de escenas bíblicas, el románico se lleva con mucho la palma. En cuanto al tercero, podría decirte que si pensamos en iglesias derruidas no habrá forma humana de encontrar el testamento. Pero...

—Pero ¿qué? —se sorprendió Isabelle ante ese giro inesperado.

—Creo que hay un único argumento de fondo, *ma petite*. Con palabras tan vagas como las de la carta, nuestro espectro es tan infinitamente desmesurado que no hay más remedio que acotar el terreno. Y eso es lo que hemos hecho. Hemos reducido la gama de posibilidades con criterios relativamente fundados, sabiendo que cada opción descartada entraña un riesgo de apartarnos del camino verdadero. Pero no tenemos otra salida. Es muy posible que jamás hallemos lo que estamos buscando, pero de otro modo nos perderemos seguro por una selva inextricable, ¿no te parece?

Isabelle se quedó un rato pensativa. Al final me miró con un rastro de desolación estampado en la belleza serena de su rostro.

—De acuerdo, Julien, tienes razón. Ya no plantearé nuevas dudas, salvo, claro está, que se nos ocurra que hemos cometido un fallo garrafal. Sigamos adelante...

—¿Estás segura? Pase lo que pase, ¿ni un reproche, ni un lamento, nada de nada?

—Ni uno, corazón. Contigo al fin del mundo...

CAPÍTULO 21

*De cómo una arqueóloga y un periodista
siguieron una pista de incierto resultado*

Así pues, y haciendo de tripas corazón, había que pasar de una vez por todas a la fase siguiente: determinar cuáles eran esas pocas iglesias de Saint-Martin, es decir, «el abanico reducido». Para ello, disponía de materiales asequibles y cómodos para ser consultados en Toulouse, concretamente una guía muy completa del arte románico catalán y otros dos libros de gran formato profusamente ilustrados pero con interesantes apéndices informativos y prácticos sobre la misma materia.

El resultado de esa consulta, y de un paso más o menos rápido por Internet, redujo el espectro de iglesias a visitar a siete u ocho, si bien los datos que poseía acerca de las pinturas y esculturas que cada una de ellas pudiera albergar eran bastante insuficientes. Por otra parte, no podía evitar seguir con la incómoda sensación de que, cada vez que tomábamos una de las múltiples opciones posibles, en realidad nos estábamos apartando de la ruta verdadera. Sea como fuere, siete u ocho iglesias constituían un objetivo que, por fin, tras varios meses de preparativos, parecía estar completamente al alcance de la mano.

De modo que, a fines del mes de junio, antes de que nos sepultara el alud veraniego de turistas, Isabelle y yo nos tomamos unos días de vacaciones e iniciamos nuestro trayecto por tierras catalanas. Nuestro primer destino se encontraba todavía en territorio francés, en el departamento de los Pirineos orientales, comarca del Conflent: se trataba del antiguo monasterio benedictino de Sant Martí del Canigó, situado sobre un espolón rocoso de poco más de mil metros de altura. Realmente, no podíamos cobijar grandes esperanzas en aquella importante abadía no sólo porque tal vez se hallara fuera del ámbito geográfico descrito en la carta del freile hospitalario, sino porque sabíamos que el monasterio, tras ser secularizado, había permanecido abandonado largo tiempo, en una pura ruina, poco después de la muerte de Claude de Thévenet. Después, a principios del siglo xx, se inició una restauración que en la práctica significó una auténtica reconstrucción de todo el conjunto arquitectónico. Por si fuera poco, la nueva galería del claustro, que se había reconstruido con los capiteles salvados del abandono, no tenía nada que ver con la planta original.

Era lícito, pues, preguntarse qué se habría hecho del testamento de Sicart de Montjoi en el caso de que, antes de que se produjeran tantas calamidades, hubiera sido escondido en algún lugar del monasterio. Pero Isabelle había emprendido el viaje con una ilusión inquebrantable, de modo que con ella todo parecía posible...

Entramos en la iglesia superior y, al instante, nuestro ánimo quedó en suspenso

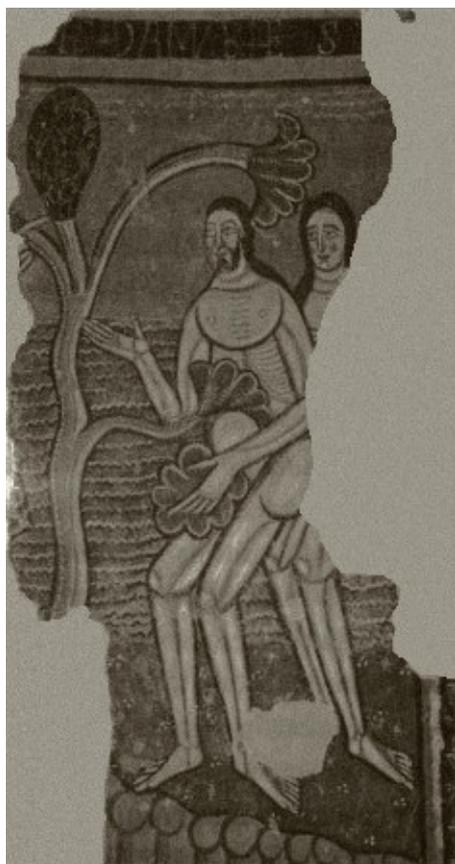
ante la serena belleza de aquel románico tan austero y primitivo. De inmediato, nuestros ojos se dirigieron con avidez a los capiteles de granito, cuyas formas vegetales y geométricas defraudaron pronto nuestra expectativa. Lo mismo sucedió con los de la iglesia inferior, tremendamente simples y toscos.

En cuanto a los capiteles de la galería del claustro, aun a sabiendas de que habían sido trasladados desde su emplazamiento original, llamaron nuestra atención de forma poderosa, puesto que mostraban un desarrollo figurativo mucho más exuberante y halagüeño. Follajes y figuras humanas y animales se mostraban ante nuestros ojos con una riqueza extraordinaria: hombres y mujeres, perros, leones, sirenas de cola bífida, cerdos, palomas con ramas de olivo, ciervos, corderos alados, gallos, basiliscos, etc., se alternaban en posiciones extravagantes y forzadas, esculpidos en mármol blanco o rosado. Pero no, no vimos por desgracia ni una sola serpiente, ni un solo árbol del jardín del Edén que pudiera alimentar nuestra esperanza. Nuestra ilusión se había malogrado. Así se saldó, pues, nuestra primera visita, sin que el desánimo hiciera mella todavía en nuestro ferviente optimismo, tal vez porque Sant Martí del Canigó había cautivado nuestro espíritu con su primitivo esplendor.

Al día siguiente, reafirmadas nuestras convicciones con un sueño reparador y un copioso desayuno, cruzamos la frontera y proseguimos la ruta que nos habíamos trazado. Viajábamos en mi coche y dormíamos en pequeños hoteles con encanto, lejos de los grandes núcleos urbanos. Por las noches leíamos nuestras guías y repasábamos nuestros papeles, ya fuera para descartar definitivamente alguna iglesia, ya fuera para preparar mejor las visitas del día siguiente. Y así seguimos a lo largo de toda una semana, sin desfallecer ni un instante, a pesar de la falta de resultados positivos.

De vez en cuando, caíamos en la cuenta de algunos errores infantiles, como cuando nos empecinábamos en perseguir algunas pinturas de forma completamente absurda, porque habían sido descubiertas o restauradas con mucha posterioridad a la carta de nuestro caballero de la orden del Hospital. Pronto descubrimos también que nuestro recorrido, aun siendo breve, jamás sería completo si no incluíamos en nuestra ruta la visita a los varios museos de arte románico que se encuentran en Cataluña, todos ellos realmente extraordinarios: Barcelona, Vic, la Seu d'Urgell, Solsona y Girona. Ello nos obligó a prolongar nuestra estancia en tierras catalanas durante varios días más, no sin sentir en todo momento la frustración de pasar en volandas por multitud de lugares que habrían merecido una visita detenida. Pero nuestra obsesión monolítica eran las iglesias, los claustros, los museos. Nada podía distraer nuestra atención, ni la llamada de las playas del Mediterráneo en aquel verano incipiente, ni los valles pirenaicos, ni el reclamo seductor de los numerosos atractivos de la capital catalana. Sólo iglesias, claustros, museos.

Una mañana radiante de sol, nos pareció que la suerte se mostraba menos esquiva con nosotros. Aquel día debíamos visitar la iglesia de un minúsculo pueblo, Sant Martí Sescorts, situado al norte de la comarca de Osona. Tras pedir la llave en la casa donde se encontraba el teléfono público, entramos en una iglesia que tenía adosadas por fuera algunas construcciones más modernas y que presentaba en su interior la rarísima, extraordinaria particularidad de unos nichos absidiales en un número par. La modestia del edificio actual nos sorprendió, porque no fuimos capaces de comprender por qué razón habíamos incluido ese lugar en nuestra ruta, hasta que nos dimos cuenta de que se trataba del templo en el que se hallaba originalmente un espléndido conjunto de decoración pictórica que había sido arrancado de la pared del ábside y trasladado al Museo Episcopal de Vic. Corrimos, pues, hacia el museo y nuestro corazón se aceleró locamente al comprobar que la parte más significativa de aquellas maravillosas pinturas románicas mostraban a Adán y Eva, desnudos, situados detrás de... ¡el árbol del bien y del mal!



En efecto: el árbol prohibido del paraíso estaba ahí, frente a nuestros ojos, soberbiamente pintado, concebido con un grafismo ondulante que representaba el tronco y con cuatro ramificaciones que significaban las ramas, coronadas por terminaciones palmetadas o redondeadas que simulaban las hojas. Era una pintura admirable, eso resultaba evidente, pero... la serpiente no estaba. Nuestro ensueño y nuestro ardiente deseo nos habían hecho olvidar que el elemento sustancial de la carta de frey Claude de Thévenet no era el árbol del conocimiento, sino «la serpiente del

bien y del mal»... Nos quedamos plantados allí, frente a la pintura, anonadados, incapaces de reaccionar frente a nuestra profunda decepción. Estaba claro: el ábside de la iglesia de Sant Martí Sescorts, el lugar donde originalmente se hallaban las pinturas, no custodiaba tampoco el testamento de Sicart de Montjoi.

Esta vez, el golpe fue muy duro. Estábamos casi al final de nuestro recorrido y las escasas referencias que, de forma más o menos remota, se podían relacionar con los términos de la carta del caballero hospitalario no habían dado fruto alguno. Por la noche, al revisar nuestros papeles y nuestros libros en la habitación del hotel, caímos en la cuenta además de que, aunque la pintura que acabábamos de ver hubiera contenido una serpiente, tampoco hubiera resultado una pista fiable, puesto que aquellas decoraciones murales habían sido descubiertas a principios del siglo xx detrás de un retablo de la iglesia: es decir, nuestro freile no pudo tener noticia, en su época, de su oculta e ignorada existencia.

Aquello fue la puntilla. Isabelle prorrumpió en sollozos y yo, al tiempo que la confortaba con ternura entre mis brazos, estuve largo rato con la vista perdida en alguna remota estrella del firmamento, más allá del amplio ventanal de nuestra habitación. Tantos días de viaje agotador, durmiendo cada noche en una cama distinta, recorriendo sin descanso varios centenares de kilómetros y pateándonos iglesias y museos sin parar, estaban pasando factura a nuestro ánimo quebradizo y maltrecho. No por descorazonadora, la conclusión era menos obvia: el fracaso de nuestra expedición era evidente, clamoroso.

Al día siguiente, con la moral por los suelos, completamos una última visita ya sin esperanza y regresamos alicaídos a Toulouse. Durante algunos días apenas hablamos de nuestro descalabro, y la urgencia de las obligaciones pendientes produjo un efecto balsámico en nuestro desengaño. Por fortuna, teníamos otras cosas que hacer que en aquellos momentos resultaban más apremiantes, pero pronto, con el transcurso de algunas semanas, nos instalamos en una vida rutinaria que no podía postergar por más tiempo la toma de algunas decisiones.

—Isabelle, tenemos que hacer algo —propuse un buen día para romper el hielo de aquella especie de tabú.

—¿A qué te refieres? —me contestó mi compañera, sin ayudarme demasiado.

—Lo sabes perfectamente. Tenemos en mi caja fuerte un cráneo que constituye un bien público que no podemos ocultar por más tiempo. Y nos traemos entre manos una búsqueda de un testamento cátaro que debemos continuar o abandonar para siempre. Aunque sólo fuera para saber qué es lo que vamos a hacer este año en vacaciones. Agosto está a la vuelta de la esquina...

—Tienes razón, Julien. ¿Se te ocurre algo que podamos hacer?

—Pues sí. Lo primero, tomar alguna decisión acerca del testamento, porque eso condiciona lo que dispongamos después sobre el cráneo de la cripta de Saint-Gilles.

Propongo que nos reunamos con José y que, después de revisar a fondo los cinco famosos capítulos de nuestro proyecto de búsqueda, analicemos juntos qué posibilidades racionales existen de dar con el testamento.

—Por lo que veo, descartas por completo establecer un nuevo «abanico», más amplio, de iglesias románicas en Cataluña...

—Hoy por hoy, sí. Me da la sensación de que, si primero no revisamos nuestros posibles errores, nos arriesgamos a prolongar esa lista hasta el infinito, inútilmente. Además, deberíamos considerar de nuevo si Cataluña sigue siendo nuestro destino preferente.

—De acuerdo. Yo misma hablaré con José y os invito a los dos a comer en mi casa el domingo a mediodía. Ya sabéis que cocinar no es lo mío, pero procuraré salir airosa de ese trance. Mientras tanto, Julien, por favor, pon en marcha de nuevo tu avisado intelecto. Piensa, amor mío, piensa todo el rato que puedas y saca conclusiones, por descabelladas que parezcan. Yo, por mi parte, prometo hacer lo mismo... Pensé en nuestro proyecto, claro que pensé. En realidad, no había dejado de hacerlo ni en los momentos más pesimistas. Buscaba desesperadamente nuestro fallo, el punto débil de nuestra argumentación, el lugar de bifurcación de las ideas que nos había conducido al fracaso.

Llegó el domingo e Isabelle nos sirvió en su ático del casco viejo de Toulouse una apetitosa comida, con una ensalada veraniega de membrillo y manzana, unas brochetas de pescado y marisco y una *mousse* de limón. Yo aporté modestamente a la reunión un tinto gran reserva y el resultado de mis profundas y reiteradas cavilaciones. Por último, José nos ofreció el don más preciado, el mismo con que siempre nos había regalado: una serena y fidelísima amistad, teñida de su agudo humor y acompañada de su proverbial sabiduría.

—¿Qué os parece si entramos a matar? —propuse sin rodeos al llegar a la hora del café.

—Muy bien, adelante —respondieron a un tiempo Isabelle y José.

—Propongo que revisemos uno por uno los capítulos que conformaron en su día nuestro proyecto. El primero de todos era el estudio de las relaciones históricas existentes entre los hospitalarios y los cátaros.

—No es por nada, pero creo que ya sabemos lo que tenemos que saber —precisó nuestro amigo historiador—. Datos más concretos y eruditos acerca de esas relaciones no creo que nos aporten mayor claridad. Lo digo con toda franqueza.

—De acuerdo —contesté, tachando el número primero de mi lista—. Que conste que lo he sacado a colación únicamente para que no quedara en el olvido ninguno de los aspectos que en su día examinamos. Vamos a ver... Segundo capítulo: investigación de la identidad de Sicart de Montjoi, hereje, «médico de almas y de cuerpos». Este me correspondía a mí...

—¿Podemos hacer algo?

—Creo que, también en este caso, lo que podíamos hacer ya lo hemos hecho. Es otro aspecto que sólo aclararemos cuando leamos el dichoso papel que buscamos. Por si acaso, he consultado los índices onomásticos de algunos libros que en su día no consideré necesario investigar, y Sicart de Montjoi sigue sin aparecer en parte alguna.

—¿O sea...?

—O sea, que por esta vía tampoco hay nada que hacer —y me detuve entonces un momento—. Sé lo que estáis pensando: puede que lleguemos al final y no se nos ocurra nada nuevo. En tal caso, abandonamos de una vez por todas la búsqueda y entregamos el cráneo de Raimundo a quien corresponda.

—Sigamos. ¿Cuál era el próximo capítulo?

—Desvelar el significado de la «serpiente del bien y del mal» —leí de mis apuntes—. Creo que ahora ya nos hallamos en un terreno más resbaladizo, ¿no pensáis lo mismo?

—Así es, en efecto —afirmó José con prontitud—. Opino que en este capítulo sí hay algo que podemos hacer.

—¿Ah, sí? —Isabelle y yo nos miramos con sorpresa.

—Sí. Veréis... Creo que en su momento despachamos con excesiva rapidez este aspecto. Dimos por buena, de inmediato, la referencia a la serpiente del paraíso y al árbol de la ciencia del bien y del mal. Estos días he estado pensando un poco sobre eso y he llegado a la conclusión de que puede que ese asunto no se resuelva únicamente en el jardín del Edén.

—Me parece francamente interesante —salté con entusiasmo—. ¿Se te ocurre algo, José?

—Sí, creo que hay que profundizar en los bestiarios medievales. Es muy posible que, en la inmensa riqueza de sus contenidos, la serpiente ofrezca otras variantes a considerar. Y puede, también, que lo del bien y del mal no se ciña exclusivamente al paraíso.

—Tienes razón —Isabelle estaba pensando a toda velocidad—. Creo que, en tal caso, ni siquiera nos será preciso recorrer a las bibliotecas para estudiar esa materia. Es algo realmente magnífico: tenemos a nuestra disposición a la persona adecuada.

—¿Ah, sí? ¿De quién se trata?

—Vas a tener una sorpresa, Julien...

—¿De veras? Estoy impaciente por saberlo.

—Estoy pensando en Elizabeth Pech, nuestra compañera de instituto.

—¿Elizabeth... Pech? Vaya por Dios... ¿Te refieres a una muchacha bajita y de pelo castaño, no excesivamente guapa, que apenas abría la boca?

—Sí, señor, esta vez tu memoria ha funcionado. La misma que viste y calza. Ha mejorado bastante físicamente, es muy moderna y habla un poco más que antes, ya lo

verás. Yo he seguido más o menos en contacto con ella. En cuanto a su preparación intelectual, tengo que advertirte que es una excelente historiadora del arte y que, a los efectos que nos interesan, tiene una particularidad que nos viene como anillo al dedo: es especialista en simbología medieval.

—¡Estupendo! —exclamó José con entusiasmo—. Puede que por lo menos cerremos este capítulo con mejores resultados.

—Así cabe esperarlo —corroboró Isabelle—. Propongo que dejemos en el congelador los próximos capítulos hasta que demos por cerrado el tema de la serpiente y el árbol. Hablaré con Elizabeth y tú y yo, Julien, la invitaremos a cenar.

CAPÍTULO 22

De la deslumbrante aparición de una serpiente de dos cabezas

Así fue. Al cabo de una semana, Isabelle y yo cenamos con una sorprendente Elizabeth Pech en un restaurante japonés, algo que yo odio particularmente pero que por lo visto apasionaba a nuestra compañera de curso. Lo cierto es que ella comió con notable apetito y que todos los manjares le parecieron exquisitos. Todo lo contrario que yo, huelga decirlo, que me limité a comer un *okonomiyaki* de carne, una especie de pizza japonesa que me pareció simplemente correcta. En fin, nada que objetar, puesto que se trataba de obsequiar a nuestra amiga y de facilitarle un ambiente que propiciara sus explicaciones.

Antes, mientras estuvimos recordando los tres los viejos tiempos, comprendí que toda solidaridad entre mujeres que se oponga a cualquier pretensión de los hombres constituye un bloque de hormigón que no ofrece ninguna clase de fisura. Y es que yo, muy hábilmente y como quien no quiere la cosa, intenté llevar la conversación inicial hacia aquel famoso baile de fin de curso que Isabelle me recordó el primer día de nuestro reencuentro y que después, a pesar del verdadero amor que nos tenemos, no ha habido forma de aclarar. «Pertenece a mi mundo interior», insiste ella cada vez que lo intento. El caso es que, tan pronto como se dio cuenta de por dónde iba, dijo con aire más bien desconsolado:

—Julien, no pretenderás que Elizabeth...

—¿Cómo dices? No sé a qué te refieres...

—No te hagas el tonto. Sabes perfectamente lo que estás buscando. Ni lo intentes...

—¿Yo?

—¿Se puede saber de lo que estáis hablando? —terció Elizabeth, sin comprender de qué iba la película.

—Nada, mi querido compañero, que se muere por conocer qué es lo que pasó en el baile de despedida de nuestro curso. ¿Te acuerdas?

—¡Claro que me acuerdo! —afirmó Elizabeth con un desparpajo que yo no recordaba—. Conseguí bailar en dos ocasiones con Dominique Bernadac, el chico más guapo de la clase, ya sabéis, moreno, con unos ojos azules y una planta atlética que jamás he podido olvidar. Aquel día, después de no haberme dirigido la palabra en todos los años de instituto, fue muy amable conmigo. Se lo agradecí muchísimo: a partir de ese momento, mi autoestima se reforzó considerablemente y empecé a mirar a los chicos de otra forma...

—Pues bien, Julien desea conocer con todo lujo de detalles qué pasó aquella noche entre él y yo. Porque él, aquí donde lo ves, no se acuerda de nada en absoluto.

—¿No te acuerdas? Pero ¿cómo es posible? Pero si lo pasamos en grande... Todo el mundo se portó maravillosamente. Y, además, aquella noche tú estuviste tan, tan...

—¿Tan qué...? —pregunté yo con el ánimo en vilo.

—Pero, vamos a ver, Isabelle —Elizabeth se dirigió de repente a su amiga—. ¿Tú quieres o no que se lo cuente?

—¡¡¡No!!! En absoluto.

—Ah, pues entonces punto en boca. Nada, Julien, olvídate del baile. Mis labios permanecerán sellados para siempre. No se hable más...

—Pero, no vas a dejarme así, ahora. Estabas a punto de...

—Que no, que no. Es inútil. Si Isabelle quiere que guarde silencio, como comprenderás, yo no voy a traicionar nuestra amistad. De modo que asunto concluido.

Y no hubo forma de sacarle nada. Fue una lástima. Había estado a punto de revelar por lo menos algún indicio, alguna referencia mínima, algo que me permitiera intuir cuál fue mi conducta aquella noche. Pero no, comprendí enseguida que no podría sonsacarle ni la más leve pista. Ellas dos se miraron con una sonrisa cómplice y yo me quedé con las ganas. Acto seguido, Isabelle me cogió la mano y me dijo con todo el cariño del mundo:

—Amor, si yo te quiero mucho... Venga, no te enfades, tienes que comprender que entre amigas hay pactos de sangre que no se pueden quebrantar. No pasa nada, tú y yo estamos juntos ahora y nos queremos con locura. ¿No te basta con esto?

Fin del episodio. Cerrado el paréntesis de esta manera, seguimos los tres repasando los avatares de cada uno de nuestros compañeros y profesores como si tal cosa y al final, cuando ya estábamos en el café, Isabelle entró en materia.

—Bueno, Elizabeth, ¿y si habláramos del asunto que nos trae de cabeza?

—Muy bien. Me dijiste algo de no sé qué historia sobre una serpiente...

—Así es. Estamos investigando un asunto sobre el priorato hospitalario —mintió Isabelle sin el menor reparo— y hemos dado con un documento antiguo que menciona «la serpiente del bien y del mal». Inicialmente, pensamos en algo relacionado con el paraíso y con el pecado original de Adán y Eva, ya sabes, la tentación de la serpiente, el árbol del conocimiento y todo eso... Pero luego nos han entrado algunas dudas acerca de esa versión y queríamos saber si esas palabras podían referirse a otra cosa.

—Pues claro que sí.

Isabelle y yo casi saltamos del asiento.

—Seguro que se refiere a la anfisbena —afirmó Elizabeth como si fuera lo más natural del mundo.

—¿Anfis... qué?

—Anfisbena. La serpiente de las dos cabezas. Anfisbena es una palabra

compuesta procedente del griego que significa «que anda o que envuelve en dos direcciones». Es el nombre que los griegos, siempre tan amantes del mundo maravilloso, daban a una serpiente a la que atribuían la facultad de andar para adelante o para atrás, puesto que como tenía un volumen igual a lo largo de todo su cuerpo pensaron que tenía dos cabezas, una en cada extremidad.

—Pues quién lo habría pensado... —se sorprendió Isabelle, estupefacta—. Bien, sigamos en el terreno meramente zoológico...

—No hay mucho más que añadir. Se supone que se trataba de un animal muy venenoso, que podía morder con las dos cabezas y cuyos ojos brillaban como candelas. Modernamente, los naturalistas han tomado ese nombre para designar un género de serpientes de América y de las Antillas que tienen la singularidad de ser casi, casi cilíndricas, y de tener la cola tan grande como la cabeza.

—Pero esa serpiente figura sobre todo en el bestiario medieval, ¿no es así?

—En efecto. Los bestiarios, ya lo sabéis, eran recopilaciones de animales fantásticos, tales como el basilisco, los grifos, los dragones o el ave fénix, que estaban destinados a dar lecciones morales a los creyentes. Es en el bellísimo Bestiario de Cambridge, por ejemplo, de finales del siglo XII o principios del XIII, donde se afirma que, apoyando una cabeza en la otra, la anfisbena puede rodar en cualquier dirección, como un aro. Claro que también hay bestiarios modernos. José Luis Borges, por ejemplo, incluye a la anfisbena en *El libro de Los seres imaginarios*, una obra publicada a finales de los años sesenta pero que constituye una actualización de anteriores trabajos sobre el mismo tema.

—¿Qué más sabemos?

—No sé, voy recordando... Sí, creo que fue Plinio quien cantó las virtudes medicinales de la serpiente capicúa. Y diría, casi estoy segura, que san Isidoro de Sevilla incluye la anfisbena en sus *Etimologías*... Ah, sí, hubo un inglés del siglo XVIII, sir Thomas Browne, que observó que no hay animal sin abajo, arriba, delante, detrás, izquierda y derecha, y por lo tanto, negó que pudiera existir la anfisbena, en la que ambas extremidades son anteriores. Creo que es Borges quien lo cuenta...

—Pero ese animal ¿tiene algún significado concreto en el mundo del medievo? —pregunté yo, tan atónito como mi compañera—. Porque, claro, nos queda todavía el aditamento ese «del bien y del mal».

—Ah, claro, casi lo olvidaba. Hombre, tiene una clara significación dualista.

—¿Cómo dices?

—Sí, se supone que una de las dos cabezas de la anfisbena corresponde a Dios y la otra a Satanás. Nada de particular: el bien y el mal, la luz y las tinieblas, Dios y la materia, todo eso...

—Todo eso, ¿dices?

—Sí... Es una figura que aparece algunas veces, no muchas, en algunos capiteles

románicos de los claustros medievales. Y en algunas pinturas, claro. En este momento no recuerdo ningún lugar en concreto, pero, en fin, puedo buscarlo si os interesa.

—Sí, sí, nos interesa enormemente...

—De acuerdo, lo buscaré.

—¿Sabemos algo acerca de los autores de esas obras?

—Hombre, no sé, depende... Habría que ver caso por caso... Muchos serán anónimos, es natural. Algunos estudiosos dicen que los autores de esas obras podrían haber sido herejes que, aunque trabajaran en talleres colectivos destinados a glosar las Sagradas Escrituras de forma ortodoxa, en realidad dejaban traslucir sus convicciones religiosas a través de figuras como esa.

—Hablando en plata, Elizabeth... ¿Sería posible que un cántaro más o menos camuflado pintase una anfisbena en un entorno pictórico lleno de escenas y figuras perfectamente ortodoxas desde un punto de vista católico?

—Claro, a esto me refiero... Sí, sí, evidentemente... Hay más, todavía: algunas veces, la anfisbena aparece en unión de representaciones iconográficas de la Virgen María porque se quiere realzar la dicotomía EVA-AVE.

—¿Cómo?

—Sí, se quiere contraponer el AVE-MARIA redentora con la EVA pecadora, tentada, claro está, por una serpiente... Creo recordar un tipo de medallones difundidos en Rusia en cuyo anverso se representa a menudo la figura de la Virgen y el Niño y en la otra cara aparecen animales fantásticos, entre ellos la cabeza bicéfala de una serpiente...

—Entonces, por lo que dices —terció Isabelle, patidifusa—, mejor será que nos olvidemos del jardín del Edén y del árbol de la ciencia...

—Sí, sí. Seguro que ese documento se refiere a la anfisbena...

—Perfecto, Elizabeth, eres una chica estupenda —concluí yo, entusiasmado.

—Oye, Isabelle, este novio tuyo es un encanto, ¿no? —nos sorprendió entonces Elizabeth con su cara sonriente—. ¿Tú crees que siempre ha sido así o sólo se comporta de esta manera desde que sale contigo? Yo no recuerdo que se condujera de esta forma en nuestros años de instituto...

—Ha mejorado mucho desde entonces... —precisó Isabelle de forma socarrona.

—Sin duda. De todas formas, hace un momento, cuando estábamos hablando del baile, creo que no me encontraba tan maravillosa como ahora. ¿Qué le habrá ocurrido?

A los pocos días, Elizabeth Pech nos trajo algunas fotografías y dibujos que reproducían unas pocas anfisbenas procedentes de distintos monumentos románicos de varios países europeos. La diversidad de formas resultaba sorprendente, pero en todos los casos aparecía siempre la serpiente capicúa, acompañada o no de otros

monstruos o seres fantásticos. Isabelle y yo repasamos las ilustraciones una por una, pero en ninguna de ellas aparecía ninguna mención a un lugar denominado «Saint-Martin». Habría que seguir investigando...

Lo cierto es que, en un periquete, nuestro antiguo desánimo se había evaporado por completo. De nuevo Isabelle y yo estábamos en acción, guiados por una nueva pista que parecía mucho más precisa, mucho más concluyente. Decidimos, pues, olvidarnos de la entrega del cráneo del conde de Tolosa y proseguir nuestras pesquisas. Y, cuando se planteó una vez más el tema del «más allá de las montañas», mi querido amor tuvo conmigo un auténtico detalle.

—Julien, no creo que debamos corregir el tiro de lo que hablamos en su día.

—¿Estás segura?

—Segurísima. Ahora buscamos otra cosa, pero seguiremos buscándola en la misma dirección, al otro lado de los Pirineos...

—Entonces, ¿vuelvo sobre las iglesias catalanas bajo la advocación de san Martín?

—Sí, pero en esta ocasión debemos encontrar una anfisbena...

—¿Y si no estuviera en Cataluña?

—Pues buscaríamos en Aragón. Y luego regresaríamos a Francia una vez más, al norte del Macizo Central. Y así hasta el fin del mundo, siempre «más allá de las montañas».

—Estupendo, me encanta verte así de nuevo.

—Pues date prisa. Como dijiste el otro día, nuestras vacaciones están a la vuelta de la esquina. No hay tiempo que perder...

Esta vez, el cielo se nos abrió de par en par y nuestro tesón obtuvo muy pronto un justo premio. Bastó con entrar en Internet y escribir en uno de los buscadores las palabras catalanas «amfisbena» y «Sant Martí». Al instante, como un rayo de luz que irrumpiera en nuestra persistente oscuridad, apareció en el pueblo de Puig-reig, en el corazón de Cataluña, una iglesia con ese nombre en cuyo interior se guardaba la pintura de una anfisbena, la serpiente capicúa. Enloquecido, llamé a Isabelle para que abandonara *ipso facto* su trabajo. Después, previa cita telefónica, los dos nos subimos en mi coche sin mayor dilación y nos fuimos volando hasta Revel, a visitar a aquel amigo chalado por el arte románico que poseía la colección completa de Catalunya Románica...

Y allí estaba, maravillosamente reproducida en el volumen XII dedicado a la comarca del Berguedá, la iglesia de Sant Martí con una espléndida anfisbena con su largo cuerpo entrelazado formando una red de rombos y con sus dos cabezas, una

terminada en pico y la otra con unos dientes de carnívoro que, según el libro, algunos han identificado con elementos contrapuestos: serpiente y basilisco, serpiente y grifo.

Isabelle y yo nos mirábamos boquiabiertos y con cara de infinita satisfacción. Tanto fue así que estuvo a punto de pasárenos por alto un detalle revelador que completó nuestra dicha incontestable: el propio libro señalaba que Sant Martí había sido objeto de una donación a los templarios y que «en 1312 fue abolida la orden militar del Temple y la antigua encomienda quedó incorporada a los bienes y patrimonio de la orden militar del Hospital de San Juan». Así seguiría la iglesia, después de unas importantes obras en su estructura románica, a fines del siglo XVIII, cuando, según todos los indicios más optimistas, frey Claude de Thévenet se acordó de ella para esconder, «bajo la protección de la serpiente del bien y del mal», el testamento de Sicart de Montjoi.



Todo cuadraba, una vez más, y nuestro amigo hospitalario, siempre tan meticuloso, había dispuesto su escondite con el mismo lujo de detalles y extraordinarias coincidencias que había utilizado para esconder el cráneo de Raimundo VI de Tolosa en la abadía de Saint-Gilles.

En resumidas cuentas, teníamos el raro ejemplar de una anfisbena pintada en rojo y negro, única muestra de esta iconografía animal en toda Cataluña; teníamos una iglesia con el nombre de Sant Martí situada más allá de las montañas; una iglesia en la que, en la primera mitad del siglo XIII, había trabajado presumiblemente un artista encubierto de confesión religiosa cátara, tal vez algún occitano fugitivo de la cruzada; una iglesia, en fin, que en un pasado no muy remoto había pertenecido a la orden del Hospital, la misma en la que había militado hasta el día de su muerte nuestro prior de

Toulouse, frey Claude de Thévenet, el caballero hospitalario que había sido enterrado con una llave de guardas en el sarcófago de la galería del hotel Saint-Jean.

Por fin, todo iba viento en popa. Isabelle y yo nos miramos con un aire triunfal. Ahora sólo faltaba acudir volando hacia Puig-reig y encontrar el testamento...

CAPÍTULO 23

De cómo la serpiente se nos mostró tan impostora y esquiva

Llegó agosto con sus calores asfixiantes e Isabelle y yo regresamos a Cataluña armados con nuevas y fundadas ilusiones. Esta vez no temíamos la oleada turística, puesto que, a pesar de la alarmante fecha del calendario, nuestro lugar de destino era una humilde iglesia sin apenas visitantes forasteros. Así pues, emprendimos viaje en coche hacia el antiguo condado de Foix y cruzamos los túneles de Puymorens y del Cadí para llegar hasta Berga, la capital de la comarca. Desde allí nos trasladamos a un hotel de unas pocas habitaciones y ambiente familiar, que se encontraba cerca de Puig-reig pero ubicado en pleno campo, lejos de las aglomeraciones urbanas. Un lugar idílico en el Baix Berguedá, dotado de todas las comodidades y con una excelente cocina basada en los productos del *terroir*. En estos casos, Isabelle deseaba verse sorprendida siempre por los alojamientos que yo buscaba concienzudamente y que solían complacerla en extremo.

Sin embargo, a pesar de la belleza del lugar y de su silencio absoluto, aquella noche dormimos los dos en una impaciente y sobresaltada duermevela, porque, una vez más, la excitación de la aventura se había apoderado de nuestro espíritu por completo. Al día siguiente, de buena mañana, recorrimos unos pocos kilómetros más, siempre en dirección hacia el sur, y nos acercamos con el alma en vilo a nuestra meta.

Llegamos frente a la iglesia románica de Sant Martí, situada en la parte alta de Puig-reig, en un día laborable de cegadora luz estival y una temperatura que se anunciaba cada vez más bochornosa. Aparcamos el coche en una plaza contigua y encontramos abierta, sólo ligeramente entornada, la puerta del recinto. Ya en el interior, nos dieron la bienvenida un soplo de aire fresco y una tenue luz procedente de unas pequeñas ventanas con derrame y con placas de alabastro translúcido. La iglesia, de reducidas dimensiones y originaria de la segunda mitad del siglo XII, estaba formada por una nave cubierta con bóveda de cañón de sección ligeramente apuntada y se abría en su cabecera oriental a un ábside semicircular con bóveda de cuarto de esfera. Presentaba tres grandes arcosolios en cada uno de los lados de la nave, en uno de los cuales vimos de inmediato las tres pinturas que ya conocíamos, colgadas de la pared y protegidas contra el robo por una gran pantalla de cristal transparente. En la parte superior izquierda del arco podía distinguirse claramente la anfibena, acompañada de las pinturas de la Virgen y el Niño y de la Anunciación y la Visitación de María, las tres pintadas, sin ningún lugar a dudas, con la técnica del temple sobre una preparación de cal, combinando el fresco y disolviendo los colores en un medio grasiento.

Allí, pues, impasible, nos estaba esperando nuestra querida serpiente capicúa, con su inaudito mensaje dualista y con su función de guarda secular de un tesoro en pergamino que se hallaba oculto, no muy lejos, en algún lugar secreto.

Encendimos las luces eléctricas y nos dirigimos sin demora a otro arco situado frente al de las pinturas, esta vez levemente apuntado y próximo al presbiterio de la iglesia. Allí, en el muro lateral derecho del arcosolio, había permanecido la anfisbena durante varios siglos, hasta que la restauración de los años cincuenta del siglo pasado había aconsejado arrancarla de allí y ponerla a buen recaudo en la arcada de enfrente. Nos interesaba acudir sin pérdida de tiempo a su ubicación originaria para analizar detenidamente el muro y el suelo más inmediato, por si una primera prospección nos permitía adivinar cuanto antes algún indicio de un posible escondite.

Sin embargo, muy pronto nos dimos cuenta de que nos hallábamos ante una misión realmente imposible: era evidente que el primitivo pavimento de la iglesia había sido sustituido por uno completamente nuevo y que los sillares de piedra arenosa y de color rojizo, perfectamente careados, habían sido objeto de una profunda restauración y recolocación en el muro. Resultaba durísimo aceptarlo, pero allí no había cabida para ningún escondrijo que no hubiera sido forzosamente descubierto en las obras efectuadas medio siglo antes.

Isabelle y yo nos miramos en silencio, víctimas de un terrible desconcierto. Incapaces de aceptar una derrota tan asquerosamente vertiginosa y prematura, al poco rato ya estábamos rastreando, uno tras otro, los muros y los rincones de la iglesia con frenética impaciencia, sin resultado positivo alguno. Todos los recodos de la nave, del techo y de los arcos laterales habían sido sometidos a una rehabilitación profunda, sistemática, que no dejaba ni el más leve resquicio a la posibilidad de efectuar allí ningún hallazgo sorprendente. Si algún día el testamento estuvo en esa iglesia, escondido tras algún sillar o bajo el firme más o menos consistente del antiguo pavimento, había sido hallado en secreto por algún ser desconocido y había abandonado su escondite para siempre. No había lugar donde buscar, salvo en el interior de dos cuartitos situados cerca de la puerta de entrada, uno a cada lado, cerrados con llave y habilitados para ejercer funciones de sacristía y de torrecilla de acceso al campanario.

La conclusión resultaba palmaria: habíamos encontrado la anfisbena en Sant Martí, muy cierto, pero nada en absoluto podía hallarse oculto «bajo su protección». Cabizbajos y desalentados, tanto Isabelle como yo nos sentamos en uno de los bancos de la iglesia sin saber qué hacer. Habíamos llegado demasiado tarde y, suponiendo que hubiera existido un descubridor del testamento en algún momento de los dos siglos y pico que habían transcurrido con anterioridad a nuestra llegada, estaba claro que el buen hombre había optado por guardar un absoluto silencio. La pura y simple casualidad, la curiosidad de los desaprensivos, el afán destructor de la gente ignorante

o incluso el ansia rehabilitadora de las administraciones religiosas y civiles del lugar habían dado al traste con nuestra ilusión y nuestra esperanza. Durante mucho tiempo, nosotros habíamos tenido que devanarnos los sesos para encontrar las pistas que nos llevarían a un misterioso escondrijo que había sido violado, quién sabe cuándo, por alguien que, a priori, no tenía ni idea de la existencia de «nuestro» anhelado tesoro.

En definitiva, habíamos cruzado la montaña y la frontera para vernos transportados, en tan sólo quince minutos, a una profunda decepción. Se imponía, pues, una vez más, la vieja y fatídica pregunta de tantas otras veces: ¿y ahora qué? Y, con la pregunta, de nuevo la dulce tentación del abandono, la incitación de permitirnos el lujo de poder olvidar de una vez por todas un maldito pergamino que nos robaba un número incontable de energías y de horas, que nos hacía desatender un montón de obligaciones, que nos alejaba incluso de la mínima convivencia social en nuestro entorno: un pergamino, en suma, que nos obsesionaba día y noche de una forma completamente absurda.

—Creo que no hay nada que hacer —susurré con realismo.

—Tantas idas y venidas, tantas vueltas y revueltas, sólo para darnos de bruces contra la pared —meditaba Isabelle en voz alta.

—¿Se te ocurre algo?

—No, lo siento mucho... Bueno, quedan los dos pequeños cuartitos adosados a los muros exteriores y cerrados bajo llave. El resto ya lo hemos visto a fondo.

—Dos pequeñas dependencias que en su momento serían objeto, sin duda, de la misma profunda restauración que hace medio siglo sufrió la totalidad de la iglesia.

—Sí, probablemente, pero no las hemos visto. Será una tontería, pero no se me ocurre otra forma de alumbrar una esperanza...

—Las llaves estarán en manos del párroco, como es natural. ¿Con qué excusa le podríamos pedir que abriera las dos puertas y nos dejara visitar los dos cuartos?

—No sé. Hay que pensar algo...

—Pero se quedará muy sorprendido, ¿no crees?

—¡Ya lo sé, Julien! ¡Ya lo sé! ¿Tienes acaso alguna idea más brillante?

—No, Isabelle, no te pongas así, pero debo decirte que incluso esta se me antoja de un dudoso resultado.

—O hablamos con el párroco o nos olvidamos del testamento y nos vamos a la playa —Isabelle se detuvo un instante y me miró al fondo de los ojos—. Mira, Julien, allí afuera hace un calor que revienta las piedras, mientras que en cualquier lugar de la costa catalana nos esperan alguna hermosa cala, el mar y el cielo azul y una brisa deliciosa. ¿Prefieres que nos vayamos allí directamente?

—Bien. Entendido. Por mí no quedará. Vamos a buscar al cura de esta iglesia. Pero, mientras, tú ve pensando algún pretexto.

—Déjalo de mi cuenta. Tú no digas nada...

Encontrar al cura párroco nos llevó casi todo el resto del día, puesto que no estaba en su casa y los intentos que efectuamos en otros lugares que nos indicaron algunos vecinos resultaron totalmente infructuosos. Al atardecer, y mientras tomábamos el sol crepuscular sentados en la pequeña grada que daba acceso a la puerta de la rectoría, vimos llegar de repente a un hombre joven montado en una moto más bien destartalada y polvorienta.

—¿Qué se les ofrece? —nos dijo en un francés impecable aquel buen mozo, ataviado con vaqueros y una camisa blanca de manga corta.

—¿Habla nuestro idioma? —le respondimos Isabelle y yo al unísono.

—Sí, casi soy la excepción a la regla general. La gente de mi generación, suponiendo que estudiara algún idioma, se pasó totalmente al inglés, pero yo tuve la suerte de estudiar un par de años en París...

—Estupendo... ¿Es usted...?

—Sí, yo soy el cura párroco... Varios vecinos me han advertido ya, abajo en el pueblo, que había dos extranjeros que me buscaban y que por su acento parecían franceses.

—¿Podemos hablar un momento con usted? ¿No le molestamos a estas horas?

—En absoluto, me encanta tener la oportunidad de practicar un poco. Mi francés se está oxidando a ojos vistas...

Un cura joven y hablando en lengua francesa. Dos cosas igual de sorprendentes y exóticas en ese lugar y en nuestro tiempo. El hombre nos invitó a pasar al comedor de su casa y nos ofreció un poco de horchata, que sacó de la nevera, y una pajita.

—¿Y bien...?

Puestos en aquel dudoso trance, miré de soslayo a Isabelle para implorarle socorro, pero, antes de que me diera cuenta, ella ya estaba contestando tan tranquila.

—Verá usted. Me llamo Isabelle Rougé y mi compañero, Julien Dutron. Vivimos en Toulouse —y, mientras hablaba, mi atrevida compañera ponía sobre la mesa su carné de arqueóloga de la UTAH, es decir, de la Unité Toulousaine d'Archéologie et d'Histoire—. Soy arqueóloga y trabajo desde hace varios años en el gran priorato de San Juan de Jerusalén de nuestra ciudad. Por razones que no vienen al caso, estamos enormemente interesados en el estudio de la simbología zoomórfica medieval. Hemos venido a pasar nuestras vacaciones a Cataluña y no podíamos menos que visitar el único ejemplar de anfisbena que se conoce aquí. Por si fuera poco, se da la circunstancia de que la pintura se encuentra en una antigua posesión de los hospitalarios. O sea, que su iglesia parroquial reúne los dos focos de interés que en mayor grado ocupan nuestra atención preferente...

—Estupendo. ¿Y qué les ha parecido lo que han visto?

—Maravilloso. La iglesia resulta encantadora, desde luego, pero la pintura es algo

realmente excepcional. Bueno, también las de la Virgen son muy interesantes, pero lo de la anfibena resulta tan poco corriente...

—Conocerán sin duda el probable significado dualista de esa figura...

—Sí, sí, desde luego, la habíamos estudiado bastante a fondo antes de nuestro viaje. Le hemos dedicado muchas horas —Isabelle me miró con cierto aire socarrón, mientras yo vivía pendiente de tan extraordinaria osadía.

—Ah, claro, claro... ¿Acaso les gustaría que les abriera la cristalera para verla mejor?

—No, no. No hace falta. Verá usted, padre... Nosotros estamos muy interesados en conocer todo el fondo artístico que atesora la iglesia, para ubicarla mejor en su contexto. ¿Comprende usted?

—Perfectamente... Sin embargo, siento mucho decepcionarles, porque ya han podido ver todo lo que les pudiera interesar. Nuestro patrimonio artístico es realmente muy modesto: se reduce a la propia iglesia y a sus pinturas. Bueno, más la cruz situada sobre el altar y esa escultura tan reciente de san Martín que habrán visto en el ábside. Eso es todo...

—Ya... Es que habíamos pensado que tal vez esas dos pequeñas dependencias que se encuentran a ambos lados de la nave pudieran contener algo más...

—¿Se refiere usted a la pequeña sacristía y a la torrecilla de acceso al campanario? Lo siento... Allí sólo guardamos cuatro trastos, algunas sillas y, desde luego, los útiles para la celebración de la misa, claro está...

Era el momento exacto para que yo echara un capote a la insólita bravura de Isabelle. Y para que ella descansara unos segundos y se tomara un trago de aquella horchata tan fresquita.

—Por cierto —intervine con un tono más bien desenfadado—, mi compañera y yo estuvimos discutiendo si los dos cuartos habían sido objeto de la misma restauración que el resto de la iglesia.

—Sí, sí, claro. Eso fue a mediados del siglo pasado. El año 1954, creo recordar... Estuvo a cargo del Servicio de Catalogación y Conservación de Monumentos de la Diputación de Barcelona. Realmente, se hizo una labor estupenda, muy a fondo, tan a fondo que algunos critican incluso un exceso de intervencionismo en algunos detalles demasiado evidentes... Pero, en fin, el paso del tiempo tiende a armonizar todas esas diferencias.

—Sin duda... —Estaba claro que aquel asunto ya no daba más de sí—. En fin, *monsieur l'abbé*, no le molestamos más.

—No, no, al contrario. Ha sido un placer. Tómense la horchata, por favor. Con tanto calor...

—Muchas gracias. Pero nos vamos enseguida, que usted tendrá, sin duda, otras cosas que hacer...

—Nada, no se preocupen: preparar algo de cena y tomar un poco el fresco en la galería viendo un ratito la tele.

Estuvimos los tres hablando algunos minutos más y el buen hombre se interesó por los trabajos de Isabelle en el priorato y sus hallazgos en el cementerio. Después nos despidió de forma efusiva y, cuando ya nos disponíamos a subir al coche, de improviso, el cura párroco de Sant Martí se acercó a nuestro vehículo y, con un simple comentario, puso nuestro corazón a mil por hora...

—Lo olvidaba... Queda, naturalmente, lo que se encuentra en Berga y en Solsona. A lo mejor puede interesarles, yo qué sé...

—¿A qué se refiere? —Isabelle y yo nos miramos con los ojos en blanco.

—Ay, no sé, a lo mejor no les sirve para nada. Cuando se restauró la iglesia, se arrancó del muro exterior de mediodía una lápida sepulcral con una estatua yacente que algunos optimistas quisieron identificar con el célebre trovador Guillem de Berguedá, que había tenido muchas posesiones por aquí. En realidad, los expertos no han logrado identificar al personaje.

¿Otra tapadera de sarcófago? No, por Dios, eso sí que no, me dije para mis adentros. ¿De qué nos iba a servir otra tapadera? ¿Cómo iba a contener el testamento una lápida de piedra de una sola pieza? De modo que mi corazón se dispuso a apaciguarse de nuevo pero, por lo visto, el párroco no había terminado todavía.

—Está en el Museo Municipal de Berga...

—Muchas gracias, tal vez vayamos a verla...

—Bueno, y está también lo que se encuentra en el Museo Diocesano de Solsona —nuestro corazón dio un nuevo brinco. Sin duda, aquel hombre de Dios quería matarnos a sustos.

—¿Y qué es lo que hay en el Museo Diocesano de Solsona?

—No sé si podrá interesarles... Dos valiosas piezas originarias de Sant Martí de Puig-reig se conservan allí desde hace muchísimos años. Una es una hermosa lipsanoteca, ya saben, unas de esas pequeñas cajas de madera de la época medieval que servían para guardar la reliquia de algún santo.

—¿Está bien conservada?

—Sí, sí, muy bien, pero claro, no es más que la cajita, porque su contenido, fuese el que fuese, sin duda fue violado mucho antes de que apareciera en el interior del altar.

—Bueno, aun así puede resultar interesante...

—Sin duda habrán visto ustedes otras muchas, más o menos semejantes. Pero, en fin, está la lipsanoteca y después, naturalmente, nuestro célebre códice de la segunda mitad del siglo XII.

—¿Qué códice?

—Bueno, claro, ustedes no tienen por qué saberlo. El Museo Diocesano de

Solsona custodia un precioso códice procedente de nuestra iglesia, un libro litúrgico con maravillosas pinturas y miniaturas sobre pergamino. Eso ya es otro cantar. Se lo recomiendo muy encarecidamente.

—Pues nos interesa muchísimo, ¡ya lo creo que sí! No pierda usted cuidado, tenga por seguro que iremos a verlo —Isabelle contestaba al tiempo que me observaba con unos enormes ojos negros rebosantes de avidez e, incluso diría, de concupiscencia.

—Bueno, pues nada. ¡Que tengan ustedes unas felices vacaciones!

—Muchísimas gracias, padre. Nos ha sido usted de una gran ayuda. No le quepa duda alguna...

Sentados en el coche, Isabelle y yo nos apresuramos a arrancar el vehículo y a bajar volando hacia la carretera para poder vociferar a pleno pulmón lejos de los oídos de la gente.

—¿Tú piensas lo mismo que yo? —le espeté, al tiempo que paraba de nuevo el coche.

—Supongo que sí... Vamos a ver, ¿quién empieza primero?

—Va, dilo tú —le ofrecí—. Lo mío ya lo sé. Te escucho...

—Pues mira, en primer lugar, creo que habría que ver esa lápida de piedra, aunque sólo fuera por ir descartando pistas falsas.

—Muy bien. Sigue...

—En segundo lugar, pienso sinceramente que la lipsanoteca, a pesar de que podría parecer el lugar más idóneo para custodiar un pergamino, no nos llevará a ninguna parte.

—¿Por qué?

—Si la hubiésemos encontrado nosotros en algún recóndito lugar, en estos momentos cantaríamos victoria llenos de entusiasmo. Pero esa cajita lleva décadas y décadas en el museo, por no meternos a averiguar dónde estuvo antes de que la trasladaran allí. La habrán abierto millares de veces, o sea, que *rien de rien*... Ya lo ha dicho el propio cura...

—Entonces vienes a lo mismo que yo... —le sugerí casi mordiéndome la lengua.

—Sí, señor, estoy pensando lo mismo que hace un rato que da vueltas por ese apreciable cabezón que corona tu figura. Hay que analizar detenidamente ese maravilloso códice. Un códice miniado que, sin duda alguna, estuvo varios siglos «bajo la protección de la serpiente del bien y del mal, en Saint-Martin, más allá de las montañas». ¿Es o no es?

—¡Exacto, madame Rougé! Por cierto, has estado estupenda en el arranque de la conversación con el cura.

—Hay que echarle un poco de morro al asunto, querido. Si no, ya me dirás... ¿O

acaso un hombre de mundo como tú no lo sabía?

CAPÍTULO 24

De un código medieval que nos condujo por fin al éxito

Dormimos de nuevo en nuestro adorable hotel rural y a la mañana siguiente nos presentamos en el Museo Municipal de Berga... que estaba cerrado por vacaciones. Agosto, claro, tiene estas cosas... Sin embargo, logramos encontrar una guía y vimos una fotografía de la tapa del sepulcro con la figura yacente de un guerrero. Era una pieza monolítica de algo más de un metro de longitud. Pronto comprobamos que allí no había lugar alguno para un escondrijo, de modo que cerramos este capítulo sin pérdida de tiempo. En realidad, y desde la víspera, nuestra cabeza estaba ya en el Museo Diocesano de Solsona, adonde fuimos a toda velocidad montados de nuevo en nuestra ilusión infatigable.

Por fortuna, el museo de la capital del obispado estaba abierto. Se trataba de una instalación modélica y contenía una colección de arte románico relativamente pequeña pero de un interés extraordinario. Si no hubiera sido por aquella obsesiva manía que nos guiaba siempre en una única dirección, habríamos permanecido horas y horas contemplando, entre otras varias maravillosas pinturas e imágenes, la figura subyugante y primitiva del Orante, un extraordinario personaje barbudo vestido con una larga túnica y con los brazos extendidos y en posición frontal, procedente de la antigua iglesia prerrománica de Sant Quirze de Pedret. Pero aquel día sólo pudimos dedicarle un simple vistazo y nada más: nuestro terco y sempiterno empeño era muy otro.

Pronto vimos también las lipsanotecas del museo, entre ellas la procedente de Puig-reig, y por fin, encerrado dentro de una vitrina de cristal, «nuestro» código abierto de par en par, mostrando a los visitantes dos páginas del libro con unas miniaturas de una técnica exquisita y un colorido deslumbrante. El objetivo de nuestra misión estaba claro, de modo que solicitamos de inmediato una entrevista con el director del museo e Isabelle desplegó ante sus atentos ojos todos sus títulos académicos, la mejor de sus cautivadoras sonrisas y un enorme poder de convicción para que nos dejara consultar el código un par de horas. El responsable del museo se tomó su tiempo, hizo las pertinentes consultas y averiguaciones y al día siguiente, fuera del horario de visita, nos dejó solos en una dependencia del museo con dos pares de guantes blancos y el código procedente de Puig-reig al alcance de la mano.

Isabelle y yo estábamos realmente emocionados y los dos sentíamos en nuestra mente y en la punta de los dedos el misterioso palpito de haber llegado probablemente, esta vez sí, al término de nuestro azaroso recorrido. Ante nosotros teníamos un impresionante volumen de finales del siglo XII, encuadernado con unas

tapas nuevas, enormes y relativamente gruesas, de piel de tafilete repujado. Se trataba concretamente de un homiliario, es decir, de un volumen de homilías o sermones, un libro litúrgico bastante frecuente en catedrales e iglesias parroquiales de la época. Estaba compuesto por 124 folios de 30 x 24 cm, escritos con letra Carolina, roja y negra, probablemente salidos del scriptorium medieval de la ciudad de Vic.

Lo abrimos con manos temblorosas y pronto nos sorprendió en la guarda anterior la presencia de dos anotaciones manuscritas mucho más modernas que el contenido del libro, una en catalán y otra en latín. La primera estaba firmada por un antiguo director del museo y decía lo siguiente: «Códice procedente de la iglesia parroquial de Puig-reig. En 1935 fue traído al museo, a instancias del infraescrito, por el Rvdo. Mn. Pere Cabra, ecónomo. Se encuentra en perfecto estado, con una magnífica encuadernación moderna». Hasta aquí, todo perfectamente comprensible y nada realmente sorprendente.

En cuanto a la anotación en latín, escrita asimismo en letra clara, Isabelle echó un rápido vistazo al texto y, presa de una profunda emoción, empezó a leer con una voz casi, casi temblorosa: *In nomine domine nostri Ihesu Christi Dei eterni. Ecclesia Sancti Martini in Puioregis, anno incarnationis dominice millesimo septuagesimo nonagésimo primo, die octava octobris...* A continuación, y para que yo no me quedase *in albis*, se apresuró a traducir directamente de la lengua universal de la Iglesia: «La usura del tiempo y la fe inmarcesible del pueblo y de los ministros de Dios han dejado su huella en el presente libro. Sin embargo, la ayuda de la orden Hospitalaria de San Juan de Jerusalén (hoy orden de Malta) ha hecho posible que fuese encuadernado de nuevo, con piel repujada y una primorosa labor, con el fin de que pudiera seguir prestando sus inapreciables servicios durante muchos años más. *Ad maiorem Dei gloriam*».

—¿Te das cuenta, Julien? Esta anotación corresponde al año 1791, pocos meses antes de la carta de frey Claude de Thévenet. Sin duda, la persona que se encargó de la lujosa encuadernación que tenemos a la vista sería íntimo amigo de nuestro freile hospitalario.

—Por eso, este último tuvo noticia de la existencia del códice y de la encuadernación y pudo pensar en él para conducirnos por la senda que nos tiene que llevar al testamento.

—¡Exacto! Creo que nuestro objetivo se aproxima. Lo presiento, y esta vez va a ser la definitiva.

—¡Ojalá sea así! De todas formas, sigo sin ver de qué manera vamos a llegar al final.

—Sigamos, Julien, nuestro amigo hospitalario resulta siempre imprevisible...

Cubiertas las manos con los guantes, Isabelle empezó a abrir uno tras otro los

folios del homiliario, atenta a cualquier mensaje que nos pudiera transmitir. A pesar de la preeminencia del texto a dos columnas, todas las letras capitales aparecían ornamentadas con maravillosas miniaturas, la mayoría de las veces utilizando formas de animales monstruosos que se contorsionaban con posturas imposibles. La variedad de colores era realmente extraordinaria. De vez en cuando, siguiendo el tema de la homilía correspondiente, surgía alguna página totalmente ilustrada con alguna escena de la Biblia, incluida, por cierto, una representación del paraíso, con Adán y Eva, la serpiente y el árbol de la ciencia: una miniatura que en otro tiempo, cuando seguíamos una pista equivocada, nos habría dejado sin aliento.

De repente, al hilo de una homilía dedicada por lo visto a la Virgen María, apareció ante nuestros incrédulos ojos un medio folio superior iluminado con dos arcos separados por una columna central que descansaba sobre una cabeza de monstruo con la lengua hacia fuera. Bajo uno de los arcos se veía un dibujo triunfal de la Virgen con el Niño y, a su derecha, bajo el otro arco, nos sorprendimos admirando una anfisbena enroscada en espiral, con una cabeza en cada uno de sus dos extremos.

—¡Una anfisbena! ¡Esto sí es una buena señal! —dije lleno de entusiasmo.

—Fíjate: se trata de nuevo de una oposición que se expresa mediante el palíndromo AVE-EVA.

—Es decir, idéntico tema al de las pinturas de la iglesia.

—Sí, señor. Creo que el miniaturista del *scriptorium* de Vic había estado en Puig-reig, ¿no te parece?

—O al revés, ¿no? Tal vez el maestro pintor de Sant Martí procediera de un núcleo artístico de Vic.

—¿Por qué no? En cualquier caso, ambas obras de arte estaban destinadas a una misma iglesia.

Isabelle leyó con avidez el texto de la homilía dedicada a la Virgen, en el que se ensalzaban sus múltiples virtudes y su contribución decisiva a la ejecución del plan trazado previamente por Dios. Su conducta, tan ejemplar, era contrapuesta en el sermón a la actitud contraria de la mujer tentada y pecadora del jardín del Edén. Sin embargo, el texto no contenía indicación ninguna que fuera más allá de su estricta condición homilética.

Llegamos, pues, al final del volumen realmente admirados por la belleza de sus miniaturas, la finura de sus dibujos y el esplendor de sus dorados y de su gama completa de colores. Pero nada supimos encontrar que nos acercara a nuestro auténtico objetivo. La finalización del repaso de todos y cada uno de los folios nos condujo, como una consecuencia natural, a una observación más detallada de esas tapas debidas a la ayuda de los benéficos freiles de la orden de Malta. El códice estaba encuadernado en plena piel, con un tafilete oscuro guarnecido en su parte

delantera por un super libris dorado que dibujaba una enorme cruz. Tenía cuatro clavos de embellecimiento y protección y un doble cierre metálico. Desde luego, la ejecución de las tapas y la encuadernación estaban a la altura del tesoro que albergaban en su interior.

Esta parte de la misión me correspondía personalmente a mí. Miré y remiré las tapas por dentro y por fuera por si había algo que me llamara la atención. Examiné minuciosamente el lomo, con sus tejuelos donde figuraba, en letras doradas, el título de Homiliarium. Abrí la tapa anterior y repasé concienzudamente las guardas, allí donde estaban pegadas las dos anotaciones manuscritas que habíamos leído hacía un rato. Todo parecía normal. Repetí la misma operación con la tapa posterior y, al repasar con idéntico esmero las guardas, me llamó la atención el hecho de que, en lugar de presentar un ligero relieve en las juntas de todo su perímetro, como sería normal al ser en ese lugar donde la guarda está pegada a la tapa, era la totalidad de la guarda, sobre todo en su parte central, la que mostraba un leve abultamiento. Resultaba francamente extraño. Comparé las guardas anteriores con las posteriores y el abultamiento sólo aparecía en estas últimas. No pude menos que ahogar un grito que me quemaba la garganta.

—¡Isabelle! Mira esa guarda. Fíjate bien: tiene un extraño abultamiento en toda su parte central.

—¿Y qué? Es posible que el cartón interior de la tapa sea un poco más gordo.

—¿Y no te parece raro que el abultamiento se produzca únicamente en la guarda posterior? ¿Por qué debería tener la guarda anterior un grosor diferente, más pequeño?

—No sé. Es cierto que no parece muy normal, pero no tengo ni la menor idea...

—Aquí dentro hay algo, Isabelle. Tenemos que abrir esa guarda.

—¿Cómo dices?

—Que sí, que tenemos que abrir esa guarda.

—¿Y después qué? ¿La dejamos abierta y devolvemos el códice al director del museo como si estuviera intacto? Se dará cuenta en seguida...

—Tienes razón. Tenemos que actuar con prudencia. Deberías hablar con el director para que mañana nos deje consultar el libro una vez más. Dile que estás transcribiendo una homilía y que no has podido terminar. Necesitamos por lo menos una hora...

Así lo hicimos. En cuanto salimos del museo, nos fuimos a una droguería próxima a comprar el mínimo equipo que íbamos a necesitar para nuestro asalto final: una fina hoja de bisturí, un poco de cola blanca y un pincel. Después regresamos a nuestro hotel campestre y nos pasamos el resto del día en la piscina, ansiosos por ver correr las horas más deprisa y contemplar la luz del nuevo día. A la mañana siguiente, a las

diez en punto, estábamos ya plantados otra vez en la puerta del museo diocesano esperando a que alguien nos abriera la puerta. Tuvimos que contener a duras penas nuestros impulsos, que nos habrían inducido a correr como dos impacientes colegiales hasta el despacho que, tan amablemente, nos habían prestado la víspera. Por lo demás, nadie se extrañó lo más mínimo de la pequeña mochila que, ese día D de nuestro pacífico y particular desembarco en la gloria, yo llevaba colgada de la espalda.

Cerramos la puerta del despacho y nos pusimos manos a la obra sin pérdida de tiempo. Con la hoja de bisturí, equivalente a una cuchilla muy delgada, empecé a rasgar con sumo cuidado la junta superior de la guarda para que se despegara poco a poco. No resultó nada difícil, puesto que, sin duda, las colas del siglo XVIII no serían como las de nuestra época. Al poco rato, logré tener abierta la guarda en toda la anchura de su parte superior y, como si fuera un sobre entreabierto, metí los dedos para palpar el contenido que motivaba el abultamiento que el día anterior me había llamado la atención. Estaba en lo cierto: entre el cartón que constituía el ánima de la tapa y la piel de la guarda había algo más. Lo cogí con la punta de dos dedos de mi mano plana y estiré hacia fuera: pronto asomaron las puntas de dos hojas de pergamino. Tiré de ellas con una ansiedad que aumentaba mi torpeza y por fin conseguí extraer por completo los papeles. Los abrí con las manos temblorosas al tiempo que se los mostraba a Isabelle.

Estaban escritos con una letra pequeña pero clara, aunque yo, en mi primera ojeada de reconocimiento, no conseguí entender ni una palabra. Como si un resorte hubiera saltado en nuestros respectivos asientos, Isabelle y yo prorrumpimos en un mismo grito de entusiasmo:

—¡¡¡El testamento!!!

Y lo era, en efecto, aunque debo decir que no pudimos saberlo con plena seguridad hasta más adelante. De momento, Isabelle se echó en mis brazos loca de alegría y los dos nos regalamos un largo beso de alivio y de triunfo. Después ella me arrancó prácticamente los papeles de las manos y examinó con todo detenimiento las primeras líneas:

—Está escrito en una lengua occitana bastante primitiva, como es lógico. No cabe duda, es el maldito papel que estábamos buscando, Julien, ¿te das cuenta? ¡Es el testamento! Mira, aquí está la fecha: «En las calendas del mes de marzo del año del Señor de mil trescientos veinticinco...».

Isabelle se detuvo de repente, con el rostro marcado por una mezcla de asombro y de incredulidad.

—¿Cómo? ¿1325? ¿Lo ves, Julien? ¡¡¡1325!!!

—Sí, pero no consigo entender...

—¡1325, Julien! ¡Es extraordinario!

—Vale, vale, pero ¿por qué es extraordinario?

—¿Sabes cuál es la fecha de la muerte en la hoguera del último cátaro hasta ahora conocido?

—No tengo ni idea.

—¡1321! Es el año de la trágica muerte de Guilhem Belibasta. Si estos dos folios contienen, como sospechamos, el testamento de un médico hereje, nos hallamos ante un documento original de enorme trascendencia histórica: Sicart de Montjoi pasaría a ser el último cátaro de toda la historia. Mejor dicho: el último cátaro conocido, claro está, para utilizar el mismo término cargado de prudencia que siempre tuvimos que emplear con Belibasta.

—Esto es más de lo que podíamos esperar...

—Tenemos que transcribir y traducir la totalidad del testamento, sin pérdida de tiempo. Voy a necesitar ayuda. Creo que José tendrá que echarme una mano...

—Muy bien. Entonces le llamamos y regresamos a Toulouse.

—Claro, Julien, ya iremos a las maravillosas playas de la Costa Brava cualquier otro día, ¿no crees?

—Antes debemos devolver al códice su aspecto normal...

Así lo hicimos, rogando al cielo que al director del museo no se le ocurriera, precisamente en aquellos momentos, venir a saludarnos y a interesarse por nuestra labor. Con la ayuda del pincel, extendí una leve capa de cola blanca por la junta de la guarda y la pegué de nuevo a la tapa. Después sepulté el códice bajo el peso de varios gordos volúmenes que había por allí. Al rato, todo volvió a su apariencia anterior, sólo que, a partir de ese momento, la guarda posterior del códice dejó de ofrecer el abultamiento que había despertado mis sospechas.

Un sol de justicia nos saludó al salir a la plazuela del Palau Episcopal, con las dos hojas de pergamino debidamente guardadas en el interior de mi mochila. Cosa rara, el mundo exterior no pareció sorprendido en absoluto después de nuestro sensacional hallazgo y la gente anónima seguía paseando por las calles con la misma insultante indiferencia con que nos había recibido el día en que nuestra mochila guardaba el cráneo de un conde de Tolosa. ¡Qué extraño! Derregados como si hubiésemos coronado una alta cumbre en una hora, subimos hasta la plaza Major y nos sentamos a la sombra en la terraza de un bar. Sin previo acuerdo, los dos pedimos un vaso de horchata y una pajita.

—Bebamos, Julien, a la salud del joven cura de Puig-reig. A fin de cuentas, él fue quien nos dio el empujón definitivo, ¿no crees?

CAPITULO 25

Del triste y silencioso final de la Iglesia de los cataros

—Vamos a ver, Isabelle, vas a tener que refrescarme lo que pasó al final del catarismo occitano. De otro modo, estoy perdido y no se me alcanza la trascendencia de ese testamento...

Mi amor y yo estábamos en el coche, de regreso al calor igualmente bochornoso de Toulouse. Habíamos pasado por el hotel a recoger nuestras cosas y, mecidos en la confortable paz de nuestra satisfacción y en el frescor del aire acondicionado, conducíamos sin la menor prisa. Habíamos hablado con José por teléfono y nos había anunciado que esa misma noche nos esperaba a cenar en su casa. Ardía en deseos de leer un testamento que él, mejor que nadie, podía descifrar.

—De acuerdo, Julien —contestó mi compañera, totalmente relajada y feliz—. Ya sabes que la cruzada terminó fatal para nuestros antepasados, después del drama de Muret, del sitio de Tolosa con la cabeza destrozada de Simón de Montfort y de otras varias incidencias, a cual más agradable y sangrienta. Por cierto, ¿puedo hacer un paréntesis?

—Ah, yo qué sé, tú misma...

—Se me acaba de ocurrir que tal vez no sepas uno de esos amables detalles de Montfort. Nada, una ricura.

—Está claro que bebes los vientos por tan egregio personaje, ¿no es cierto?

—Ni que lo digas... Te lo voy a contar. Después ya regresaré al final de la cruzada, ¿de acuerdo?

—No tengo ninguna prisa.

—Allá va... Corría el mes de agosto de 1209, en los inicios de la cruzada. Geraut de Pepiós, señor de un pequeño feudo occitano, rindió vasallaje voluntario a Simón de Montfort: había pasado tan sólo un mes de la masacre de Béziers y el hombre estaba asustado... Pero a principios del invierno hubo una pequeña rebelión contra los cruzados y Geraut, echando el freno a su primera decisión, atacó a la guarnición cruzada del castillo de Puisserguier, no muy lejos de Béziers, la encerró en el interior de la torre maestra y se llevó consigo como prisioneros a los dos caballeros que estaban al mando. La inmediata respuesta de Montfort fue liberar a los restantes defensores de la plaza y ordenar la demolición del castillo y de otras fortalezas que pertenecían a Geraut.

—Normal, ¿no?

—Espera, espera... La reacción de Geraut, que tampoco se andaba con chiquitas, fue realmente horrible: ordenó que vaciaran los ojos de los dos caballeros que tenía en prisión, que les cortaran la nariz, las orejas y el labio superior y los mandó a

Carcasona en plena noche. Uno de ellos falleció por el camino, y el otro consiguió llegar a la ciudad guiado por un mendigo.

—Ese Geraut era otra adorable criatura, ¿no es cierto?

—Sí, sí. Pero ahora viene lo bueno... En la primavera siguiente, los cruzados asaltaron la plaza fuerte de Bram e hicieron prisioneros. Y en ese momento Simón de Montfort se acordó, pasados cinco meses, de los hechos de Puisserguier. Ni corto ni perezoso, cogió a un centenar de hombres, repito: a un centenar de hombres, hizo que vaciaran sus ojos y cortaran su nariz y los mandó a todos hacia Cabaret, guiados por uno de ellos a quien habían hecho la merced de arrancarle sólo un ojo... ¿Qué te parece?

—Pues, qué me va a parecer, que eran todos unos pobres angelitos, esos intrépidos guerreros...

—Sí, y algunos más que otros. Fin del paréntesis. Por cierto, tengo un hambre atroz. ¿Puedes parar en algún restaurante de la carretera? Te cuento lo del final de la cruzada cuando ya estemos sentados a la mesa.

—Muy bien. Yo también tengo apetito.

Ya en territorio francés, nos detuvimos en el pueblo turístico de Ax-les-Thermes, célebre por sus aguas sulfuradas, tras haber descendido del túnel de Puymorens. Y mientras comíamos, Isabelle prosiguió su explicación.

—Bueno, terminó mal la cruzada y pasó lo que pasó. Pero la Iglesia de los *bons homes* seguía viva, e incluso se había granjeado mayormente la adhesión de su pueblo, que había visto a muchísimos de ellos sufrir en silencio el martirio de la hoguera. Por lo tanto, si bien la cruzada sirvió para que Francia pudiera anexionarse los condados y vizcondados occitanos, no surtió efecto en el ámbito estrictamente religioso que, en teoría, la había justificado: terminar con la llamada peste herética.

—Y entonces se inventaron la Inquisición...

—Efectivamente. La Inquisición, tras casi un siglo de persecución sistemática y con la práctica generalizada de la delación a causa del terror que sembraba por donde iba pasando, sí logró el objetivo señalado. En fin, ya lo conoces...

—Sí, cayó Montsegur en 1244 y la Iglesia catara sufrió un rudo golpe, aunque algunos de sus miembros pudieran huir hacia el norte de Italia.

—Sí, señor. Luego vino el «último sobresalto» para la Iglesia de Roma.

—¿A qué te refieres?

—A una historia que conocemos con detalle gracias al ímprobo trabajo de otro anciano muy vitalista y muy sabio, Jean Duvernoy, que, además de escribir una imprescindible obra sobre los cátaros que tú ya conoces bien, nos ha traducido miles y miles de páginas con las declaraciones efectuadas por los creyentes ante los tribunales de la Inquisición.

—Y bien, ¿de qué se trata?

—Después de tantas décadas de asedio y persecución, el catarismo estaba viviendo en el Languedoc una lenta y postrera agonía. Alrededor de 1280 puede darse por muerto en Tolosa y en el Lauragués, la comarca de donde seguramente procede nuestro último cátaro, Sicart de Montjoi. Pero resulta que, a principios del siglo XIV, unos pocos años antes de que nuestro médico amigo redactase el testamento que acabamos de encontrar, se produjo un inesperado renacimiento de la Iglesia herética a lo largo de una década, en una zona comprendida entre los Pirineos y el Bas Quercy, entre la Gascuña y el Lauragués. Los artífices de ese renacimiento fueron los hermanos Autier y su labor comenzó precisamente aquí, en esta zona en la que nos encontramos ahora.

—Me suenan, pero ¿quiénes eran los Autier?

—Se llamaban Péire y Guilhem. El primero era notario público de Ax y de Lordat y un eminente jurista, como lo prueba el hecho de que hubiese intervenido en la entrega del derecho de justicia que los habitantes de los valles de Andorra efectuaron al conde de Foix, origen del *pariatge* andorrano. Ambos procedían de una familia de raíces cátaras y pertenecían a la alta sociedad del condado de Foix. Pues bien, los dos hermanos, habiendo llegado a su plena madurez y rondando ya los cincuenta años, se sentían muy insatisfechos con sus vidas. Un buen día, mientras uno de ellos estaba repasando un tratado religioso cátaro que, a pesar de la porfía de la Inquisición, todavía permanecía en la rica biblioteca de su casa, Péire le dijo a su hermano menor: «Entonces, ¿qué, hermano mío?». Y Guilhem le contestó: «Creo que hemos echado a perder nuestras almas». Péire, que había tenido de su mujer tres hijos y cuatro hijas, más otros dos de su amante, le espetó sin ninguna clase de remilgo: «Partamos, pues, hermano mío, y vayamos a buscar la salvación de nuestras almas». Dicho esto, lo abandonaron todo, su numerosa familia, sus casas, sus posesiones, su posición social, y se fueron a la Lombardía, a preparar sus espíritus y recibir de sus hermanos en la fe el sacramento del *consolament*.

—¡Qué historia, Isabelle!

—Sí, no resulta nada corriente... Luego regresaron al Languedoc y, tomando pie en su familia y su clientela, desarrollaron durante diez años, entre 1300 y 1310, una agotadora labor de evangelización destinada a lograr el renacimiento de la Iglesia moribunda. Les acompañaban el hijo de Péire, Jacme Autier, «que predicaba como un ángel», y otros *bons homes* que fueron reclutando y ordenando hasta llegar a una docena.

—El mismo número que los discípulos de Jesús...

—Exacto. Su labor de recuperación fue infatigable y está perfectamente atestado que llegaron a predicar en 125 poblaciones. Es casi seguro, incluso, que Péire Autier confirió el *consolament* al conde de Foix, Roger Bernardo III, moribundo en su castillo de Tarascón...

—¿Cómo terminaron?

—Pues como te imaginas, Julien: mal, terminaron muy mal. Aunque tarde, la Inquisición empezó a seguirles el rastro y, en el contexto de otra masiva represión, fueron cayendo uno tras otro. El último en perecer en la hoguera fue precisamente Péire, el líder más significado del grupo, quien, antes de morir frente a nuestra catedral de Saint-Etienne, en Toulouse, aún tuvo arrestos para decirles a sus verdugos que «si se le permitía hablar y predicar a la multitud que les estaba contemplando, podría convertirla toda entera a su fe»...

—Por lo que has dicho antes, esta zona del condado de Foix fue la base de partida de los Autier.

—Sí. Mira, otro día, cuando hayamos terminado toda esta aventura, visitaremos un pueblecito que se encuentra muy cerca de aquí, en el llamado País de Alión. Se trata de Montaillou...

—Sí, he oído hablar mucho de él...

—Montaillou fue objeto de la campaña de reevangelización de los Autier. Y ello, curiosamente, lo ha convertido en el municipio medieval europeo mejor conocido porque, a inicios del siglo XIV, la Inquisición sometió a la totalidad de sus habitantes a una investigación exhaustiva. El cuadro que nos ofrece es muy interesante y sugestivo, con algunos aspectos y algunos personajes francamente pintorescos. Por ejemplo, estoy segura de que te interesaría muchísimo la personalidad de Beatriz de Planissólas, la señora del lugar, viuda singular y fogosa amante de dos sacerdotes con una concepción muy especial de su propio ministerio.

—De acuerdo, seguiré el rastro de esa buena mujer... Pero ¿qué pasó después de la muerte de los Autier?

—Pues nada, la paulatina desaparición de la Iglesia siguió su curso... Hasta el día de hoy, echábamos el cierre en la persona de Guilhem Belibasta, un personaje singular que no perteneció jamás al núcleo de los Autier y que tuvo una vida agitada y bastante dramática...

—En dos palabras...

—Pues mira: miembro de una familia campesina y cátara, Belibasta tuvo que huir de su casa porque había matado a un pastor que quería denunciarlos a todos a la Inquisición. Es lo que te decía antes de la delación... No mucho después, fue ordenado buen cristiano y acabó por refugiarse en Cataluña: tras haber vivido precisamente en Berga en 1310, siguió por tierras catalanas una ruta que le condujo, sucesivamente, a Lleida, La Granadella, Flix, Tortosa y, ya en el reino de Valencia, Morella y Sant Mateu del Maestrat. Víctima de una trampa que tramó contra él un célebre inquisidor, fue detenido en Tirvia y finalmente quemado en Villerouge-Termenés, en Les Corbières, en 1321.

—Era el último de todos...

—Hasta esta misma mañana, así era, en efecto. Por aquel entonces, seguían existiendo personas creyentes, desde luego, pero ya no tenían quien cuidara de ellos en el plano religioso y pudiera conferirles el *consolament de la bona fi* en su lecho de muerte. Así se rompió la llamada «filiación apostólica», es decir, se interrumpió el vínculo que unía a los *bons homes* con los apóstoles de Jesucristo y que se habían ido transmitiendo unos a otros mediante el sacramento de la imposición de las manos. Así las cosas, la Iglesia de los buenos cristianos estaba muerta...

—Estamos hablando... ¿de qué época?

—Los últimos rastros documentales del catarismo occitano nos llevan a algunas condenas y hogueras de creyentes a finales de la tercera década del siglo XIV. En Francia y los países germánicos, el catarismo ya había sido extirpado un siglo antes. En Italia, había prácticamente fenecido a comienzos del XIV, pero todavía se encuentra algún que otro rastro hasta un siglo después. Y en Bosnia, el último reducto, los cristianos resistieron hasta la conquista de los turcos, mediado el siglo XV: sus descendientes, atrapados entre la Iglesia latina y la Iglesia griega, optarían por la fe musulmana.

—Sí, lo recuerdo... No sé, Isabelle, pero el relato de esta parte final deja en la boca un sabor profundamente amargo...

—Es una historia muy triste, en efecto, con un final más triste todavía. Sin embargo, tú y yo, esta misma mañana, acabamos de prorrogar la vida de la *Gleisa de Dio* cuatro años más. Soy perfectamente consciente de que cuatro años no son nada, pero no sabes qué alegría me produce...

Llegamos un poco tarde a las afueras de Toulouse, pero no nos hubiésemos perdonado alargar la impaciente espera de José Maldonado y Béatrice, su mujer. De modo que nos fuimos directamente a su casa, en Portet-sur-Garonne. Al entrar, nuestro amigo nos abrazó, profundamente emocionado:

—¡No creí que algo así pudiera conseguirse! ¡Estoy orgulloso de vosotros!

—Pues tú tienes bastante culpa, compañero —le dije sonriente.

—Quita, quita, vuestra tenacidad y vuestra inteligencia han sido decisivas —contestó él, plenamente convencido.

—Si nos sigues tratando de esta manera, vais a hartaros de prepararnos tantas cenas...

—Venga, sentaros —nos dijo precisamente su mujer, al tiempo que nos empujaba hacia el comedor de su casa—. Como tenéis que trabajar, os he dispuesto simplemente algunos bocadillos y unas cervezas frescas. Con este calor...

En realidad, José no mostró el más mínimo interés por la comida. Armado con una potente lupa, cogió con manos temblorosas los dos folios.

—Bueno, lo primero es lo de la fecha inicial que me habéis dicho por teléfono. Aunque Sicart tuviera una pésima pluma, sólo con este encabezamiento y su condición probada de *bon home*, estos pergaminos ya han revolucionado nuestra historia religiosa medieval.

—Pues con tanta letra pequeña, estoy seguro de que tendrá otras cosas interesantes que contarnos —dije yo, optimista por naturaleza.

—Bueno, Isabelle, ¿pudiste leer algo más?

—Muy poco, sólo algunas palabras sueltas y un apartado final que, como ya me resultaba familiar, he reconocido de inmediato y sería perfectamente capaz de descifrar. En cuanto al resto, me ponía nerviosa tener que parar a cada momento y he preferido esperar a vernos y progresar en la transcripción del texto los dos juntos.

—Pues, venga, allá vamos...

Durante varias horas, Isabelle y José estuvieron desmenuzando, palabra por palabra, los dos folios. No quisieron revelarnos partes fragmentarias del testamento, sino que se obstinaron en completar una transcripción íntegra y en reducir al mínimo los posibles errores. Como no nos necesitaban para nada, Béatrice y yo estuvimos largo rato tomando el fresco en el jardín, regando las plantas, comentando nuestro viaje y otras muchas cosas. De vez en cuando, yo me permitía entrar en el comedor, cuya mesa aparecía repleta de diccionarios y de libros, y, como si fuera un futuro padre de familia dirigiéndose al ginecólogo que ayudaba en el parto, me limitaba a preguntar:

—¿Qué?, ¿todo bien?

—Estupendo, Julien, estupendo —me respondía Isabelle sin hacerme el menor caso.

—¿Necesitáis algo?

—Mmm... —y una especie de murmullo devolvía el eco de mi propia pregunta.

Desde luego, los dos comieron sin saber lo que comían. Sólo degustaban agradecidos la cerveza y, más tarde, los cafés. Yo intenté leer algo, pero la tensión de tantas emociones y la larga espera me arrastraron a pegar más de una cabezada. Durante un rato, para sentirme mínimamente útil, intenté pensar en la estrategia a seguir para dar a conocer nuestros hallazgos a la opinión pública, pero no logré hilvanar nada que fuera un poco decoroso.

Corrían ya las primeras horas de la madrugada, cuando Isabelle y José, frotándose las manos y secándose el sudor de la frente como si acabaran de dar a luz al recién nacido, salieron al jardín y nos dieron por fin la buena nueva.

—Ya está. Hemos terminado —dijo José con una enorme cara de cansancio.

—Ya lo sabemos todo —corroboró Isabelle, acariciándose el pelo más bien cortito que solía dejarse en verano.

—¿Todo, todo? —pregunté yo, ligeramente mosqueado ante tanta espera y tanto

secretismo.

—Creo que te va a gustar, Julien. Sicart de Montjoi ha resultado ser un tipo francamente interesante...

CAPÍTULO 26

De una doble revelación final: el contenido del testamento y el secreto de un baile nocturno

El testamento del último cátaro conocido decía literalmente lo siguiente:

En las calendas del mes de marzo del año del Señor de mil trescientos veinticinco.

Las horas de mi vida terrenal están llegando a su término y ya sólo aspiro a contemplar cómo se le abren a mi pobre espíritu las amplísimas puertas del paraíso. No siento nostalgia por la vida que pudiera restarme y que ya no viviré, sino una acuciante impaciencia por reunirme, al fin, con todos mis hermanos que me precedieron en el camino hacia el último cielo. Soy médico, y nadie mejor que yo para conocer que se acerca el fin de este miserable cuerpo terrenal que me aprisiona, esta tierra de olvido llamada a convertirse sin remisión en polvo y en ceniza.

Existe, sin embargo, un terrible desasosiego en mi alma que, sin duda, vendrá conmigo hasta el final. Yo no soy nadie para conocer los misteriosos planes que el Dios de verdad y de justicia ha trazado para la ejecución de su obra, pero no puedo menos que constatar que conmigo parece acabarse, hasta donde se me alcanza, la trayectoria de la *Gleisa de Dio* en la tierra que me vio nacer. He vivido durante mucho tiempo como un animal acorralado y la terrible persecución de la Iglesia usurpadora no me ha permitido conferir a ningún otro hermano el sacramento de nuestra fe mediante la imposición de las manos.

Por eso escribo estas palabras. Por eso, también, pienso entregarlas después a mi buen amigo el prior de la casa del Hospital en Tolosa. Él, que se siente innecesariamente agradecido conmigo por el simple hecho de haberle salvado la vida en unas circunstancias especialmente dolorosas, me ha asegurado que su orden guardará celosamente mis papeles para que el día de mañana, cuando la mano de Dios regrese victoriosa a este bajo mundo, los futuros testigos y seguidores de la *entendensa del bé*^[1] sepan hasta qué punto sus predecesores fuimos fieles al legado que nos adviene de los propios apóstoles de Cristo, el sacramento del fuego y el espíritu que salvará a la humanidad de las garras de Satán.

En estos momentos, no puedo menos que elevar una plegaria por mis compañeros más próximos que perecieron, hace tan pocos años, bajo el fuego de las diabólicas hogueras que alumbraba sin cesar la Iglesia de los servidores del Dieu estranh. Sin la inmovible fe de los Autier del Sabartés y los restantes compañeros, yo no habría recibido la luz que iluminó mi vida entera, ni habría tenido tampoco la fortaleza para poder sobrevivirles. Ellos murieron abrasados en el fuego redentor, yo parezco estar

llamado a seguirles muy pronto como consecuencia de la congénita debilidad de esta mi túnica de piel.

En esta hora agridulce del atardecer de mi vida, pediré el perdón a Dios el Padre por todos mis pecados, y regresaré una y otra vez a la oración que tantas veces proferimos juntos en la inquietud de nuestras horas más desventuradas: *Payre sant, Dieu dreyturier de bons speritz, qui hanc no falhist ni mentist ni errest ni duptestper paor de mort a pendre al mon de Dieu estranh, car nos no em del mon nil mon no es de nos, e dona nos a conoysher so que tu conoyshes et amar so que tu amas*^[2]

Siento que la vida huye de mi carne y de mi sangre terrenales. Suplico, pues, humildemente, al Padre de los justos que salve por toda la eternidad el espíritu que Él mismo creó al principio de los tiempos. Ese espíritu, errante a lo largo de los siglos, que anida ahora encarcelado en mi cuerpo, perecedero y corruptible, hasta el día en que Él disponga mi definitivo retorno a la Jerusalén celestial.

Sicart de Montjoi.

Cuando Isabelle terminó emocionada su lectura, se hizo un largo silencio. Desde luego, ninguno de nosotros profesaba la fe de aquellos hombres que vivieron la extraña locura de su tiempo, pero estoy seguro de que cada uno a su manera elevó una plegaria por el último de todos ellos, que nos había legado un mensaje postumo tan henchido de fe y tan impregnado de una profunda tristeza. Aquel hombre había muerto con la plena conciencia del final de su Iglesia y esta idea debió de resultarle, sin ninguna duda, una insoportable carga.

Poco a poco, rompiendo la incomodidad de nuestro prolongado silencio, supimos enhebrar una conversación que pusiera de manifiesto la importancia de aquellos papeles.

—Bueno, Julien, ya lo has visto —acertó a decir Isabelle, dirigiéndose a mí—. Sicart de Montjoi fue, efectivamente, el último de todos. —Sí, pero sabemos algo más.

—Cierto. Sabemos la razón por la que los freiles hospitalarios nos legaron sus papeles, sabemos que Sicart fue, efectivamente, un «médico de almas y de cuerpos», sabemos que tuvo plena conciencia del final de su Iglesia y, por último, sabemos que perteneció al círculo de Péire Autier y los suyos. Él fue, sin duda alguna, uno de los doce.

—Creo que sabemos todavía algo más, muy importante —terció José, con su cautela acostumbrada—: A pesar de la inmensa pena que sentía por la muerte de su Iglesia, Sicart de Montjoi estaba profundamente convencido de que, algún día, «la mano de Dios regresaría victoriosa a este bajo mundo»...

—Tienes razón —apostilló Isabelle—. Supongo que el arraigo de sus convicciones le impedía concebir que la historia de la humanidad, con esa dura pugna

entre el Dios de la luz y el Dios de las tinieblas que se remonta al origen de los tiempos, pudiera saldarse con la victoria de las fuerzas del mal...

—¿Conocíamos los nombres de los integrantes del grupo de los hermanos Autier?

—Precisamente los hemos estado comprobando, uno por uno. Sólo nos constan algunos y, entre todos, además de los tres miembros de la familia del notario, una mujer, Alda Borrelh, alias Jacmeta, que es la última *bona dona* que nos resulta conocida y que fue quemada en Tolosa, en 1307. Nuestro hallazgo añade un nuevo rostro y un nuevo nombre a la lista de esos últimos mártires.

—Por cierto, habrá que ir pensando en cómo dar a conocer nuestros descubrimientos al mundo exterior que los ignora.

—Sí, pero no sólo eso, Julien. Nos queda un trámite delicado y engorroso. Algo que no tuvimos en cuenta en Solsona, llevados por nuestro entusiasmo...

—¿A qué te refieres?

—Pues al simple detalle de que tenemos que devolver el original del testamento a sus legítimos propietarios, ¿no? Y justificar de alguna forma nuestro atraco...

—Tienes razón. ¡Menuda papeleta! Esperemos que comprendan nuestra ansiedad y no se les ocurra denunciarnos.

—Hay más, claro —insistió Isabelle—. Algo parecido habrá que hacer con el cráneo de Raimundo, ¿no crees? Tendremos que explicarle a *monsieur l'abbé* de la abadía de Saint-Gilles que, sea quien sea el titular de la calavera, la sustrajimos del pozo de la cripta...

—Pues sí, tendremos que pensarlo —contesté—. De todas formas, creo que por hoy ya está bien. Ha llegado la hora de irnos a la cama.

Tras despedirnos de José y de su esposa, salimos a la calurosa noche veraniega y, mientras nos dirigíamos tranquilamente al ático de Isabelle, pudimos ver el mismo pedazo de cielo con su estrella de la primera vez que tuve la fortuna de acompañarla hasta su casa. Desde aquel día, habían transcurrido apenas cuatro años y unos pocos meses, y yo no era capaz de imaginar cómo pude haber vivido tanta vida sin su inestimable presencia.

Subimos en el ascensor cogidos de la mano y, cuando cruzamos el umbral de su apartamento, ella empezó a desnudarme en silencio y yo, que ya sentía el vértigo del deseo y del amor, no hice nada en absoluto para impedirselo. Después, ella misma se quitó la ropa frente a mí, sin ninguna prisa, voluptuosamente, y luego me dijo con la voz muy queda y sosegada:

—Julien, hazme el amor como tú sabes. Lléname a rebosar de tu ternura, apacigua mi espíritu y, por favor, no tardes mucho en visitarme...

Nos amamos, sí, con la misma pasión de todas las veces anteriores y con la misma exaltación de la primera vez. Después comprobamos que el sueño había

decidido abandonarnos a nuestra propia suerte, de modo que, fieles en todo momento a nuestras costumbres, seguimos hablando hasta que las primeras luces del alba nos advirtieron de una hora tan tardía. Aun así, algo quedaba todavía que merecía ser tratado por fin aquella noche.

—Bueno —le dije un poco serio—, creo que, culminada felizmente nuestra apasionante aventura, he hecho ya méritos suficientes para que me expliques, de una vez por todas, qué pasó aquella noche del baile de nuestro fin de curso.

—De acuerdo, Julien —respondió ella más sonriente—. También yo creo que has superado todas las pruebas con holgura. Te lo contaré...

Yo no daba crédito a mis oídos, después de tantos intentos fracasados. Sin embargo, Isabelle repitió una vez más el gesto familiar de acomodarse la almohada para sentarse mejor y, cuando consideró que estaba plenamente a su gusto, comenzó su relato.

—Al principio de aquella noche, según era de esperar, tú fuiste de flor en flor como solías. Incluso yo, como todo el mundo en nuestra clase, sabía que tampoco podía faltar tu tributo de pleitesía a Marie Henriette Donnedieu, la pecosa pelirroja y pechugona que por entonces os traía a todos de cabeza. Sin embargo, poco a poco te fuiste acercando hacia mí, que te esperaba en vilo desde hacía mucho rato.

—¿De veras?

—Sí, *monsieur* Dutron, el hombre de mis desvelos juveniles... Porque tienes que saber que yo estaba profundamente enamorada de ti hacía mucho tiempo, aunque mi cuerpo y mi espíritu parecían haber sido invisibles, hasta esa misma noche, a tu lacerante indiferencia. Pero no sé por qué razón, tal vez porque algo muy recóndito en tu mente te hizo comprender que aquella era nuestra última oportunidad, lo cierto es que te acercaste a mí y empezamos a hablar animadamente. Después bailamos repetidas veces y tú estuviste conmigo casi, casi tan cariñoso como ahora... — Isabelle se detuvo entonces un momento—. Eh, Julien, ¿no dices nada?

—Estoy estupefacto. Sigue, sigue...

—Sólo hubo un problema. Hacía mucho rato que estabas dándole a la bebida como un auténtico cosaco y yo no sabía hasta qué punto tu cariñoso interés correspondía o no a los evidentes efectos del alcohol en tu conducta. Pero tampoco quise saberlo. Había estado esperando demasiado, víctima de una inveterada timidez que me había frenado absurdamente durante mucho tiempo. Así que me dejé querer, y tus manos y tu boca fueron cada vez más explícitos, más desvergonzados. Seguimos bailando los dos hasta el final de la velada y te puedo asegurar que, en todo momento, ni el más leve soplo de aire separaba nuestros cuerpos.

—¿Y qué pasó después?

—Llegaste a las puertas de la madrugada en un estado apreciable de inconsciencia, hasta el punto de que yo misma me ofrecí para llevarte a tu casa.

Algunos de tus amigos te trajeron en volandas hasta mi coche, pero ellos tenían otros planes y muy pronto me dejaron a solas contigo. Durante el trayecto, musitaste algunas palabras que no logré descifrar.

A duras penas conseguí sacarte del vehículo y llevarte hasta la entrada de tu casa. Fue entonces cuando se apoderó de ti una extraña lucidez y, perfectamente consciente de quién era realmente aquel bondadoso lazarillo que te había acompañado en tu ceguera, me dijiste algo que nunca olvidaré.

—¿Yo? ¿Qué es lo que te dije?

—Toma nota: «Yo no lo sabía, pero te quiero, Isabelle. Eres la mujer de mi vida».

—¿Lo dices en serio?

—Te lo juro, Julien, te lo juro por el amor que te profeso. Un poco atribulada por aquella confesión, acerté a tocar el timbre de tu piso y tu madre, asustada por lo intempestivo de la hora, bajó a buscarte a toda prisa hasta la calle pidiendo mil disculpas por el estado más bien poco presentable de su hijo.

—¿Qué más?

—Nada más, Julien. Sea porque tu declaración surgió únicamente de tu remoto inconsciente, sea porque olvidaste por completo lo ocurrido aquella noche, lo cierto es que ya nunca supe nada más de ti. Ni siquiera me llamaste para darme las gracias por haberte acompañado. Nada. Un silencio abrumador...

—¡Qué vergüenza, Dios mío! ¡Qué vergüenza!

—No creas, en mi infinita bondad no tardé mucho en perdonarte. Acabé pensando que realmente no fuiste consciente en absoluto de cuanto dijiste o hiciste aquella noche. Lo único que me hizo llorar a raudales, y no me lo pude quitar de la cabeza hasta mucho después, fue que siempre creí que tus palabras fueron sinceras, que de alguna forma me amabas mucho más de lo que nunca supiste. Pero el destino no te dio la oportunidad de conocer tus verdaderos sentimientos. No volviste a verme...

—Hasta que...

—Hasta que pasó el tiempo y te relegué poco a poco a un lugar recóndito, casi inaccesible, de mi pensamiento y de mi corazón. Después terminé mis estudios, tuve algún devaneo inconsistente y, por fin, creí enamorarme de mi futuro marido, pero esa historia ya te resulta conocida...

—Pero, Isabelle, cuando tuviste necesidad de encontrar a un periodista para vender la noticia del priorato, acudiste a mí...

—No lo vas a creer, pero no fui yo quien propuso tu nombre, a pesar de que solía leer tus crónicas en el periódico: al fin y al cabo, eras un antiguo amor de juventud y un brillante compañero de mi curso. Sin embargo, quien esgrimió tu nombre fue alguien a quien ya te presenté: me refiero a Anthony Hurt, el americano de nuestro grupo que era el arquitecto director de las obras.

—Sí, ese rubio guaperas que te llamaba Isa con tanta confianza... El mismo de

quien tú, para disimular, decías que te veía casi como si fueras su madre...

—Mira, mira cómo te acuerdas de lo que te interesa...

—Sigue, sigue...

—Fue él, pues, quien te puso por las nubes y alabó tu prudencia y tu credibilidad. Yo me sonreía por lo bajinis: «El azar sigue misteriosos vericuetos», me dije para mis adentros. Pero pensé que era una buena idea porque, en efecto, eras un excelente periodista y un tipo legal. De modo que, sin ninguna segunda intención, me ofrecí para establecer contacto contigo. El resto ya lo sabes...

Yo estaba anonadado, sorprendido y abochornado a la vez, incapaz de reconocerme en aquel imbécil que bebía sin freno, hablaba sin mesura y era incapaz de leer su propio corazón.

—No tenía ni idea. Aquella noche se borró de mi memoria por completo...

—Lo sé, amor mío, lo sé perfectamente...

—Oye, Isabelle, ¿es cierto que me has perdonado por mi conducta de aquel día?

—Claro que sí, de otro modo no estarías en mi cama. De todas formas, tengo que reconocerte que soy un poco rencorosa y que, efectivamente, pensé que, para llegar a contarte lo que sucedió, era preciso que se te alargaran los dientes una buena temporada. Mi estrategia estuvo a punto de irse a pique la noche de la cena con Elizabeth Pech, pero por suerte ella misma consiguió frenar a tiempo.

—Isabelle, no sé cómo podría compensarte... Te juro que te amaré hasta perder el sentido y hasta el fin de mis días. Ahora tengo una razón sobrevenida, por si no te quisiera ya bastante.

—No jures amor eterno, *mon petit*. Simplemente, quíereme hoy como lo haces, y mañana y pasado, si es posible...

Era de día y, aunque nosotros nos habíamos empeñado en no saberlo, el sol de agosto estaría abrasando sin duda los ladrillos rojos y las blancas piedras de nuestra *ville rose*. Antes de dormirme, estuve un buen rato pensando en las revelaciones que acababa de escuchar, con la cabeza apoyada en los brazos, boca arriba. Todavía incrédulo y algo abochornado, me incorporé un poco, besé suavemente a mi amor en los labios para desearle los mejores sueños y, en vista de su aparente estado de debilidad momentánea, aproveché la ocasión para susurrarle al oído:

—Bueno, entonces, ¿qué prefieres? ¿Que vaya yo a vivir a tu casa o te vienes tú a la mía?

Y es que yo, en esa época tan resplandeciente de mi vida, era un tipo realmente infatigable...

EPÍLOGO

Realidades e invenciones en *El testamento del último cátaro*

Este libro constituye, en cierta forma, una introducción novelada al catarismo. Contiene, pues, importantes elementos de ficción, entre los cuales su ubicación en la época contemporánea y todo cuanto concierne a sus dos protagonistas y a la inmensa mayoría de los personajes que les acompañan en su trayectoria. Sin embargo, esta voluntad explícita de ofrecer una visión del mundo de los cátaros que se ajuste a la realidad histórica exige una exposición final en la que, por respeto a los lectores más interesados, se explicita qué parte de la novela corresponde a la historia y qué parte corresponde a la ficción.

En primer lugar, cabe precisar que todo lo que concierne al catarismo y a sus doctrinas y sus prácticas, así como a las vicisitudes que acompañaron el desarrollo y extinción de ese movimiento religioso disidente (incluidos la cruzada y los tribunales de la Inquisición), se atiene en todo momento a los hechos históricos tal como hoy los conocemos, con una importante salvedad: la existencia de Sicart de Montjoi y su testamento, que son pura invención. En consecuencia, el lector debe saber que, en realidad, el último cátaro conocido a día de hoy sigue siendo Guilhem Belibasta, que fue quemado en la hoguera en 1321.

Cabe indicar, asimismo, que la oración cátera que figura en el testamento de Sicart de Montjoi es auténtica: aquí se reproduce sólo un fragmento del texto completo que conocemos por el pastor del Sabartés Joan Maurí (1323) y que figura en los registros de Inquisición de Jacme Fornier.

En segundo lugar, se ajustan también a la realidad los personajes y los hechos históricos que se narran en la novela y que pertenecen a la época de los cátaros, tales como los datos aportados en torno a la orden del Hospital de San Juan de Jerusalén, santo Domingo de Guzmán, Guilhabert de Castras, Esclarmonda de Foix, la batalla de Muret, el asedio y rendición de Montsegur, los hermanos Autier, Guilhem Belibasta... Lo mismo cabe decir respecto de algunas figuras contemporáneas, como los nazis Otto Rahn y Heinrich Himmler, o de algunos hechos históricos recientes, como la guerra de Bosnia. En un orden radicalmente distinto, son asimismo personajes reales, esta vez de nuestros días, los historiadores mencionados Anne Brenon, Jean Duvernoy y Michel Roquebert, a quien el autor expresa una vez más su admiración y de quien se confiesa plenamente deudor en multitud de aspectos. Decir también que el político y escritor Dominique Baudis fue efectivamente alcalde de Toulouse en el período del que se habla.

En tercer lugar, y en cuanto a la figura histórica de Raimundo VI, responde a la realidad todo cuanto se dice acerca de su personalidad y de su trayectoria biográfica,

incluido lo que se afirma sobre su política matrimonial, su muerte, su incierta inhumación y la conservación de su cráneo hasta una fecha desconocida del siglo XVIII. También corresponde a la verdad todo lo relativo al hotel Saint-Jean de la Rué de la Dalbade, en Toulouse, y todo cuanto se dice sobre su cementerio, sobre el hallazgo de una nueva galería y sobre la existencia de un sarcófago que, en 1998, concitó, efectivamente, las esperanzas de que pudiera albergar los restos del conde. La ficción comienza justo en el momento de la apertura de ese sarcófago, ya que en realidad se descubrió que se trataba de un simple pudridero y que no contenía ningún rastro del conde ni, desde luego, de ningún caballero hospitalario. A partir de ahí, todo cuanto concierne a frey Claude de Thévenet, a su carta y a los hallazgos sucesivos del cráneo del conde y del testamento, es una pura invención.

Por último, corresponde a la realidad todo lo relativo a los monumentos y obras de arte descritos en el libro, incluidas las descripciones de muchos lugares de Toulouse y del Languedoc en general, así como de las iglesias de Saint-Gilles-du-Gard (Sant Géli), Saint-Martin-du-Canigou (Sant Martí del Canigó), Sant Martí Sescorts y Sant Martí de Puig-reig. En cuanto a la extraordinaria anfisbena de este último templo, existe realmente, si bien cabe precisar que todo el conjunto pictórico de la iglesia fue descubierto en 1954, de modo que un freile hospitalario del siglo XVIII no hubiera podido tener conocimiento alguno de su existencia. Sin abandonar todavía Sant Martí de Puig-reig, cabe añadir que existen igualmente la lápida sepulcral que se conserva en el Museo Municipal de Berga y la lipsanoteca custodiada en el Museo Diocesano y Comarcal de Solsona. No así el códice miniado con las homilias y las tapas y las guardas que el autor se inventó para que constituyeran el escondrijo del testamento de Sicart de Montjoi.

Dicho esto, sólo resta manifestar encarecidamente el profundo agradecimiento del autor a las numerosas personas que, en mayor o menor grado, le han prestado su ayuda para la confección del presente libro, ya sea aportando detalles técnicos concretos, ya sea con sus numerosas observaciones posteriores a la lectura de los primeros borradores.

A continuación, y como colofón definitivo de la obra, se incluye una bibliografía en castellano, una breve cronología y un listado de asuntos concretos vinculados al catarismo y a su entorno que han sido tratados en la presente novela, con la indicación del capítulo del libro en el que aparecen. Así, cualquier lector o lectora interesado podrá disponer de un índice temático que le permitirá un acceso inmediato a aquellas parcelas históricas que puedan ser de su interés.

Igualada, primavera y verano de 2005

BIBLIOGRAFÍA EN CASTELLANO SOBRE EL CATARISMO

- Alvira Cabrer, Martín, *El Jueves de Muret. 12 de septiembre de 1213*, Universitat de Barcelona, Barcelona, 2002.
- Bastart, Jordi, *Aude. País Cátaro*, Libros Cúpula, CEAC, Barcelona, 1997.
- Brenon, Anne, *La verdadera historia de los cátaros*, Martínez Roca, Barcelona, 1997.
- —, *Los cátaros. Hacia una pureza absoluta*, Ediciones B, Barcelona, 1998.
- —, *Las mujeres cátaras*, Tikal, Premià de Mar, 2001.
- Dalmau, Antoni, *Los cátaros* (CD-ROM y libro), Ediuoc, Barcelona, 2002.
- Duvernoy, Jean, *La captura del cátaro Bélibaste*, Muchnik, Barcelona, 1987 (trad. de los tres últimos capítulos de *Inquisition a Pamiers*, Privat, Tolosa, 1966).
- Labal, Paul, *Los cátaros: herejía y crisis social*, Grijalbo Mondadori, Barcelona, 1995 (trad. del capítulo «L'Église de Rome face au catharisme» de la obra colectiva *Les cathares en Occitanie*, Fayard, París, 1981).
- Lambert, Malcolm, *La herejía medieval*, Taurus, Madrid, 1986.
- —, *La otra historia de los cátaros*, Martínez Roca, Madrid, 2001.
- Le Roy Ladurie, Emmanuel, *Montaillou, aldea occitana*, Taurus, Madrid, 1981.
- Mestre i Campi, Jesús (dir.), *Atlas de los cátaros*, textos de Jesús Mestre i Godes, Península, Barcelona, 1997.
- Mestre I Godes, Jesús, *Los cátaros. Problema religioso, pretexto político*, Península, Barcelona, 1997.
- Nelli, René, *La vida cotidiana entre los cátaros*, Argos Vergara, Barcelona, 1984.
- —, *Los cátaros. ¿Herejía o democracia?*, Martínez Roca, Barcelona, 1989.
- —, *Diccionario del catarismo y las herejías meridionales*, J.J. de Olañeta, Palma de Mallorca, 1997.
- Niel, Fernand, *Cátaros y albigenses*, Obelisco, Barcelona, 1998.

- Oldenbourg, Zoé, *La hoguera de Montsegur. Los cátaros en la historia*, traducción, prólogo y notas de Antoni Dalmau, Edhasa, Barcelona, 2002.
- Rius, Montse, *Guía singular del País Cátaro*, Laertes, Barcelona, 1998.
- O'Shea, Stephen, *Los cátaros. La herejía perfecta*, Ediciones B Argentina, Buenos Aires, 2002.
- Ventura, Jordi, «El catarismo en Cataluña», *Boletín de la Real Academia de Buenas Letras de Barcelona*, núm. 28 (pp. 75-168), Barcelona, 1959-1960.
- Weis, René, *La cruz amarilla. La historia de los últimos cátaros, 1290-1329*, Debate, Madrid, 2001.
- Zambon, Francesco, *El legado secreto de los cátaros*, Siruela, Madrid, 1997 (trad. parcial de *La Cena segreta. Trattati e rituali catari*, Adelphi, Milán, 1997).

BREVE CRONOLOGIA DEL CATARISMO

- 927-972** El pope Bogomilo predica una religión cristiana distinta, en Bulgaria.
- c. 1000** Primeros rastros de comunidades consideradas heréticas en toda Europa.
- 1163** El canónigo Eckbert von Schönau emplea por primera vez el nombre de «cátaros» en sus *Sermones*.
- 1167** Concilio cátaro en Saint-Félix-Lauragais.
- 1194** Nacimiento de Raimundo VI de Tolosa, llamado el Viejo.
- 1196** Nacimiento de Pedro, rey de Aragón, llamado el Católico.
- 1198** Inocencio III, papa (1198-1216).
- 1206** Inicio de la predicación de Diego de Osma y Domingo de Guzmán en el Languedoc. Fundación del monasterio de Prouille.
- 1208** Asesinato del legado papal Péire de Castelnou. Inocencio III convoca la cruzada.
- 1209** Inicio de la cruzada contra los albigenses. Asedios de Béziers y Carcasona. Muerte de Raimundo Roger Trencavel e investidura de Simón de Montfort como vizconde de Carcasona.
- 1210** Toma de Menérbe (140 cátaros quemados).
- 1211** Toma de Lavaur (unos 400 cátaros quemados). Hoguera de Les Cassés (más de 60 cátaros quemados).
- 1213** Batalla de Muret, muerte del rey Pedro el Católico y derrota occitanoaragonesa. Jaime I, llamado el Conquistador, conde de Barcelona y rey de Aragón, de Valencia y de Mallorca (1213-1276). Rendición de Tolosa. Investidura de Simón de Montfort como conde de Tolosa. Fundación de la orden dominicana (frailes predicadores).
- 1216** Inicio de la reconquista de Tolosa (Raimundo VI y el «conde joven»).
- 1218** Simón de Montfort muere en el asedio de Tolosa.
- 1220-1221** Reconquista occitana del condado de Tolosa.
- 1222** Muerte de Raimundo VI. Raimundo VII, conde de Tolosa (1222-

- 1249).
- 1226** Cruzada real de Luis VIII, rey de Francia (1223-1226). Muerte del rey.
- 1227** Masacre de Labecède (Lauragués). Quema de herejes en masa. Tratado de Meaux-París. Fin de la cruzada y capitulación de Raimundo VII.
- 1233** Gregorio IX funda la Inquisición y encarga su funcionamiento a las órdenes mendicantes.
- 1239** Hoguera de Mont-Aimé (Champaña). (183 cátaros quemados).
- 1242** Atentado de Avignonet contra los inquisidores por parte de los caballeros de Montsegur. Sublevación general bajo los auspicios de Raimundo VII.
- 1244** Rendición y hoguera de Montsegur (unos 225 cátaros quemados). Desmántelamiento de las iglesias occitanas y reorganización de la jerarquía en la Lombardía.
- 1255** Rendición del castillo de Queribús, última plaza en manos de los *faidits*. Tratado de Corbeil entre Jaime I y Luis IX.
- 1271** Alfonso de Poitiers y Juana de Tolosa —hija de Raimundo VII— mueren sin descendencia: el condado de Tolosa queda unido a la corona de Francia.
- 1276** Rendición de Sirmione (Italia), refugio cátaro.
- 1278** Hoguera de la arena de Verona (200 quemados). Desarticulación del catarismo italiano.
- 1300-1310** Los hermanos Autier intentan el resurgimiento del catarismo en Occitania.
- 1321** Quema de Guilhem Belibasta en Villerouge-Termenés: es el último cátaro conocido del Languedoc.
- 1412** Últimas sentencias contra cátaros italianos.
- 1463** Los turcos conquistan Bosnia: fin del catarismo oriental.



ANTONI DALMAU i RIBALTA (Igualada, 1951). Ha seguido una larga trayectoria política, en la que ha ocupado varios cargos institucionales, entre los que destacan los de presidente de la Diputación de Barcelona y vicepresidente del Parlamento de Cataluña. Lleva publicados una docena de libros y es un especialista acreditado en catarismo, al que ha dedicado, entre otras obras, la novela *Tierra de olvido*, *La senda de los cátaros* (1997), que obtuvo un gran éxito editorial y el Premio de Novela Histórica Néstor Luján. Ha sido traducida a varios idiomas.

Notas

[1] Los de *la entendensa del bé* (comprensión del bien) eran, en la jerga de los cataros occitanos, los miembros de su Iglesia. <<

[2] «Padre santo, Dios justiciero de los buenos espíritus, tú que jamás te engañaste, ni mentiste, ni te equivocaste, ni dudaste, por el temor de que nosotros muriéramos en el mundo del Dios extraño —puesto que no somos de este mundo y este mundo no es el nuestro—, danos a conocer lo que tú conoces, a amar lo que tú amas». <<